

EL FARO DE LOS LIBROS

Por el autor de *Tigre Blanco*
ganador del Man Booker Price 2008

ARAVIND
ADIGA

Traducción de
Santiago del Rey

Lectulandia

En El faro de los libros, Adiga nos habla de la vida en la pequeña ciudad de Kittur, entre los años 1984 (asesinato de Indira Ghandi) y 1991 (asesinato de su hijo Rajiv). Bramanes y descastados, musulmanes y cristianos pueblan sus páginas, como Xerox un librero que fotocopia los ejemplares que va a vender y al que no le importa haber sido arrestado en 21 ocasiones porque el suyo es un oficio mejor que el de su padre, que apilaba excrementos. O Jayamma, la pequeña de ocho hijas, quien debe ponerse a trabajar porque sólo tenía dinero para casar a las primeras y que acaba enganchada el pegamento y que sólo se consuela con la pequeña estatua de Buda que posee.

Lectulandia

Aravind Ariga

El faro de los libros

ePub r1.0

Samarcanda 20.03.14

Título original: *Between the Assassination*

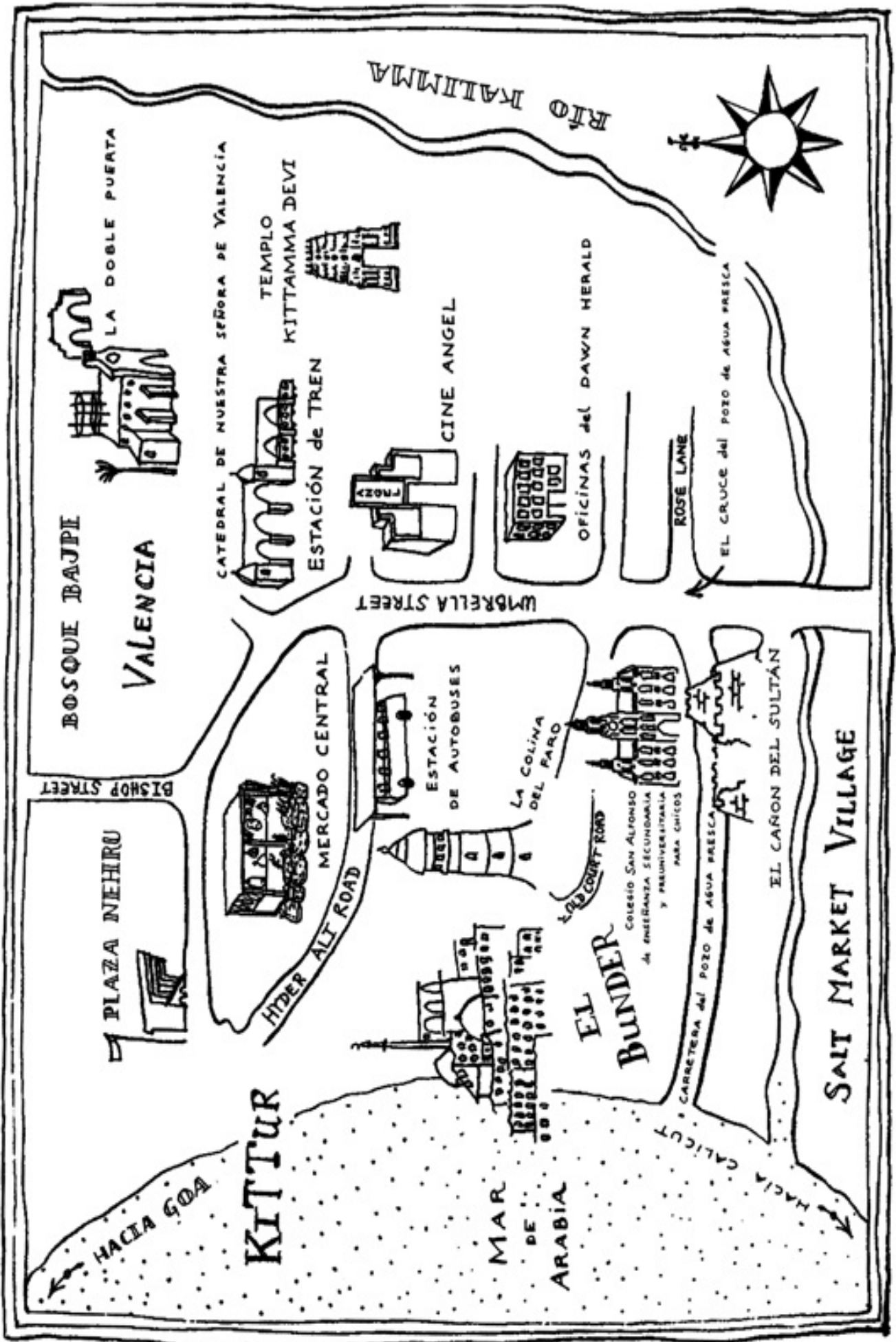
Aravind Ariga, 2008

Traducción: Santiago del Rey

Editor digital: Samarcanda

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com



Llegada a Kittur



Kittur se encuentra en la costa sudoeste de la India, entre Goa y Calicut, en un punto casi equidistante de ambas. Limita al oeste con el mar de Arabia y al sur y al este con el río Kaliaamma. La ciudad se halla asentada entre empinadas colinas; la tierra es negra y ligeramente ácida. Los monzones llegan en junio y asedian la ciudad hasta bien entrado septiembre. Los tres meses siguientes son secos y cálidos, y constituyen la mejor época para visitar Kittur. Dada su riqueza histórica y su pintoresca

belleza, así como la diversidad de religiones,
razas y lenguas que conviven en sus calles,
es recomendable una estancia
mínima de una
semana.



Primer día: La estación de tren

Los arcos de la estación enmarcan el primer atisbo de Kittur que tiene el turista al llegar en el Correo de Madrás (a primera hora de la mañana) o en el Expreso de la Costa Oeste (a mediodía). La estación, apenas iluminada, está sucia y llena de envoltorios de comida que husmean con desgana los perros callejeros; de noche, aparecen las ratas.

Las paredes se encuentran cubiertas con la imagen de un alegre y rollizo barrigón totalmente desnudo, con los genitales estratégicamente tapados por sus piernas cruzadas, que flota sobre un rótulo escrito en canarés: «Una palabra de este hombre puede cambiar tu vida». Es el líder espiritual de la secta jainista local, que administra un comedor y un hospital gratuito.

El famoso templo Kittamma Devi, una estructura moderna de estilo tamil, se levanta en el mismo lugar donde se cree que existía un antiguo santuario de la diosa. Se puede llegar andando desde la estación y suele ser la primera escala de los visitantes de la ciudad.

•••

Ninguno de los demás tenderos de la zona de la estación le habría dado trabajo a un musulmán, pero Ramanna Shetty, dueño del Ideal Store, un salón de té y *samosas*, le había dicho a Ziauddin que podía quedarse. Siempre, eso sí, que prometiese trabajar duro y no se metiera en líos ni hiciera el sinvergüenza.

La esmirriada criatura, cubierta de polvo, dejó caer su bolsa al suelo y se llevó la mano al corazón.

—Yo soy musulmán, señor. Nosotros no hacemos el sinvergüenza.

Ziauddin era menudo y renegrido, con unos mofletes de bebé y una gran sonrisa de duende que dejaba al descubierto sus dientes de conejo. Calentaba el té para los clientes en un voluminoso hervidor de acero inoxidable que parecía picado de viruelas, y lo observaba con furiosa concentración mientras el agua burbujeaba y rebosaba por los bordes, haciendo chisporrotear la llama de gas. Luego hundía la mano en una de las magulladas cajas de hojalata que tenía al lado para añadir polvo de té negro, un puñado de azúcar o un trozo de jengibre molido. Entonces se mordía los labios, contenía el aliento e inclinaba el hervidor con el brazo izquierdo sobre un colador, y el té hirviente se derramaba a través de sus poros medio obturados en los vasitos colocados en una caja de huevos de cartón.

Los llevaba de uno en uno a las mesas y dejaba maravillados a los toscos tipos que frecuentaban el local interrumpiendo sus conversaciones al grito de: «¡Y uno! ¡Y dos! ¡Y tres!», mientras los plantaba ante ellos con un golpe. Luego lo veían

acucillado en un rincón, lavando platos en una artesa llena de agua turbia, o envolviendo grasientas *samosas* en páginas arrancadas de libros de trigonometría para enviarlas a domicilio; o bien sacando la mugre acumulada en los orificios del colador; o bien ajustando con un destornillador oxidado un clavo suelto del respaldo de una silla. Cuando alguien pronunciaba una palabra en inglés, paraba en seco, se daba la vuelta y la repetía a voz en cuello («*Sunday-Monday! Goodbye, Sexy!*») y el salón entero estallaba en carcajadas.

A última hora, cuando Ramanna Shetty iba a cerrar, Thimma, el borracho del barrio, que compraba tres cigarrillos cada noche, se partía de risa mientras contemplaba a Ziauddin empujando trabajosamente el gigantesco frigorífico hacia el interior del local, con el trasero y los muslos pegados al armatoste.

—¡Mira el mequetrefe! —decía Thimma, aplaudiendo—. El frigorífico es más grande que él, ¡pero menudo luchador está hecho!

Le pedía al mequetrefe que se acercara y le ponía en la mano una moneda de veinticinco paisas. El chico miraba al dueño, como solicitando su aprobación. Y cuando Ramanna Shetty asentía, cerraba el puño y gritaba en inglés.

—*Thanks you, sir!*

Una noche, tras ponerle una mano en la cabeza al chico, Ramanna Shetty lo arrastró hacia el borracho y le preguntó:

—¿Cuántos años crees que tiene? Adivínalo.

Thimma se enteró entonces de que el mequetrefe tenía casi doce. Era el sexto de los once hijos de una familia campesina del norte del estado. Acabadas las lluvias, su padre lo había subido a un autobús y le había dicho que se bajara en Kittur y se paseara por el mercado hasta que alguien le diese trabajo.

—Lo mandaron sin una sola paisa —dijo Ramanna—. Para que se las ingeniara por su propia cuenta.

Volvió a ponerle la mano en la cabeza.

—Y de ingenio anda más bien escaso, te lo aseguro, incluso para lo que es un musulmán.

Ziauddin se había hecho amigo de los otros seis chicos que lavaban platos y atendían el salón de Ramanna. Dormían todos juntos en una tienda que habían montado detrás del local. El domingo a mediodía Ramanna bajó la persiana y, tras subir a su vespa de color crema y azul, se dirigió al templo Kittamma Devi lentamente, y dejó que los chicos lo siguieran a pie. Mientras entraba a ofrecerle un coco a la diosa, ellos se sentaron en el asiento verde de la vespa y empezaron a discutir sobre las palabras escritas en canarés en la cornisa del templo con gruesas letras rojas:

HONRA A TU VECINO, A TU DIOS

—Quiere decir que la persona de la casa de al lado es tu dios —teorizó uno de los chicos.

—No, significa que Dios está cerca de ti si de verdad crees en Él —replicó otro.

—No, significa..., significa... —trató de explicar Ziauddin.

Pero no lo dejaron acabar.

—¡Si ni siquiera sabes leer y escribir, paleta!

Cuando Ramanna gritó que entraran en el templo, dio unos pasos con los demás, vaciló y regresó corriendo a la vespa.

—Yo no puedo entrar, soy musulmán.

Había pronunciado la palabra en inglés y con tal solemnidad que los otros chicos se quedaron un momento en silencio; luego sonrieron.

Una semana antes del comienzo de las lluvias, el chico preparó su hatillo y dijo:

—Me voy a casa.

Iba a cumplir con sus deberes familiares, o sea, a trabajar con su padre, su madre y sus hermanos limpiando, sembrando o segando los campos de algún propietario rico por unas pocas rupias al mes. Ramanna le dio un «extra» de cinco rupias (descontando diez paisas por cada una de las dos botellas de Thums Up que había roto) para asegurarse de que volviera de su pueblo.

Cuando regresó, cuatro meses después, había contraído vitíligo y una piel rosada le veteaba los labios y le salpicaba de manchas los dedos y los lóbulos de las orejas. Sus mofletes de bebé se habían evaporado durante el verano; había vuelto flaco y quemado, y con una expresión salvaje en los ojos.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Ramanna, después de darle un abrazo—. Se suponía que tenías que volver hace un mes y medio.

—No ha pasado nada —dijo el chico, que se frotó los labios descoloridos con un dedo.

Ramanna pidió un plato de comida inmediatamente; Ziauddin lo tomó y metió toda la cara como un animalito, y el dueño no tuvo más remedio que decirle:

—¿Es que no te daban de comer en casa?

Exhibieron al «mequetrefe» ante todos los clientes, muchos de los cuales llevaban meses preguntando por él. Algunos de los que se habían pasado a los otros salones de té, bastante más limpios, que estaban abriendo alrededor de la estación, volvieron al local de Ramanna sólo para verlo. Por la noche, Thimma lo abrazó varias veces y le deslizó dos monedas de veinticinco paisas, que Ziauddin aceptó en silencio y se metió en el bolsillo. Ramanna le gritó al borracho:

—¡No le des propinas! ¡Se ha vuelto un ladrón!

Lo habían pillado *in fraganti* robando *samosas*, según dijo Ramanna. Thimma preguntó si hablaba en serio.

—Yo tampoco me lo habría creído —masculló Ramanna—. Pero lo he visto con

mis propios ojos. Estaba sacando una bandeja de la cocina y... —Ramanna mordió una *samosa* imaginaria.

Apretando los dientes, Ziauddin había empezado a empujar el frigorífico hacia el interior del local.

—Pero si era un muchachito muy honrado... —recordó el borracho.

—Quizás haya robado siempre y no nos habíamos dado cuenta. No puedes fiarte de nadie hoy en día.

Las botellas del frigorífico tintinearón. Ziauddin se había detenido en seco.

—¡Yo soy un pathan! —dijo, golpeándose el pecho—. ¡De la tierra de los pathanes del norte, donde hay montañas llenas de nieve! ¡No soy hindú! ¡No hago el sinvergüenza!

Y se marchó a la trastienda.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó el borracho.

El dueño le explicó que Ziauddin ahora se pasaba el día farfullando en su jerga pathan; suponía que la había aprendido de algún mulá del norte.

Thimma estalló en carcajadas. Puso las manos en jarras y gritó hacia la trastienda:

—¡Ziauddin, los pathanes son blancos como Imran Khan, y tú eres tan negro como un africano!

A la mañana siguiente se armó una bronca en el Ideal Store. Habían pillado a Ziauddin con las manos en la masa. Tras agarrarlo del cuello de la camisa y arrastrándolo ante toda la clientela, Ramanna Shetty le gritó:

—¡Dime la verdad, hijo de mujer calva! ¿La has robado? Dime la verdad esta vez y quizá te dé otra oportunidad.

—He dicho la verdad —replicó Ziauddin, que se tocó con un dedo los labios marcados de vitíligo—. No he tocado ni una *samosa*.

Ramanna lo agarró del hombro, lo tiró al suelo y lo sacó del salón a patadas, mientras los demás chicos, impasibles, se apiñaban alrededor y miraban la escena, como las ovejas cuando esquilan a alguna de su rebaño. Entonces Ramanna soltó un alarido y alzó un dedo ensangrentado.

—¡Me ha mordido, el muy animal!

—¡Soy un pathan! —le gritó Ziauddin, incorporándose—. Vinimos aquí y construimos el Taj Mahal y el Fuerte Rojo de Delhi. ¡No te atrevas a tratarme así, hijo de mujer calva!

Ramanna se volvió hacia el círculo de clientes apretujados alrededor; los miraban alternativamente a los dos tratando de averiguar quién tenían razón.

—Aquí no hay trabajo para un musulmán, ¡y él va y se pelea con el único que ha querido tomarlo como empleado!

Unos días más tarde, Ziauddin pasó por delante del salón de té, conduciendo una bicicleta con un carrito adosado donde tintineaban grandes jarras de leche.

—Mírame —le dijo, burlón, a su antiguo jefe—. ¡Los lecheros sí se fían de mí!

Pero aquel puesto tampoco le duró mucho; volvieron a acusarlo de robar. Él juró que no trabajaría nunca más para un hindú.

Los inmigrantes musulmanes se estaban instalando en la otra punta de la estación y habían empezado a abrir sus propios restaurantes. Ziauddin encontró trabajo en uno de ellos. Preparaba tortillas y tostadas en una parrilla al aire libre y gritaba en urdu y en malabar:

—Hermanos musulmanes, de dondequiera que vengáis, de Yemen, de Kerala, de Arabia o de Bengala, ¡venid a comer a un establecimiento genuinamente musulmán!

Pero ni siquiera ese empleo le duró. Una vez más, su jefe lo acusó de robar y lo abofeteó cuando se atrevió a replicarle. A continuación lo vieron con un uniforme rojo en la estación de trenes, cargando en la cabeza montones de maletas y discutiendo acaloradamente con los pasajeros.

—¡Soy hijo de un pathan! ¡Tengo sangre pathan! ¿Me oye? ¡No soy ningún timador!

Cuando los miraba airado, parecía que se le salían los ojos y se le marcaban los tendones en el cuello. Se había convertido en uno de esos tipos demacrados y solitarios de ojos brillantes que rondan por las estaciones de la India, que fuman *beedis* por los rincones y parecen capaces de golpear o matar a alguien sin previo aviso. Y no obstante, cuando los antiguos clientes del salón de Ramanna lo reconocían y lo llamaban por su nombre, sonreía de oreja a oreja, y aún veían en él algo de aquel chico sonriente que plantaba de golpe los vasitos de té en sus mesas y que imitaba torpemente sus frases en inglés. Se preguntaban qué demonios le habría pasado.

Al final, Ziauddin empezó a provocar riñas con los demás mozos y también lo expulsaron de la estación. Durante varios días vagó de aquí para allá, maldiciendo por igual a hindúes y a musulmanes. Luego apareció otra vez en la estación, cargando maletas sobre la cabeza. Era trabajador, eso todo el mundo lo reconocía. Y ahora había trabajo de sobra para todos. Habían llegado a Kittur varios trenes llenos de soldados (en el mercado se rumoreaba que iban a construir una base del ejército en la carretera de Cochín) y, una vez que hubieron partido, siguieron llegando trenes de carga durante días, con cajones enormes que había que descargar. Ziauddin mantuvo la boca cerrada y se dedicó a bajar cajones y a sacarlos de la estación, donde aguardaban los camiones del ejército para llevárselos.

Un domingo, a las diez de la mañana, yacía medio dormido en el andén, exhausto por el trabajo de toda la semana, cuando lo despertó un ligero picor en la nariz: un olor a jabón que impregnaba el aire. Corrían por su lado regueros burbujeantes de espuma. Al borde del andén, había una hilera de cuerpos renegridos y macilentos desfilando

bajo una manguera.

La fragancia de la espuma lo hizo estornudar.

—¡Eh, bañaos en otra parte! ¡Dejadme en paz!

Los hombres se reían a carcajadas, daban gritos y lo señalaban con los dedos cubiertos de espuma.

—¡Nosotros no somos sucios animales, Zia! ¡Algunos somos hindúes!

—¡Y yo soy un pathan! —aulló—. ¡A mí no me habléis así!

Había empezado a increparlos cuando sucedió algo extraño; todos los que estaban bañándose se alejaron de golpe:

—¿Necesita un culi, señor? —gritaban—. ¿Necesita un culi?

Aunque no había llegado ningún tren, se había materializado en el andén un forastero: un hombre alto de tez clara, con una bolsa negra pequeña. Llevaba una impecable camisa blanca y pantalones de algodón, y todo en él olía a dinero, lo cual enloqueció a los mozos, que se apretujaron a su alrededor, todavía cubiertos de espuma, como si estuvieran aquejados de una espantosa enfermedad y él fuera el médico que acaso podría curarlos. Pero el forastero los rechazó a todos y se acercó al único mozo desprovisto de espuma.

—¿Qué hotel? —dijo Ziauddin, poniéndose de pie con esfuerzo.

El hombre se encogió de hombros, como diciendo: «Elígelo tú», y miró con desagrado a los demás, que seguían rondándolo casi desnudos y con el cuerpo enjabonado.

Zia les enseñó a todos la lengua y se alejó con él.

Se dirigieron a los hoteles baratos de las inmediaciones de la estación. Tras detenerse frente a un edificio cubierto de rótulos —electricistas, perfumerías, farmacias, fontaneros—, Ziauddin señaló un cartel rojo del segundo piso.

HOTEL DECOROSO
ALOJAMIENTO Y COMIDA
TODOS LOS SERVICIOS Y COCINAS
DEL NORTE Y DEL SUR DE LA INDIA
PLATOS CHINOS Y TIBETANOS
TAXI, PASAPORTE, VISA, FOTOCOPIAS
CONFERENCIAS CON TODOS LOS PAÍSES DEL MUNDO

—¿Qué le parece éste, señor? Es el mejor de la ciudad. —Se llevó la mano al pecho—. Le doy mi palabra.

El hotel Decoroso tenía un acuerdo con los mozos: una tajada de dos rupias y media por cada cliente que llevaran.

El forastero bajó la voz, con aire de complicidad.

—Pero ¿es un «buen» sitio, amigo? —preguntó, diciendo la palabra clave en inglés, como para subrayarla.

—Muy bueno —respondió Zia con un guiño—. Muy, muy bueno.

El hombre le indicó con el dedo índice que se acercara y le dijo al oído:

—Mi querido amigo, yo soy musulmán.

—Lo sé, señor. Yo también.

—No un musulmán cualquiera. Soy un pathan.

Ziauddin, como si hubiese oído un conjuro mágico, lo miró boquiabierto.

—Perdón, señor... Yo..., yo no... ¡Alá lo ha puesto exactamente en las manos más indicadas! Y éste no es un hotel para usted, señor. Es muy mal hotel, de hecho. Y no es el lugar...

Se cambió de mano la bolsa del forastero y le hizo rodear la estación hasta el otro extremo. Allí los hoteles eran de propietarios musulmanes y no les ofrecían tajada a los mozos. Se detuvo ante uno de ellos:

—¿Qué le parece éste?

HOTEL DARUL-ISLAM
ALOJAMIENTO Y COMIDA

El hombre examinó el rótulo, el arco verde de la entrada, la imagen de la Gran Mezquita de la Meca sobre el dintel; entonces se metió la mano en el bolsillo de sus pantalones grises y sacó un billete de cinco rupias.

—Es demasiado, señor, por una bolsa. Deme dos rupias. —Se mordió el labio—. No, incluso eso es demasiado.

El forastero sonrió.

—Eres un hombre recto, por lo que veo.

Le dio unos golpecitos en el hombro con dos dedos de la mano izquierda.

—Tengo un brazo malo, amigo. No habría podido llevar la bolsa sin sentir un gran dolor. —Le apretó el billete en las manos—. Merecerías incluso más.

Ziauddin tomó el dinero y lo miró a la cara.

—¿De verdad es usted un pathan, señor?

El chico se estremeció al oír su respuesta.

—¡Yo también! —aulló, y echó a correr como un loco y repitió una y otra vez—: ¡Yo también! ¡Yo también!

Aquella noche, Ziauddin soñó con montañas llenas de nieve y con una raza de hombres de tez blanca y exquisita educación que daban majestuosas propinas. Por la mañana, regresó a la pensión y se encontró al forastero sentado en uno de los bancos que había fuera, dándole sorbos a una taza amarilla.

—¿Quieres tomar el té conmigo, pequeño pathan?

Ziauddin meneó la cabeza, desconcertado, pero el hombre ya estaba chasqueando los dedos. El dueño, un tipo grueso con el labio superior afeitado y una esponjosa barba blanca, como una gran luna creciente, miró huraño al mozo harapiento y le indicó con un gruñido que por esta vez podía sentarse.

—Entonces —le dijo el forastero—, ¿tú también eres un pathan, mi pequeño amigo?

Ziauddin asintió y le dijo cómo se llamaba el hombre que así se lo había asegurado.

—Era un hombre instruido, señor. Había pasado un año en Arabia Saudita.

—Ah —dijo el forastero, moviendo la cabeza—. Ya veo, ya veo.

Pasaron unos minutos en silencio.

—Espero —dijo Ziauddin— que no vaya a quedarse mucho tiempo, señor. Ésta es una ciudad mala.

El pathan enarcó las cejas.

—Para musulmanes como nosotros, es mala. Los hindúes no nos dan trabajo ni nos respetan. Hablo por experiencia propia, señor.

El forastero sacó un cuaderno y empezó a escribir. Zia lo observaba. Contempló otra vez su hermoso rostro, sus ropas caras; aspiró la fragancia de su piel. «Este hombre es un compatriota tuyo, Zia —se dijo—. Un compatriota».

El pathan terminó su té y bostezó. Como si se hubiera olvidado de él, entró en la pensión y cerró la puerta.

En cuanto desapareció su huésped, el dueño miró a Ziauddin a los ojos y le hizo un gesto seco, y el culi comprendió que su té no iba a llegar. Volvió a la estación, donde se apostó en su rincón habitual y aguardó a que se le acercase algún pasajero cargado con baúles de acero o bolsas de cuero para que se los subiera al tren. Pero su alma resplandecía de orgullo y aquel día no se peleó con nadie.

A la mañana siguiente, lo despertó un olor a ropa recién lavada.

—Un pathan se levanta siempre al alba, amigo mío.

Bostezando y estirándose, Ziauddin despegó los párpados; un par de hermosos ojos azul pálido lo miraban desde arriba (unos ojos de un color que sólo puede adquirir un hombre que ha mirado mucho tiempo la nieve). Ziauddin se incorporó, dando un traspié, y se disculpó ante el forastero; luego le estrechó la mano y a punto estuvo de besarlo en la cara.

—¿Has comido algo? —preguntó el pathan.

Zia negó con la cabeza; nunca comía antes de mediodía.

El pathan se lo llevó a uno de los puestos de los alrededores de la estación en donde servían té y *samosas*. Era un sitio en el que Zia había trabajado tiempo atrás, y los empleados lo miraron atónitos al ver que se sentaba y gritaba:

—¡Un plato de lo mejor! ¡Aquí hay dos pathanes que necesitan alimentarse!

El forastero se inclinó hacia él.

—No lo digas en voz alta. No han de saber nada de nosotros. Es un secreto.

Se apresuró a ponerle un billete en las manos. El chico lo desarrugó y vio un tractor y un sol naciente rojo. ¡Cinco rupias!

—¿Quiere que le lleve la bolsa hasta Bombay? Así de lejos puede llegar este billete en Kittur.

Se irguió en su silla cuando un criado depositó ante ellos dos vasos de té y un plato con una *samosa* grande, cortada en dos pedazos y cubierta de kétchup aguado. Se pusieron a masticar cada uno su pedazo. Luego, quitándose un trocito de comida de los dientes, el hombre le dijo lo que esperaba a cambio de sus cinco rupias.

Media hora más tarde, Zia se sentó en un rincón de la estación, junto a la puerta de la sala de espera. Cuando la gente le pedía que cargase su equipaje, meneaba la cabeza:

—Hoy tengo otro trabajo —les decía.

Fue contando los trenes que llegaban. Como no era fácil recordar el total, se alejó un poco más y se sentó a la sombra de un árbol que crecía dentro de la estación; cada vez que una locomotora pasaba silbando, hacía una marca en el lodo con el dedo gordo del pie; cada grupo de cinco lo tachaba con un trazo. Algunos trenes iban abarrotados; otros tenían vagones enteros de soldados armados con rifles; y otros estaban casi vacíos. Se preguntaba adónde se dirigirían aquellos trenes, toda aquella gente... Cerró los ojos y empezó a dormitar. Lo sobresaltó el ruido de una locomotora y se apresuró a hacer otra marca con el dedo gordo. Cuando se puso de pie para ir a comer, se dio cuenta de que se había sentado sobre una parte de las marcas y que las había emborronado. Tuvo que ponerse a descifrarlas desesperadamente.

Por la noche, encontró al pathan en uno de los bancos frente a la pensión, tomando té. El hombre sonrió al verlo y dio tres palmadas en el espacio libre que quedaba a su lado.

—Ayer no me trajeron té —se quejó el chico, y le explicó lo que había pasado.

El rostro del pathan se ensombreció; Ziauddin vio que era un hombre recto. También poderoso: sin decir una palabra, se volvió hacia el dueño y lo miró con el ceño fruncido. No pasó un minuto antes de que saliera corriendo un chico con una taza amarilla y se la pusiera a Zia delante. Él aspiró la fragancia del cardamomo y de la leche humeante.

—Han llegado a Kittur diecisiete trenes —dijo—. Y han salido dieciséis. Los he contado todos, como me pidió.

—Bien —dijo el pathan—. Y ahora dime: ¿cuántos de esos trenes llevaban soldados indios?

Ziauddin se lo quedó mirando.

—Repito: ¿cuántos-de-esos-trenes-llevaban-soldados-indios?

—Todos llevaban soldados... No sé...

—Había seis trenes con soldados indios —dijo el pathan—. Cuatro iban a Cochín, dos volvían.

Al otro día, Ziauddin se sentó bajo el árbol media hora antes de que llegara el

primer tren. Hizo una marca con el dedo gordo; en un intervalo, fue a la cafetería de la estación.

—¡Tú no puedes entrar! —le gritó el dueño—. ¡No queremos más líos!

—No voy a armar líos. Esta vez tengo dinero —dijo, poniendo un billete de una rupia en el mostrador—. Mete ese billete en la caja y dame una *samosa* de pollo.

Aquella noche, Zia informó al pathan de que habían llegado once trenes con soldados.

—Buen trabajo.

El hombre, tras alargar el brazo malo, le dio un ligero apretón en cada mejilla. Luego sacó otro billete de cinco rupias, que el chico tomó sin vacilar.

—Mañana quiero que mires cuántos trenes tienen una cruz roja en los lados de los vagones.

Ziauddin cerró los ojos y repitió:

—Cruz roja en los lados. —Se levantó de un salto, hizo un saludo militar y añadió —: ¡Gracias, señor!

El hombre se echó a reír con una risa cálida y cordial, propia de un extranjero.

Al día siguiente, Ziauddin se sentó una vez más a la sombra del árbol y fue haciendo marcas con el dedo gordo en tres columnas distintas. En la primera, el número de trenes. En la segunda, el número de trenes con soldados. En la tercera, el número de trenes con una cruz roja en los vagones.

Dieciséis, once, ocho.

Pasó otro tren; Zia levantó la vista, guiñando los ojos, y luego situó el dedo sobre la primera columna.

Mantuvo el dedo así, suspendido un instante en el aire, y lo depositó en el suelo, procurando no emborronar ninguna marca. El tren salió de la estación y, casi de inmediato, apareció otro lleno de soldados. Pero él no lo añadió a la cuenta. Se había quedado mirando las marcas, como si acabase de descubrir algo en ellas.

El pathan estaba en la pensión cuando Ziauddin llegó a las cuatro. Llevaba rato paseándose entre los bancos con las manos detrás. Se acercó rápidamente al chico.

—¿Tienes el número?

Ziauddin asintió, pero en cuanto se sentaron, le dijo:

—¿Por qué quiere que haga todo esto?

Él se inclinó sobre la mesa y trató de acariciarle el pelo con su brazo débil.

—Por fin lo preguntas —dijo con una sonrisa.

El dueño de la pensión, con aquella barba parecida a una luna creciente, apareció sin que lo llamasen; puso dos tazas de té en la mesa y retrocedió frotándose las manos y sonriendo. El pathan lo despidió con un gesto de la barbilla y dio un sorbo de té. Ziauddin no tocó el suyo.

—¿Sabes adónde van esos trenes llenos de soldados y marcados con cruces rojas?

Meneó la cabeza.

—A Calicut.

El forastero acercó más su rostro. El chico advirtió en él algunos detalles en los que no había reparado: varias cicatrices en la nariz y las mejillas, y una marca en la oreja izquierda.

—El ejército indio está edificando una base entre Kittur y Calicut. Por una sola y única razón... —alzó un dedo—: Para hacer con los musulmanes del sur de la India lo que ya están haciendo con los musulmanes de Cachemira.

Ziauddin contempló su taza de té. Se estaba formando una rizada capa de nata en la superficie.

—Yo soy musulmán —dijo—. Hijo de musulmán también.

—Exacto, exacto. —Sus gruesos dedos tapaban ahora toda la taza—. Escucha: cada vez que vigiles los trenes, te ganarás una pequeña recompensa. Bueno, no siempre cinco rupias, pero algo ganarás. Un pathan cuidando de los demás pathanes. Es una tarea sencilla. Yo me encargaré del trabajo más duro. Tú...

—No me siento bien —dijo Ziauddin—. No podré hacerlo mañana.

El forastero reflexionó un momento.

—Me estás mintiendo. ¿Puedo preguntar por qué?

El chico se pasó un dedo por los labios descoloridos.

—Soy musulmán. Hijo de musulmán también.

—Hay cincuenta mil musulmanes en esta ciudad. —La voz del forastero se había llenado de irritación—. Cada uno de ellos hirviendo de rabia. Dispuesto a la acción. Si te he ofrecido el trabajo ha sido sólo por compasión. Porque me doy cuenta de lo que te han hecho los indios. Si no, se lo habría ofrecido a cualquier otro de esos cincuenta mil hermanos.

Ziauddin apartó su silla de golpe y se puso de pie.

—Pues busque a uno de esos cincuenta mil para que lo haga.

Cuando cruzó la cerca de la pensión, se dio media vuelta. El pathan lo miraba fijamente y le dijo en voz baja:

—¿Es así como me pagas, pequeño pathan?

Ziauddin no dijo nada. Bajó la vista. Lentamente, trazó con el dedo gordo una figura en el suelo: un círculo grande. Inspiró hondo y soltó un ronco silbido.

Luego echó a correr. Se alejó a toda velocidad del hotel, rodeó la estación hacia el lado hindú, corrió hasta el salón de té de Ramanna Shetty, dio la vuelta al local y entró en la tienda azul de la parte trasera donde vivían los empleados. Se sentó dentro, con sus labios descoloridos muy apretados y los dedos entrelazados firmemente sobre las rodillas.

—¿Qué mosca te ha picado? —le dijeron los otros chicos—. No puedes quedarte aquí, ya lo sabes. Shetty te echará.

Lo ocultaron aquella noche, en honor a los viejos tiempos. Cuando despertaron ya se había ido. Ese mismo día fue visto de nuevo en la estación peleándose con los clientes y gritando:

—¡... yo no hago el sinvergüenza!

El plano de la ciudad



En el centro geográfico de Kittur se levanta la fachada de estuco descascarillado del cine Angel una sala de películas pornográficas; por desgracia, cuando los nativos dan indicaciones, utilizan el Angel como punto de referencia. El cine está a mitad de Umbrella Street, el corazón del distrito comercial. Una porción importante de la economía de Kittur se basa en la manufactura de *beedis* liados a mano; no es de extrañar, pues, que el edificio más alto del núcleo urbano sea el Engineer Beedi Building, en la misma Umbrella Street, y que pertenece a Mabroor Engineer, considerado el hombre más rico de la ciudad. No lejos de allí se encuentra la heladería más famosa de Kittur: el salón Ideal Traders de helados y zumos frescos. El cine White Stallion, el único con películas exclusivamente en inglés, es otra de las atracciones de la zona. El Ming Palace, el primer restaurante chino de la ciudad, abrió sus puertas en Umbrella Street en 1986. El templo Ganapati de esta misma calle se inspira en un famoso templo de Goa y en él se celebra una ofrenda anual en honor de la divinidad con cabeza de elefante. Continúe por Umbrella Street hacia el norte del cine Angel; pasada la plaza Nehru y la estación de ferrocarril, llegará al barrio católico de Valencia, cuyo monumento más destacado es la catedral de Nuestra Señora de Valencia. La Doble Puerta, un arco de entrada de la época colonial situado en su extremo más alejado, conduce a la zona de Bajpe, en tiempos un bosque, pero hoy en día un suburbio en rápida expansión. Al sur del cine Angel, la calle asciende hacia la colina del Faro y baja después hasta el Pozo de Agua Fresca. Del transitado cruce que hay junto al Pozo, arranca la carretera que va al Bunder, la zona portuaria.

Al sur del Bunder puede contemplarse el Cañón
del Sultán, un fuerte de piedra negra desde
el que se domina la carretera que
cruza el río Kaliamma y llega
a Salt Market Village,
la población anexa
más meridional
de Kittur.



Primer día (tarde): El Bunder

Después de bajar por la carretera del Pozo de Agua Fresca, y dejar atrás Masjid Road, el visitante empezará a percibir un olor a salitre y advertirá la profusión de puestos de pescado al aire libre, rebosantes de gambas, mejillones, camarones y ostras. Está usted a un paso del mar de Arabia.

El Bunder, la zona alrededor del puerto, es ahora mayoritariamente musulmán. Su monumento principal es el Dargah, la tumba-santuario de Yusuf Ali, una cúpula blanca a la que cada año acuden en peregrinación miles de musulmanes del sur de la India. El viejo baniano que hay detrás de la tumba del santo está siempre engalanado con cintas verdes y doradas, pues se cree que posee el poder de curar a los inválidos.

Decenas de leprosos, mutilados, ancianos y víctimas de parálisis parcial se acucillan en el exterior del santuario pidiendo limosna a los visitantes.

Si camina usted hacia el otro extremo del Bunder, encontrará una zona industrial con docenas de talleres textiles ubicados en lóbregos y viejos edificios. El Bunder presenta el índice de criminalidad más alto de Kittur y, con frecuencia, se producen reyertas a cuchillo, redados policiales y detenciones. En 1987 se desataron disturbios entre hindúes y musulmanes cerca del Dargah y la Policía clausuró la zona durante seis días. Desde entonces, los hindúes se han ido trasladando a Bajpe y a Salt Market Village.

Abbasi descorchó la botella —Johnnie Walker Etiqueta Roja, el segundo mejor whisky conocido en el cielo y la tierra— y sirvió una exigua medida en cada uno de los dos vasos, que llevaban el logo de Air India, clase maharajá. Abrió el frigorífico, sacó un cubo de hielo y puso tres cubitos en cada vaso. Añadió agua fría y removió las bebidas con una cuchara. Luego bajó la cabeza y se dispuso a escupir en uno de los vasos.

«Ah, demasiado simple, Abbasi. Demasiado simple».

Tragó la saliva. Se bajó la cremallera de sus pantalones de algodón y dejó que se le deslizaran por las piernas. Juntando el índice y el corazón de la mano derecha, se los metió bien adentro en el recto; luego los hundió en uno de los vasos y removió.

Volvió a subirse los pantalones y la cremallera. Miró frunciendo el ceño el whisky contaminado; ahora venía lo más difícil: ingeniárselas para que el vaso acabara en manos del hombre adecuado.

Salió de la despensa con una bandeja.

El funcionario del Consejo Estatal de Electricidad, sentado a la mesa de Abbasi, sonrió de oreja a oreja. Era un tipo gordo de tez oscura, con un traje de safari azul y un bolígrafo plateado en el bolsillo de la chaqueta. Abbasi colocó con cuidado la

bandeja sobre la mesa, justo delante de su invitado.

—Por favor —le dijo, con edulcorada hospitalidad.

El funcionario ya se había llevado el vaso a los labios y estaban dándole sorbos y relamiéndose los labios. Se terminó el whisky poco a poco y dejó el vaso en la mesa.

—Bebida de hombres.

Abbasi sonrió con ironía.

El otro se llevó las manos a la barriga.

—Quinientas —dijo—. Quinientas rupias.

Abbasi era un hombre menudo, con una barba veteadada de gris que no trataba de disimular con ningún tinte, como hacían muchos hombres de media edad en Kittur. A él le parecía que esos trazos blancos le daban un aire perspicaz, cosa que le hacía falta, pensaba, porque era consciente de la fama que tenía entre sus amigos de ser un tipo más bien ingenuo y propenso a sufrir accesos de idealismo.

Sus antepasados, que habían servido en los salones reales de Hyderabad, le habían legado un sofisticado sentido de la cortesía y de los buenos modales que él había adaptado a la realidad del siglo xx con toques de paródico sarcasmo.

Juntó las manos en un *namasté* hindú y le hizo una profunda reverencia al funcionario.

—*Sahib*, ya sabe que acabamos de reabrir la fábrica. Ha habido muchos gastos. Si pudiera mostrar usted...

—Quinientas. Quinientas rupias.

El funcionario le dio la vuelta al vaso y observó el logo de Air India con el rabillo del ojo, como si una pequeña parte de él se avergonzara de lo que estaba haciendo. Se señaló la boca con los dedos.

—Uno tiene que comer, señor Abbasi. Los precios suben muy deprisa hoy en día. Desde que murió la señora Gandhi este país se está viniendo abajo.

Abbasi cerró los ojos. Se acercó a su escritorio, abrió un cajón, sacó un fajo de billetes, los contó y le puso el dinero delante al grueso funcionario. Éste, humedeciéndose el dedo a cada billete, los contó uno a uno; luego se sacó del bolsillo una goma elástica y la pasó dos veces alrededor del fajo.

Pero Abbasi sabía que el suplicio no había concluido.

—*Sahib*, en esta fábrica tenemos una tradición. Nunca permitimos que un invitado se vaya sin un regalo.

Pulsó el timbre para llamar a Ummar, su administrador, que entró casi en el acto con una camisa en las manos. Había estado esperando fuera todo el rato.

El funcionario sacó la camisa blanca de la caja de cartón. Examinó el diseño: un dragón dorado cuya cola rodeaba toda la camisa hasta la espalda.

—Es preciosa.

—La enviamos a los Estados Unidos. La llevan los bailarines profesionales; la

llaman «Baile de Salón». Se ponen esta camisa y giran bajo las luces rojas de la discoteca.

Abbasi alzó las manos por encima de la cabeza y dio un par de vueltas, meneando las caderas y las nalgas con aire sugerente; el funcionario lo miró con ojos lascivos.

—Baile un poco más para mí, Abbasi —dijo, aplaudiendo.

Luego se acercó la camisa a la nariz e inhaló tres veces.

—Este estampado —dijo, repasando el contorno del dragón con un dedo rechoncho— es una maravilla.

—Ese dragón es el motivo de que tuviera que cerrar —dijo Abbasi—. Para coserlo hace falta un bordado muy fino. Los ojos de las mujeres que lo hacen acaban dañándose. Un día, alguien me hizo reparar en ello. Y yo pensé: «No quiero tener que responder ante Alá del daño causado a los ojos de mis empleadas». Así que les dije: «Marchaos a casa», y cerré la fábrica.

El funcionario sonrió, irónico. Otro de esos musulmanes que beben whisky e invocan a Alá a cada frase.

Volvió a meter la camisa en la caja y se la puso bajo el brazo.

—¿Qué le ha hecho volver a abrir, entonces?

Abbasi juntó los dedos y se los llevó a la boca.

—Uno tiene que comer, *sahib*.

Bajaron juntos las escaleras; Ummar detrás, a una distancia prudencial. Cuando llegaron abajo, el funcionario vio a su derecha una lóbrega entrada. Dio un paso hacia la oscuridad. En la penumbra distinguió a las mujeres con camisas blancas en el regazo, bordando dragones aún a medio terminar. Quería ver más, pero Abbasi no se movió de su sitio.

—¿Por qué no entra, *sahib*? Lo espero afuera.

Se volvió de cara a la pared mientras Ummar se llevaba al funcionario para enseñarle el taller, presentarle a algunos trabajadores y acompañarlo hasta la salida. El funcionario le tendió la mano a Abbasi antes de marcharse.

«No tendría que haberlo tocado», se dijo cuando hubo cerrado la puerta.

A las seis, media hora después de que las mujeres hubieran abandonado la sala de bordado, Abbasi cerró la fábrica, subió a su Ambassador y condujo desde el Bunder hacia Kittur. Sólo podía pensar en una cosa.

La corrupción. No tiene freno en este país.

En los últimos cuatro meses, desde que había decidido volver a abrir la fábrica, había tenido que sobornar: al hombre de la compañía de electricidad; al del agua; a la mitad del Departamento del Impuesto sobre la Renta de Kittur; a la mitad del Departamento de Aduanas; a seis funcionarios de la compañía telefónica; a un funcionario de contribuciones territoriales del Ayuntamiento de Kittur; al inspector sanitario de la Junta de Salud del Estado de Karnataka; al inspector de la Junta de

Salubridad del Estado de Karnataka; a la delegación del Sindicato de Trabajadores de la Pequeña y Mediana Empresa de la India; a las delegaciones respectivas en Kittur del Partido del Congreso, del Partido Popular Indio, del Partido Comunista y de la Liga Musulmana.

El Ambassador blanco ascendió por el sendero de acceso a una gran mansión encalada. Cuatro noches a la semana, Abbasi iba al club Canara y se encerraba en una salita con aire acondicionado y una mesa de billar para jugar al *snooker* y beber con sus amigos. Tenía buen ojo, pero su puntería se deterioraba después del segundo whisky, de manera que sus amigos procuraban jugar largas rondas con él.

—¿Qué te preocupa, Abbasi? —le dijo Sunil Shetty, dueño de otra fábrica de camisas en el Bunder—. Estás jugando al tuntún esta noche.

—Otra visita del Departamento de Electricidad. Un auténtico hijo de puta esta vez. Un tipo de tez oscura. De casta baja.

Sunil Shetty ronroneó con simpatía; Abbasi falló el tiro.

A media partida, los jugadores se apartaron de pronto de la mesa: un ratón correteaba por el suelo y recorrió las paredes hasta encontrar un agujero y desaparecer.

Abbasi dio un puñetazo en el borde de la mesa.

—¿Queréis decirme adónde va a parar el dinero de nuestras cuotas? ¡Ni siquiera son capaces de mantener limpio el suelo! ¿No veis lo corrupta que es la dirección de este club?

Dicho lo cual, se sentó con la espalda pegada a un cartel que decía: «Las reglas del juego deben respetarse siempre» y miró jugar a los demás, con la barbilla apoyada en la punta del taco de billar.

—Estás muy tenso, Abbasi —le dijo Ramanna Padiwal, que tenía una tienda de telas de seda y rayón en Umbrella Street y era el mejor jugador de *snooker* de la ciudad.

Para demostrar que no era así, Abbasi pidió whisky para todos. Dejaron de jugar, alzaron los vasos envueltos en servilletas de papel y empezaron a beber a pequeños sorbos. Como siempre, de lo primero que hablaron fue del propio whisky.

—¿Sabéis ese tipo que va de casa en casa ofreciendo veinte rupias a cambio de los cajas viejas de Johnnie Walker Etiqueta Roja? —dijo Abbasi—. ¿A quién se las venderá?

Los demás se echaron a reír.

—Para ser musulmán, eres ingenuo de verdad —dijo Padiwal, el vendedor de coches de segunda mano, tras soltar una carcajada—. Se las vende al contrabandista de licores, desde luego. Por eso el Johnnie Walker que compras en la tienda, aunque venga en una botella y una caja auténticas, es de contrabando.

Abbasi repuso lentamente, trazando círculos en el aire con un dedo:

—Entonces, ¿le he vendido la caja... a un tipo que se la venderá... al hombre que destila el mejunje y me lo vende a mí? O sea, ¿me he estafado a mí mismo?

Padiwal le lanzó una mirada alucinada a Sunil Shetty.

—Para ser musulmán —dijo— este tipo es un auténtico...

Ése era el sentimiento generalizado entre los empresarios desde que Abbasi había cerrado su fábrica porque el trabajo dañaba la vista de sus empleadas. La mayoría de los presentes poseían o habían invertido en fábricas que empleaban a las mujeres en idénticas condiciones, y a ninguno se le había pasado por la cabeza cerrarlas porque alguna se quedase ciega de vez en cuando.

—El otro día —dijo Sunil Shetty— leí en el *Times of India* que el jefe de Johnnie Walker ha dicho que en cualquier ciudad pequeña de la India se consume más Etiqueta Roja del que se produce en toda Escocia. En estas tres cosas —las fue contando con los dedos—: Mercado negro, falsificación y corrupción, somos los campeones mundiales. Si las incluyeran en los Juegos Olímpicos, la India se llevaría siempre el oro, la plata y el bronce en las tres modalidades.

Pasada la medianoche, Abbasi salió tambaleante del club y le dio una moneda al guardia que se había levantado de su silla para saludarle y ayudarlo a subirse al coche.

Del todo borracho a aquellas alturas, salió a toda velocidad de Kittur y llegó enseguida al Bunder, donde redujo la velocidad en cuanto sintió la caricia de la brisa marina.

Se detuvo en el arcén al divisar su casa y decidió que necesitaba otro trago. Siempre llevaba una botellita de whisky escondida bajo el asiento para que su mujer no la viera. Al agacharse y deslizar la mano por el suelo, se dio un golpe en la cabeza con el salpicadero, pero encontró la botella y un vaso.

Después de echar un trago, comprendió que no podía volver a casa; su mujer notaría el tufo a alcohol en cuanto cruzara el umbral y le montaría otra escenita. Ella no entendía por qué bebía tanto.

Condujo hasta el Bunder. Aparcó junto al vertedero y caminó hacia un salón de té. Más allá de la pequeña playa, se veía el mar. El aire estaba impregnado de olor a pescado frito.

En la fachada del salón de té, un cartel negro escrito con tiza decía: «Cambiamos moneda pakistaní». Las paredes del local estaban adornadas con fotografías de la Gran Mezquita de la Meca y con un póster de un chico y una chica que se inclinaban con aire reverente ante el Taj Mahal. Afuera había una terraza con cuatro bancos. A un lado, una cabra de manchas marrones atada a un poste masticaba hierba seca.

Había varios hombres sentados en uno de los bancos. Abbasi le tocó el hombro a uno de ellos, que se dio la vuelta.

—Abbasi.

—Mehmood, hermano. Hazme sitio.

Mehmood, un hombre grueso con barbita y sin bigote, se removió un poco y Abbasi se apretujó a su lado. Abbasi había oído decir que Mehmood robaba coches; que sus cuatro hijos los llevaban a un pueblo de la frontera de Tamil Nadu, dedicado exclusivamente a la compraventa de coches robados.

Junto a él, Abbasi reconoció a Kalam, que, según se decía, importaba hachís desde Bombay y lo enviaba a Sri Lanka; a Saif, que había apuñalado a un hombre en Trivandrum, y a un tipo menudo de pelo blanco al que llamaban el Profesor, que estaba considerado como el más turbio de todos.

Eran contrabandistas, ladrones de coches, matones y cosas peores; pero mientras permanecieran juntos tomando té, Abbasi no corría peligro. Era la ley del Bunder. Podían apuñalarte a la luz del día, pero nunca de noche mientras tomabas el té. En cualquier caso, el sentimiento de solidaridad entre musulmanes se había afianzado desde los disturbios.

El Profesor estaba terminando de contar una historia ocurrida en Kittur en el siglo XII. Trataba de un marinero árabe llamado Bin Saad que había avistado la ciudad cuando ya desesperaba de encontrar tierra. Entonces, con las manos alzadas hacia Alá, había prometido que si llegaba sano y salvo a la costa, no volvería a beber ni a jugar.

—¿Mantuvo su palabra?

El Profesor guiñó un ojo.

—Adivínalo.

El Profesor siempre era bien recibido en las tertulias nocturnas del salón de té, porque conocía muchas cosas fascinantes sobre el puerto. Por ejemplo, que su historia se remontaba a la Edad Media, o que el sultán Tipu había instalado allí un cañón de fabricación francesa para ahuyentar a los británicos.

Ahora señaló a Abbasi con un dedo.

—No pareces el de siempre. ¿Qué te atormenta?

—La corrupción —dijo Abbasi—. La corrupción. Es como un demonio que se me ha metido en el cerebro y que se lo está comiendo con tenedor y cuchillo.

Los demás se apiñaron para escuchar mejor. Abbasi era un hombre rico; debía de tener un conocimiento de la corrupción que superaba con creces el de todos ellos.

Cuando les contó lo sucedido aquella mañana, Kalam, el traficante de drogas, sonrió y le dijo:

—Eso no es nada, Abbasi. —Señaló el mar con un gesto—. Yo tengo un barco, la mitad cargado de cemento y la mitad de otra cosa, que lleva esperando un mes entero a doscientos metros mar adentro. ¿Por qué? Porque ese inspector del puerto me está exprimiendo. Le pago y él todavía quiere sacarme más, muchísimo más. Así que el barco sigue ahí a la deriva, con la mitad de cemento y la mitad de otra cosa.

—Yo creía que la situación mejoraría cuando ese joven Rajiv se hizo con las riendas del país —dijo Abbasi—. Pero nos ha decepcionado a todos. Es tan malo como los demás políticos.

—Necesitamos a un hombre que les haga frente —dijo el Profesor—. Un hombre honrado y valiente. Ese hombre haría más por este país de lo que hicieron Gandhi o Nehru.

El comentario fue recibido con asentimiento general.

—Sí —dijo Abbasi, acariciándose la barba—. Y a la mañana siguiente aparecería flotando en el río Kaliaamma. Así.

Adoptó el aire de un cadáver.

Todos asintieron también. Pero incluso antes de pronunciar estas palabras, Abbasi había empezado a pensar: «¿De verdad es así? ¿No podemos hacer nada para combatirlos?».

En el bolsillo del Profesor entrevió el brillo de un cuchillo. El efecto del whisky se le estaba pasando, pero lo había arrastrado a un lugar extraño y la mente también se le empezaba a llenar de ideas extrañas.

El ladrón de coches pidió otra ronda de té, pero Abbasi, bostezando, entrelazó las manos y meneó la cabeza, rechazando la invitación.

Al otro día, se presentó al trabajo a las 10.40 con un tremendo dolor de cabeza.

Ummar le abrió la puerta. Abbasi saludó con un gesto y tomó la correspondencia. Con la cabeza gacha, se dirigió a las escaleras que conducían a su despacho, pero se detuvo. En el umbral del taller, una de las costureras lo miraba fijamente.

—No te pago para que pierdas el tiempo —le espetó.

Ella se dio la vuelta y desapareció. Abbasi subió a toda prisa.

Se puso las gafas, leyó las cartas, luego el periódico, bostezó, tomó té y abrió un libro de contabilidad con el logo del banco Karnataka. Repasó una lista de clientes donde figuraban los que habían pagado y los que no. Seguía pensando en la partida de *snooker* de la noche anterior.

Se abrió la puerta con un chirrido y Ummar asomó la cabeza.

—¿Qué hay?

—Están aquí.

—¿Quién?

—Los del Gobierno.

Dos hombres con camisa de poliéster y pantalones acampanados azules apartaron a Ummar y entraron en el despacho. Uno de ellos, un tipo fornido con una buena barriga y unos bigotes generosos, como los de un luchador de feria, dijo:

—Departamento del Impuesto sobre la Renta.

Abbasi se puso de pie en el acto.

—¡Ummar! ¡No te quedes ahí pasmado! ¡Que una de las mujeres corra a buscar té

al salón de la playa! ¡Y que traiga esas galletas redondas de Bombay también!

El enorme funcionario se sentó ante la mesa sin aguardar a que lo invitaran. Su compañero, un tipo flaco que mantenía las manos enlazadas delante, titubeó nervioso hasta que el otro le indicó con un gesto que se sentara.

Abbasi sonrió. El funcionario de los bigotes empezó a hablar.

—Acabamos de recorrer el taller de la fábrica. Hemos visto a las mujeres que tiene empleadas y hemos comprobado la calidad de las camisas que confeccionan.

Abbasi aguardó sonriendo.

Esta vez la cosa no se hizo esperar.

—Creemos que está ganando mucho más dinero del que nos ha declarado.

A Abbasi le palpitaba el corazón. Pensó que debía calmarse. Siempre hay una solución.

—Mucho, muchísimo más.

—*Sahib, sahib* —dijo Abbasi, peinando el aire con gestos conciliadores—, en esta fábrica tenemos una costumbre: todo el que viene aquí recibe antes de irse un regalo.

Ummar, que sabía de sobra lo que había de hacer, esperaba fuera con dos camisas. Con una sonrisa aduladora, entró y se las ofreció a los funcionarios, que aceptaron el soborno sin pronunciar palabra, aunque el flaco, antes de tomar la suya, miró al grandullón buscando su aprobación.

—¿Qué más puedo hacer por ustedes, *sahibs*? —dijo Abbasi.

El de los bigotes sonrió (su compañero lo imitó) y luego alzó tres dedos.

—Cada uno.

Trescientas por cabeza era demasiado poco. Si hubieran sido auténticos profesionales del Departamento de Impuestos no se habrían conformado con menos de quinientas. Abbasi dedujo que aquellos dos eran unos novatos. Al final, acabarían aceptando cien cada uno, además de las camisas.

—Permítanme que les ofrezca primero un pequeño estimulante. ¿Toman Etiqueta Roja los *sahibs*?

El flaco casi saltó de su asiento de la emoción, pero el grandullón le dirigió una mirada fulminante.

—Etiqueta Roja está bien.

Seguramente, advirtió Abbasi, nunca les habían ofrecido otra cosa que licor de garrafa.

Entró en la despensa, sacó la botella y sirvió tres vasos con el logo de Air India, clase maharajá. Abrió el frigorífico, puso dos cubitos en cada uno y añadió un chorrito de agua helada. Escupió en dos de los vasos y los situó cuidadosamente al otro lado de la bandeja.

La idea se le vino a la cabeza como un meteorito caído de un cielo más puro. No.

Lentamente, se fue desplegando en el interior de su mente. No, no podía darles whisky a aquellos hombres. Quizá se trataba de licor adulterado, vendido en cajas adquiridas con pretextos engañosos. Pero aun así era cien veces demasiado puro para que lo tocaran sus labios.

Se bebió un whisky, y luego el segundo y el tercero.

Diez minutos después, regresó al despacho andando pesadamente. Cerró con llave y apoyó en la puerta todo su peso.

El grandullón se volvió bruscamente.

—¿Por qué cierra?

—*Sahibs*, esto es el puerto del Bunder y tiene antiguas tradiciones y costumbres que se remontan muchos siglos atrás. Cualquiera es libre de venir aquí por su propia voluntad, pero sólo puede marcharse con el permiso de la gente del lugar.

Abbasi se acercó silbando al escritorio, levantó el teléfono y lo esgrimió como un arma ante las narices del grandullón.

—¿Llamo ahora mismo a la Oficina de Impuestos? ¿Averiguo si contaban con autorización para venir aquí? ¿Eh?

Los dos parecían incómodos. El flaco empezó a sudar. «Lo he adivinado —pensó Abbasi—. Es la primera vez que lo hacen».

—Mírense las manos. Han aceptado de mí unas camisas. Son un soborno. Ahí está la prueba.

—Oiga...

—¡No! ¡Oigan ustedes! —gritó Abbasi—. No saldrán vivos de aquí hasta que me firmen una confesión de lo que pretendían hacer. A ver cómo se las arreglan para huir. Esto es el puerto, tengo amigos por todas partes. Bastará con que chasquee los dedos para que acaben flotando en el río Kaliaamma. ¿No me creen?

El grandullón miró al suelo; el otro sudaba copiosamente.

Abbasi abrió y sostuvo la puerta abierta.

—Fuera. —Y con una gran sonrisa, les hizo una profunda reverencia—. *Sahibs*.

Los dos hombres salieron a toda prisa sin decir palabra. Oyó sus pasos apresurados en la escalera y luego el grito de sorpresa de Ummar, que subía el té y las galletas en una bandeja.

Apoyó la cabeza en la fresca superficie de la mesa y se preguntó qué acababa de hacer. En cualquier momento le cortarían la luz; los funcionarios volverían con más hombres y una orden de detención.

Empezó a pasear de un lado para otro. «¿Qué me está pasando?». Ummar lo miraba en silencio.

Para su sorpresa, al cabo de una hora no había llamado nadie de la oficina de impuestos. Los ventiladores seguían funcionando. La luz no se había ido.

Abbasi empezó a albergar esperanzas. Esos tipos eran unos principiantes. Tal vez

habían vuelto a la oficina y habían seguido trabajando. Incluso si se habían quejado, los funcionarios del Gobierno actuaban con cautela en el Bunder desde los disturbios; quizá no querían enemistarse ahora con un hombre de negocios musulmán. Contempló el Bunder por la ventana. Aquel puerto violento y podrido, lleno de basura, plagado de carteristas y matones armados con cuchillos... parecía el único lugar donde uno se hallaba a salvo de la corrupción de Kittur.

—¡Ummar! —gritó—. Me voy a ir más pronto al club. Llama a Sunil Shetty y dile que vaya cuanto antes. ¡Tengo una gran noticia que darle! ¡He derrotado a la oficina de impuestos!

• • •

Bajó las escaleras corriendo y se detuvo en el último peldaño. A su derecha se hallaba abierta la entrada del taller. En las últimas seis semanas, desde que había vuelto a abrir la fábrica, no había cruzado aquel umbral. Ummar se había ocupado de todo. Pero ahora aquella entrada oscura se le había vuelto ineludible.

Sintió que no le quedaba más remedio que entrar. Se daba cuenta ahora de que todo lo ocurrido esa mañana había sido, en cierto modo, una trampa para llevarlo hasta allí, para obligarle a hacer lo que había evitado desde la reapertura.

Las mujeres estaban sentadas en el suelo del taller, apenas iluminado por los fluorescentes que parpadeaban en el techo. Cada una ocupaba un puesto indicado con un número pintado en la pared con letras rojas. Sostenían las camisas blancas casi pegadas a los ojos y las iban cosiendo con hilo dorado. Se detuvieron al verlo. Abbasi les indicó que continuaran. No quería que fijaran sus ojos en él. Aquellos ojos que se iban dañando mientras confeccionaban las maravillosas camisas que él vendería a los bailarines americanos.

¿Dañando? No, ésa no era la palabra. No era la razón de que las hubiera arrinconado en aquel cuarto.

Todas las mujeres que había allí se estaban quedando ciegas.

Se sentó en una silla en el centro del taller.

El oculista se lo había dejado bien claro: aquel tipo de bordado tan fino que precisaban las camisas les destruía la retina. Incluso le había mostrado con los dedos el grosor de las cicatrices que les dejaba. Por mucho que mejorase la iluminación, el impacto en la retina no disminuiría. El ojo humano no estaba hecho para mirar durante horas unos dibujos tan intrincados. Ya se habían quedado ciegas dos mujeres; por eso había cerrado la fábrica. Cuando abrió de nuevo, todas sus antiguas empleadas volvieron de inmediato. No ignoraban su destino, pero no podían conseguir otro trabajo.

Abbasi cerró los ojos. Lo único que deseaba en ese momento era que Ummar le

gritara que lo necesitaban arriba con urgencia.

Pero nadie acudió a rescatarlo y permaneció en aquella silla mientras las mujeres que lo rodeaban seguían cosiendo; mientras sus dedos no paraban de hablarle: «¡Nos estamos quedando ciegas! ¡Míranos!».

—¿Le duele la cabeza, *sahib*? —oyó que le decía una mujer—. ¿Quiere que vaya a buscarle una aspirina y un vaso de agua?

Incapaz de mirarla siquiera, Abbasi dijo:

—Haced el favor de marcharos a casa. Volved mañana. Pero hoy marchaos a casa, por favor. Cobraréis igual.

—¿Está descontento con nosotras, *sahib*?

—No. Por favor, marchaos a casa. Cobraréis por todo el día. Volved mañana.

Oyó el rumor de sus pasos. Ya debían de haber salido.

Habían dejado todas las camisas en sus puestos. Tomó una; el dragón estaba sólo bordado a medias. Frotó la tela entre los dedos. Notaba la delicada trama de la corrupción.

«La fábrica está cerrada. Ya está, ¿contento? La fábrica está cerrada», habría deseado gritarle al dragón.

¿Y después? ¿Quién enviaría a su hijo al colegio? ¿Acabaría también en el muelle con un cuchillo en el bolsillo y robaría coches como Mehmood? Las mujeres se irían a otra fábrica a hacer el mismo trabajo.

Se dio una palmada en el muslo.

Miles y miles de hombres, sentados en salones de té, en universidades y centros de trabajo, maldecían la corrupción día y noche. Pero ninguno había encontrado el modo de matar a ese demonio sin ceder su parte del botín. Así pues, ¿por qué él, precisamente él —un vulgar hombre de negocios aficionado al whisky y al *snooker*, y a los cotilleos de los matones—, tenía que aportar una respuesta?

Pero, al cabo de un momento, cayó en la cuenta de que ya tenía una respuesta.

Le ofreció un trato a Alá. Él iría a la cárcel, pero su fábrica seguiría funcionando. Cerró los ojos y le rezó a su dios para que aceptara aquel trato.

Pero pasó una hora y nadie había venido a detenerlo.

Abbasi abrió una ventana de su despacho. Sólo veía edificios, una carretera congestionada y viejos muros. Abrió todas las ventanas, pero sólo veía muros y más muros. Subió al tejado y se agachó por debajo del tendedero para salir a la terraza. Al llegar al borde, puso un pie en el tejadillo que sobresalía sobre la fachada de la fábrica.

Desde allí se divisaban los límites de Kittur. Junto a la costa se sucedían, uno tras otro, un minarete, la aguja de una iglesia y la torre de un templo, como si fueran los postes indicadores que identificaban las tres religiones de la ciudad a los viajeros que llegaban por mar.

Abbasi contempló el mar de Arabia, que se extendía más allá de Kittur. El sol brillaba en el cielo. Un barco salía del Bunder lentamente y se aproximaba a la zona donde las aguas azules cambiaban de color y adquirían un tono más intenso; estaba a punto de entrar en un tramo destellante de sol, en un oasis de pura luz.

Segundo día: La colina del Faro

Tras degustar un *curry* de gambas y arroz en el Bunder, quizá desee visitar la colina del Faro y sus alrededores. El famoso faro, construido por los portugueses y renovado por los británicos, ya no se utiliza. Un viejo guardia con uniforme azul se halla sentado al pie del monumento. Si los visitantes van mal vestidos o le hablan en tulu o canarés, dirá: «¿No ven que está cerrado?». Si los visitantes van bien vestidos o hablan inglés, dirá: «Bienvenidos». Les hará entrar y subir por la escalera de caracol hasta arriba, donde hay una vista espectacular del mar de Arabia.

El Ayuntamiento ha montado hace poco una sala de lectura en el interior del faro. La colección incluye *La historia de Kittur*, del padre Basil d'Essa, S. J. El parque Deshpremi Hemachandra Rao, que se extiende alrededor, fue bautizado así en honor del defensor de la libertad que colgó en el faro una bandera tricolor durante el dominio británico.

Ocurre al menos dos veces al año. El preso, con las muñecas esposadas, camina a grandes zancadas hacia la comisaría de la colina del Faro con la cabeza bien alta y una expresión de insolente aburrimiento en la cara; detrás, siguiéndole y casi correteando para mantenerse a su altura, dos agentes de Policía sostienen la cadena adosada a las esposas. Lo raro es que parece como si el de las esposas arrastrara a los policías, igual que un tipo que sacase a un par de monos de paseo.

En los últimos nueve años, este hombre, conocido como *Xerox Ramakrishna*, ha sido detenido veintiuna veces en la acera de granito que hay frente al parque Deshpremi Hemachandra Rao por la venta —a precio rebajado— de libros fotocopiados o impresos ilegalmente a los alumnos del colegio San Alfonso. Un policía se presenta por la mañana, cuando Ramakrishna está sentado con todos sus libros desparramados en una sábana azul; pone su bastón sobre la mercancía y dice:

—Vamos, Xerox.

El vendedor de libros se vuelve hacia su hija de once años, Ritu, que le ayuda en el negocio, y le dice:

—Vete a casa y pórtate bien, cariño.

Y dicho esto, muestra las muñecas para que lo esposen.

Ya en la cárcel, le quitan la cadena y lo meten en una celda. Él, aferrado a los barrotes, entretiene a los policías con historias destinadas a congraciarse con ellos. Les cuenta un cuento verde sobre una chica del colegio a la que ha visto esa mañana con unos vaqueros de estilo norteamericano; o los informa de una nueva palabrota en tulu que ha oído en el autobús cuando iba a Salt Market Village; o quizá, si les apetece una diversión más prolongada, les relata —tal como ha hecho ya muchas

veces— la historia de lo que hizo su padre toda la vida para ganarse el sustento, es decir, limpiar la mierda de las casas de los señores ricos: la ocupación tradicional de la gente de su casta. Durante el día entero, el viejo deambulaba junto al muro trasero de la casa, esperando percibir el olor a mierda humana; en cuanto lo notaba, se acercaba y aguardaba con las rodillas dobladas, igual que un bateador de críquet esperando la pelota. (Xerox doblaba las rodillas para mostrarlo). Entonces, en cuanto oía el ruido de la cisterna, tenía que sacar el orinal por un agujero de la pared, vaciarlo en los rosales, limpiarlo bien con su taparrabos e introducirlo otra vez antes de que la siguiente persona usara el retrete.

—Ése era el trabajo que hizo toda su vida, ¿pueden creerlo?

Los carceleros se ríen.

Le traen *samosas* envueltas en papel de periódico y le ofrecen un *chai*. Lo consideran un tipo decente. Lo sueltan a mediodía; él les hace una reverencia y les da las gracias. Entonces Miguel D'Souza, el abogado de los editores y los libreros de Umbrella Street, llama a la comisaría y les grita:

—Pero... ¿cómo? ¿Lo han soltado otra vez? ¿Es que las leyes no significan nada para ustedes?

El inspector de la comisaría, Ramesh, mantiene el teléfono a cierta distancia y ojea el periódico, buscando la información de la bolsa de Bombay. Es lo único que quiere hacer en esta vida: repasar las cotizaciones de bolsa.

A media tarde, Xerox ya está de vuelta. Los ejemplares fotocopiados o chapuceramente impresos de Karl Marx, de *Mein Kampf* y de otros títulos, así como de películas y discos, están esparcidos sobre la sábana azul tendida en la acera de la colina del Faro. La pequeña Ritu, sentada con la espalda muy recta, vigila a los clientes que manosean los libros y les echan un vistazo.

—Ponlo otra vez en su sitio —les dice, cuando no se deciden a comprarlos—. Ponlo exactamente donde estaba.

—¿*Contabilidad para Exámenes de Ingreso*? —le pregunta uno a Xerox.

—¿*Obstetricia Avanzada*? —grita otro.

—¿*La alegría del sexo*?

—¿*Mein Kampf*?

—¿Lee Iacocca?

—¿A cuánto me lo dejas? —dice un joven, hojeando un libro.

—Setenta y cinco rupias.

—Venga ya, ¿quieres matarme? Es demasiado.

El joven se aleja unos pasos, da media vuelta y dice:

—Dime el precio mínimo, no quiero perder más tiempo.

—Setenta y dos rupias. Lo tomas o lo dejas. Tengo otros clientes.

Los libros se fotocopian, o se imprimen a veces, en una vieja imprenta de Salt

Market Village. A Xerox le encanta toda aquella maquinaria. No para de acariciar la fotocopidora; adora ese modo que tiene de destellar como un relámpago a medida que trabaja; sus zumbidos, el runrún que hace. No entiende el inglés, pero sí sabe que las palabras inglesas poseen un poder y que los libros ingleses tienen un aura. Observa la imagen de Adolf Hitler en la portada de *Mein Kampf* y siente su poder. Mira el rostro de Kahlil Gibran, ese rostro poético y misterioso, y percibe el misterio y la poesía. Mira la pose relajada de Lee Iacocca, sentado con las manos detrás de la cabeza, y se siente relajado. Por eso le dijo una vez al inspector Ramesh:

—No pretendo crearle ningún problema a usted ni a los editores, señor; yo, simplemente, amo los libros: me encanta fabricarlos, tocarlos, venderlos. Mi padre limpiaba mierda para ganarse la vida. Ni siquiera sabía leer o escribir. Se sentiría orgulloso si viera que yo me gano la vida con los libros.

Sólo una vez ha tenido Xerox problemas de verdad con la Policía. Fue cuando alguien llamó a la comisaría y dijo que estaba vendiendo copias pirateadas de *Los versos satánicos*, de Salman Rushdie, lo que constituía una violación de las leyes de la República de la India. En aquella ocasión, cuando lo llevaron esposado a comisaría, no hubo cortesías ni tazas de *chai*.

Ramesh lo abofeteó.

—¿No sabes que ese libro está prohibido, hijo de mujer calva? ¿Qué pretendes? ¿Provocar una revuelta entre los musulmanes? ¿Que a mí y a todos los demás agentes nos destinen a Salt Market Village?

—Perdón —suplicaba Xerox—. No tenía ni idea de que fuera un libro prohibido, de veras... Sólo soy el hijo de un hombre que limpiaba mierda, señor. Se pasaba el día esperando a que sonara la cisterna. Sé cuál es mi sitio, señor. Ni en sueños se me pasaría por la cabeza desafiarlo. Ha sido un error, señor. Discúlpeme.

D'Souza, el abogado de los librerías, un hombre bajito con el pelo negro y aceitoso y un pulcro bigote, se enteró de lo sucedido y se presentó en la comisaría. Examinó el libro prohibido, un abultadísimo ejemplar en rústica con la imagen de un ángel en la portada, y meneó la cabeza con aire incrédulo.

—Este maldito hijo de intocable... se ha creído que puede fotocopiar *Los versos satánicos*. Menudas pelotas.

Se sentó ante el escritorio del inspector y le gritó:

—¡Ya le dije que acabaría sucediendo algo así si no lo castigaba! ¡Usted es el responsable!

Ramesh le lanzó una mirada feroz a Xerox, que estaba tendido con aire contrito en la celda.

—No creo que nadie lo haya visto. No pasará nada.

Para calmar un poco al abogado, le pidió a un agente que fuese a buscar una botella de ron Old Monk. Los dos se pusieron a charlar un rato.

Ramesh leyó en voz alta algunos pasajes del libro.

—No entiendo a qué viene tanto alboroto —dijo.

—Cosas de musulmanes —dijo D’Souza, meneando la cabeza—. Gente violenta. Violenta.

Llegó la botella de Old Monk. Se la bebieron en media hora y el agente fue a buscar otra. En su celda, Xerox seguía inmóvil en el camastro mirando el techo. El policía y el abogado continuaron bebiendo. D’Souza le habló a Ramesh de sus frustraciones y el inspector le habló al abogado de las suyas. Uno habría deseado ser piloto, elevarse entre las nubes y perseguir a las azafatas... El otro se habría conformado con estudiar el mercado de valores. Con eso le habría bastado.

A medianoche, Ramesh le preguntó al abogado:

—¿Quiere que le cuente un secreto? —Con sigilo, acompañó al abogado hasta la celda y se lo mostró. Uno de los barrotes podía quitarse. El inspector lo desplazó, lo sacó y luego volvió a ponerlo en su sitio—. Así es como se ocultan las pruebas —le dijo—. No es que suceda a menudo en esta comisaría. Pero se hace así, cuando se hace.

El abogado soltó una risita. Sacó el barrote, se lo puso en el hombro, como un cetro, y dijo:

—¿A que parezco el dios Hanuman?

—Igualito que en la televisión —dijo el policía.

El abogado le pidió que abriera la puerta, y así lo hizo.

Miraron al prisionero, que dormía en el catre tapándose la cara con un brazo para protegerse de la luz agresiva de la bombilla que tenía encima de la cabeza. Por debajo de la camisa barata de poliéster, se veía un tramo de piel desnuda y asomaba un matojo de pelo oscuro y tupido, que a los dos les pareció que debía proceder de la ingle.

—Este intocable hijo de puta... Mira cómo ronca.

—Su padre limpiaba mierda... ¡Y el tipo se cree que nos va a cubrir de mierda a nosotros!

—Vendiendo *Los versos satánicos*. Sería capaz de hacerlo delante de mis narices, el tío.

—Esta gente se ha creído ahora que la India es suya, ¿no es cierto? Quieren todos los trabajos, todos los títulos universitarios y todos...

Ramesh le bajó los pantalones al hombre, que aún roncaba, y alzó el barrote bien arriba mientras el abogado decía:

—¡Hazlo como Hanuman en la tele!

Xerox se despertó dando gritos. Ramesh le pasó el barrote a D’Souza. Ahora el abogado y el policía empezaron a turnarse: uno le machacaba las piernas a Xerox, justo a la altura de la rodilla, como hacía el dios mono en la tele, y el otro le

machacaba las piernas por debajo de la rodilla, igual que el dios mono en la tele, y luego el otro le machacaba las piernas por encima de las rodillas... Al final, riéndose y dándose besos, salieron los dos tambaleantes, ordenando a voces que alguien cerrara la comisaría.

A lo largo de la noche, cada vez que se despertaba, Xerox reanudaba sus gritos y lamentos.

Por la mañana, nada más entrar, Ramesh se tropezó con un agente que le contó lo de Xerox.

—Mierda, no ha sido un sueño —dijo.

Ordenó que lo trasladaran al hospital del distrito Havelock Henry y pidió que le trajeran el periódico para revisar las cotizaciones de bolsa.

A la semana siguiente, Xerox apareció en la comisaría con mucho estrépito, porque iba con muletas, seguido de su hija.

—Podrá romperme las piernas, pero yo no voy a dejar de vender libros. Es mi destino, señor —dijo con una gran sonrisa.

Ramesh también sonrió, pero rehuyó su mirada.

—Me voy a la colina, señor —dijo Xerox, levantando una muleta—. Voy a vender el libro.

Ramesh y los demás policías lo rodearon a él y a su hija y le suplicaron. Xerox quería que llamaran a D'Souza, y así lo hicieron. El abogado se presentó con su grasienta peluca, acompañado de dos ayudantes, que también iban con toga negra y peluca. Cuando supo por qué lo había llamado la Policía, D'Souza estalló en carcajadas.

—Este tipo les está tomando el pelo —le dijo a Ramesh—. Es imposible que suba a la colina con las piernas así.

D'Souza apuntó a Xerox con un dedo en el bajo vientre.

—Y si se te ocurre venderlo de verdad, no serán sólo las piernas lo que te rompamos la próxima vez.

Un agente se rio.

Xerox miró a Ramesh con su sonrisa adulatora de siempre. Hizo una profunda reverencia, uniendo las palmas, y dijo:

—Que así sea.

D'Souza se sentó a beber ron Old Monk con el policía y empezaron una partida de cartas. Ramesh le dijo que había perdido dinero en la bolsa la semana anterior; el abogado se sorbió los dientes, meneó la cabeza y dijo que en una gran ciudad como Bombay todos son tramposos, mentirosos o matones.

Xerox se dio media vuelta y salió con sus muletas de la comisaría, seguido de su hija. Se encaminaron a la colina del Faro. Les costó dos horas y media subir la cuesta, y tuvieron que parar seis veces para que Xerox se tomara un té o un vaso de zumo de

caña de azúcar. Al llegar, su hija extendió la sábana azul frente al parque Deshpreni Hemachandra Rao. Xerox se deslizó hacia el suelo, se sentó sobre la sábana, extendió las piernas poco a poco y luego puso delante un abultado libro en rústica. Su hija se sentó también, sin quitarle ojo al libro, con la espalda muy recta. Era una obra prohibida en toda la República de la India y era lo único que Xerox pretendía vender aquel día: *Los versos satánicos*, de Salman Rushdie.

Segundo día (tarde): Colegio San Alfonso de enseñanza secundaria y preuniversitaria para chicos

A poca distancia del parque se levanta una enorme torre gris de estilo gótico que luce en la fachada un escudo de armas y el eslogan: «Lucet et ardet». Es el colegio San Alfonso de enseñanza secundaria y preuniversitaria para chicos, fundado en 1858: una de las instituciones educativas más antiguas del estado de Karnataka. Esta escuela jesuita es la más famosa de Kittur y muchos de sus discípulos han acabado estudiando en el Instituto Indio de Tecnología, en el Colegio Regional de Ingeniería del estado de Karnataka y en otras prestigiosas universidades nacionales y extranjeras.

Habían pasado muchos segundos, quizás incluso un minuto, desde la explosión, pero Lasrado, el profesor de Química, no se había movido. Permanecía sentado ante su escritorio, con los brazos separados y la boca abierta. El humo procedía de un banco del fondo. Un polvo amarillo había inundado toda el aula y el aire olía a fuegos artificiales. Los alumnos ya habían salido todos y observaban a través del cristal de la puerta.

Gomati Das, el profesor de Cálculo, llegó desde el aula contigua, seguido por la mayor parte de su clase; luego apareció el profesor Noroña, el tipo de Inglés y de Historia Antigua, con su propio rebaño de curiosos. El padre Almeida, el director, se abrió paso a empujones entre la multitud y entró en el aula, con la boca y la nariz tapadas con la mano. Bajándola un poco para hablar, gritó:

—¿Qué significa este disparate?

Sólo quedaba Lasrado en el interior de la clase; seguía frente a su escritorio como el muchacho heroico que no se decide a abandonar la cubierta en llamas.

—Una bomba en clase, *padre* —respondió en tono monocorde—. En el banco del fondo. Ha *efplotado* durante la lección. Como un minuto *después* de que empezara a hablar.

El padre Almeida escrutó entre el humo espeso, guiñando los ojos, y se volvió para mirar a los chicos.

—La juventud de este país se ha ido al diablo... ¡y acabará arruinando la reputación de sus padres y sus abuelos!

Cubriéndose la cara con el brazo, caminó con cautela hacia el banco, que se había volcado al producirse la detonación.

—La bomba sigue echando humo —gritó—. Cierre las puertas y llame a la

Policía.

Tocó a Lasrado en el hombro.

—¿Me ha oído? Hemos de cerrar las puertas y...

Rojo de vergüenza y tembloroso de rabia, Lasrado se volvió bruscamente y, dirigiéndose al director, a los profesores y los alumnos, bramó:

—¡Hijos *de futa!* ¡Hijos *de futa!*

En cuestión de minutos, el colegio entero se vació; los chicos se agolparon en el jardín o en el pasillo del ala de Ciencia e Historia Natural, donde el esqueleto de un tiburón encontrado unas décadas atrás en la playa se hallaba colgado del techo a modo de curiosidad científica. Un grupito de alumnos se mantenía aparte bajo la sombra de un enorme baniano. Se los distinguía de los demás por los pantalones plisados que llevaban, con la etiqueta bien visible a un lado o en el bolsillo trasero, y por su aire engreído. Eran cinco: Shabbir Ali, hijo del propietario del único videoclub de la ciudad; los gemelos Bakht —Irfan y Rizvan—, hijos de un traficante del mercado negro; Shankara P. Kinni, cuyo padre trabajaba como cirujano plástico en el Golfo, y Pinto, el vástago de los dueños de una plantación de café.

Uno de ellos había puesto la bomba. Los cinco habían sufrido ya múltiples periodos de expulsión temporal por mal comportamiento; iban un año atrasados debido a sus malas calificaciones y se hallaban bajo amenaza de expulsión definitiva por insubordinación. Si alguien había puesto una bomba, tenía que ser uno de esa pandilla.

Y eso mismo parecían pensar ellos.

—¿Has sido tú? —le preguntó Shabbir Ali a Pinto, que meneó la cabeza.

Ali miró a los demás, uno a uno, repitiendo silenciosamente la pregunta.

—Pues yo tampoco —dijo por fin.

—Quizás haya sido Dios —dijo Pinto, y todos empezaron a reírse tontamente.

Pero eran conscientes de que todo el mundo sospechaba de ellos. Los gemelos Bakht dijeron que se iban al Bunder a comer cordero *biryani* y a mirar las olas; Shabbir Ali debió de irse al videoclub de su padre o a mirar una película pornográfica en su casa; Pinto debió de acompañarle, seguramente.

Sólo uno de ellos se quedó en la escuela.

No podía irse todavía; le gustaba demasiado todo aquello: el humo, la confusión. Mantuvo apretado el puño.

Se mezcló con los demás, escuchando la algarabía de voces, degustándola con delectación. Algunos chicos habían vuelto adentro; se asomaban por los balcones de las tres plantas del colegio y les hablaban a gritos a los del patio, lo cual contribuía a aumentar el zumbido general, como si la escuela fuese una colmena aporreada con un palo. Era muy consciente de que todo aquel jaleo era obra suya: los alumnos hablaban

de él, los profesores lo maldecían. Él era el dios de la mañana.

Durante largos años aquella institución lo había tratado brutalmente: los profesores lo habían golpeado con la vara, los directores lo habían enviado a casa, lo habían amenazado con la expulsión definitiva. (Estaba seguro, además, de que la escuela se había burlado de él a sus espaldas por ser un hoyka, un miembro de las castas bajas).

Pues ahora había respondido. Seguía apretando el puño.

—¿Tú crees que habrán sido los terroristas? —dijo un chico—. ¿Los cachemires o los punyabíes...?

«¡No, idiotas! —habría deseado gritar—. ¡He sido yo! ¡Shankara! ¡El de baja casta!».

Observó al profesor Lasrado, todavía con el pelo desaliñado y rodeado de sus alumnos preferidos, los «buenos chicos», entre los cuales buscaba apoyo y ayuda.

Cosa extraña: sentía el impulso de aproximarse y darle una palmadita en el hombro, como diciendo: «Tío, me hago cargo de tu dolor, comprendo tu humillación, comparto tu rabia», y terminar así la larga lucha que mantenía con el profesor de Química. Sentía el deseo de ser uno de los alumnos en los que Lasrado confiaba en momentos como aquéllos: uno de los «buenos chicos». Pero se trataba de un deseo menor. El principal era regocijarse. Observó que Lasrado sufría y sonrió.

Miró a su izquierda; alguien acababa de decir: «Ya llega la Policía».

Corrió al patio trasero del colegio, abrió una verja y descendió por el largo tramo de peldaños de piedra que daban acceso a la escuela preuniversitaria. Desde que habían abierto un nuevo pasaje a través del campo de juegos, ya prácticamente nadie usaba ese camino.

Aquella calle se llamaba Old Court Road. La corte de justicia había sido trasladada hacía mucho y los abogados también se habían mudado; la calle misma había estado cerrada durante mucho tiempo, tras producirse allí el suicidio de un hombre de negocios. Shankara había bajado por esa calle desde su infancia, era su zona preferida de la ciudad. Aunque habría podido decirle a su chófer que lo recogiera en la puerta del colegio, el hombre tenía instrucciones de esperar en aquel lado.

La calle estaba flanqueada de banianos; pero aun caminando por la sombra, Shankara sudaba copiosamente. (Siempre le pasaba lo mismo: enseguida se ponía a sudar, como si un calor irreprimible bullera en su interior). A la mayoría de los chicos sus madres solían ponerles un pañuelo en el bolsillo, pero Shankara nunca llevaba uno encima y había adoptado un sistema salvaje: arrancó varias hojas grandes de un árbol cercano y se frotó los brazos y las piernas una y otra vez, hasta que la piel le quedó enrojecida e irritada.

Ahora ya se sentía seco.

A media pendiente, salió de la calle, cruzó un grupo de árboles y entró en un claro que quedaba completamente oculto salvo para quienes conocían aquel escondrijo. Bajo la enramada, había una estatua de Jesús de bronce oscuro. Shankara la conocía desde hacía mucho, desde que se había tropezado con ella de niño, jugando al escondite. Había algo raro en esa estatua; con su piel oscura, con la expresión torcida de sus labios y sus ojos brillantes, parecía más una imagen del demonio que del Salvador. Incluso las palabras que figuraban en la base, «Yo soy la resurrección y la vida», parecían mofarse de Dios.

Advirtió que todavía quedaba un poco de fertilizante al pie de la estatua: los restos del mismo polvo que había usado para hacer detonar la bomba. Cubrió rápidamente aquel polvo con hojas secas. Luego se inclinó ante la imagen de Jesús.

—Hijos de *futa* —dijo, con una risita.

Pero, al hacerlo, sintió como si su gran victoria hubiese quedado reducida a aquella risita.

Se sentó junto a la estatua y toda la tensión y la emoción se fueron aplacando poco a poco en su interior. Las imágenes de Jesús siempre lo serenaban. En una época había pensado en convertirse al cristianismo; entre los cristianos no había castas. Cada hombre era juzgado únicamente por lo que había hecho a lo largo de su vida. Pero después de cómo lo habían tratado los sacerdotes jesuitas —un lunes por la mañana, lo habían apaleado en el patio delante de todo el colegio—, se había jurado a sí mismo que nunca se haría cristiano. No había mejor institución para impedir que los hindúes se convirtieran al cristianismo que la escuela católica.

Le dijo adiós a Jesús con la mano y, después de comprobar que no se veía el fertilizante alrededor de la base de la estatua, echó a caminar otra vez cuesta abajo.

El chófer, un hombre de tez oscura con un desaliñado uniforme caqui, lo esperaba a media calle.

—¿Qué haces aquí? —le gritó el chico—. Te lo tengo dicho: espérame al pie de la cuesta. ¡Nunca subas por esta calle!

El hombre le hizo una reverencia con las palmas juntas.

—No se enfade..., señor. He oído... una bomba... Su madre me ha pedido que me asegurase...

Qué deprisa corrían las noticias. La explosión ya lo superaba a él mismo; había adquirido vida propia.

—Ah, la bomba... No ha sido nada serio —le dijo, mientras bajaban caminando. «¿No será un error?», se preguntó enseguida. ¿No debería haber exagerado?

Tampoco resultaba muy halagador que su madre hubiera mandado al chófer a buscarlo como si fuera un crío... ¡Él, que había puesto la bomba! Apretó los dientes. El chófer le abrió la puerta del Ambassador blanco, pero él en lugar de subirse, empezó a gritarle:

—¡Cabrón! ¡Hijo de mujer calva!

Hizo una pausa para recobrar el aliento y añadió:

—¡Hijo de *futa*! ¡Hijo de *futa*!

Riéndose histéricamente, subió al coche mientras el chófer no dejaba de mirarlo.

De camino a casa, pensó que cualquier otro señor podía contar con la lealtad de su chófer. En cambio, Shankara no esperaba nada del suyo; sospechaba que era un brahmán.

Mientras aguardaban ante un semáforo, oyó a dos damas en el Ambassador de al lado, hablando de la explosión:

—... la Policía ha precintado toda la escuela, eso dicen. Nadie puede salir hasta que encuentren al terrorista.

Se le ocurrió que había tenido suerte; si se hubiera quedado más rato, habría caído en la trampa de la Policía.

Cuando llegó a su mansión, entró corriendo por la puerta de atrás y subió a su habitación. Al principio, había pensado enviar un manifiesto al *Dawn Herald*: «Ese tal Lasrado es un idiota y la bomba ha estallado en su clase para demostrárselo al mundo entero». Ahora no podía creer que se hubiera dejado el papel encima de su escritorio; lo rompió en pedazos en el acto. Luego, pensando que quizá sería posible unir los trozos y reconstruir el mensaje, estuvo a punto de tragárselos todos, pero al final decidió tragarse sólo los que contenían las sílabas clave: «rado», «bo», «clase». Los demás los quemó con su mechero.

Además, pensó con una ligera sensación de náuseas mientras el papel se removía en su estómago, aquél no era el mensaje adecuado que había que enviar a la prensa, porque últimamente su ira no apuntaba sólo a Lasrado, sino que llegaba mucho más lejos. Si la Policía le exigía una declaración, lo que diría sería lo siguiente: «He hecho estallar una bomba para acabar con este sistema de castas de cinco mil años de antigüedad que todavía sigue vigente en nuestro país. He hecho estallar una bomba para demostrar que ningún hombre debe ser juzgado, como yo lo he sido, por una simple circunstancia de su nacimiento».

Esas frases tan nobles lograron que se sintiera mejor. Estaba seguro de que le darían un tratamiento especial en la cárcel, como a una especie de mártir. Los comités de autopromoción de los hoyka organizarían marchas en su defensa y la Policía no se atrevería a ponerle la mano encima. Quizá, cuando lo soltaran, habría multitudes que lo recibirían entre aclamaciones y que lo impulsarían a iniciar una carrera política.

Ahora pensaba que tenía que enviar al precio que fuera una carta anónima al periódico. Tomó una hoja nueva y empezó a escribir, aunque se le revolvía el estómago a causa del papel que se había tragado.

¡Ya la tenía! Volvió a leerla de cabo a rabo.

«Manifiesto de un hoyka agraviado. Por qué ha estallado hoy la bomba».

Pero entonces reconsideró la idea. Nadie ignoraba que él era un hoyka. Lo sabía todo el mundo. Murmuraban sobre ello, de hecho, y sus cuchicheos eran como el zumbido sin rostro que resonaba esa mañana en el exterior de las aulas. Todos en el colegio, e incluso en la ciudad entera, sabían que por muy rico que fuera Shankara Prasad, no pasaba de ser el hijo de una mujer hoyka. Si enviaba aquella carta, deducirían que había sido él quien había puesto la bomba.

De repente, dio un brinco. Pero no era nada; sólo el grito de un vendedor de verdura, que se había detenido con su carro detrás de la casa:

—¡Tomates, tomates! ¡Tomates rojos maduros! ¡Vengan a por sus tomates rojos maduros!

Le entraron ganas de bajar al Bunder y alojarse en un hotel barato bajo otro nombre. Allí nunca lo encontrarían.

Se paseó un rato por la habitación. Luego cerró de un portazo, se zambulló en la cama y se tapó con la sábana. Pero aun así, seguía escuchando al vendedor:

—¡Tomates! ¡Tomates rojos maduros! ¡Apresúrense antes de que se pudran!

Su madre estaba mirando una vieja película hindi en blanco y negro que había alquilado en el videoclub del padre de Shabbir Ali. Así era como pasaba ahora las mañanas, entregada a su adicción a los viejos melodramas.

—Shankara, me han dicho que se ha armado un alboroto en el colegio —dijo, volviéndose, cuando lo oyó bajar.

Él, sin hacerle caso, se sentó a la mesa. Ya no recordaba la última vez que le había dirigido una frase entera a su madre.

—Shankara —dijo su madre, poniéndole delante una tostada—, va a venir tu tía Urmila. Quédate en casa hoy.

Él le dio un mordisco a la tostada, sin responder a su madre. La encontraba posesiva, pesada, gritona. Pero era consciente de que ella temía a su hijo medio brahmán; se sentía inferior, porque era una hoyka por los cuatro costados.

—¡Shankara! Responde, por favor: ¿vas a quedarte? ¿Serás bueno conmigo al menos por hoy?

Él dejó la tostada en el plato, se levantó y caminó hacia las escaleras.

—¡Shankara! ¡Vuelve aquí!

Incluso mientras la maldecía, comprendía los temores que la asediaban. No quería enfrentarse sola a una mujer brahmán. Su único título para ser aceptada y volverse respetable era la producción de un hijo varón, un heredero... Y si él no estaba en casa, no le quedaba nada que mostrar. Era sólo una hoyka infiltrada en el hogar de un brahmán.

«Es culpa suya si se siente como una miserable en su presencia», pensó. Se lo había dicho una y otra vez: «Madre, ignora a nuestros parientes brahmanes. No te

humilles ante ellos continuamente. Si ellos no nos quieren, entonces no los queramos nosotros tampoco».

Pero ella no podía hacerlo; aún quería que la aceptaran. Y su único billete para conseguirlo era Shankara. No es que él mismo fuera del todo aceptable para los brahmanes. Lo consideraban más bien como el producto de una arriesgada aventura de su padre y lo asociaban (estaba seguro) con toda una serie de prácticas corruptas. Mezclas una parte de sexo prematrimonial y una parte de transgresión de las castas en una olla tiznada, y ¿qué obtienes? Ese precioso diablillo: Shankara.

Su tía Urmila y otros parientes brahmanes lo habían visitado durante años, pero nunca daban la impresión de disfrutar acariciándole las mejillas, ni mandándole besos ni haciendo todas esas cosas repulsivas que las tías les hacen a sus sobrinos. Cuando estaban presentes, tenía la sensación de que simplemente lo soportaban.

Joder, a él no le hacía ninguna gracia que lo soportaran.

Le ordenó al chófer que lo llevara a Umbrella Street y miró abstraído por la ventanilla mientras pasaban ante las tiendas de muebles y los puestos de zumo de caña de azúcar. Se bajó en el cine White Stallion, de películas en inglés.

—No me esperes; te llamaré cuando acabe la película.

Mientras subía los peldaños, vio al dueño de una tienda cercana haciéndole señas. Un pariente, de la familia de su madre. El hombre le dirigía una sonrisa radiante y empezó a indicarle con gestos que fuera a sentarse un rato a su local. Sus parientes hoyka siempre lo trataban de un modo especial, puesto que él era medio brahmán y, por lo tanto, estaba muy por encima de ellos en el sistema de castas; o porque era rico y, por lo tanto, estaba muy por encima de ellos en el sistema de clases. Soltando maldiciones en voz baja continuó subiendo las escaleras. ¿Es que nunca iban a comprenderlo aquellos estúpidos hoyka? No había cosa que aborreciera más que la actitud rastrera que tenían con él, sólo porque fuera medio brahmán. Si lo hubieran tratado con desprecio, si hubiera tenido que entrar de rodillas en sus tiendas para expiar el pecado de ser medio brahmán, ¡entonces habría ido a verlos cada día!

Tenía otro motivo para no querer visitar a aquel pariente en particular. Había oído que su padre, el cirujano plástico Kinni, había mantenido a una amante —otra chica hoyka— en esa parte de la ciudad. Sospechaba que su pariente conocería a aquella mujer y que estaría pensando todo el rato: «Este Shankara, el pobre, no tiene ni idea de la infidelidad de su padre». Pero él lo sabía todo sobre las infidelidades de su padre, de aquel padre al que no había visto en seis años, que ya ni siquiera escribía o llamaba por teléfono, aunque sí enviaba paquetes de caramelos y chokolatinas hechas en el extranjero. Y sin embargo, intuía que su padre sabía vivir. Una amante hoyka cerca del cine y otra bella hoyka como esposa. Ahora llevaba una vida llena de lujos en el Golfo, mientras les arreglaba las narices y los labios a las árabes ricas. Tendría otra amante allí, desde luego. Los tipos como su padre no pertenecían a ninguna

casta, religión o raza; vivían para sí mismos. Eran los únicos hombres de verdad de este mundo.

La taquilla estaba cerrada. «Próxima sesión, 8.30.» Bajó rápidamente las escaleras, evitando la mirada de su pariente, dobló un par esquinas a toda prisa y entró en la heladería Ideal Traders, donde pidió un batido de níspero.

Se lo bebió precipitadamente y, ya con el azúcar en su cerebro, se irguió, sofocó una risotada y dijo en voz baja:

—¡Hijo de *futa*!

Lo había conseguido: había humillado a Lasrado por haberlo humillado a él.

—¡Otro batido! —gritó—. ¡Con ración doble de helado!

Shankara siempre había sido una de las manzanas podridas del colegio. Desde los ocho o nueve años, se había metido en líos. Pero el mayor problema de todos lo había tenido con ese profesor de Química que padecía un defecto del habla. Una mañana, Lasrado lo había pescado fumando un cigarrillo en el puesto de zumos que había delante del colegio.

—Fumar *aptes* de los veinte años detendrá su desarrollo como un ser humano normal —le había gritado el señor Lasrado—. Si su *padre* estuviera aquí, y no en el Golfo, haría exactamente lo que yo estoy haciendo...

Durante el resto del día, lo tuvo de rodillas fuera de clase. Shankara permaneció cabizbajo, pensando una y otra vez: «Me hace esto porque soy un hoyka. Si fuera cristiano o un bunt no se atrevería a humillarme así».

Esa noche, mientras yacía en la cama, se le ocurrió la idea: ya que él me ha hecho daño, yo le haré daño a él. Una idea clara y sucinta, como un rayo de sol, como un credo al que atenerse durante toda su vida. Su euforia inicial se transformó en un estado de agitación y empezó a dar vueltas en la cama, diciendo: «Mustafa, Mustafa». Tenía que encontrar a Mustafa.

El fabricante de bombas.

Había oído su nombre unas cuantas semanas atrás, en casa de Shabbir Ali.

Los cinco miembros de la «pandilla de chicos malos» acababan de ver esa noche otra película porno. A la mujer esta vez se la habían tirado por detrás; un negro enorme le había clavado la verga una vez tras otra. Shankara no tenía ni idea de que se pudiera hacer así; ni tampoco Pinto, que no paraba de dar grititos de placer. Shabbir Ali miraba con indiferencia cómo se divertían sus amigos; había visto muchas veces aquel video y ya no despertaba su lujuria. Tenía tal familiaridad con el mal que nada le excitaba: ni las escenas de fornicación, ni las de violación, ni las de bestialismo siquiera; una constante exposición al vicio lo había devuelto a un estado de inocencia.

Después de la película, los chicos se echaron sobre la cama de su anfitrión, amenazando con hacerse allí mismo una paja, mientras éste les advertía con aire

amenazador que ni se les ocurriera hacer semejante cosa.

Para seguir divirtiéndolos, Shabbir Ali sacó un condón y todos se turnaron para meter los dedos dentro.

—¿Para quién es esto, Shabbir?

—Para mi novia.

—Venga ya, marica.

—¡Marica lo serás tú!

Los demás charlaban de sexo; Shankara, mirando el techo como si estuviera abstraído, los escuchaba. Le daba la sensación de que siempre lo dejaban de lado en esas conversaciones porque sabían que era virgen. En el colegio había una chica que «hablaba» con los hombres. Shabbir Ali había «hablado» con ella y daba a entender que había hecho mucho más que hablar. Shankara había fingido que también él había «hablado» con mujeres y que incluso se había follado a una puta en Old Court Road. Pero sabía que los demás lo habían calado.

Ali empezó a sacar otras cosas; después del condón, pasaron de mano en mano unas mancuernas que tenía debajo de la cama, varios ejemplares de *Hustler* y *Playboy*, y la revista oficial de la NBA.

—A ver si adivináis qué es esto —dijo.

Era un objeto pequeño de color negro, con un temporizador adosado.

—Es un detonador —dijo, cuando todos se rindieron.

—¿Para qué sirve? —preguntó Shankara, poniéndose de pie en la cama y sosteniéndolo a la luz.

—Para detonar, idiota. —Hubo una carcajada general—. Se utiliza para activar una bomba.

—Es lo más sencillo del mundo hacer una bomba —dijo Shabbir—. Coges una bolsa de fertilizante, metes el detonador dentro y ya está.

—¿Dónde lo consigues? —preguntó alguien, no Shankara.

—Me lo dio Mustafa —dijo Shabbir Ali, bajando la voz.

Mustafa, Mustafa. Shankara se aferró a aquel nombre.

—¿Dónde vive? —preguntó uno de los gemelos.

—En el Bunder. En el mercado de pimienta. ¿Por qué? —le dijo Shabbir, dándole un empujón al curioso—. ¿Estás pensando en fabricar una bomba?

—¿Por qué no?

Más risitas.

Shankara no había dicho nada más esa noche, mientras se repetía una y otra vez: «Mustafa, Mustafa». Le aterrorizaba la idea de que se le olvidara el nombre si decía una palabra más.

Mientras removía su tercer batido de níspero, llegaron dos hombres y se sentaron a su lado. Dos policías. Uno pidió un zumo de naranja; el otro preguntó cuántos tipos de té servían allí. Shankara se levantó, pero volvió a sentarse en el acto. Estaba seguro de que iban a hablar de él. Su corazón se aceleró.

—La bomba, en realidad, no era nada. Sólo que el detonador se ha disparado y ha esparcido el fertilizante por toda la clase. El idiota que la haya puesto se creía que fabricar una bomba consiste simplemente en meter un detonador en una bolsa de fertilizante. Menos mal, porque, si no, habrían muerto algunos de esos chicos.

—¿Adónde va ir a parar la juventud de este país?

—Hoy en día todo es sexo: sexo y violencia. El país entero está siguiendo el camino del Punjab.

Uno de los agentes lo pescó mirando y le devolvió la mirada. Shankara desvió la vista. «Quizá debería haberme quedado con la tía Urmila. Hoy no debería haberme movido de casa».

Pero ¿qué garantía tenía de que ella, aunque fuera su tía, no lo traicionaría? Nunca se sabe con los brahmanes. De niño, lo habían llevado a la boda de uno de aquellos parientes. Su madre nunca asistía a esas celebraciones, pero su padre lo había metido en un coche y luego le había dicho que jugara con sus primos. Los chicos brahmanes lo invitaron a participar en una competición. Había un helado de vainilla cubierto de una gruesa capa de sal; se trataba de ver quién se atrevía a comérselo. «Idiota —le gritó uno de sus primos cuando Shankara se metió en la boca una cucharada de vainilla salada—. ¡Era broma!».

Siempre había sido igual a lo largo de los años. Una vez, un chico brahmán del colegio lo había invitado a su casa. Decidió arriesgarse; el chico le caía bien y dijo que sí. Lo hicieron pasar a la sala de estar. Era una familia «moderna»: habían vivido en el extranjero. Vio una torre Eiffel en miniatura y figuras de porcelana, y se tranquilizó; allí no lo maltratarían.

Le sirvieron té con galletas y lograron que se sintiera completamente a sus anchas. Pero cuando ya se iba, se giró un momento y vio que la madre de su amigo tenía un trapo del polvo en la mano. Había empezado a limpiar la parte del sofá donde él se había sentado.

Incluso la gente que no tenía por qué saberlo parecía estar al corriente de su casta. Un día, cuando había ido a jugar al críquet a la plaza Nehru, un viejo se había quedado mirándolo junto al muro del campo de juegos. Al final, llamó a Shankara y le examinó el rostro, el cuello y las muñecas durante varios minutos. Él permaneció allí impotente, sin saber qué hacer. Se limitó a mirar las arrugas que rodeaban los ojos del viejo.

—Tú eres el hijo de Vasudev Kinni y de la mujer hoyka, ¿no es cierto?

El hombre se empeñó en que dieran un paseo.

—Tu padre siempre fue un hombre testarudo. Nunca quiso aceptar un matrimonio concertado. Un día encontró a tu madre y les dijo a todos los brahmanes: «Marchaos al infierno». Os guste o no, voy a casarme con esta preciosa criatura. Yo ya sabía lo que iba a pasar; que serías un bastardo. Ni brahmán ni hoyka. Se lo dije a tu padre. Él no quiso escucharme.

El viejo le dio unas palmaditas en el hombro. Lo hizo con tal naturalidad que no daba la impresión de ser un fanático ni un obseso de las castas, sino una persona que se limitaba a constatar las tristes verdades de la vida.

—Tú también perteneces a una casta —dijo el viejo—. Los brahmo-hoykas, que quedan entre una y otra. Aparecen mencionados en las Escrituras y sabemos que existen en alguna parte. Son gente totalmente separada del resto de los humanos. Deberías hablar con ellos y casarte con una de sus mujeres. Así todo volvería a la normalidad otra vez.

—Sí, señor —dijo Shankara, sin saber por qué lo decía.

—Hoy en día no existen propiamente las castas —dijo el viejo con pesar—. Los brahmanes comen carne. Los chatrias estudian y escriben libros. Y las castas bajas se convierten al cristianismo y al islam. ¿Sabes lo que pasó en Meenakshipuram, no? El coronel Gadafi pretende destruir el hinduismo y los sacerdotes católicos están conchabados con él.

Siguieron caminando un trecho hasta la parada del autobús.

—Debes encontrar tu propia casta —dijo el hombre—. A tu propia gente.

Le dio un ligero abrazo y subió al autobús, donde empezó a abrirse paso a empujones entre los jóvenes para hacerse con un asiento. A Shankara le dio pena el viejo brahmán. Él nunca había tenido que subir a un autobús; siempre había contado con su chófer.

«Pertenece a una casta superior a la mía —pensó—, pero es pobre. ¿Qué significado tiene entonces una casta? ¿Es sólo un cuento para viejos como él? Si te dijeras: “Las castas son una ficción”, ¿se desvanecerían como si fueran humo? Si dijeras: “Soy libre”, ¿comprenderías que siempre lo has sido?».

Se había terminado su cuarto batido y tenía náuseas.

Al salir de la heladería, lo único que deseaba era pasarse por Old Court Road. Sentarse junto a la estatua del Jesús oscuro.

Miró alrededor para ver si le seguía la Policía. Obviamente, en un día como aquél no podría acercarse a la estatua. Sería un suicidio. Todos los caminos que llevaban al colegio estarían vigilados.

Pensó en Daryl D’Souza. ¡Era a él a quien tenía que ir a ver! En doce años de colegio, el profesor Daryl D’Souza era el único que se había portado bien con

Shankara.

Lo había conocido en un mitin político, el mitin del Día del Orgullo Hoyka, que se celebró en la plaza Nehru: el mayor acontecimiento político de la historia de Kittur, dijo el diario al día siguiente. Diez mil hoykas llenaban la plaza para exigir sus derechos integrales como comunidad, así como una compensación por los cinco milenios de injusticia que habían sufrido.

El primer orador habló de la cuestión de la lengua. Había que declarar como lengua oficial de la ciudad el tulu, el idioma de la gente corriente, y no el canarés, que era el idioma brahmán.

Estalló una gran ovación.

El profesor, aunque él mismo no era hoyka, había sido invitado como simpatizante y se hallaba sentado junto al invitado de honor: el miembro del Parlamento originario de Kittur, que era un hoyka y, por lo tanto, el orgullo de su comunidad. Había sido miembro del Parlamento tres veces y había formado parte asimismo del Consejo de Ministros de la India: un signo evidente de hasta dónde podía llegar la comunidad entera.

Finalmente, tras muchos discursos preliminares, el miembro del Parlamento se puso en pie y empezó a vociferar:

—Nosotros, hermanos y hermanas hoyka, no podíamos entrar en el templo en los viejos tiempos, ¿lo sabíais? El sacerdote se plantaba en la puerta y decía: «¡Tú, casta baja!».

Hizo una pausa para que el insulto reverberase entre todos sus oyentes.

—«¡Casta baja! ¡Atrás!».

Pero desde que fui elegido para el Parlamento —por vosotros, por mi gente—, ¿se atreven los brahmanes a hablaros así? ¿Se atreven a llamaros «casta baja»? ¡Somos el noventa por ciento de esta ciudad! ¡Nosotros somos Kittur! ¡Si ellos nos golpean, nosotros devolveremos el golpe! ¡Si nos avergüenzan, nosotros...!

Más tarde, alguien reconoció a Shankara y lo llevó a la tienda donde descansaba el miembro del Parlamento después de su discurso. Lo presentaron como el hijo del cirujano plástico Kinni. El gran hombre, sentado en una silla y con una bebida en la mano, dejó bruscamente el vaso, derramando parte del líquido.

Tomó a Shankara de la mano y le indicó que se sentara a su lado, en el suelo.

—En vista de la posición de tu familia y de tu elevado estatus social, tú eres el futuro de la comunidad hoyka —dijo.

Hizo una pausa y eructó.

—Sí, señor.

—¿Entiendes lo que te he dicho? ¿No? —preguntó el gran hombre.

—Sí, señor.

—El futuro es nuestro. Somos el noventa por ciento de esta ciudad. Toda esa

mierda brahmánica se ha acabado —dijo, con un gesto displicente.

—Sí, señor.

—Si ellos te pegan, tú les pegas a ellos. Si ellos..., si ellos...

El gran hombre movió la mano en círculo, como para completar aquella afirmación tropicada.

Shankara tenía ganas de gritar de alegría. «¡Mierda brahmánica!». Sí, él mismo lo habría expresado exactamente así; y allí estaba aquel miembro del Parlamento, un ministro del Gobierno de Rajiv Gandhi, hablando como lo habría hecho él.

Un ayudante lo acompañó fuera de la tienda.

—Señor Kinni —dijo, apretándole el brazo—, si pudiese hacer un pequeño donativo para costear el acto de esta noche. Sólo una pequeña cantidad...

Se vació los bolsillos. Cincuenta rupias. Se las dio al ayudante, que le hizo una profunda reverencia y le repitió que él era el futuro de la comunidad hoyka.

Shankara se quedó un rato observando. Cientos de hombres hacían cola frente al lugar donde distribuían cerveza y botellas de ron de cuarto de litro por haber asistido al mitin y vitoreado a los oradores. Meneó la cabeza con disgusto. No le gustaba la idea de formar parte del noventa por ciento de su ciudad. Ahora le pareció que los brahmanes estaban indefensos: una antigua elite de Kittur que vivía con el temor constante de que les arrebataran sus casas y su riqueza los hoykas, los bunts, los konkanis y todos los demás. La condición común y corriente que encarnaban los hoykas —cualquier cosa que hicieran constituía por definición el término medio— le inspiraba repugnancia.

A la mañana siguiente, leyó el periódico y pensó que había sido demasiado severo con los hoykas. Recordó al profesor que se hallaba en el escenario y el chófer le averiguó dónde vivía. Durante un rato, se paseó ante la entrada de la casa. Al fin, abrió la cancela, se acercó a la puerta principal y llamó.

Le abrió el profesor en persona.

—Señor —le dijo Shankara—, soy un hoyka. Usted es el único hombre de la ciudad en el que confío. Quiero hablar con usted.

—Sé quién eres —dijo el profesor D'Souza—. Pasa.

El profesor y Shankara se acomodaron en la sala de estar y mantuvieron una larga conversación.

—¿Quién es ese miembro del Parlamento? ¿De qué casta es? —preguntó el profesor.

Aquella pregunta desconcertó a Shankara.

—Es uno de los nuestros, señor. Un hoyka.

—No del todo —dijo el profesor—. Es un kollaba. ¿Habías oído este término? No existe ningún hoyka, hablando propiamente, mi querido amigo. La casta se subdivide en siete subcastas. ¿Lo has entendido? ¿Subcasta? Muy bien. El miembro del

Parlamento es un kollaba, la subcasta más elevada de las siete. Los kollabas siempre han sido millonarios. Ya en el siglo XIX, los antropólogos británicos de Kittur repararon en ello con interés. Los kollabas han explotado a las otras seis castas hoykas durante años. Y ahora ese hombre está recurriendo de nuevo a la identidad hoyka para ser reelegido: para acomodarse en un despacho de Nueva Delhi y recibir gruesos sobres llenos de billetes de los hombres de negocios que quieran instalar fábricas de ropa en el Bunder.

¿Siete subcastas? ¿Los kollabas? Shankara nunca había oído nada de todo aquello y escuchaba boquiabierto.

—Ése es el gran problema con vosotros, los hindúes —dijo el profesor—. ¡Sois un misterio para vosotros mismos!

Shankara se sintió avergonzado de ser hindú. ¡Qué cosa tan repulsiva aquel sistema que habían concebido sus ancestros! Pero, al mismo tiempo, sentía irritación contra Daryl D'Souza. ¿Quién era ese hombre para darle lecciones sobre las castas? ¿Cómo se atrevían los cristianos a hacer algo así? Al fin y al cabo, ¿ellos no habían sido también hindúes en un momento dado? ¿No deberían haber derrotado a los brahmanes desde dentro, sin abandonar su condición de hindúes, en lugar de tomar el camino fácil y convertirse?

Acalló su irritación con una sonrisa.

—¿Y qué hacemos con el sistema de castas, señor? ¿Cómo podemos librarnos de él?

—Una solución es lo que han hecho los naxalitas, o sea, hacer saltar por los aires a las castas más elevadas —dijo el profesor.

Tenía la curiosa costumbre, más propia de mujeres, de mojar las grandes galletas redondas en la leche y de apresurarse a comérselas antes de que quedaran demasiado empapadas.

—Han hecho volar por los aires el sistema entero. Así se puede empezar otra vez de cero.

—¿De cero? —Aquella expresión foránea le comunicó a Shankara una excitación especial—. Yo también creo que deberíamos empezar de cero, señor. Creo que deberíamos destruir el sistema de castas y empezar de cero.

—Mi querido muchacho, tú eres un nihilista —dijo el profesor con una sonrisa de aprobación. Y le dio un rápido mordisco a su galleta empapada.

No habían vuelto a verse; el profesor había estado de viaje y Shankara era demasiado vergonzoso para atreverse a molestarlo por segunda vez. Pero no había olvidado la conversación. Ahora, vagando por la ciudad medio aturdido, con el azúcar de todos los batidos atormentándole en el estómago, pensó: «Es el único hombre capaz de comprender lo que he hecho. Se lo confesaré todo a él».

La casa del profesor estaba abarrotada de alumnos. Con un magnetofón, un periodista del *Dawn Herald* le hacía preguntas sobre terrorismo. Shankara, que había llegado en un *autorickshaw*, esperó con los estudiantes y lo observó todo.

—Se trata de un acto de absoluto nihilismo por parte de algún alumno —estaba diciendo el profesor, con los ojos fijos en el magnetofón—. Deberían atraparlo y encerrarlo en la prisión.

—Señor, ¿qué nos dice este episodio sobre la India?

—Es un ejemplo del nihilismo de nuestros jóvenes —dijo el profesor D'Souza—. Están totalmente perdidos y desorientados. Han... —una pausa— perdido los valores morales de nuestra nación. Nuestras tradiciones están cayendo en el olvido.

Shankara sintió que se ahogaba de rabia. Salió furioso.

Tomó un *autorickshaw* hasta la casa de Shabbir Ali y llamó al timbre. Le abrió un hombre barbudo con un *kurta* típico del norte de la India. Tenía el cuello entreabierto y le asomaba la pelambreira del pecho. A Shankara le costó unos instantes comprender que debía de ser el padre de Shabbir Ali, al que no había visto nunca.

—Tiene prohibido hablar con cualquiera de sus amigos —dijo—. Vosotros habéis corrompido a mi hijo. —Y sin más, le cerró la puerta en las narices.

Así que al gran Shabbir Ali, al tipo que «hablaba» con las mujeres y jugaba con condones, lo tenían encerrado a cal y canto en su casa. Su propio padre. Le entraron ganas de reírse.

Ya estaba cansado de desplazarse en *autorickshaw*; llamó desde un teléfono público para que fuesen a recogerlo.

De nuevo en casa, cerró con llave la puerta de su habitación y se tiró en la cama. Tomó el teléfono y colgó; contó hasta cinco y descolgó otra vez. Al final, funcionó. En Kittur bastaba con eso para entrometerse en la intimidad de otra persona.

Había un cruce y estaba escuchando otra llamada.

Primero se oyó una crepitación y luego las voces. Un hombre y una mujer —seguramente, el marido y la esposa— charlaban en una lengua que no entendía. Quizá malabar, pensó; debían de ser musulmanes. Se preguntaba de qué estarían hablando. ¿Se lamentaba él de su salud? ¿Le pedía ella más dinero para la casa? ¿Y por qué hablaban por teléfono? ¿Vivía el hombre fuera de Kittur tal vez? Fuese cual fuese su situación, dijeran lo que dijeran en aquella lengua extraña, percibía la intimidad de su conversación. Estaría bien tener una esposa o una novia, pensó. No estar solo todo el tiempo. O un amigo de verdad. Ya sólo eso le habría impedido poner la bomba y le habría evitado todos aquellos problemas.

El tono del hombre cambió de repente. Empezó a susurrar.

—Me parece que alguien nos está espiando —dijo, o eso imaginó Shankara.

—Sí, tienes razón. Algún perverso —respondió la mujer, o así se lo imaginó Shankara.

Y entonces colgaron.

«Llevo en la sangre lo peor de las dos castas —pensó, tendido en la cama y todavía con el teléfono en la oreja—. Tengo toda la ansiedad y el temor de un brahmán, y también la tendencia a actuar sin pensar de un hoyka. Lo peor de ambos se ha fusionado en mí, y han creado esta personalidad monstruosa».

Se estaba volviendo loco. Sí, no tenía la menor duda. Sentía el impulso de salir otra vez de casa. Le preocupaba que el chófer percibiera su inquietud.

Salió por la puerta trasera y se alejó a hurtadillas sin que el hombre pudiera verlo.

«Pero seguramente no sospecha de mí —pensó—. Debe de tomarme por un mocoso rico e inútil, como Shabbir Ali».

Todos aquellos chicos ricos, se dijo con amargura, empleaban una especie de código peculiar. Hablaban de las cosas, pero no las hacían. Tenían condones en casa, pero no los usaban; manipulaban detonadores, pero no los hacían explotar. Bla, bla, bla. Así era su vida. Como la sal del helado de vainilla. Habían dejado el helado cubierto de sal y bien a la vista, ¡pero no para que nadie lo lamiera! ¡Era sólo una broma! Toda aquella cháchara sobre bombas era sólo por hablar. Si conocías el código, comprendías que se trataba únicamente de palabras. Sólo él se las había tomado en serio; había creído que se follaban a las mujeres y que hacían estallar bombas. Y no conocía el código porque no acababa de ser uno ellos: ni de los brahmanes ni de los hoykas; ni siquiera de aquella pandilla de mocosos consentidos.

Él pertenecía a una casta secreta, la de los brahmo-hoykas: una casta de la que no había encontrado hasta ahora más que un representante, él mismo, y que lo situaba al margen de todas las demás castas de la humanidad.

Tomó otro *autorickshaw* hasta las inmediaciones del colegio y, asegurándose de que nadie lo vigilaba, subió por Old Court Road con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos.

Se coló entre los árboles, se acercó a la estatua de Jesús y se sentó en el suelo. El olor a fertilizante era todavía muy fuerte. Cerrando los ojos, procuró calmarse. Pero lo que hizo, por el contrario, fue empezar a pensar en el suicidio que se había producido en esa calle muchos años atrás. Se lo había oído contar a Shabbir Ali. Habían encontrado a un hombre colgado de uno de los árboles, tal vez allí mismo. A sus pies, había un maletín abierto. La Policía encontró dentro tres monedas de oro y una nota: «En un mundo sin amor, el suicidio es la única transformación posible». También había una carta dirigida a una mujer de Bombay.

Shankara abrió los ojos. Era como si viese a aquel hombre de Bombay colgado justo delante, con sus pies balanceándose ante el oscuro Jesús de bronce.

¿Sería ése su destino?, se preguntó. ¿Acabaría condenado y colgado?

Volvió a recordar los hechos. Después de la conversación en casa de Shabbir Ali,

había bajado al Bunder y había preguntado por Mustafa, diciendo que vendía fertilizantes. Le habían indicado que fuese al mercado. Encontró una larga fila de verduleros, preguntó por Mustafa y le dijeron: «Arriba». Subió las escaleras y se encontró en un espacio negro como una boca de lobo donde un millar de hombres parecían toser a la vez. También él se puso a toser. Cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, comprendió que estaba en el mercado de pimienta. Había gigantescos sacos de arpillera apilados contra las paredes mugrientas y los mozos, tosiendo sin parar, los arrastraban de un lado para otro. Al fondo, se disipaban las tinieblas y se accedía a un patio descubierto.

—¿Dónde está Mustafa? —preguntó una vez más.

Un hombre tumbado en una carretilla de verduras pasadas le indicó una puerta abierta.

Entró y vio a tres hombres jugando a las cartas en una mesa.

—Mustafa no está —dijo uno de ellos, con los ojos entornados—. ¿Qué quieres?

—Una bolsa de fertilizante.

—¿Para qué?

—Estoy plantando lentejas —dijo.

El hombre se echó a reír.

—¿De qué clase?

—Habichuelas. Alubias. Frijoles verdes.

Riéndose otra vez y dejando las cartas, el hombre entró en un cuarto, arrastró un saco enorme y se lo puso delante.

—¿Qué más necesitas para cultivar tus habichuelas?

—Un detonador —dijo Shankara.

Los hombres de la mesa dejaron las cartas en el acto.

En una habitación más resguardada del edificio le vendieron un detonador. Le explicaron cómo debía girar el botón y programar el temporizador. Costaba más de lo que llevaba encima en aquel momento, así que a la semana siguiente regresó con el dinero, se llevó el saco y el detonador en un *autorickshaw* y se bajó al pie de Old Court Road. Lo había dejado todo escondido junto a la estatua de Jesús.

Un domingo, se dio una vuelta por el colegio. Había sido como en *Papillon*, una de sus películas favoritas: como en la escena en que el protagonista planea cómo escapar de la prisión; igual de emocionante. Era como si viera la escuela por primera vez, con los ojos atentos de un fugitivo. Por fin, aquel lunes funesto, llevó el saco de fertilizante al colegio, le adosó el detonador, lo programó para que se activara al cabo de una hora y lo dejó debajo de la última fila, donde sabía que no se sentaba nadie.

Luego esperó, contando uno a uno los minutos, como el protagonista de *Papillon*.

A medianoche, empezó a sonar el teléfono.

Era Shabbir Ali.

—¡Lasrado quieres vernos a todos en su despacho, tío! ¡Mañana a primera hora! Tenían que presentarse en su despacho los cinco. La Policía estaría presente.

—Tendrá un detector de mentiras —dijo Shabbir. Tras una pausa, gritó—: ¡Ya sé que has sido tú! ¿Por qué no confiesas? ¿Por qué no lo confiesas de una vez?

A Shankara se le heló la sangre en las venas.

—¡Que te jodan! —le replicó gritando y colgó de un porrazo.

Pero luego pensó: «Dios mío, o sea, que Shabbir lo ha sabido todo el tiempo». ¡Claro! Todos lo sabían. Toda la pandilla de chicos malos debía de saberlo. Y ahora lo habrían contado ya por toda la ciudad. «Tengo que confesar ahora mismo. Será lo mejor», se dijo. Quizá la Policía le concedería ciertos eximentes por haberse entregado. Marcó el 100: el número de la Policía, creía.

—Quiero hablar con el inspector general, por favor.

—¿Ajá?

Sonó una interjección, como si no le entendieran.

Pensando que obtendría mejores resultados, habló en inglés:

—Quiero confesar. Yo puse la bomba.

—¿Ajá?

—La bomba. He sido yo.

—¿Ajá?

Otra pausa. Transfirieron la llamada.

Repitió las mismas palabras a otra persona.

Una pausa, de nuevo.

—¿Cómo, cómo, cómo?

Colgó, exasperado. ¡Maldita Policía india! Ni siquiera sabían atender una llamada. ¿Cómo demonios iban a atraparlo?

Sonó el teléfono otra vez; era Irfan, le llamaba en nombre propio y en el de su hermano gemelo.

—Shabbir acaba de llamar. Dice que hemos sido nosotros, tío. Pero yo no lo he hecho. Y Rizvan tampoco. ¡Shabbir miente!

Entonces lo comprendió: Shabbir los había llamado a todos, uno a uno, y los había acusado con la esperanza de obtener una confesión. Sentía alivio e indignación a la vez. ¡Por poco no lo había acorralado! Ahora le preocupaba que la Policía rastreara su llamada al 100 y localizara su número. Necesitaba un plan. Sí, ya lo tenía; si lo interrogaban, diría que había llamado para informar de que Shabbir Ali era el autor del delito. «Shabbir es musulmán —diría—. Quería hacerlo para castigar a la India por lo sucedido en Cachemira».

A la mañana siguiente, se presentaron en el despacho del director. El padre Almeida y Lasrado, sentados tras el escritorio, miraban fijamente a los cinco

sospechosos.

—Tengo pruebas *cieptíficas* —dijo Lasrado—. Han quedado huellas dactilares en el fragmento de la bomba que no llegó a *exflotar*. —Como percibió la incredulidad de los acusados, añadió—: También han *supsistido* huellas dactilares en las hogazas de pan de la tumba del Faraón. Son indestructibles. Daremos con el hijo de *futa* que ha hecho esto, podéis estar seguros.

Señaló con un dedo.

—Y tú, Pinto, un chico cristiano, ¡qué vergüenza!

—¡Yo no he sido, señor! —dijo el chico.

Shankara se preguntaba si también tenía que proclamar su inocencia con aspavientos para permanecer a salvo.

Lasrado les dirigió una mirada penetrante, aguardando a que el culpable se entregara. Pasaron los minutos. Shankara comprendió al fin. «No tiene huellas dactilares; ni detector de mentiras. Está desesperado. Ha sufrido una humillación, se ha convertido en el hazmerreír de todo el colegio y quiere venganza».

—¡Hijos de *futa*! —gritó. Y añadió, con voz temblorosa—: ¿Os *fitorreáis* de mí? ¿Os *fitorreáis* porque tengo un defecto de *fronunciación*?

Los chicos a duras penas podían contenerse. Shankara advirtió que incluso el director había bajado la cabeza y miraba fijamente al suelo para reprimir la risa. Lasrado se daba cuenta; se le notaba en la cara. «Este hombre —pensó Shankara— ha soportado burlas toda su vida por ese defecto en el habla. Por eso se ha portado siempre como un cerdo. Y la explosión ha destruido definitivamente el trabajo de toda su vida. Ya nunca será capaz de contemplar su trayectoria con ese orgullo, por falso que sea, que exhiben los demás profesores; nunca podrá decir en su fiesta de despedida: “Mis alumnos me querían pese a mi severidad”. No, no podría decirlo porque siempre habría alguien cuchicheando a su espalda: “¡Sí, sí, te querían tanto que te pusieron una bomba en tu propia clase!”. Ojalá hubiera dejado en paz a este hombre. Ojalá no lo hubiera humillado, como nos han humillado tantos a mí y a mi madre».

—He sido yo, señor.

Todos se volvieron hacia él.

—He sido yo —dijo—. Deje tranquilos a los demás y castígueme.

Lasrado dio un puñetazo en el escritorio.

—¿Es una broma, hijo de *futa*?

—No, señor.

—¡Por *sufuesto* que es una broma! —gritó—. ¡Te estás burlando de mí!
¡Burlándote en público!

—No, señor...

—¡Cierra el pico! —dijo Lasrado—. ¡Cierra el pico!

Señaló a todos, enloquecido.

—¡Hijos de *futa*! ¡Hijos de *futa*! ¡Fuera de aquí!

Shankara salió con los cuatro inocentes. Se daba cuenta de que no habían creído su confesión: también pensaban que se había burlado del profesor en sus propias narices.

—Esta vez te has pasado de la raya —le dijo Shabbir Ali—. Realmente no sientes respeto por nada, tío.

Shankara aguardó en la calle, fumando. Esperaba a Lasrado. Cuando se abrió la puerta del personal docente y lo vio salir, tiró el cigarrillo al suelo y lo apagó con la suela del zapato. Observó a su profesor de Química. Habría deseado que hubiese algún modo de acercarse a él y de pedirle perdón.

Segundo día (noche): La colina del Faro (el pie de la colina)

Se halla usted en una calle flanqueada de viejos banianos. El aire está impregnado del olor a margosas; un águila se desliza en lo alto. Old Court Road: una calle larga y desolada, con fama de ser frecuentada por proxenetas y prostitutas, que desciende desde la cima de la colina hasta el colegio San Alfonso de enseñanza secundaria y preuniversitaria.

Junto a la escuela encontrará una mezquita enjalbegada que se remonta a los tiempos del sultán Tipu. Según una leyenda local, aquí fueron torturados unos cristianos del barrio de Valencia, porque se sospechaba que eran simpatizantes de los británicos. La mezquita es objeto de un conflicto legal entre las autoridades del colegio y una organización islámica; ambas reclaman la propiedad de las tierras en las que se halla enclavada. A los alumnos musulmanes del colegio se les permite abandonar las clases todos los viernes durante una hora para que puedan orar en esta mezquita, siempre que traigan una nota firmada por sus padres o, si éstos trabajan en el Golfo, por un tutor varón.

Enfrente de la mezquita hay una parada de donde salen autobuses directos a Salt Market Village. En la acera hay al menos cuatro puestos callejeros que venden zumo de caña de azúcar, *bhulpuri* al estilo de Bombay y *charmuri* a los pasajeros que esperan en la parada.

Una ráfaga de timbres de alarma se disparó a las nueve menos diez, anunciando que aquella no era una mañana ordinaria. Era una Mañana de Mártires, el trigésimo séptimo aniversario del día en que Mahatma Gandhi había sacrificado su vida para que pudiese vivir la India.

A miles de kilómetros, en el corazón del país, en la fría Nueva Delhi, el presidente estaba a punto de inclinar la cabeza ante la antorcha sagrada. Reverberando por el enorme edificio gótico de la escuela San Alfonso —a través de sus treinta y seis aulas de techo abovedado, de sus dos baños exteriores, de su laboratorio de Química y Biología y del refectorio donde algunos sacerdotes estaban terminando de desayunar—, los timbres de alarma anunciaban que ya había llegado la hora de que la escuela hiciera otro tanto.

En la sala de profesores, el señor D'Mello, el subdirector, dobló el periódico ruidosamente, como un pelícano plegando sus alas. Tras arrojarlo sobre la mesa de madera de sándalo, forcejeó con su oronda panza para ponerse de pie. Fue el último

en abandonar la sala.

Seiscientos veintitrés chicos salieron de las aulas a borbotones y, fundiéndose en una larga fila, se dirigieron al patio principal. Al cabo de diez minutos, habían formado un dibujo geométrico: una ceñida cuadrícula alrededor del mástil que había en el centro del patio.

Junto al mástil, se levantaba una vieja plataforma de madera. Y al lado de la plataforma, se hallaba el señor D'Mello, que se llenó los pulmones de aire matinal y gritó: «¡Firmes!».

Los alumnos se irguieron todos al mismo tiempo. ¡*Bruuum!* Todos los murmullos se acallaron en el acto. Ahora ya reinaba el ambiente adecuado para iniciar la sombría ceremonia.

El invitado de honor se había quedado dormido. La bandera nacional tricolor colgaba en lo alto del mástil, flácida y medio arrugada, indiferente a todas luces a los actos organizados en su honor. Álvarez, el viejo fámulo del colegio, tiró de un cordón azul para sacar de su sopor a aquel recalcitrante trozo de tela y conferirle una tensión más respetable.

El señor D'Mello suspiró y la dejó por imposible. Infló otra vez los pulmones: «¡Saluden!».

La plataforma de madera empezó a crujir ruidosamente: el padre Mendonza, director del colegio, estaba subiendo los peldaños. Cuando el señor D'Mello le hizo una señal, se aclaró la garganta ante un micrófono retumbante y se embarcó en un largo discurso sobre las glorias de los jóvenes muertos por el bien de su país.

Un par de altavoces negros amplificaban su voz nerviosa por todo el patio. Los chicos escuchaban embelesados a su director. El jesuita les decía que la sangre de Bhagat Singh y de Indira Gandhi había fertilizado la tierra que pisaban, y ellos rebosaban de orgullo.

El señor D'Mello guiñaba los ojos con fuerza, pero no perdía de vista a aquellos pequeños patriotas. Sabía que toda esa farsa concluiría de un momento a otro. Después de treinta y tres años en una escuela sólo para chicos, no le quedaba por descubrir ningún secreto de la naturaleza humana.

El director avanzó pesadamente hacia el momento crucial de su discurso.

—Es una vieja costumbre, claro está, que el Día de los Mártires el Gobierno entregue a cada colegio del estado entradas para la Jornada de Cine Gratuito del domingo siguiente —dijo.

Fue como si una corriente eléctrica hubiera sacudido todo el patio. Los chicos aguardaron conteniendo el aliento.

—Pero este año —la voz del director tembló— lamento anunciar que no habrá Jornada de Cine Gratuito.

Durante un momento no se oyó ningún sonido. Luego el patio entero dejó escapar

un enorme y doliente gruñido de incredulidad.

—El Gobierno ha cometido un terrible error —dijo el director, tratando de explicarse—. Un error terrible, terrible... Os ha pedido que vayáis a una Casa de Pecado...

D'Mello se preguntó de qué demonios hablaba el director. Ya era hora de poner punto final al discurso y de enviar a los mocosos de vuelta a clase.

—Ni siquiera soy capaz de encontrar las palabras para decíroslo..., ha sido una confusión terrible. Lo siento..., yo...

El señor D'Mello estaba buscando con la vista a Girish cuando un movimiento al fondo del patio captó su atención. Ya empezaban los problemas. Entorpecido por su enorme barriga, descendió trabajosamente del pódium, pero luego se deslizó con sorprendente agilidad entre las filas y se dirigió a la zona conflictiva. Los alumnos se volvían de puntillas para mirarlo mientras se abría paso hacia el fondo. La mano derecha le temblaba.

Un perro marrón había trepado desde el campo de juegos que quedaba por debajo del patio y correteaba por detrás de la última fila. Algunos alborotadores trataban de atraerlo silbando por lo bajini y chasqueando la lengua.

—¡Basta!

El señor D'Mello, que ya estaba jadeando, dio una patada en el suelo hacia el animal. Éste, un perro consentido, se tomó aquel gesto como una zalamería más. El orondo profesor embistió hacia él y lo hizo retroceder, pero cuando se detuvo para tomar aliento, el perro dio la vuelta y corrió a su encuentro.

Los chicos se reían abiertamente. Una oleada de confusión se propagó por el patio. A través de los altavoces, la voz del director parecía tambalearse y tenía un matiz desesperado.

—... vosotros no tenéis derecho a insubordinaros... La Jornada de Cine Gratuito es un privilegio, no un derecho...

—¡Una pedrada! ¡Una pedrada! —le gritó alguien a D'Mello.

En un acceso de pánico, el profesor obedeció. ¡Paf! La piedra le dio en el vientre y el animal, con un gáñido de dolor (D'Mello creyó ver un brillo resentido en sus ojos), abandonó el patio de un salto y bajó al campo de juegos.

Una sensación de náuseas le atenazó las entrañas. El pobre bicho había quedado malherido. Al darse la vuelta, vio un mar de caras sonrientes. Uno de ellos lo había incitado a apedrearlo. Se revolvió, agarró a un chico al azar —vacilando sólo una fracción de segundo para asegurarse de que no era Girish— y le dio dos bofetadas con saña.

Cuando D'Mello entró en la sala de profesores, encontró a todos sus colegas reunidos alrededor de la mesa de madera de sándalo. Los hombres iban todos iguales, con

camisas de manga corta de colores claros y pantalones marrones o azules acampanados; las contadas mujeres llevaban saris de color amarillo o melocotón de una mezcla de poliéster y algodón.

El señor Rogers, el profesor de Biología y Geología, estaba leyendo en voz alta el programa de la Jornada de Cine Gratuito en un periódico publicado en canarés.

Primera película: *Salvad al tigre*.

Segunda película: *La importancia del ejercicio físico*.

Cortometraje: *Las ventajas de los deportes nativos*.

(con especial atención al kabbadi y al kho-kho).

Después de esta lista inofensiva venía el bombazo:

Dónde enviar a su hijo o a su hija durante
la Jornada de Cine Gratuito (1985):

1. Escuela secundaria masculina Santa Milagres.

Apellidos de la A a la N, cine White Stallion;

de la O a la Z, cine Belmore.

2. Escuela secundaria masculina San Alfonso.

Apellidos de la A a la N, cine Belmore;

de la O a la Z, cine Angel.

—¡La mitad del colegio! —Al señor Rogers la voz le silbaba de pura excitación
—. ¡La mitad de nuestro colegio al cine Angel!

El señor Gopalkrishna Bhatt, un joven que había salido hacía sólo un año de la Universidad de Magisterio de Belgaum, solía asumir el papel de coro en aquellas ocasiones. Ahora alzó los brazos con aire fatalista.

—¡Menuda confusión! ¡Mira que enviar ahí a nuestros críos!

El señor Pundit, el profesor de Canarés más veterano, se mofó de la ingenuidad de sus colegas. Era un hombre de pelo plateado y opiniones sorprendentes.

—¡No es ninguna confusión! ¡Lo han hecho a propósito! El cine Angel ha sobornado a esos malditos políticos de Bangalore para que manden a nuestros chicos a una Casa de Pecado.

Ahora los profesores se habían dividido entre aquellos que creían que era una confusión y los que pensaban que se trataba de un truco deliberado para corromper a la juventud.

—¿Usted que cree, señor D'Mello? —dijo el joven señor Bhatt.

En lugar de responder, D'Mello arrastró una silla de mimbre desde la mesa hasta la ventana abierta que había al fondo de la sala. Hacía una mañana soleada y tenía ante él el cielo azul, las colinas ondulantes y una vista del mar de Arabia.

El cielo estaba deslumbrante, lo que invitaba a la meditación. Unas pocas nubes perfectamente formadas, como deseos perfilados y concedidos, flotaban por el azul. El arco del cielo adquiría un tono más intenso a medida que se extendía hacia el horizonte para unirse al límpido trazo del mar de Arabia. El señor D'Mello abrió su mente agitada a la belleza de la mañana.

—Menuda confusión, ¿no?

Gopalkrishna Bhatt se sentó en el alféizar de la ventana, tapándole la vista. Balanceando las piernas alegremente, el joven le dirigió una radiante y desdentada sonrisa a su colega.

—La única confusión, señor Bhatt —repuso el subdirector—, fue la del 15 de agosto de 1947, cuando creímos que este país podía ser gobernado por una democracia del pueblo y no por una dictadura militar.

El joven profesor asintió.

—Sí, cuánta razón tiene. ¿Y qué me dice del Periodo de Emergencia? ¿Acaso no estuvo bien?

—Desperdiciamos la oportunidad —dijo el señor D'Mello—. Y ahora han matado a tiros al único político que hemos tenido que sabía darle al país la medicina que necesita.

Cerró los ojos y se concentró en la imagen de una playa vacía, tratando de evadirse de la presencia de su colega.

—El nombre de su alumno preferido —dijo el señor Bhatt— sale esta mañana en el periódico. En la página cuatro, casi arriba de todo. Debe sentirse orgulloso.

Antes de que pudiera detenerlo, el joven profesor había empezado a leer:

El club Rotary anuncia los nombres de los ganadores
de su Cuarto Concurso Anual Interescolar
de Dicción Inglesa.

Tema: La ciencia, ¿una gran ayuda
o una maldición para la raza humana?

Primer premio: Harish Pai,
escuela secundaria Santa Milagres.
(La ciencia como gran ayuda para la humanidad).

Segundo Premio: Girish Rai,
escuela secundaria San Alfonso.

(La ciencia como maldición).

El subdirector le arrancó de las manos el periódico a su joven colega.

—Señor Bhatt —gruñó—, lo he dicho públicamente a menudo: no tengo favoritos entre mis alumnos.

Volvió a cerrar los ojos, pero su paz se había disipado.

«Segundo premio...». Esas palabras le escocían una vez más. Se había pasado la noche antes del concurso trabajando con Girish: el contenido del discurso, el modo de pronunciarlo, la posición ante el micrófono..., ¡todo! ¿Y sólo un segundo premio? Los ojos se le llenaron de lágrimas. El chico últimamente se estaba acostumbrando a perder.

En la sala se produjo ahora cierta conmoción y, sin abrir los ojos, D'Mello supo que había llegado el director y que todos los profesores se apresuraban a rodearlo con adulación. Él permaneció sentado, aunque no ignoraba que su tranquilidad no iba a durar mucho.

—Señor D'Mello —oyó que decía, con voz nerviosa—. Es una terrible confusión... La mitad de los chicos no podrán ver una película gratis este año.

El profesor apretó los dientes; dobló el periódico brutalmente y se tomó su tiempo para ponerse de pie y darse la vuelta. El padre Mendonza esperaba junto a la mesa, secándose la frente. Era un hombre alto y calvo, con mechones de pelo aceitoso peinados sobre su testa desnuda. Sus grandes ojos miraban a través de unos gruesos cristales y tenía su enorme frente perlada de sudor, como una hoja cubierta de rocío después de un chaparrón.

—¿Puedo hacer una sugerencia, padre?

La mano del director se detuvo con el pañuelo a la altura de las cejas.

—Si no llevamos a los chicos al cine Angel, lo verán como un signo de debilidad. Sólo conseguiremos tener más problemas con ellos.

El director se mordió los labios.

—Pero... los peligros..., uno oye hablar de unos carteles horribles..., de cosas malignas que ni siquiera pueden decirse en voz alta...

—Yo me ocuparé de todo —dijo el señor D'Mello gravemente—. Mantendré la disciplina, le doy mi palabra.

El jesuita asintió, esperanzado. Cuando ya salía de la sala de profesores, se volvió hacia Gopalkrishna Bhatt y, con una voz que denotaba una gratitud inequívoca, le dijo:

—Usted también debería acompañar al subdirector cuando lleve a los chicos al cine Angel...

Las palabras del padre Mendonza reverberaban todavía en su mente mientras se dirigía a su clase de las 11, la primera que daba por la mañana. «Subdirector». Sabía muy bien que él no había sido la primera elección del jesuita. Aquel insulto aún le escocía después de tanto tiempo. El puesto le correspondía con todo derecho por antigüedad. Durante treinta años había enseñado hindi y aritmética y había mantenido el orden en el colegio San Alfonso. Pero el padre Mendonza, que acababa de llegar de Bangalore con su peinado aceitoso y seis baúles de ideas «modernas», manifestó sus preferencias por alguien de aspecto más «elegante». D’Mello tenía ojos y también un espejo en casa. Entendía el significado del comentario.

Él era un hombre obeso que entraba ya en la última fase de la media edad; respiraba jadeando y le salía un matojo de pelos por los orificios de la nariz. La parte principal de su cuerpo era su enorme barriga: una masa de carne que encerraba en sí la amenaza de una docena de paros cardíacos. Para caminar, arqueaba la zona lumbar, ladeaba la cabeza y fruncía la frente y la nariz en lo que parecía una mueca de asco.

—¡Ogro! —coreaban los chicos a su paso—. ¡Ogro! ¡Ogro!

A mediodía, comía junto a su ventana favorita de la sala de profesores un plato de pescado rojo al *curry* que traía en una fiambarrera de acero inoxidable. El olor del *curry* desagradaba a sus colegas, así que comía solo. Al terminar, llevaba lentamente la fiambarrera al grifo público que había fuera. Los chicos interrumpían sus juegos. Como le era imposible inclinarse (por su panza, claro), tenía que llenar de agua la fiambarrera y llevársela a los labios. Haciendo gargarismos ruidosamente, escupía un torrente azafranado varias veces. Los chicos gritaban cada vez de placer. Cuando regresaba a la sala de profesores, se apiñaban todos alrededor del grifo: las pequeñas espinas del pescado yacían en la base, como si fueran los primeros depósitos de un arrecife de coral naciente. El asombro y el asco se mezclaba en sus voces, y entonces se ponían a corear todos al mismo tiempo, cada vez con más fuerza: «¡Ogro, ogro, ogro!».

«El principal inconveniente de escoger al señor D’Mello como subdirector es que tiene una excesiva inclinación a los métodos violentos más anticuados», le escribió el entonces joven director al Consejo Jesuita. El señor D’Mello usaba la vara demasiado a menudo y con excesiva violencia. A veces, incluso mientras escribía en la pizarra, tomaba el borrador con la mano izquierda, se daba media vuelta y lo lanzaba por los aires hasta la última fila. Enseguida se oían gritos y el banco se volcaba bajo el peso de los chicos, que se habían tirado al suelo para ponerse a cubierto.

Había hecho cosas peores. El padre Mendonza relató con detalle en su informe una chocante historia que había llegado a sus oídos. Una vez, muchos años atrás, un niño pequeño estaba hablando en la primera fila, justo delante de D’Mello. Él no dijo nada. Permaneció inmóvil en su asiento, dejando que la cólera se fuera caldeando en

su interior. Repentinamente, según decían, sufrió un momento de ofuscación. Arrancó al chico de la silla, lo levantó por los aires y, llevándolo al fondo de la clase, lo encerró en un armario. El niño se pasó el resto de la clase dando puñetazos a las paredes. «¡No puedo respirar!», gritaba. Los golpes se volvieron más y más violentos; luego, poco a poco, cada vez más débiles. Cuando abrieron el armario, unos diez minutos después, salía del interior un fuerte olor a orina y el chico, hecho un guiñapo, yacía desmayado.

Estaba además el pequeño detalle de su pasado. El señor D'Mello había pasado en el Seminario de Valencia seis años, estudiando para sacerdote, pero lo abandonó repentinamente, enfrentado a sus superiores. Según decían los rumores, se había atrevido a desafiar el dogma católico, declarando que la política del Vaticano sobre planificación familiar era ilógica en un país como la India. Así pues, lo dejó todo y tiró por la borda seis años de su vida. Otros rumores insinuaban que era un librepensador y que no iba a misa con regularidad.

Pasaron las semanas. El Consejo Jesuita le escribió al padre Mendonza para preguntarle si había tomado ya una decisión. El joven director confesó que aún no había tenido tiempo. Cada día descubría que su deber más acuciante era imponer disciplina a una larga serie de alumnos recalcitrantes. Las mismas caras surgían una mañana tras otra. Hablando en clase. Estropeando las instalaciones del colegio. Atosigando a los chicos más estudiosos.

Un día, una extranjera, una mujer cristiana de Gran Bretaña, que era una generosa benefactora de muchas organizaciones humanitarias de la India, hizo una visita a la escuela. Aquella mañana el padre Mendonza untó de aceite los mechones que le quedaban con especial cuidado. Le pidió al señor Pundit que le ayudara a guiar a la dama británica por el colegio. El profesor de Canarés le habló a la extranjera con toda cortesía de la gloriosa historia de San Alfonso, de sus discípulos más eminentes, de su importante papel en la civilización de aquella región de la India, en tiempos una tierra salvaje infestada de elefantes. El padre Mendonza empezó a tener la sensación de que el señor Pundit era el tipo más inteligente que iba a encontrar en aquel rincón del mundo. Y entonces, súbitamente, la extranjera empezó a dar gritos y a hacer aspavientos de horror. Julian D'Essa, el vástago de los dueños de la plantación de café, se hallaba de pie en el último banco de una clase mostrando sus partes pudendas, mientras sus compañeros se mondaban de risa. El señor Pundit corrió hacia el muy insensato. Pero el daño ya estaba hecho. La benefactora británica se apartó del jesuita y retrocedió mirándolo con ojos horrorizados. ¡Como si él fuese un exhibicionista!

Esa noche, un veterano miembro del consejo llamó al padre Mendonza desde Bangalore para consolarlo. ¿No había acabado vislumbrando la verdad el joven «reformista»? Las modernas ideas educativas estaban muy bien en Bangalore. Ahora,

¿en un paraje atrasado como Kittur, a kilómetros y kilómetros de la civilización...?

—Para dirigir un colegio con seiscientos pequeños salvajes —le dijo el miembro del consejo al joven director, que aún gimoteaba— te hace falta un ogro de vez en cuando.

Dos meses después de su llegada a San Alfonso, el padre Mendonza citó una mañana al señor D’Mello en su despacho. Le dijo que no tenía más remedio que pedirle que prestara sus servicios como subdirector. Para manejar una escuela semejante, declaró el jesuita, necesitaba un hombre como él.

«Detente un momento y recobra el aliento», se dijo D’Mello. Estaba a punto de entrar en clase. A punto de declarar la guerra. El plan había funcionado bien hasta ahora; había entrado por la puerta trasera: un ataque por sorpresa. Suponía que la noticia de que Mendonza había cambiado de opinión sobre el cine Angel ya debería ser de dominio público. Los chicos, naturalmente, la habrían interpretado como una muestra de cobardía por parte de las autoridades del colegio. El peligro era máximo ahora, pero también contaba con una oportunidad única para darles una buena lección.

La clase se hallaba en silencio. Demasiado.

D’Mello entró de puntillas. La última fila, donde se agrupaban los chicos más altos y desarrollados, era una piña silenciosa en torno a una revista. D’Mello se irguió junto a ellos. La revista era la habitual en estos casos.

—Julian —dijo en voz baja.

Todos se volvieron de golpe y la revista cayó al suelo. Julian se puso de pie con una sonrisa. Era el más alto, el más desarrollado de todos los chicos con desarrollo precoz. Un triángulo invertido de vello asomaba ya por su camisa entreabierta y, cuando se arremangaba y alardeaba de musculatura, D’Mello veía que se le hinchaba un grueso y pálido bíceps. Siendo como era el hijo de una dinastía de plantadores de café, Julian D’Essa no podía ser expulsado del colegio. Pero sí se le podía castigar. El pequeño demonio lo miró con una sonrisa lasciva pintada en la cara. D’Mello oía en su interior la voz de D’Essa, incitándolo a emplearse a fondo: «¡Ogro! ¡Ogro! ¡Ogro!».

Alzó al chico por el cuello de la camisa. ¡Ras!, se lo desgarró. El codo le temblaba; lo extendió y le dio un sopapo.

—Fuera de clase, animal..., de rodillas...

Después de sacarlo de un empujón, se puso las manos en las rodillas y procuró recobrar el aliento. Recogió la revista y fue pasando páginas para que las vieran todos.

—Así que ésta es la clase de material que queréis leer, ¿no? ¿Y ahora pretendéis ir al cine Angel? ¿Os creéis que vais a ver los carteles de las paredes, esos murales del pecado?

Recorrió la clase, con el codo aún tembloroso, tronando con voz iracunda. Incluso a los hombres más lujuriosos les daba vergüenza ir al cine Angel. Se tapaban con una capa y deslizaban temerosamente unos billetes en la taquilla. Dentro, las paredes del cine estaban cubiertas de carteles de películas X, que exhibían todas las depravaciones conocidas. Ver una película en aquella sala era corromper a la vez el cuerpo y el alma.

Arrojó la revista contra la pared. ¿Acaso se creían que le daba miedo darles una tunda? ¡No! ¡Él no era uno de esos profesores de la «nueva ola», formados en Bangalore o en Bombay! La violencia era su plato principal y también su postre. La letra con sangre entra.

Se desmoronó en su silla. Le faltaba el aliento. Un dolor sordo extendió sus raíces por todo su pecho. Observó satisfecho que su discurso había surtido efecto. Los chicos permanecían en su sitio sin decir ni pío. La imagen de Julian, de rodillas en el pasillo y con el cuello de la camisa desgarrado, los había aplacado. Pero el señor D'Mello sabía que era sólo cuestión de tiempo, nada más. A los cincuenta y siete años ya no se hacía ilusiones sobre la naturaleza humana. La lujuria inflamaría otra vez de rebeldía sus corazones.

Les ordenó que abrieran el libro de Hindi por la página 168.

—¿Quién va a leer el poema?

La clase permaneció en silencio alrededor de un único brazo alzado.

—Girish Rai, lee.

Un chico con unas gafas tan enormes que resultaban cómicas se puso de pie en el primer banco. Tenía el pelo tupido, peinado con raya en medio, y un rostro pequeño cubierto de granos. No le hacía falta el libro, porque se sabía de memoria el poema.

No, dijo la flor:

*«No me arrojes,
ni en el lecho de la virgen
ni en el carro nupcial
ni en la plaza de la Ciudad Alegre».*

No, dijo la flor:

*«No me arrojes
sino en esa senda solitaria
que recorren los héroes
para morir por su patria».*

El chico volvió a sentarse. La clase entera había enmudecido, momentáneamente humillada ante la pureza de su dicción en hindi, aquella lengua extraña.

—Si todos fuerais como este chico —murmuró el señor D’Mello.

Pero no había olvidado que su discípulo favorito le había fallado en el concurso del club Rotary. Les ordenó a todos que copiaran seis veces el poema en sus cuadernos y aguardó dos o tres minutos sin prestar atención a Girish. Luego le hizo una seña para que se acercara.

—Girish. —La voz le falló—. Girish..., ¿por qué no sacaste el primer premio en el concurso del Rotary? ¿Cómo vamos a llegar a Delhi si no ganas más primeros premios?

—Perdón, señor... —El chico bajó la cabeza, avergonzado.

—Girish... Últimamente no ganas tantos primeros premios como antes... ¿Hay algún problema?

Había en él una expresión preocupada. El señor D’Mello sintió pánico.

—¿No te estará molestando alguien? ¿Alguno de los chicos? ¿D’Essa te ha amenazado?

—No, señor.

El profesor miró a los grandullones de la última fila. Se volvió hacia la derecha y le echó un vistazo a D’Essa, que seguía de rodillas, aunque con una sonrisa de oreja a oreja. El subdirector tomó una rápida decisión.

—Girish..., mañana... no quiero que vayas al cine Angel. Quiero que vayas al cine Belmore.

—¿Por qué, señor?

Él retrocedió.

—¿Cómo que por qué? ¡Porque lo digo yo, por eso! —gritó.

Toda la clase los miraba ahora. ¿El señor D’Mello le había levantado la voz a su favorito?

Girish Rai se puso como la grana. Parecía al borde de las lágrimas y el corazón del señor D’Mello se ablandó. Sonrió y le dio al chico una palmadita en la espalda.

—Bueno, bueno, Girish, no llores... No me importan los demás. Ellos ya han estado muchas veces en esos cines y han visto revistas. Ya no queda nada que corromper en esos chicos. Pero a ti, no; no voy a dejarte que vayas. Ve al Belmore.

Girish asintió y volvió a su asiento. Aún estaba a punto de llorar. D’Mello sintió una oleada de compasión. Había sido demasiado duro con el pobre chico.

Cuando acabó la clase, se acercó a la primera fila y dio unos golpecitos en el pupitre.

—Girish..., ¿tienes planes para esta noche?

Qué día más horrible, qué día más horrible. El señor D’Mello avanzaba por el camino de barro que iba de la escuela a su casa, en la colonia de profesores. El ruido espantoso de la piedra seguía dándole vueltas en la cabeza... Y aquella mirada del

pobre animal...

Caminaba con sus libros de poesía bajo el brazo. Tenía la camisa salpicada de *curry* rojo y las puntas del cuello dobladas hacia dentro, como hojas abrasadas por el sol. Cada pocos minutos, se detenía para enderezar su dolorida espalda y recobrar el aliento.

—¿Se encuentra mal, señor?

D'Mello se volvió. Girish Rai, con una cartera caqui enorme a la espalda, venía detrás.

El profesor y el alumno avanzaron juntos unos metros. Luego el señor D'Mello se detuvo.

—¿Ves eso, chico? —dijo, señalando.

A medio camino entre el colegio y la casa del profesor había un muro de ladrillo con un ancho boquete en medio. El muro y el boquete llevaban años allí, en esa calle en la que no había cambiado ningún detalle desde que D'Mello se había mudado a aquel barrio, treinta años atrás, para ocupar el alojamiento que le habían asignado. A través del boquete se veían tres farolas de la calle adyacente y, durante casi veinte años, el señor D'Mello se había detenido cada noche para mirarlas guiñando los ojos. Durante veinte años había examinado las tres farolas, buscando la explicación de un misterio.

Una mañana, dos décadas atrás, había visto al pasar por allí una frase escrita con tiza en las tres farolas: «Nathan X debe morir».

Se había apretujado para cruzar el boquete y llegar a las farolas y había repasado las palabras con la punta del paraguas, mientras trataba de descifrar el misterio. ¿Qué sentido tenían aquellos tres rótulos? Se acercó un viejo empujando un carro de verduras. Le preguntó si sabía quién era Nathan X, pero el verdulero se limitó a encogerse de hombros. Ernest D'Mello se quedó parado bajo la niebla que se retorció entre los árboles, preguntándose qué sentido tendría aquello.

A la mañana siguiente, los rótulos habían desaparecido. Los habían borrado expresamente. Cuando llegó al colegio, se puso a repasar la columna de necrológicas del periódico y no pudo dar crédito a sus ojos: ¡un hombre llamado Nathan Xavier había sido asesinado la noche anterior en el Bunder! Al principio creyó que se había tropezado con una sociedad secreta que estaba planeando un crimen. Una inquietud más sombría lo asaltó muy pronto. ¿Acaso habían sido espías chinos los que habían escrito aquellas palabras? Habían pasado los años, pero el misterio seguía en pie y él pensaba en ello cada vez que pasaba junto al muro.

—¿Usted cree que fueron espías pakistaníes los que lo hicieron, señor? —dijo Girish—. ¿Ellos mataron a Nathan X?

El profesor soltó un gruñido. Le daba la impresión de que no debía habérselo contado; de que se había puesto en peligro al hacerlo, en cierto sentido. Siguieron

adelante.

D'Mello contempló los rayos del sol poniente que se filtraban entre las hojas de los banianos y manchaban el suelo a trechos, como los charcos dejados por un niño después del baño. Miró el cielo y, sin pensarlo, recitó un verso hindi.

—«La mano dorada del sol cuando roza las nubes...».

—Conozco ese poema, señor —susurró Girish Rai, y repitió el resto del pareado —: «... es como la mano del amante que acaricia a su ser amado».

Siguieron caminando.

—¿Así que te interesa la poesía? —preguntó D'Mello.

Antes de que el chico pudiera responder, le confesó otro secreto. En su juventud, él había querido ser poeta: un escritor nacionalista, nada menos, un nuevo Bharati o un Tagore.

—¿Y por qué no se convirtió en poeta, señor?

Se echó a reír.

—En este agujero de Kittur, mi instruido amigo, ¿cómo podría un hombre vivir de la poesía?

Las farolas se encendieron, una a una. Ya casi era de noche. A lo lejos, el señor D'Mello vio la puerta iluminada de su casa. Al aproximarse, dejó de hablar. Oía a las mocosas desde allí. Se preguntó qué habrían destrozado hoy.

Girish Rai observaba.

El señor D'Mello se quitó la camisa y la dejó en un gancho de la pared. El chico miró al subdirector, ahora en camiseta, mientras se aposentaba lentamente en una mecedora de la sala de estar. Dos niñas con vestidos rojos idénticos corrían en círculo por la habitación, dando alaridos. El viejo profesor no les prestaba la menor atención. Miró fijamente al chico, preguntándose de nuevo por qué había invitado a un alumno a su casa por primera vez en toda su carrera.

—¿Por qué dejamos que los pakistaníes se salieran con la suya, señor? —le soltó Girish de repente.

—¿Qué quieres decir, muchacho? —dijo el señor D'Mello arrugando la nariz y guiñando los ojos.

—¿Por qué les dejamos salirse con la suya en 1965, cuando los teníamos en nuestras garras? Usted lo dijo un día en clase, pero no lo explicó.

—¡Ah, eso!

El señor D'Mello se dio una palmada en el muslo con entusiasmo. Otro de sus temas favoritos: la gran cagada de la guerra del 65. «Los tanques indios habían entrado ya en las afueras de Lahore cuando nuestro propio Gobierno les segó la hierba bajo los pies». Algún burócrata había sido sobornado y los tanques dieron media vuelta.

—Desde la muerte de Sardar Patel este país se ha ido al cuerno —dijo. El chico

asintió—. Vivimos en medio del caos y la corrupción. Hemos de limitarnos a hacer nuestro trabajo y volver a casa —dijo, y el chico asintió.

El profesor suspiró con satisfacción. Se sentía profundamente halagado. En todos los años que llevaba en la escuela ningún alumno había compartido la indignación que sentía ante la colosal metedura de pata del 65. Tras levantarse de la mecedora, tomó un volumen de poesía hindi de la estantería.

—Quiero que me lo devuelvas, ¿eh? Y en perfecto estado. Sin manchas ni rasguños, ¿estamos?

El chico asintió. Miró a su alrededor a hurtadillas. La pobreza de la casa del profesor le había sorprendido. No había nada en las paredes de la sala de estar, sólo una imagen iluminada del Sagrado Corazón de Jesús. La pintura se veía desconchada y había lagartos deslizándose con todo descaro por las paredes.

Mientras Girish hojeaba el libro, las dos niñas se turnaban en gritarle a los oídos; luego salían corriendo y dando alaridos.

Se le acercó una mujer vestida con un holgado vestido verde, que tenía un estampado de flores blancas, y le ofreció un vaso de zumo de frutas. El chico se quedó desconcertado al ver su rostro y no acertó a responder a sus preguntas. Parecía muy joven. El señor D'Mello debía de haberse casado muy tarde, se dijo. Quizás había sido demasiado tímido, de joven, para acercarse a las mujeres.

D'Mello arrugó el ceño y se acercó a Girish.

—¿Por qué te ríes? ¿Hay algo gracioso?

Meneó la cabeza.

El profesor siguió hablándole de otras cosas que hacían que le hirviera la sangre. La India había sido gobernada en su momento por tres potencias extranjeras: Inglaterra, Francia y Portugal. Ahora habían ocupado su lugar tres potencias nativas: la Traición, la Chapucería y la Puñalada por la Espalda.

—El problema está aquí —dijo dándose golpecitos en las costillas—. Tenemos una bestia dentro.

Empezó a contarle cosas que nunca le había contado a nadie, ni siquiera a su esposa. Su inocencia respecto a la verdadera naturaleza de los alumnos le había durado solamente tres meses. En aquellos primeros días de su carrera, le confesó a Girish, se quedaba en la biblioteca después de clase para leer la poesía de Tagore. Leía cada página con atención, y a veces se detenía para cerrar los ojos e imaginar que vivía durante las luchas por la libertad: en aquellos años sagrados en los que uno podía asistir a un mitin y ver a Gandhi haciendo girar su rueda y al Nehru dirigiéndose a la multitud.

Cuando salía de la biblioteca, la cabeza le bullía de imágenes de Tagore. A esa hora, el muro de ladrillo que rodeaba el colegio, encendido por el sol poniente, parecía convertirse en una extensa lámina de oro. Había una hilera de banianos a lo

largo del muro y, en sus copas frondosas y oscuras, las hojitas relucían en largas sartas plateadas, como rosarios sujetos por un árbol pensativo. El señor D'Mello pasaba a su lado. El universo entero parecía cantar los versos de Tagore. Entonces cruzaba el campo de juegos, situado en una hondonada por debajo del colegio. Los gritos depravados que resonaban allí lo arrancaban de sus ensoñaciones.

—¿Qué son esos gritos por las noches? —le preguntó con candor a un colega.

El veterano profesor tomó un pellizco de rapé. Mientras inhalaba aquel polvo abominable del borde de un pañuelo manchado, sonrió de oreja a oreja.

—Revolcones. Eso es lo que pasa.

—¿Revolcones?

El otro profesor le guiñó un ojo.

—¿No me digas que no te pasó cuando ibas al colegio?

Por la expresión de D'Mello, dedujo que no era ése el caso.

—Es el juego más antiguo que existe entre chicos —dijo—. Baja y compruébalo con tus propios ojos. Me faltan las palabras adecuadas para describirlo.

Bajó a la noche siguiente. Los ruidos se volvían más fuertes a medida que bajaba las escaleras del campo de juegos.

A la mañana siguiente, citó en su despacho a todos los implicados: incluidas las víctimas. Trató de hablar con calma.

—¿Qué os habéis creído que es esto? ¿Un colegio católico decente o un burdel?

Aquel día los golpeó con tremenda violencia.

Cuando terminó, notó que le temblaba aún el codo derecho.

A la noche siguiente, no se oía ningún ruido en el campo de juegos. Él recitó a Tagore en voz alta para protegerse del mal: «Allí donde mantiene uno la cabeza bien alta y la mente libre de temor...».

Unos días más tarde, volvió a pasar por el campo de juegos y notó que su codo derecho empezaba a temblar. El oscuro y conocido rumor se elevaba otra vez desde la hondonada.

—Fue entonces cuando se me cayó la venda de los ojos —dijo el señor D'Mello—. Ya no volví a hacerme ilusiones sobre la naturaleza humana.

Miró preocupado a Girish. El chico contemplaba el vaso de zumo con una sonrisa.

—¿No te lo habrán hecho a ti, verdad, cuando juegas a críquet con ellos por la noche? ¿Esos achuchones?

(El señor D'Mello ya se lo había advertido a D'Essa y a su pandilla de chicos hiperdesarrollados: si lo intentaban con Girish, los despellejaría vivos. Verían qué clase de ogro era).

Miró inquieto a Girish. El chico seguía callado. De repente, dejó el vaso, se puso de pie y se le acercó con una hoja doblada. El subdirector la abrió, preparándose para

lo peor.

Era un regalo: un poema, en casto hindi.

Monzón

*Esta es la húmeda y ardiente estación,
cuando resuena el trueno y luce el relámpago.
Cada noche me digo mientras el cielo se agita,
¿cuál podrá ser la razón de Dios
para darnos esta húmeda y ardiente estación?*

—¿Lo has escrito tú solo? ¿Por eso te ruborizabas?

El chico asintió, contento.

«¡Santo Dios!», pensó. En treinta años de profesor nadie había tenido con él un gesto parecido.

—¿Y por qué es irregular la rima? —dijo D'Mello, frunciendo el ceño—. Deberías ser más cuidadoso con estas cosas...

Le fue señalando los defectos, uno a uno. El chico asentía y escuchaba con atención.

—¿Le traigo otro mañana? —preguntó.

—La poesía está bien, Girish, pero... ¿no estarás perdiendo interés en los concursos?

El chico asintió.

—Ya no quiero continuar, señor. Prefiero jugar al críquet después de clase. Nunca tengo tiempo de jugar...

—¡Has de presentarte a los concursos! —dijo el señor D'Mello, que se levantó de la mecedora.

Debía aferrarse, añadió, a cualquier oportunidad que se le presentara de ganar fama en aquella ciudad. ¿Es que no lo entendía?

—Primero vas a los concursos y te haces famoso, después consigues un buen puesto y luego ya puedes escribir poesía. ¿De qué te va a servir el críquet? ¿Acaso puedes hacerte famoso? Si no sales de aquí, nunca podrás escribir poesía, ¿es que no lo entiendes?

Girish asintió y se terminó el zumo.

—Y mañana, Girish... Irás al Belmore. No quiero volver a discutirlo.

El chico asintió.

Cuando se hubo ido, D'Mello se sentó otra vez en su mecedora y reflexionó largo rato. No venía mal, pensaba, aquel nuevo interés del chico por la poesía. Quizá podría buscar un concurso de poesía y hacer que participara. Seguro que ganaría. Volvería cubierto de oro y plata. El *Dawn Herald* publicaría quizá su foto en la contraportada.

Y él mismo aparecería rodeándole a Girish los hombros con orgullo. «El maestro que ha nutrido al genio en ciernes». Luego conquistarían Bangalore: el mismo equipo de profesor y alumno que ya habría ganado todos los concursos de poesía del estado de Karnataka. ¿Y después? ¡Nueva Delhi! El presidente en persona les pondría una medalla a ambos. Entonces se tomarían la tarde libre, subirían al autobús de Agra y visitarían juntos el Taj Mahal. Cualquier cosa era posible con un chico como Girish. El corazón del señor D'Mello brincaba de contento, como no lo había hecho durante años, desde sus días de joven profesor. Antes de dormirse en la mecedora, cerró los ojos y rogó con fervor: «Señor, mantén puro a ese muchacho».

A la mañana siguiente, a las diez y diez, por orden expresa del Gobierno del estado de Karnataka, una multitud de inocentes alumnos del colegio San Alfonso, con apellidos comprendidos entre la O y la Z, se echaron en los brazos acogedores de un cine pornográfico. Un ángel de estuco, acurrucado en el dintel, parecía arrojar su dudosa bendición a la marabunta de jóvenes.

Una vez dentro, descubrieron que los habían engañado.

Las paredes del cine Angel —aquellos infames murales de depravación— estaban cubiertas con una tela negra. No quedaba a la vista ni una sola imagen. El señor D'Mello había cerrado un trato con la dirección del local. Los niños quedarían protegidos de los murales del pecado.

—¡No os acerquéis a la tela negra! —gritó el señor D'Mello—. ¡No la toquéis siquiera!

Lo tenía todo planeado. El señor Álvarez, el señor Rogers y el señor Bhatt se mezclaron entre los alumnos para mantenerlos alejados de los carteles. Dos empleados del cine (presumiblemente los que vendían las entradas a los hombres cubiertos con capa) echaron también una mano. Dividieron a los chicos en dos grupos. Uno fue conducido en fila a la sala de arriba, y el otro a la de abajo. Antes de que pudieran reaccionar, se encontrarían encerrados cada uno en una sala. Y así se hizo. El plan funcionó a la perfección. Los chicos estaban en el cine Angel, pero no iban a ver otra cosa que las películas del Gobierno; el señor D'Mello había vencido.

Cuando se apagaron las luces en la sala de arriba, un murmullo de excitación recorrió las filas. La pantalla se iluminó.

Una cinta desvaída y llena de rayas parpadeó y cobró vida.

¡SALVAD AL TIGRE!

El señor D'Mello permanecía con los otros profesores detrás de la última fila. Se secó el sudor con alivio. Parecía que todo iba a salir bien, a fin de cuentas. Tras unos minutos de tranquilidad, el joven señor Bhatt se le acercó para darle conversación. Él,

sin hacerle caso, mantuvo los ojos fijos en la pantalla. Aparecían fotos de cachorros de tigre retozando juntos y luego un cartel que decía: «Si no protegéis ahora a estos cachorros, ¿cómo va a haber tigres el día de mañana?».

Dio un bostezo. Los ángeles de estuco lo miraban fijamente desde las cuatro esquinas de la sala; tenían en la nariz y las orejas grandes desconchones de pintura, como si les hubieran salido ampollas. Él ya raramente iba al cine. Demasiado caro; tenía que sacar entradas también para su mujer y para las dos mocosas. De joven, en cambio, las películas habían llegado a ser su vida. Aquella misma sala, el cine Angel, era entonces uno de sus lugares predilectos. Se saltaba la clase, se iba allí solo y se sentaba a mirar películas y a soñar. «Y ahora, mira cómo está todo», pensó. Aun en la oscuridad, el deterioro era evidente. Las paredes se veían mugrientas y con grandes manchas de humedad. Los asientos estaban agujereados. El progreso de la putrefacción y la decadencia: la historia de aquel cine era la historia del país entero.

La pantalla quedó a oscuras. Se oyó un coro de risitas.

—¡Silencio! —gritó el señor D’Mello.

Apareció el título del cortometraje.

LA IMPORTANCIA DEL BIENESTAR FÍSICO EN EL DESARROLLO DE LOS NIÑOS

Empezaron a aparecer imágenes de chicos duchándose, bañándose, corriendo y comiendo, cada una con un rótulo apropiado. El señor Bhatt se acercó de nuevo al subdirector y esta vez le susurró con deliberación:

—Ahora le toca a usted, si quiere.

D’Mello entendió las palabras, pero no el secretismo con que las había pronunciado. Él mismo había propuesto que los profesores patrullaran por turnos por el pasillo cubierto de tela negra para asegurarse de que ningún chico, sobre todo los más desarrollados, se deslizara fuera de la sala y echara un vistazo a los carteles pornográficos. Precisamente Gopalkrishna Bhatt acababa de terminar su turno de vigilancia. Se quedó perplejo un instante. Y de pronto, lo comprendió. Por la manera de sonreír del joven profesor, el señor D’Mello se dio cuenta de que él mismo había mirado a hurtadillas los murales del pecado. Echó un vistazo a su alrededor: todos los profesores trataban de reprimir una risita.

D’Mello salió de sala sintiendo un profundo desprecio por sus colegas.

Cruzó el pasillo, entre las paredes tapadas, con absoluta indiferencia. ¿Cómo podían haber caído tan bajo el señor Bhatt y el señor Pundit? Dejó atrás la larga tela negra sin haber sentido la más mínima tentación de levantarla.

Una luz parpadeaba en la escalera que conducía a una galería superior. También allí las paredes estaban cubiertas. El señor D’Mello guiñó los ojos y escrutó la galería boquiabierto. No, no soñaba. Allá arriba divisó a un chico que se acercaba de

puntillas a la tela. Julian D'Essa, pensó. Cómo no. Y entonces, cuando ya alzaba la punta y atisbaba detrás, le vio la cara.

—¡Girish! ¿Qué haces?

Al oír la voz del señor D'Mello el chico se volvió, petrificado. Maestro y alumno se miraron fijamente.

—Perdón, señor... Perdón..., ellos..., ellos...

Se oían risitas detrás de él. Y de repente, como si alguien lo hubiera arrastrado, desapareció.

El señor D'Mello se apresuró a subir las escaleras de la galería. Sólo subió dos peldaños. El pecho le ardía. Sentía arcadas. Se aferró a la balaustrada y descansó un momento. La bombilla de la escalera continuó parpadeando. El subdirector sintió vértigo. Su corazón latía cada vez más débilmente, como si se estuviera disolviendo poco a poco. Trató de pedirle ayuda a Girish, pero las palabras no le salían. Dio un manotazo desesperado y atrapó una esquina de la tela negra, que se desgarró y abrió bruscamente. Hordas enteras de criaturas fornicantes, congeladas en posturas de violación, de placeres ilícitos y actos de bestialismo, empezaron a agitarse ante sus ojos en una burlona cabalgata; un mundo de delicias angélicas que había despreciado hasta ahora destellaba ante él. Lo vio todo, y lo comprendió todo. Por fin.

El joven Bhatt lo encontró así, tirado sobre la escalera.

Segundo día (noche): El mercado y la plaza Nehru

La plaza Jawaharlal Nehru (antes plaza del Rey Jorge V) es una gran explanada situada en el centro de Kittur. Por las noches la gente acude en masa y juega al críquet, vuela cometas o enseña a sus hijos a montar en bicicleta. En el perímetro de la plaza, los vendedores de helados y caramelos ofrecen su mercancía. Todas las grandes concentraciones políticas de Kittur se celebran aquí. Hyder Ali Road discurre desde la plaza Nehru hasta el mercado Central, que es el mayor mercado de productos frescos de la ciudad. El ayuntamiento, la nueva sala de justicia y el hospital del distrito Henry Havelock, así como los mejores hoteles de Kittur —el hotel Premier Intercontinental y el Taj Mahal Internacional— se encuentran a un paso del mercado. En 1988 se abrió al culto en las inmediaciones de la plaza Nehru el primer templo destinado exclusivamente a la comunidad hoyka de Kittur.

Con un pelo como ése, y con aquellos ojos, podría haber pasado perfectamente por un hombre santo y haberse ganado la vida sentado con las piernas cruzadas sobre una tela azafrán en la entrada del templo. Eso decían al menos los tenderos del mercado. Y sin embargo, lo único que hacía el muy loco, mañana y tarde, era acuclillarse en la valla central de Hyder Ali Road y mirar pasar los coches y autobuses. Al ponerse el sol, el pelo —una cabeza de Gorgona llena de rizos castaños— le brillaba como si fuese de bronce y sus ojos oscuros destellaban. Mientras duraba la noche, era como un poeta sufí lleno de fuego místico. Algunos comerciantes del mercado contaban historias sobre él: una noche lo habían visto cruzar la avenida a lomos de un toro negro, agitando las manos y dando gritos, como si el Señor Shiva en persona hubiera llegado a la ciudad montado en su toro Nandi.

A veces se comportaba como un hombre racional; cruzaba la avenida con cuidado o se sentaba pacientemente en la entrada del templo Kittur-Devi con otros vagabundos, aguardando a que les dieran las sobras de los banquetes de boda o de la ceremonia del cordón sagrado. Otras veces se le veía hurgando entre los montones de mierda de perro.

Nadie sabía su nombre, su religión o su casta, así que nadie se decidía a hablar con él. Sólo un hombre, un lisiado con una pierna de madera que iba al templo una o dos noches al mes, se detenía a darle comida.

—¿Por qué fingís que no conocéis a este tipo? —gritaba el lisiado, señalándolo con una de sus muletas—. ¡Lo habéis visto muchas veces! ¡Era el rey del autobús número cinco!

Por un momento, todo el mercado observaba a aquel hombre salvaje de rizos

castaños; pero él seguía mirando la pared en cuclillas, dándoles la espalda a ellos y a la ciudad.

Había llegado a Kittur dos años atrás, y entonces tenía nombre, casta y también un hermano.

—Soy Keshava, hijo de Lakshminarayana, el barbero de Gurupura —había repetido al menos seis veces, de camino a Kittur, a los conductores de autobús, a los empleados de los peajes y a los desconocidos que le preguntaban. Esa frase de presentación, más un petate bajo el brazo y la ligera presión de los dedos de su hermano en el codo cuando se encontraban entre una multitud, era todo lo que traía consigo.

Su hermano tenía diez rupias, un petate que llevaba también bajo del brazo y la dirección de un pariente, escrita en un trocito de papel arrugado que apretaba en el puño izquierdo.

Habían llegado los dos a Kittur en el autobús de las cinco de la tarde. Se habían bajado en la terminal de autobuses; era su primera visita a la ciudad. Justo en la mitad de la avenida que va de la plaza Nehru al mercado, en el centro de la calle más ancha de Kittur, el revisor les había dicho que sus seis rupias con veinte paisas no alcanzaban para ir más lejos.

Los autobuses se movían amenazadores a su alrededor, con hombres vestidos de caqui encaramados en las puertas, que tocaban sus silbatos estridentes y gritaban a los pasajeros:

—¡Dejad ya de mirar embobados a las chicas, hijos de perra! ¡Que vamos con retraso!

Keshava sujetaba el faldón de la camisa de su hermano. Dos bicicletas lo esquivaron bruscamente y no lo pisaron de milagro. Había coches, *autorickshaws* y bicicletas por todas partes, amenazando con aplastarle los dedos de los pies. Era como si estuviera en una playa y la calle se deslizara por debajo, como la arena bajo las olas.

Al rato, se armaron de valor y se acercaron a un peatón, un hombre que tenía los labios descoloridos por el vitíligo.

—¿Dónde está el mercado Central, hermano?

—Ah... Está allá abajo, al lado del Bunder.

—¿Queda muy lejos?

El hombre les señaló un conductor de *autorickshaw*, que se estaba masajeando las encías con un dedo.

—Tenemos que ir al mercado —le dijo Vittal.

El conductor los miró, todavía con el dedo en la boca y con sus grandes encías a la vista. Se examinó la punta humedecida del dedo.

—¿El mercado Lakshmi o el mercado Central?

—El mercado Central.

—¿Cuántos sois?

Y luego:

—¿Cuántas bolsas?

Y luego:

—¿De dónde venís?

Keshava dio por supuesto que eran preguntas normales en una gran ciudad como Kittur y que un conductor de *autorickshaw* tenía derecho a formularlas.

—¿Está muy lejos? —preguntó Vittal, con un tono desesperado.

El conductor escupió justo a los pies de los dos hermanos.

—Claro. Esto no es un pueblo; es una ciudad. Todo está lejos.

Inspiró hondo y trazó en el aire una serie de giros con el dedo mojado para mostrarles la ruta sinuosa que habrían de seguir. Acabó soltando un suspiro, dándoles a entender que el mercado quedaba a una distancia incalculable. A Keshava se le cayó el alma a los pies; el conductor del autobús los había timado. Había prometido que los dejaría a un paso del mercado Central.

—¿Cuánto, hermano, por llevarnos allí?

El tipo los miró de pies a cabeza lentamente, como si estuviera calculando su estatura, su peso e incluso su valor moral.

—Ocho rupias.

—¡Es demasiado, hermano! ¡Acepta cuatro!

—Siete con setenta y cinco —dijo el conductor, y les hizo señas para que subieran.

Luego los tuvo esperando en el *rickshaw*, con los petates en el regazo, sin darles ninguna explicación. Otros dos pasajeros negociaron con él un trayecto y una tarifa y se apretujaron en el vehículo; uno de ellos se le sentó a Keshava encima sin advertirle siquiera. El *rickshaw* seguía sin moverse. Sólo cuando se les sumó otro pasajero, que se sentó delante junto al conductor (o sea, con seis personas comprimidas en un vehículo donde no cabían más que tres), se decidió el tipo a darle al pedal para arrancar el motor.

Keshava apenas veía por dónde iban y, así, sus primeras impresiones de Kittur fueron más bien las del hombre que tenía sentado en su regazo: el aroma de aceite de castor que había usado para engrasarse el pelo y el tufillo a mierda que emitía cada vez que se removía. Después de dejar al pasajero que iba delante y luego a los dos hombres de detrás, el *autorickshaw* serpenteó un buen rato por una zona tranquila y oscura de la ciudad, para desembocar por fin en otra calle ruidosa, iluminada por la luz blanca de unas potentes farolas de parafina.

—¿Esto es el mercado Central? —le gritó Vittal al conductor. Éste le señaló un

cartel:

MERCADO CENTRAL DEL MUNICIPIO DE KITTUR
TODA CLASE DE FRUTAS Y VERDURAS
EXCELENTE CALIDAD Y PRECIOS RAZONABLES

—Gracias, hermano —le dijo Vittal, abrumado de gratitud; Keshava le dio las gracias también.

Al bajarse, se encontraron otra vez en medio de un torbellino de luces y ruido; se quedaron inmóviles, aguardando a que sus ojos lograran ordenar aquel caos.

—Oye —dijo Keshava, excitado, porque había identificado un punto de referencia—. ¿No era de aquí de donde hemos salido?

Miraron alrededor y advirtieron que estaban a unos pasos de donde el autobús los había dejado. No habían visto el cartel del mercado, pero lo habían tenido todo el rato a su espalda.

—¡Nos ha engañado, hermano! —gritó Keshava—. ¡Ese conductor de *autorickshaw* nos ha engañado...!

—¡Cierra la boca! —Vittal le dio un cachete en el cogote—. ¡Toda la culpa es tuya! ¡Has sido tú el que ha querido tomar un *autorickshaw*!

En realidad, sólo llevaban como hermanos unos días.

Keshava era bajo y de tez oscura; Vittal, alto, delgado y blanco, y cinco años mayor. Su madre había muerto años atrás y su padre los había abandonado; se hizo cargo de ellos un tío y se habían criado con sus primos (a los que también llamaban «hermanos»). Cuando el tío murió, la tía llamó a Keshava y le dijo que acompañara a Vittal, al que iban a enviar a trabajar a la gran ciudad con un pariente que tenía una tienda de comestibles. Así fue como llegaron a darse cuenta de que había entre ellos un vínculo más profundo que con sus primos.

Sabían que su pariente estaba por el mercado Central de Kittur, nada más. Con paso tímido, se adentraron en la sombría zona del mercado donde vendían verduras y, por una puerta trasera, llegaron a un sector mucho mejor iluminado donde estaba la fruta. Allí pidieron indicaciones. Subieron al segundo piso por unas escaleras cubiertas de basura putrefacta y paja húmeda. Volvieron a preguntar:

—¿Sabes dónde está Janardhana? Tiene una tienda aquí. Es pariente nuestro.

—¿Qué Janardhana? ¿Shetty, Rai o Padiwal?

—No lo sé, hermano.

—¿Vuestro pariente es un bunt?

—No.

—¿No es bunt? ¿Un jainista, entonces?

—No.

—¿De qué casta es, entonces?

—Es un hoyka.

Una risotada.

—No hay hoykas en este mercado. Sólo musulmanes y bunts.

Aun así, como los dos chicos parecían tan perdidos, el hombre se apiadó, preguntó a alguien y averiguó que sí había algunos hoykas que habían abierto negocios por allí cerca.

Bajaron las escaleras y salieron del mercado. En la entrada de la tienda de Janardhana, les dijeron, había un gran póster de un hombre musculoso en camiseta. No tenía pérdida. Caminaron de tienda en tienda, hasta que Keshava gritó:

—¡Allí!

Bajo la imagen del tipo musculoso, se encontraba sentado un tendero flacucho y sin afeitar, revisando un cuaderno con las gafas en la punta de la nariz.

—Buscamos a Janardhana, de Gurupura —dijo Vittal.

—¿Para qué lo buscáis? —dijo el hombre, suspicaz.

—Tío, somos de tu pueblo. Somos parientes —le soltó Vittal.

El tendero se lo quedó mirando. Humedeciéndose el dedo, pasó una página de su cuaderno.

—¿Por qué crees que sois parientes míos?

—Nos lo dijeron, tío. Nos lo dijo nuestra tía. Kamala, la tuerta.

El hombre dejó su cuaderno.

—Kamala, la tuerta..., ya veo. ¿Y vuestros padres?

—Nuestra madre murió hace muchos años, cuando nació éste, mi hermano Keshava. Y nuestro padre se despreocupó de nosotros hace cuatro años y se marchó por ahí.

—¿Por ahí?

—Sí, tío —dijo Vittal—. Algunos dicen que fue a Varanasi, a practicar el yoga en la orilla del Ganges. Otros dicen que está en la ciudad santa de Rishikesh. No lo hemos visto desde entonces; nos ha criado nuestro tío Thimma.

—¿Y él?

—Murió el año pasado. Seguimos con ellos, pero al final nuestra tía ya no podía mantenernos. La sequía ha sido muy intensa este año.

Al tendero le asombraba que hubieran venido de tan lejos, sin mediar aviso y basándose en un parentesco tan remoto, con la esperanza de que se ocupase de ellos. Alargó el brazo bajo el mostrador, sacó una botella de aguardiente de caña y, quitando el tapón, se la llevó a los labios.

—Cada día llega gente de los pueblos, buscando trabajo. Todo el mundo se cree que aquí, en las ciudades, podemos mantenerlos gratis. Como si no tuviéramos ya bastante con alimentar nuestros propios estómagos.

Le dio otro trago a la botella; su humor pareció mejorar. Más bien le había gustado aquella ingenua manera de contar la historia del papá que se había ido a «la ciudad santa de Rishikesh a practicar yoga». El viejo granuja debía haberse juntado con una amante y había tenido que hacerse cargo de una prole de bastardos, pensó con una sonrisa admirada. Hay que ver cómo puede uno salirse con la suya en los pueblos... Bostezó, estiró los brazos y se dio una palmada en el estómago.

—¡Así que ahora sois huérfanos! Pobres muchachos. Uno ha de arrimarse siempre a su familia. ¿Qué otra cosa hay en esta vida? —Se dio unas friegas en el estómago. «Fíjate cómo me miran: como si fuera un rey», se dijo, sintiéndose de pronto importante. Un sentimiento que no había experimentado a menudo desde que había llegado a Kittur.

Se rascó las piernas.

—¿Y cómo van las cosas por el pueblo?

—Aparte de la sequía, todo sigue igual, tío.

—¿Habéis llegado en autobús? —preguntó. Y enseguida—: ¿Y habréis venido andando desde la estación, no? —Se levantó de golpe—. ¿Un *autorickshaw*? ¿Cuánto habéis pagado? Esos tipos son unos ladrones. ¡Siete rupias! —Se puso rojo de rabia—. ¡Imbéciles! ¡Sois unos cretinos!

Con la excusa de su indignación porque los habían timado, el tendero dejó de hacerles caso durante media hora.

Vittal se quedó en un rincón, cabizbajo y humillado. Keshava miró alrededor. Detrás del tendero había grandes pilas rojas y blancas de dentífrico Colgate y Palmolive y tarros de leche Horlicks; un montón de paquetes relucientes de polvo de malta colgaban del techo, como banderines nupciales; y en la entrada, amontonadas en pirámides, había botellas azules de queroseno y botellas rojas de aceite de cocina.

Keshava era un chico menudo y delgado de tez oscura, con unos ojos enormes de mirada persistente. Algunos de los que lo conocían decían que tenía la energía de un colibrí y que siempre andaba revoloteando por ahí y dando la lata. Otros lo consideraban perezoso y melancólico, capaz de quedarse sentado mirando el techo durante horas. Él sonreía y miraba para otro lado cuando lo reñían por su conducta, como si no tuviera una idea clara de sí mismo ni supiera muy bien qué decir.

El dueño de la tienda volvió a sacar la botella de aguardiente y dio otro trago, lo cual pareció mejorar su humor de nuevo.

—Aquí no bebemos como en los pueblos —dijo, sosteniéndole la mirada a Keshava—. Sólo un traguito de vez en cuando. Los clientes nunca me ven borracho. —Guiñó un ojo—. Así funcionan las cosas en la ciudad: puedes hacer lo que quieras, siempre que nadie se dé cuenta.

Después de bajar las persianas del local, guio a Vittal y a Keshava alrededor del mercado. Por todas partes había hombres durmiendo en el suelo, apenas cubiertos con

sábanas livianas. Janardhana les hizo algunas preguntas por el camino y los llevó a un callejón, detrás del mercado, ocupado enteramente por una hilera de hombres, mujeres y niños que dormían tumbados en la calzada. Keshava y Vittal retrocedieron horrorizados al ver que empezaba a negociar con uno de ellos.

—Si duermen aquí, habrán de pagar al Jefe —dijo el tipo.

—¿Y qué hago yo con ellos? ¡En alguna parte han de dormir!

—Tú verás si quieres arriesgarte. Pero si has de dejarlos aquí, prueba al fondo.

El callejón terminaba en un muro que tenía un escape de agua permanente; las tuberías de desagüe, por lo visto, habían quedado mal ensambladas. En un rincón, un enorme cubo de basura desprendía un hedor espantoso.

—¿El tío no va a llevarnos a su casa, hermano? —susurró Keshava al ver que el dueño de la tienda desaparecía, después de darles algunos consejos sobre cómo dormir al aire libre.

Vittal le dio un pellizco.

—Tengo hambre —dijo Keshava, al cabo de unos minutos—. ¿No podemos llamar al tío y pedirle comida?

Los dos hermanos se hallaban el uno junto al otro, muy cerca del cubo de basura.

Vittal, por toda respuesta, se cubrió por completo con su sábana y se quedó inmóvil allí dentro, como un capullo.

Keshava no podía creer que alguien pensara que iba dormir allí; y con el estómago vacío, encima. Por mal que hubieran estado las cosas en casa, allí siempre había habido al menos algo que comer. Ahora todas las frustraciones de la noche se mezclaban con la fatiga y el desconcierto, y no se le ocurrió otra cosa que atizarle una patada a aquella figura amortajada que tenía al lado. Su hermano, como si hubiese estado esperando una provocación parecida, se arrancó la sábana de un tirón, le agarró la cabeza con las dos manos y se la aporreó dos veces contra el suelo.

—Si haces un ruido más, te juro que te dejo solo en esta ciudad. —Luego se cubrió otra vez y le dio la espalda.

Y aunque le había hecho daño, Keshava tenía aún más miedo de lo que le había dicho su hermano y cerró el pico.

Allí tendido, con la cabeza dolorida, Keshava se preguntaba vagamente cuándo se decidía que tal y tal tipo fuesen hermanos; y cómo llegaba la gente a la Tierra, y cómo la abandonaba. Una simple curiosidad desgana. Luego empezó a pensar en comida. Estaba metido en un túnel y ese túnel era el hambre que sentía, y al final del túnel, si seguía adelante —se prometió a sí mismo—, habría una gran pila de arroz cubierta de lentejas humeantes y de gruesos pedazos de pollo.

Abrió los ojos; había estrellas en el cielo. Las miró fijamente para abstraerse del hedor de la basura.

Cuando llegaron a la tienda a la mañana siguiente, el tendero estaba colgando bolsas de polvo de malta en los ganchos del techo con un palo muy largo.

—Tú —dijo, señalando a Vittal. Le enseñó cómo debía enganchar la bolsa de plástico en la punta del palo y cómo había de izarlas y colocarlas en los ganchos—. Hacen falta tres cuartos de hora para hacerlo; a veces, una hora. No quiero que te apresures demasiado. ¿No te importará trabajar, no?

Y con el tono redicho típico de los ricos, añadió:

—En este mundo, si un hombre no trabaja, no come.

Mientras Vittal colgaba bolsas de plástico en el techo, el tendero le dijo a Keshava que se sentara detrás del mostrador. Le dio seis hojas impresas en las que salían caras de actrices de cine y seis cajas de varillas de incienso. El chico tenía que recortar las fotos, ponerlas encima de las cajas y envolverlas enseguida con celofán y cinta adhesiva.

—Con chicas guapas en la caja, puedes cobrar diez paisas más —le dijo—. ¿Sabes quién es? —Señaló la foto que Keshava había recortado—. Es muy famosa en las películas hindi.

Keshava empezó a recortar la foto de la siguiente actriz. Justo delante, bajo el mostrador, veía el hueco donde el dueño de la tienda tenía escondida la botella de licor.

A mediodía apareció la esposa con el almuerzo. Examinó a Vittal, que rehuyó su mirada, y luego a Keshava, que la miró fijamente. Luego dijo:

—No hay comida para los dos. Envíale uno al barbero.

Keshava, siguiendo las instrucciones que se había aprendido de memoria, se abrió paso por una serie de calles desconocidas y llegó a una zona de la ciudad donde encontró a un barbero trabajando en la calle. Tenía su puesto junto a una pared y había colgado el espejo con un clavo entre un rótulo de planificación familiar y un póster contra la tuberculosis.

Frente al espejo, había un cliente en una silla envuelto en un trapo blanco. El barbero lo estaba afeitando. Keshava esperó hasta que el cliente se hubo marchado.

El barbero lo inspeccionó de arriba abajo, rascándose la cabeza.

—¿Qué clase de trabajo puedo ofrecerte, muchacho?

Al principio no se le ocurrió nada, salvo que les sostuviera el espejo a los clientes para que se mirasen bien una vez afeitados. Luego le pidió a Keshava que les cortara las uñas de los pies y los callos mientras él les hacía la barba. Luego le dijo que barriera el pelo de la acera.

—Ponle un poco de comida también, es un buen chico —le dijo a su esposa, cuando apareció a las cuatro con té y galletas.

—Es el chico del tendero; ya puede conseguir comida por su cuenta. Y es un hoyka, ¿no querrás que comamos con él?

—Es buen chico, dale algo de comer. Sólo un poquito.

Cuando el barbero vio cómo engullía Keshava las galletas, comprendió por qué se lo había enviado el tendero.

—¡Dios mío! ¿No has comido nada en todo el día?

A la mañana siguiente, cuando Keshava se presentó allí, el barbero le dio una palmadita en la espalda. Aún no sabía exactamente qué hacer con él, pero eso ya no parecía preocuparle; sabía que no podía dejar que el pobre muchacho, con aquella cara tan dulce, se muriera de hambre todo el día en el local del tendero. A mediodía, le dieron de almorzar. La esposa del barbero no paraba de gruñir, pero él le sirvió en el plato unos buenos cucharones de *curry* de pescado.

—Trabaja duro, se lo merece.

Aquella tarde, Keshava acompañó al barbero en la ruta que hacía a domicilio; iban de casa en casa y aguardaban en el patio trasero a que salieran los clientes. Keshava colocaba la silla de madera y el barbero le rodeaba el cuello al cliente con el trapo blanco y le preguntaba cómo quería que le cortase esta vez. Al terminar, el barbero sacudía con fuerza el trapo para quitar todos los pelos; luego, mientras salían y se dirigían a la siguiente cita, le hacía comentarios sobre el cliente.

—A éste no se le levanta —le dijo una de las veces—; se nota por lo flácido que tiene el bigote. —Al ver la expresión perpleja de Keshava, añadió—: Me parece que aún no sabes nada de esa parte de la vida, ¿eh, chico? —Y enseguida, arrepintiéndose de la confidencia, le susurró—. No lo repitas delante de mi mujer.

Cada vez que cruzaban la calle, lo agarraba de la muñeca.

—Esto es muy «peligroso» —decía, pronunciando la palabra clave en inglés e imprimiéndole una especie de temblor, que le confería todo su exótico dramatismo—. En esta ciudad, te descuidas un momento y adiós. «Peligroso».

Por la noche, Keshava regresó al callejón, detrás del mercado. Su hermano yacía boca abajo, dormido como un tronco y tan agotado, al parecer, que no había tenido fuerzas ni para taparse. Keshava le dio la vuelta, desenrolló la sábana y lo cubrió hasta la nariz.

Como Vittal ya estaba dormido, se pegó bien a él con su jergón, de modo que sus brazos se tocaban, y se durmió mirando las estrellas.

Un ruido horrible lo despertó en mitad de la noche: tres gatitos se perseguían alrededor de su cuerpo. Por la mañana, vio que su vecino les daba un cuenco de leche. Tenían el pelaje amarillo y las pupilas alargadas, como marcas de uñas.

—¿Ya tenéis preparado el dinero? —le dijo el vecino, cuando se acercó a acariciar a los gatitos.

Le explicó que los dos tenían que pagar una tarifa al «jefe» local, uno de los que cobraban a los vagabundos de Kittur a cambio de «protección»... de él mismo, sobre

todo.

—Pero ¿dónde está el Jefe? Mi hermano y yo no lo hemos visto nunca.

—Esta noche lo verás. Es lo que nos han dicho. Tened preparado el dinero si no queréis que os dé una paliza.

Durante las semanas siguientes, Keshava adoptó una rutina diaria. Por las mañanas trabajaba con el barbero; cuando terminaba, podía hacer lo que quisiera. Solía vagar por el mercado, que a él le parecía rebotante de cosas relucientes y carísimas. Hasta las vacas que comían basuras le parecían mucho más grandes que las del pueblo. Se preguntaba qué habría en las basuras del mercado para que engordaran tanto. Una vaca negra, con unos cuernos enormes, se paseaba por allí dentro como un animal mágico de otra tierra. Él solía montarse en las vacas del pueblo y le habría gustado montar a aquel animal, pero allí, en la ciudad, le daba miedo hacerlo. En Kittur parecía haber comida por todas partes; ni siquiera los pobres se morían de hambre. Veía que los mendigos comían junto al templo jainista. Observaba a un tendero que trataba de dormir en medio del alboroto del mercado, tapándose la cabeza con un casco de moto. Miraba las tiendas que vendían pulseras de vidrio, camisetas y camisas envueltas en bolsas de celofán, mapas de la India con los nombres de todos los estados.

—¡Eh! ¡Quítate de en medio, pueblerino!

Era un hombre con un carro de bueyes lleno hasta los topes de cajas de cartón. Se preguntó qué habría dentro.

Le habría gustado tener una bicicleta para recorrer a toda velocidad la avenida y sacarles la lengua a aquellos carreteros arrogantes que lo trataban con grosería. Aunque lo que más le habría gustado era ser revisor de autobús. Se colgaban de un lado de la carrocería y le gritaban a la gente que se diera prisa o soltaban improperios cuando los adelantaba un autobús rival. Tenían un uniforme caqui y un silbato negro colgado del cuello con un cordón rojo.

Una noche, toda la gente en el mercado levantó la vista y se puso a mirar a un mono que había empezado a caminar por un cable del teléfono. Keshava lo observó, maravillado. El escroto rosado le colgaba entre las piernas y sus enormes pelotas rojas se bamboleaban a ambos lados del cable. Alcanzó de un salto un edificio que tenía pintado un sol azul con grandes rayos alrededor, y miró desde allí con indiferencia a la multitud.

De repente, un *autorickshaw* le dio un golpe a Keshava y lo derribó en mitad de la calle. Antes de que pudiera incorporarse, ya tenía delante al conductor, que le gritaba enfurecido.

—¡Levanta, hijo de mujer calva! ¡Levanta! ¡Levanta! —El tipo apretaba los puños, amenazante, y Keshava se cubrió la cara con las manos y empezó a suplicar.

—¡Deja en paz al chico!

Un hombre gordo con un *sarong* azul se había interpuesto entre ambos y apuntaba al conductor del *autorickshaw* con un palo. El tipo soltó un gruñido, pero se dio media vuelta y subió a su vehículo.

Keshava quería tomarle las manos al hombre del *sarong* azul y besárselas, pero ya había desaparecido entre la multitud.

Los gatos lo despertaron una vez más en mitad de la noche. Antes de que pudiera volver a dormirse, se oyó un silbido en el otro extremo del callejón.

—¡El Hermano! —gritó alguien.

Se oyó un murmullo de ropas; todos se apresuraban a levantarse. Un tipo barrigón con camiseta blanca y un *sarong* azul se alzaba en la boca de la calleja, con las manos en jarras.

—Así pues, queridos amiguitos, ¿os habíais creído que ibais a ahorraros la cuota de vuestro pobre y afligido hermano escondiéndoos aquí?

El tipo fue examinando, uno a uno, a todos los que se hacinaban en el callejón. Keshava descubrió con un sobresalto que era su salvador del mercado. El Hermano pinchaba con su palo a cada hombre y le preguntaba:

—¿Cuánto hace que no me pagas, eh?

Vittal estaba aterrorizado, pero un vecino le susurró:

—No te preocupes. Te hará ponerte en cuclillas y pedirle perdón, y se largará. Sabe que aquí no hay dinero.

Cuando llegó a la altura de Vittal, el barrigón se detuvo y lo miró atentamente.

—Y usted, caballero, mi maharajá de Mysore, si es que puedo molestarle un segundo... ¿Nombre?

—Vittal, hijo del barbero de Gurupura, señor.

—¿Hoyka?

—Sí, señor.

—¿Cuándo llegaste a este callejón?

—Hace cuatro meses —dijo Vittal, sin ocultar la verdad.

—¿Y cuántos pagos me has hecho en ese periodo?

Vittal dijo que ninguno.

El tipo le dio una bofetada y él retrocedió tambaleante, tropezó con sus sábanas y se dio un buen costalazo.

—¡No le pegues! ¡Pégame a mí!

El tipo del *sarong* azul se volvió hacia Keshava.

—¡Es mi hermano! ¡Mi único pariente en este mundo! ¡Pégame a mí, y no a él! ¡Por favor!

El barrigón bajó el palo y miró al chico, entornando los ojos.

—¿Un hoyka tan valiente? Esto es nuevo. Tu casta está llena de cobardes. O ésa

es la experiencia del Hermano en Kittur.

Apuntó a Keshava con el palo y se dirigió a todo el callejón.

—Vosotros, mirad cómo defiende a su hermano. Joven, voy a perdonarle la cuota a tu hermano esta noche. Lo hago por ti.

Le tocó la cabeza a Keshava con el palo.

—Ven a verme el jueves. A la terminal de autobuses. Tengo trabajo para los valientes como tú.

Al día siguiente, el barbero se quedó pasmado cuando Keshava le contó la tremenda suerte que había tenido.

—¿Y quién va a sostener el espejo? —le dijo.

Agarró al chico de la muñeca.

—Es «peligroso» andar con esa gente de los autobuses. Quédate conmigo, Keshava. Puedes venir a dormir a mi casa; así ese Hermano no podrá molestarte; serás como un hijo para mí.

Pero él se había enamorado de los autobuses. Ahora cada día se iba directo a la terminal, al final del mercado Central, para fregar los autobuses con una bayeta y un cubo de agua. Era el más entusiasta de todos los encargados de la limpieza. Cuando estaba dentro del vehículo, se ponía al volante y simulaba conducir. Brum, brum.

—Una buena pieza, ya lo creo —les decía el Hermano a los revisores y conductores, y ellos se reían y asentían.

Mientras se encontraba jugando al volante, hablaba a gritos y con toda clase de palabrotas; pero si alguien lo interrumpía y le preguntaba: «¿Cómo te llamas, bocazas?», se quedaba desconcertado, ponía los ojos en blanco, se daba una palmada en la coronilla y respondía al fin: «Keshava... Sí, eso es. Keshava. Creo que ése es mi nombre». Y ellos se echaban a reír y decían: «¡Este chico está tocado del ala!».

A uno de los revisores le había caído bien y le dijo que se presentara a las cuatro de la tarde.

—Sólo una vuelta, ¿entendido? —le advirtió con aire severo—. Tendrás que bajarte a las cinco y cuarto.

Pero volvió a la estación con Keshava a las diez y media.

—Me da buena suerte —dijo, alborotándole el pelo—. Hoy hemos ganado a todos los autobuses cristianos. Hemos arrasado.

Muy pronto todos los revisores empezaron a invitarlo a sus autobuses. El Hermano, que era un hombre supersticioso, observó el fenómeno y proclamó que Keshava se había traído la buena suerte de su pueblo.

—¡Un joven como tú, con ambición! —dijo, dándole unos golpecitos en el trasero con el palo—. ¡Incluso podrías llegar a ser revisor algún día, bocazas!

—¿De verdad? —Keshava puso unos ojos como platos.

Se subía a los autobuses cuando salían rugiendo por la avenida a las cinco de la

tarde, que era la hora punta, encabezados por el número 77.

Se sentaba delante, junto al asiento del conductor, y lo jaleaba como si él solo fuera un equipo de animadores entero.

—¿Vas a dejar que nos ganen? —le decía—. ¿Vas a permitir que los autobuses cristianos adelanten a los hindús?

El revisor se abría paso entre la gente apretujada, entregando billetes y recogiendo las monedas, sin sacarse el silbato de la boca. El autobús aceleraba y no se llevaba alguna vaca por delante de milagro. Avanzando a toda velocidad por la avenida, el número 5 se ponía a la altura del número 243 (un motorista aterrorizado tenía que virar bruscamente para salvar el pellejo) y finalmente adelantaba a su rival entre los vítores de los pasajeros. ¡El autobús hindú había ganado!

Por las noches, fregaba los autobuses y fijaba varillas de incienso en los retratos de los dioses Ganapati y Krishna que había junto al retrovisor.

Los domingos tenía la tarde libre. Exploraba el mercado Central entero, desde las verdulerías hasta las tiendas de ropa que estaban en la otra punta.

Empezó a reparar en los detalles que llamaban la atención de la gente. Aprendió a distinguir las camisas que estaban bien de precio y las que eran un robo; qué tipos de *dosas* eran buenas y cuáles no. Adquirió los conocimientos refinados del mercado. Aprendió a escupir; no como en el pasado, para aclararse la garganta o despejarse la nariz, sino con cierta arrogancia: con estilo. Cuando volvieron a escasear las lluvias y aparecieron más caras nuevas en el mercado procedentes de los pueblos, se mofaba de ellos: «¡Eh, pueblerinos!». Acabó dominando la vida del mercado. Aprendió a cruzar pese al tráfico incesante, alzando la mano como si fuese una señal de «stop» y moviéndose deprisa, sin hacer caso de los bocinazos irritados.

Cuando había un partido de críquet, todo el mercado hablaba de lo mismo. Keshava iba de puesto en puesto y cada tendero tenía un pequeño transistor negro que crepitaba con mil interferencias mientras emitía la retrasmisión. El mercado entero parecía zumbiar como un enjambre y era como si cada celdilla secretara comentarios de críquet.

Por la noche, la gente comía junto a la calle. Cortaban leña, encendían las cocinas y se sentaban en torno a las hogueras, cuyas llamas parpadeantes les daban un aire demacrado, duro y bruñido. Preparaban caldo y, a veces, pescado frito. Él les hacía trabajillos, como llevar botellas vacías, pan, arroz o bloques de hielo a las tiendas cercanas; a cambio, lo invitaban a cenar.

Apenas veía a Vittal. Cuando llegaba al callejón, su hermano ya estaba envuelto en su sabana, roncando suavemente.

Una noche, se llevó una sorpresa. Al barbero le preocupaba que cayera bajo la influencia de los tipos «peligrosos» de la estación y se lo llevó a ver a una película.

Lo tomó firmemente de la mano y no lo soltó durante todo el trayecto hasta el cine. Al salir, le dijo que esperase mientras él iba a charlar con un amigo que vendía hojas de *paan* en la entrada. Durante la espera, Keshava oyó gritos y un tambor y dobló la esquina para averiguar de dónde procedía el ruido. Delante de un parque infantil, había un tipo tocando un enorme tambor; a su lado, sobre una plancha metálica, se exhibían las imágenes de unos hombres fornidos luchando cuerpo a cuerpo en ropa interior.

El tipo del tambor no lo dejó pasar. La entrada valía dos rupias, dijo. Keshava suspiró y se volvió hacia el cine. Pero mientras regresaba vio a varios chicos que escalaban el muro lateral del parque y los siguió.

En la arena, en medio del parque, había dos luchadores; uno con *shorts* verdes, y el otro, amarillos. Junto al recinto, vio a otros seis o siete luchadores sacudiendo las piernas y los brazos. Nunca había visto hombres con una cintura tan esbelta y hombros tan musculosos; contemplar sus cuerpos ya resultaba emocionante.

—Govind Pehlwan combate con Shamsheer Pehlwan —anunció un hombre con un megáfono.

Era el Hermano.

Los luchadores tocaron el suelo y se llevaron los dedos a la frente; luego se embistieron mutuamente como carneros. El de los *shorts* verdes tropezó y resbaló, y el de los *shorts* amarillos lo inmovilizó en el suelo; luego la situación se invirtió. La cosa continuó en esta tónica durante un rato, hasta que el Hermano los separó, diciendo: «¡Menuda pelea, ya lo creo!».

Los dos luchadores, cubiertos de polvo, se retiraron a un lado y empezaron a lavarse. Debajo de los *shorts*, para sorpresa de Keshava, llevaban otro par de *shorts* y se bañaban con ellos puestos. Uno de los luchadores alargó un brazo sin más ni más y le apretó al otro la nalga. Keshava se frotó los ojos, para asegurarse de que no veía visiones.

—Siguiente combate: Balram Pehlwan lucha con Rajesh Pehlwan —anunció el Hermano.

El pálido barro había adquirido un tono oscuro en el centro, donde la lucha había sido más intensa. Los espectadores estaban sentados en un terraplén cubierto de hierba. El Hermano daba vueltas alrededor de la arena, comentando las incidencias. «¡Uh, uh!», gritaba cuando un luchador inmovilizaba a otro en el suelo. Por encima, revoloteaba una gran nube de mosquitos, como si también a ellos les excitase la pelea.

Keshava se deslizó entre la muchedumbre de espectadores; vio a algunos chicos tomados de la mano, o apoyando la cabeza en el pecho del otro. Le daba envidia; le habría gustado estar allí con un amigo y estrechar su mano entre las suyas.

El Hermano se le acercó y, rodeándole los hombros con un brazo, le guiñó un ojo.

—¿Te has colado, verdad? Pues no es buena idea. El dinero de las entradas va directamente a mi bolsillo, ¡o sea, que me has estafado, granuja!

—He de irme —dijo Keshava, retorciéndose—. Me espera el barbero.

—¡Al diablo con el barbero! —rugió el Hermano.

Sentó a Keshava a su lado y reanudó sus comentarios con el megáfono.

—Yo también fui como tú —le dijo durante un intervalo—. Un chico sin nada. Llegué de mi pueblo con las manos vacías. Y mira en qué me he convertido...

Abrió los brazos, ante la mirada absorta de Keshava, abarcando a los luchadores, a los vendedores de cacahuets, a los mosquitos, al tipo del tambor en la entrada. El Hermano parecía el dueño de todo lo que había de importante en este mundo.

Aquella noche, el barbero se presentó en el callejón y corrió a abrazar a Keshava, que ya se había echado a dormir.

—¡Eh!, ¿dónde te has metido después de la película? Creíamos que te habías perdido. —Le puso la mano en la cabeza y le alborotó el pelo—. Ahora eres como mi hijo, Keshava. Voy a decírselo a mi esposa, te acogeremos en nuestra casa. Hablaré con ella y luego vendrás conmigo. Ésta es tu última noche aquí.

Keshava miró a Vittal, que había levantado una esquina de la manta para escuchar, aunque volvió a taparse la cabeza enseguida y se dio la vuelta.

—Haz lo que quieras con él —masculló—. Bastante trabajo tengo ya cuidando de mí mismo.

Una noche, mientras Keshava restregaba el suelo del autobús, oyó a su lado los golpes de un bastón.

—¡Bocasas! —Era el Hermano, con su camiseta blanca—. Te necesitamos en el mitin.

Subieron al autobús número 5 a una pandilla de chicos de la terminal y se los llevaron a la plaza Nehru. Se había congregado allí una enorme multitud. Había postes por toda la plaza con banderas en miniatura del Partido del Congreso.

Habían levantado en medio un gran estrado y habían colgado por encima una imagen descomunal de un hombre con bigote y gruesas gafas negras que alzaba los brazos en una especie de bendición universal. Debajo, había seis hombres vestidos de blanco. Un locutor hablaba por un micrófono:

—¡Es un hoyka y se sienta al lado del primer ministro Rajiv Gandhi y le da consejos! ¡Así puede comprobar el mundo entero que los hoykas son dignos de confianza, por muchas falsedades que los bunts y las demás castas superiores hayan propagado sobre nosotros!

Al cabo de un rato, el miembro del Parlamento en persona, el hombre que aparecía en el cartel, se acercó al micrófono.

El Hermano siseó en el acto:

—¡Empezad a gritar!

Las docenas de chicos que estaban de pie en la última fila, inflaron los pulmones y aullaron:

—¡Viva el héroe del pueblo hoyka!

Lo gritaron seis veces y luego el Hermano les ordenó callar.

El gran hombre habló durante más de una hora.

—Habrà un templo hoyka. Digan lo que digan los brahmanes; digan lo que digan los ricos. Habrà un templo hoyka en esta ciudad. Con sacerdotes hoykas. Con dioses hoykas. Y con diosas hoykas. Con puertas hoykas y campanas hoykas, ¡y hasta con felpudos y pomos hoykas! ¿Por qué? ¡Porque somos el noventa por ciento de esta ciudad! ¡Porque tenemos derechos! ¡Somos el noventa por ciento! ¡El noventa por ciento!

El Hermano ordenó a los chicos que gritaran. Todos obedecieron; Keshava se le acercó y le dijo al oído:

—Pero no somos el noventa por ciento. No es cierto.

—Tú calla y sigue gritando.

Al concluir el acto, empezaron a distribuir botellas de licor desde unos camiones. La gente se daba empujones para llevarse una.

—Eh —le dijo el Hermano a Keshava—. Tómate un trago, venga, te lo mereces. —Le dio una palmada en la espalda y los demás lo forzaron a echar un trago, que le provocó un ataque de tos.

—¡Nuestro mejor vociferador de consignas!

Aquella noche, cuando Keshava volvió por fin al callejón, Vittal lo esperaba con los brazos cruzados.

—Estás borracho.

—¿Y qué? —replicó él, golpeándose el pecho—. ¿Quién te has creído que eres, mi padre?

Vittal miró al vecino, que jugaba con los gatos, y gritó:

—Este chico está perdiendo toda la decencia en esta ciudad. Ya no es capaz de distinguir el bien del mal. Anda por ahí con matones y borrachos.

—No digas esas cosas del Hermano, te lo advierto —murmuró Keshava con voz ronca.

Pero Vittal no se detuvo.

—¿Qué demonios haces, si no, vagando por la ciudad a estas horas? ¿Crees que no sé en qué clase de animal te has convertido?

Agitó el puño hacia él, pero Keshava le agarró la mano.

—No me toques.

Y sin saber muy bien lo que hacía, recogió su petate y echó a andar por el callejón.

—¿Adónde crees que vas? —gritó Vittal.

—Me marcho.

—¿Y dónde vas a dormir esta noche?

—Con el Hermano.

Ya casi había salido del callejón cuando oyó a Vittal llamándolo a gritos. Tenía la cara llena de lágrimas. Pero no bastaba con que lo llamara; quería que Vittal corriera a buscarlo, que lo tocara y abrazara, que le suplicara que volviera.

Notó una mano en el hombro; el corazón le dio un brinco. Pero no vio a Vittal al volverse, sino al vecino. Enseguida, llegaron también los gatos y se pusieron a lamerle los pies y a maullar enloquecidos.

—¡Vittal no hablaba en serio, ya lo sabes! Está preocupado por ti, simplemente. Te has juntado con gente peligrosa. Olvida lo que te ha dicho y vuelve.

Keshava se limitó a menear la cabeza.

Era las diez de la noche. Caminó hasta el taller de reparación de autobuses. En la oscuridad, había dos hombres con máscaras cortando metal con una llama azul; saltaban chispas, se oía un chirrido estridente y le llegaba el olor acre del humo.

Al rato, sin quitarse la máscara, uno de los hombres le señaló hacia delante; Keshava no entendió qué quería decir, pero siguió hacia el fondo. En la penumbra, distinguió al Hermano, repantigado en una silla de mimbre con el torso desnudo, y a una mujer que estaba en cuclillas masajeándole los pies.

—Hermano, déjame quedarme aquí. No tengo adónde ir, Vittal me ha echado.

—¡Pobre muchacho! —Miró la mujer que le frotaba los pies—. ¿Ves lo que sucede con la estructura familiar en este país? ¡Hermanos que echan a la calle a sus hermanos!

Se levantó de la silla y llevó a Keshava a un edificio cercano, que, según dijo, era un albergue que reservaba para los mejores trabajadores de la terminal. Abrió una puerta; había una fila de camastros ocupados. El Hermano sacó de un tirón una colcha. Un chico yacía dormido con la cabeza entre las manos.

El Hermano lo despertó con unos cachetes.

—Levántate y sal de aquí.

Sin protestar siquiera, el chico empezó a recoger sus cosas. Se refugió en un rincón y se puso en cuclillas; estaba demasiado confuso para pensar adónde ir.

—¡Fuera de aquí! ¡Llevas tres semanas sin presentarte en el trabajo! —gritó el Hermano.

Keshava se apiadó de aquella figura acucillada; quería gritar: «¡No lo eches, Hermano!». Pero comprendió enseguida la situación. O el chico o él. Uno de los dos ocuparía el camastro.

Unos instantes más tarde, el otro había desaparecido.

Había una cuerda de tender suspendida entre dos vigas y los chicos dejaban allí

colgados los *sarongs* blancos de algodón, que se solapaban unos con otros como un ejército de fantasmas. Las paredes estaban cubiertas de carteles de actrices y del dios Ayappa, sentado sobre su pavo real. Los demás se habían apiñado a distancia, mirándolo y mofándose de él.

Sin hacerles caso, sacó sus cosas: su camisa de repuesto, un peine, media botella de aceite para el pelo, cinta adhesiva y seis fotos de actrices de cine, que había robado de la tienda de su pariente. Las pegó con la cinta junto a su camastro.

Los otros chicos se acercaron enseguida.

—¿Sabes cómo se llaman estas bellezas de Bombay?

—Ésta, Hema Malini —dijo—, y esa otra, Rekha, que está casada con Amitabh Bachhan.

Su afirmación provocó una oleada de risitas.

—No es su esposa, chico. Es su novia. Se la tira cada domingo en una casa de Bombay.

Se enfadó tanto al oírlo que se puso de pie y empezó a gritarles como un loco. Luego se tumbó boca abajo y se quedó así una hora.

—Qué tipo más lunático. Delicado y lunático como una dama.

Se tapó la cabeza con la almohada. Se puso a pensar en Vittal, a preguntarse dónde estaría y por qué no se habría quedado a su lado. Empezó a sollozar en la almohada.

Se le acercó otro chico.

—¿Tú eres hoyka?

Keshava asintió.

—Yo también —dijo el otro—. Todos éstos son bunts. Nos desprecian. Deberíamos mantenernos unidos tú y yo. —Y añadió, entre susurros—: Te advierto una cosa. Uno de los chicos se dedica a meneársela a los demás por las noches.

Keshava se sobresaltó.

—¿Cuál?

Se pasó la noche despierto. Cada vez que alguien se acercaba, se incorporaba en el camastro. Sólo por la mañana, al ver que todos se reían de un modo histérico mientras se cepillaban los dientes, comprendió que le habían tomado el pelo.

Al cabo de una semana, ya daba la impresión de que hubiera pasado toda su vida en el albergue.

Unas semanas más tarde, el Hermano fue a buscarlo.

—Ha llegado tu gran día, Keshava —le dijo—. Anoche hubo una fuerte riña en una taberna y mataron a uno de los revisores.

Le alzó un brazo, como si acabase de ganar un combate de lucha libre.

—¡El primer revisor hoyka de nuestra compañía! ¡Un orgullo para su gente!

Keshava fue nombrado revisor de uno de los veinticinco autobuses que hacían la

ruta número 5. Le dieron un uniforme caqui nuevo, además del silbato negro con cordón rojo y de un taco de billetes de color granate, verde y gris, todos marcados con el número 5.

Mientras circulaban, se asomaba fuera del autobús con el silbato en los labios, sujetándose en un barrote de metal; tenía que tocarlo una vez para que el conductor parara y dos para que siguiera adelante. En cuanto se detenía, saltaba a la calzada y gritaba a los pasajeros: «¡Suban!, ¡suban!». Aguardaba a que el autobús empezara a moverse, trepaba de un salto a los peldaños que colgaban de la puerta y se agarraba de la barandilla. Entre gritos y empujones, se abría paso en el interior abarrotado, recogía el dinero y entregaba los billetes. En realidad no necesitaba los billetes para nada: conocía a cada pasajero de vista. Pero era la costumbre y él la seguía. Arrancaba el billete del taco y se lo entregaba a cada pasajero, o se lo lanzaba por el aire si no llegaba.

Por la noche, los demás chicos de la limpieza, maravillados por su rápido ascenso, se apiñaron a su alrededor.

—¡Arreglad eso! —gritó, señalando la barra de la que se colgaba—. Está suelta y no soporto oír cómo traquetea todo el día.

—Tampoco es tan divertido —les explicó después, cuando terminaron el trabajo y se agazaparon a su lado, mirándolo con unos ojos como platos—. Claro que hay chicas en el autobús, pero no puedes atosigarlas: eres el revisor, al fin y al cabo. Y además, todo el rato tienes la preocupación de que esos cristianos hijos de puta nos adelanten y nos roben clientes. No, señor; no es nada divertido.

Al empezar las lluvias, tenía que bajar la lona de cuero de las ventanillas para que no se mojasen los pasajeros. Aun así, el agua se filtraba y el autobús acababa completamente húmedo; el parabrisas quedaba cubierto de riachuelos plateados que se pegaban al cristal como gruesas gotas de mercurio; el mundo exterior se volvía brumoso y él tenía que agarrarse de la barra y asomarse para que el conductor no se equivocara de camino.

Un día, a última hora, mientras se hallaba tendido en el camastro del albergue (después de que uno de los chicos le secara el pelo con una toalla blanca y otro le hiciera un masaje en los pies: sus nuevos privilegios), entró el Hermano en el dormitorio con una bicicleta oxidada.

—Ya no puedes ir a pie por la ciudad. Ahora eres un pez gordo. Y quiero que mis revisores se muevan por ahí a lo grande.

Keshava apoyó la bici en el camastro. Y más tarde, los demás observaron divertidos que se iba a dormir con la bicicleta pegada a su lado.

Una noche vio a un lisiado en la terminal, sentado con las piernas cruzadas (se le veía la punta de madera de su pierna artificial), con una taza de té humeante en las manos.

Uno de los chicos sofocó una risita.

—¿No reconoces a tu patrocinador?

—¿Qué quieres decir?

—¡La bicicleta que tienes ahora era de ese hombre!

El chico le explicó que el lisiado había sido revisor como él, pero que se había caído del autobús y un camión le había aplastado las piernas. Habían tenido que amputarle una.

—¡Gracias a eso tienes tu propia bicicleta! —dijo con una risotada, dándole una efusiva palmada en la espalda.

Cuando Keshava no estaba en el autobús, el Hermano lo enviaba a hacer repartos con la bici. Una vez tuvo que atar una barra de hielo en la parte trasera y hacer todo el trayecto hasta el centro para dejarla en casa de Mabroor Engineer, el hombre más rico de la ciudad, que se había quedado sin cubitos para el whisky. Pero por las noches podía usar la bicicleta a su antojo, lo cual, normalmente, significaba bajar a toda velocidad por la avenida principal junto al mercado Central. Las tiendas destellaban a ambos lados a la luz de las farolas de parafina, y todas aquellas luces y colores le excitaban hasta tal punto que soltaba el manillar y gritaba de alegría, y poco le faltaba a veces para chocar con algún *autorickshaw*.

Todo parecía irle bien. Una mañana, sin embargo, los chicos del dormitorio se lo encontraron tirado en la cama, mirando fijamente la foto de una actriz. Se negaba a moverse.

—Ya está otra vez enfurruñado —dijo uno de ellos—. Eh, ¿por qué no te haces una paja? Te sentirás mejor.

Al día siguiente se fue a ver al barbero. El viejo no estaba en casa. Su esposa aguardaba en la silla del barbero, peinándose.

—Espéralo aquí. Siempre está hablando de ti. Te echa mucho de menos, ¿sabes?

Keshava asintió. Hizo sonar sus nudillos y se paseó alrededor de la silla tres o cuatro veces.

Esa noche, en el dormitorio, los demás chicos lo agarraron entre todos mientras se cepillaba el pelo y lo arrastraron fuera.

—Este tipo lleva días enfurruñado. Ya es hora de que lo llevemos con una mujer.

—No —dijo—. Esta noche, no. Tengo que ir a casa del barbero. Prometí que iría...

—¡Nosotros sí que te vamos a llevar al barbero, ya verás! ¡Ésa te va a afeitar de lo lindo!

Lo metieron en un *autorickshaw* y se lo llevaron al Bunder. Había una prostituta que se «veía» con los hombres en una casa que quedaba al lado de la fábrica de camisas y, aunque él les gritaba que no quería, ellos le respondían que eso lo curaría de su malhumor y lo volvería normal, como todo el mundo.

Y sí: pareció más normal en los días siguientes. Una tarde, al acabar su turno, vio a un nuevo chico de la limpieza, una de las últimas adquisiciones del Hermano, escupiendo en el suelo mientras fregaba; Keshava lo llamó y le dio una bofetada.

—No se te ocurra escupir en el autobús, ¿entendido?

Era la primera vez en su vida que abofeteaba a alguien.

Le resultó agradable. A partir de entonces, empezó a pegar a los chicos de la limpieza, tal como los demás revisores.

Continuaba en el autobús número 5 y cada vez se le daba mejor su trabajo. No se le escapaba ni una. A los chicos que trataban de sacarse un viaje gratis desde el cine con sus pases escolares, les decía:

—Ni hablar. Los pases funcionan sólo si vais o volvéis del colegio. Si es una escapada, tenéis que pagar la tarifa completa.

Uno de aquellos chicos era un problema serio: un tipo alto y guapo, con una camisa confeccionada en Bombay, a quien sus compinches llamaban Shabbir. Keshava se dio cuenta de que la gente miraba su camisa con envidia. Se preguntaba por qué tomaría el autobús un tipo como aquél; la gente de su clase tenía su propio coche, con chófer y todo.

Una tarde, cuando el autobús se detuvo frente al colegio de chicas, el ricachón se acercó a los asientos reservados a las mujeres y se inclinó junto a una joven.

—Perdone, señorita Rita. Sólo quiero hablar con usted.

Ella se volvió hacia la ventanilla, apartándose de él.

—¿Por qué no habla conmigo? —Sonreía con aire depravado; sus compañeros silbaban y aplaudían desde el fondo.

Keshava se plantó a su lado de un salto.

—¡Ya basta! —Cogió del brazo al ricachón y lo apartó de la chica—. Nadie molesta a las mujeres en mi autobús.

El tal Shabbir le lanzó una mirada furiosa. Keshava se la devolvió.

—¿Me has oído? —Rompió un billete y se lo tiró a la cara para subrayar la advertencia—. ¿Me has oído?

El ricachón sonrió.

—Sí, señor —dijo, y le tendió la mano como si pretendiera estrechársela. Keshava se la dio, perplejo, mientras los de la última fila estallaban en carcajadas. Cuando retiró la mano, se encontró un billete de cinco rupias.

Sin dudarle, tiró el billete a los pies del ricachón.

—Vuelve a intentarlo, hijo de mujer calva, y te sacaré volando del autobús.

Mientras se bajaba, la chica miró a Keshava con gratitud y él comprendió que había hecho lo que debía.

Uno de los pasajeros le susurró:

—¿No sabes quién es ese chico? Su padre es el dueño del videoclub y es amigo

íntimo del miembro del Parlamento. ¿Ves esa insignia que reza «CD» en el bolsillo de su camisa? Su padre le compra esas camisas en una tienda de Bombay. Cada una cuesta cien rupias, según dicen, o quizá doscientas.

—En mi autobús —dijo Keshava—, será mejor que se comporte. Aquí no hay ricos ni pobres; todo el mundo compra el mismo billete. Y nadie molesta a las mujeres.

Aquella noche, cuando el Hermano se enteró del incidente, le dio un abrazo:

—¡Mi valeroso revisor! ¡Estoy orgulloso de ti!

Le alzó la mano a Keshava y los demás aplaudieron.

—¡Este chico de pueblo les ha enseñado a comportarse a los ricos de ciudad que suben al número 5!

A la mañana siguiente, mientras se asomaba fuera del autobús y tocaba el silbato para darle ánimos al conductor, la barra dio un chasquido y se desprendió. Keshava se cayó del vehículo, que iba a toda marcha, se estrelló contra el suelo, salió rodando y acabó golpeándose la cabeza con el bordillo.

Durante los días que siguieron, sus compañeros de albergue se lo encontraban acurrucado en la cama, siempre al borde de las lágrimas. Se le había caído la venda de la cabeza y ya no le salía sangre. Pero él permanecía en silencio. Cuando le daban un achuchón, Keshava movía la cabeza y sonreía, como diciendo: «Sí, estoy bien».

—Entonces, ¿por qué no sales y vuelves al trabajo?

Él no contestaba.

—Está de mal fario todo el día. Nunca lo habíamos visto así.

Pero luego, tras cuatro días sin presentarse en la terminal, volvieron a verlo asomado al autobús y gritando a los pasajeros, con el mismo aspecto de siempre.

Pasaron dos semanas. Una mañana, notó una mano poderosa en el hombro. El Hermano en persona había ido a verlo.

—Me he enterado de que en la última semana sólo has trabajado un día. Eso está muy mal, hijo. No puedes ponerte así. Tú habrías de estar lleno de vida —le dijo agitando un puño ante sus narices, como para demostrarle la intensidad de la vida.

El chico de al lado se llevó un dedo a la sien.

—No le afecta nada. Está chiflado. Ese golpe en la cabeza lo ha dejado convertido en un imbécil.

—Siempre ha sido un imbécil —dijo otro, que se estaba peinando ante el espejo—. Ahora lo único que quiere es dormir y comer gratis en este albergue.

—¡Silencio! —ordenó el Hermano, blandiendo su bastón hacia ellos—. ¡Nadie habla así de mi mejor vociferador de consignas!

Le tocó suavemente la cabeza a Keshava con el bastón.

—¿Has oído lo que dicen de ti, Keshava? Que estás fingiendo para robarle al Hermano comida y alojamiento. ¿Has oído las cosas insultantes que dicen de ti?

Keshava rompió a llorar. Pegó las rodillas al pecho, apoyó en ellas la cabeza y siguió sollozando.

—¡Mi pobre muchacho!

Hasta el Hermano estaba al borde de las lágrimas. Se acercó y abrazó al chico.

—Alguien tiene que avisar a la familia —dijo, mientras salía—. No podemos tenerlo aquí si no trabaja.

—Se lo hemos dicho a su hermano —dijeron los chicos.

—¿Y?

—No quiere saber nada de Keshava. Dice que ya no existe ningún vínculo entre ellos.

El Hermano dio un puñetazo en la pared.

—¡Mirad cómo se ha deteriorado la vida familiar en nuestros días! —Agitó el puño, que le había quedado dolorido del impacto—. Ese tipo ha de cuidar de su hermano. ¡No tiene alternativa! —bramó, azotando el aire con el bastón—. ¡Ya le enseñaré yo a ese pedazo de mierda! ¡Le obligaré a recordar sus deberes con su hermano menor!

Nadie llegó a echarlo, pero una noche, al regresar al albergue, Keshava se encontró a otro sentado en su camastro. El tipo estaba repasando con el dedo el contorno de las caras de las actrices y los demás se mofaban de él:

—Ah, o sea, ¿que es su esposa? ¡No lo es, idiota!

Era como si aquel chico hubiera ocupado siempre aquel sitio y como si los demás hubieran sido siempre sus compañeros.

Keshava se alejó sin más. No tenía ganas de pelearse para recuperar su camastro.

Aquella noche se sentó junto a las puertas cerradas del mercado Central y algunos de los vendedores callejeros lo reconocieron y le dieron de comer. Él no les dio las gracias; ni siquiera los saludó. La cosa se repitió unos cuantos días. Al final, uno de ellos le dijo:

—En este mundo, un tipo que no trabaja, no come. Aún no es demasiado tarde; vete a ver al Hermano, pídele perdón y suplícale que te vuelva a dar tu antiguo puesto. Ya sabes que él te considera como de la familia...

Durante varias noches, vagabundó por los alrededores del mercado. Un día sus pasos lo llevaron al albergue. El Hermano estaba sentado en la sala mientras la mujer le daba un masaje en los pies.

—Ese vestido que llevaba Rekha en la película —estaba diciendo— era precioso, ¿no crees?

Entonces entró Keshava.

—¿Qué quieres? —dijo el Hermano, levantándose de golpe.

Keshava trató de ponerlo en palabras. Extendió los brazos hacia el hombre del *sarong* azul.

—¡Este hoyka idiota está loco! ¡Y apesta! ¡Sacadlo de aquí!

Lo arrastraron afuera entre varios y lo tiraron al suelo. Luego le patearon las costillas con sus zapatos de cuero.

Al rato, oyó pasos y alguien lo levantó. Unas muletas de madera golpearon el suelo y una voz de hombre murmuró:

—Así que el Hermano tampoco sabe qué hacer contigo, ¿no?

Tuvo la sensación de que le ofrecían algo de comer. Lo husmeó; apestaba a mierda y aceite de castor y lo rechazó. Notaba alrededor un olor a basura y volvió la cabeza hacia el cielo; tenía los ojos llenos de estrellas cuando los cerró.

La historia de Kittur

(Resumen de *Una breve historia de Kittur*, del padre Basil d'Essa, S. J.)



El nombre «Kittur» es al parecer una corrupción de «Kiri Uru», Ciudad Pequeña, o bien de «Kittamma Uru», que alude a la diosa Kittamma, especializada en repeler la viruela, cuyo templo se levantaba cerca de la actual estación de ferrocarril. En una carta escrita en 1091, un comerciante sirio cristiano recomienda a sus colegas el excelente puerto natural de la ciudad de Kittur, en la costa malabar. Durante el siglo XII, no obstante, la ciudad parece haberse desvanecido; los mercaderes árabes que visitaron Kittur en 1141 y 1190 hablan sólo de unas tierras salvajes. En el siglo XIV, un derviche llamado Yusuf Ali empezó a curar leprosos en el Bunder; al morir, su cuerpo fue sepultado bajo una cúpula blanca y esta estructura —el Dargah de Hazrat Yusuf Ali— ha seguido siendo hasta hoy un lugar de peregrinación. A finales del siglo XV, «Kittore, también conocida como la ciudadela de los elefantes», figura en los registros de recaudación de impuestos de los gobernantes Vijayanagara como una de las provincias de su imperio. En 1649, una delegación de cuatro misioneros portugueses, encabezada por fray Cristóforo d'Almeida, S. J., recorrió a pie la costa desde Goa hasta Kittur. Lo que encontró fue un «deplorable amasijo de idólatras, mahometanos y elefantes». Los portugueses expulsaron a los mahometanos, destruyeron los ídolos y acabaron convirtiendo a los elefantes salvajes en un montón polvoriento de marfil. Durante los cien años siguientes, Kittur —ahora rebautizada Valencia— fue pasando de mano en mano entre las tres potencias en disputa, es decir, entre los portugueses, los Maratha y el reino de Mysore.

En 1780, Hyder Ali, el soberano de Mysore, derrotó cerca del Bunder a un ejército de la Compañía de las Indias Orientales. Según el Tratado de Kittur, firmado aquel mismo año, la Compañía renunciaba a todos sus derechos sobre «Kittore, también llamada Valencia o el Bunder». La Compañía violó este tratado tras la muerte de Hyder Ali, en 1782, al establecer un campamento militar cerca del Bunder. En represalia, Tippu, el hijo de Hyder Ali, construyó el Cañón del Sultán, un formidable fuerte de piedra negra armado de cañones franceses. Cuando Tippu murió, en 1799, Kittur pasó a ser propiedad de la Compañía y fue anexionada a la provincia de Madrás. La ciudad, como la mayor parte del sur de la India, no tomó parte en la rebelión contra la dominación británica de 1857. En 1921, un activista del Congreso

Nacional Indio alzó la bandera tricolor
en el antiguo faro. La lucha por la
libertad había llegado
a Kittur.



Tercer día: El cine Angel

La vida nocturna de Kittur tiene su centro en el cine Angel. Cada jueves por la mañana, las paredes de la ciudad amanecen cubiertas de carteles pintados a mano con el dibujo de una mujer de cuerpo entero cepillándose el pelo con los dedos; debajo, aparece el título de las películas: *Sus noches, vino y mujeres*, *Los misterios adolescentes*, *Por culpa de su tío*. También figuran dos rótulos destacados: «Color Malabar» y «Sólo para Adultos». Hacia las 8 de la mañana se ha formado una larga cola de hombres desocupados frente al cine Angel. Hay sesiones a las 10, a las 12, a las 14, a las 16 y a las 19.10. Los precios van desde 2,20 rupias en platea hasta 4,50 rupias por un palco en el piso superior. No lejos del cine se halla el hotel Woodside, entre cuyas atracciones figura el célebre cabaret París, con la actuación estelar de la señorita Zeena de Bombay todos los viernes, y de las señoritas Ayesha y Zimboo, de Bahrein, dos sábados al mes. Un sexólogo itinerante, el doctor Kurvilla, licenciado en Medicina y Cirugía, doctorado en Trastornos Psicossomáticos y máster en Sexología, visita el hotel el primer lunes de cada mes. Menos caros y más sórdidos en apariencia que el Woodside son los bares, restaurantes, albergues y apartamentos de las inmediaciones. La presencia en el barrio del YMCA (Asociación de Jóvenes Cristianos) ofrece, sin embargo, a los hombres decentes la opción de un albergue limpio y honesto.

La puerta del YMCA se abrió a las dos de la mañana y una pequeña figura salió del edificio.

Era un hombre menudo con una frente prominente y desproporcionada que le daba el aspecto de un profesor de caricatura. El pelo, tupido y ondulado como el de un adolescente (aunque canoso en las sienes y las patillas), lo llevaba engrasado y totalmente pegado al cráneo. Había salido del YMCA con la cabeza gacha; y ahora, como si advirtiera por primera vez que se hallaba en el mundo real, se detuvo, miró a uno y otro lado, y se dirigió hacia el mercado.

De repente, lo sobresaltaron los pitidos de un silbato. Un policía de uniforme que bajaba en bicicleta por la calle se detuvo a su lado y puso un pie en la acera.

—¿Nombre?

—Gururaj Kamath —dijo el hombre con cara de profesor.

—¿Y a qué se dedica para andar solo a estas horas de la noche?

—Busco la verdad.

—No se haga el gracioso, ¿quiere?

—Soy periodista.

—¿De qué periódico?

—¿Cuántos periódicos tenemos?

El agente, que tal vez albergaba la esperanza de sorprender a aquel hombre en alguna irregularidad y, por tanto, de intimidarlo o sacarle un soborno (actividades con las que disfrutaba particularmente), pareció decepcionado y se alejó con su bicicleta.

Apenas había recorrido unos metros cuando se le ocurrió una idea. Se detuvo y retrocedió hacia el hombrecillo.

—Gururaj Kamath. Usted escribió una columna sobre los disturbios, ¿no?

—Sí —dijo el hombre.

El agente miró al suelo.

—Me llamo Aziz.

—¿Y?

—Usted, señor, ha hecho un gran servicio a todas las minorías de esta ciudad. Me llamó Aziz. Quiero... darle las gracias.

—Sólo hacía mi trabajo. Ya se lo he dicho: busco la verdad.

—Yo quiero darle las gracias igualmente. Si hubiera más gente haciendo lo que hace usted, no habría más disturbios en esta ciudad, señor.

«No es mal tipo, a fin de cuentas», pensó Gururaj, mientras lo vio alejarse pedaleando. Sólo hacía su trabajo.

Siguió caminando.

Nadie lo observaba, así que se permitió una sonrisa de orgullo.

Durante los días de los disturbios, la voz de aquel hombrecillo se había convertido en la voz de la razón en medio del caos. Con prosa precisa y mordaz, había mostrado a sus lectores la destrucción causada por los fanáticos hindúes que se habían dedicado a saquear las tiendas de los musulmanes. Con un tono sereno y desapasionado, había condenado la intolerancia y defendido los derechos de las minorías religiosas. Él no había pretendido con sus columnas más que ayudar a las víctimas. Ahora descubría, sin embargo, que se había convertido en una especie de celebridad en Kittur. En una estrella.

Quince días atrás, Gururaj había sufrido el peor golpe de su vida. Su padre había fallecido de neumonía. Cuando regresó del pueblo de su familia (después de haberse afeitado la cabeza y de haberse sentado con un sacerdote junto a la cisterna del templo para recitar versos en sánscrito y despedirse del alma de su padre), descubrió que había sido ascendido a subdirector ejecutivo y que se había convertido en el número dos del periódico en el que llevaba veinte años trabajando.

Así era como compensaba la vida unas cosas con otras, se había dicho Gururaj.

La luna resplandecía en el cielo, rodeada de una gran aureola. Había olvidado ya lo hermoso que podía ser un paseo nocturno. La luz era intensa y límpida, y le daba una pátina a todas las cosas, perfilándolas y recortando sus sombras con nitidez. Pensó que debía de ser el día después de la luna llena.

Incluso a aquella hora de la noche, el trabajo proseguía. Le llegaba un ruido apagado y continuo, como la respiración audible del mundo nocturno. Estaban recogiendo barro en un camión de caja descubierta, seguramente para alguna obra en construcción. El conductor se había quedado dormido al volante; le asomaba un brazo por una ventanilla y los pies por la otra. Como si hubiera fantasmas trabajando detrás, veía grumos de barro volando hacia la caja del camión. A Gururaj se le había humedecido la espalda de la camisa. «Voy a pillar un resfriado, pensó; debería volver». Pero la idea misma le hizo sentirse viejo y decidió seguir adelante. Dio unos pasos hacia la izquierda y empezó a bajar por Umbrella Street. Una de sus fantasías infantiles había sido caminar por en medio de una avenida, pero nunca había logrado zafarse de la atenta vigilancia de su padre el tiempo suficiente para realizarla.

Hizo un alto justo en mitad de la avenida. Luego se metió por un callejón.

Había dos perros apareándose. Se agazapó e intentó observar lo que sucedía exactamente.

Terminado el acto, los perros se separaron. Uno se alejó callejón abajo y el otro se dirigió hacia él. Corría con un renovado vigor tras el coito y casi le rozó los pantalones al pasar por su lado. Gururaj lo siguió.

El perro llegó a la avenida principal y husmeó un periódico. Lo tomó entre los dientes y regresó corriendo hacia el callejón, siempre seguido de Gururaj. Se fue internando cada vez más entre las callejuelas. Finalmente, se detuvo; se volvió, le soltó un gruñido y empezó a desgarrar y hacer jirones el periódico.

—¡Muy bien, perrito! ¡Muy bien!

Al mirar a su derecha para ver quién había hablado, Gururaj se encontró cara a cara con una aparición: un hombre de caqui con un rifle de la época de la Segunda Guerra Mundial y con el rostro amarillento y curtido cubierto de cicatrices. Tenía ojos achinados. Al acercarse un poco más, Gururaj pensó: «Claro. Es un gurkha».

El tipo estaba sentado en una silla de madera colocada en la acera, justo delante de la persiana bajada de un banco.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Gururaj—. ¿Por qué felicita al perro por destrozarse un periódico?

—El perro hace bien porque ni una sola palabra del periódico es cierta.

El gurkha (Gururaj supuso que sería el guardia nocturno del banco) se levantó de la silla y dio un paso hacia el perro, que soltó el periódico de inmediato y salió corriendo. Tomando con cuidado aquel amasijo desgarrado y lleno de babas, empezó a pasar las páginas.

Gururaj hizo una mueca.

—Dígame qué busca. Sé todo lo que hay en esas páginas.

El gurkha dejó caer el periódico.

—Hace unas noches hubo un accidente cerca de Flower Market Street. Un

conductor atropelló a alguien y se dio a la fuga.

—Conozco el caso —dijo Gururaj. No había escrito él la noticia, pero se leía cada día las pruebas de todo el periódico—. Estaba implicado un empleado del señor Engineer.

—Eso decía el diario. Pero no fue el empleado el que lo hizo.

—¿Ah, no? —Gururaj sonrió—. ¿Quién fue entonces?

El gurkha lo miró a los ojos. Sonrió y lo apuntó con el cañón de su antiquísimo rifle.

—Se lo puedo contar, pero luego tendré que dispararle.

«Estoy hablando con un loco», pensó sin quitarle ojo al cañón.

Al día siguiente, Gururaj llegó a su despacho a las seis de la mañana. El primero de todos, como de costumbre. Empezó revisando la máquina de teletipos: aquellos rollos medio borrosos que iba imprimiendo sin parar con noticias de Delhi, de Colombo y de otras muchas ciudades que no visitaría en su vida. A las siete, encendió la radio y empezó a garabatear los puntos principales de su columna.

A las ocho, apareció la señorita D'Mello y el traqueteo de su máquina de escribir desbarató la paz de la redacción.

Sin duda estaba escribiendo su columna habitual, «Destellos y reflejos», una sección diaria de belleza patrocinada por el dueño de una peluquería de señoras. La señorita D'Mello respondía a las preguntas de las lectoras sobre el cuidado del pelo, les daba consejos y las incitaba con delicadeza a consumir los productos de su patrocinador.

Gururaj nunca hablaba con la señorita D'Mello. Le molestaba que su periódico publicara una columna pagada, una práctica que no consideraba ética. Pero tenía otro motivo para tratar con frialdad a la señorita D'Mello: era soltera y no quería que nadie pensara que tenía el menor interés en ella.

Los parientes y amigos de su padre llevaban años diciéndole a Guru que debía abandonar el YMCA y casarse, y él a punto había estado de ceder, pensando que haría falta una mujer para cuidar de su padre, cada vez más senil a medida que pasaba el tiempo, cuando el motivo de esa necesidad desapareció bruscamente. Ahora estaba decidido a no sacrificar su independencia por nadie.

Hacia las once, cuando Gururaj salió otra vez de su despacho, la redacción estaba llena de humo: lo único que le desagradaba de su lugar de trabajo. Los periodistas estaban ante sus escritorios, tomando té y fumando. El teletipo, colocado en un lado, seguía vomitando rollos de papel mal impreso con noticias mal redactadas procedentes de Delhi.

Después del almuerzo, mandó al conserje a buscar a Menon, un joven periodista que empezaba a convertirse en una estrella del periódico. Menon se presentó en su despacho con los dos botones superiores de la camisa desabrochados y un reluciente

collar de oro en el cuello.

—Siéntate —le dijo Gururaj.

Le mostró dos artículos sobre el accidente de Flower Market Street, que había sacado del archivo aquella misma mañana. El primero (se lo señaló) había aparecido antes del juicio; el segundo, después del veredicto.

—¿Tú escribiste los dos artículos, verdad?

Menon asintió.

—En el primero, el coche que atropelló al fallecido es un Maruti Suzuki rojo. En el segundo, un Fiat blanco. ¿Cuál fue, en realidad?

Menon examinó los dos artículos.

—Yo lo redacté de acuerdo con los informes de la Policía.

—O sea, ¿que no te molestaste en examinar el vehículo personalmente?

Esa noche se tomó la cena que le subía la asistenta a su habitación del YMCA. La mujer hablaba por los codos, pero él se temía que pretendía casarlo con su hija y le contestaba lo más escuetamente posible.

Al acostarse, puso el despertador a las dos de la mañana.

Se despertó con el corazón acelerado; encendió la luz y miró el reloj, guiñando los ojos. Eran las dos menos veinte. Se puso los pantalones, se arregló el pelo con las manos, bajó a toda prisa las escaleras y salió corriendo del YMCA en dirección al banco.

El gurkha estaba en la silla, con su rifle de museo.

—Escuche, ¿usted vio el accidente con sus propios ojos?

—Claro que no. Yo estaba aquí. Éste es mi trabajo.

—Entonces, ¿cómo demonios sabía que habían cambiado el coche en comisaría?

—El tamtan.

El gurkha bajó la voz. Le explicó que había una red de vigilantes nocturnos que se pasaban información alrededor de Kittur; un vigilante se acercaba al vecino para echar un cigarrillo y le contaba algo; éste a su vez se lo transmitía al siguiente mientras fumaba con él. Así corría la voz, se difundían los secretos y la verdad —lo que había sucedido realmente durante el día— quedaba preservada.

Mientras se secaba el sudor de la frente, Gururaj pensó que aquello era imposible, una auténtica locura.

—Entonces, ¿lo que pasó en realidad fue que Engineer atropelló al hombre cuando volvía a casa?

—Lo dejó allí, dándolo por muerto.

—No puede ser.

Los ojos del gurkha relampaguearon.

—Usted ha vivido aquí el tiempo suficiente, señor, y sabe muy bien que sí puede ser. Engineer estaba borracho; volvía de la casa de su amante; atropelló al tipo como

si fuera un perro callejero y siguió adelante; lo dejó allí, con las tripas fuera. El chico del periódico lo encontró así de madrugada. La Policía sabe perfectamente quién circula borracho de noche por esa calle. Así que a la mañana siguiente se presentan dos agentes en su casa. Él ni siquiera ha limpiado la sangre de las ruedas delanteras del coche...

—Y entonces ¿por qué...?

—Es el hombre más rico de la ciudad. Dueño del edificio más alto de Kittur. No pueden detenerlo. Hace que uno de los empleados de su fábrica declare que era él quien conducía el coche. El tipo le entrega a la Policía una declaración jurada. Estaba conduciendo bajo los efectos del alcohol en la noche del 12 de mayo cuando atropellé a la infortunada víctima. Luego el señor Engineer le da al juez seis mil rupias y un poco menos a la Policía, quizá cuatro o cinco mil (porque los jueces son más honrados que la Policía, claro) para que mantengan la boca cerrada. Y luego quiere recuperar su Maruti Suzuki porque es un coche nuevo, porque le da prestigio y le gusta conducirlo, así que le entrega a la Policía otras mil rupias para cambiar la «identidad» del coche asesino por la de un Fiat, y ahora ya tiene otra vez su coche y anda con él por la ciudad.

—Dios mío.

—Al empleado le caen cuatro años. El juez podría haberle aplicado una sentencia más dura, pero le da pena el muy pringado. Tampoco podía soltarlo sin más, claro está. Así pues —el vigilante bajó de golpe un martillo imaginario—, cuatro años.

—No puedo creerlo —dijo Gururaj—. Kittur no es una ciudad de esa clase.

El extranjero entornó sus ojos astutos y sonrió. Miró un rato la punta encendida de su *beedi* y luego se lo ofreció.

Por la mañana, Gururaj abrió la única ventana de su habitación, que daba a Umbrella Street, en el corazón mismo de la ciudad donde había nacido, donde había alcanzado la madurez y donde casi con toda seguridad moriría. A veces tenía la sensación de conocer cada árbol, cada puerta y cada teja de las casas y edificios de Kittur. Resplandeciendo a la luz de la mañana, Umbrella Street parecía decir: «No, la historia del gurkha no puede ser cierta». Las nítidas líneas de un anuncio pintado con plantilla, los radios relucientes de una bicicleta montada por un repartidor de periódicos decían: «No, el gurkha miente». Pero mientras caminaba hacia la redacción, vio la espesa sombra de un baniano atravesando la calzada, como una mancha nocturna que la mañana se hubiera olvidado de barrer, y su alma volvió a sumirse en la confusión.

Empezó a trabajar. Retomó cierta rutina. Se serenó. Evitó a la señorita D'Mello.

Aquella tarde, el director del periódico lo llamó a su despacho. Era un viejo rechoncho, con los carrillos colgando, con unas espesas cejas blancas que parecían de escarcha y unas manos que le temblaban mientras se tomaba su té. Los tendones del

cuello se le marcaban bajo la piel y cada parte de su cuerpo parecía pedir a gritos la jubilación.

Si se retiraba, Gururaj heredaría su puesto.

—Respecto a esa historia que le has dicho a Menon que vuelva a investigar... —dijo el director, dando sorbos a su taza—, olvídala.

—Había una incongruencia entre los coches...

El hombre meneó la cabeza.

—La Policía cometió un error en el primer informe, simplemente. —Su voz había adoptado el tono tranquilo e informal que Gururaj había aprendido a reconocer como definitivo. Dio un sorbo a su té y luego otro.

El ruido que hacía al sorberlo, la brusquedad de los modales del viejo y la fatiga de tantas noches en vela lograron que Gururaj se pusiera nervioso.

—Un hombre ha sido encarcelado sin ningún motivo —dijo—. El culpable ha quedado libre. Y lo único que puede uno decir es: «Olvidémonos del asunto».

El viejo siguió dando sorbos. A Gururaj le parecía que movía la cabeza, como afirmando.

Volvió al YMCA y subió a su habitación. Se quedó tumbado en la cama con los ojos abiertos. Seguía despierto a las dos de la madrugada, cuando sonó el despertador. Al salir, oyó una especie de silbido; el policía pasó por su lado y lo saludó calurosamente con la mano, como si fuese un viejo amigo.

La luna estaba menguando muy deprisa; dentro de unos pocos días, las noches serían del todo oscuras. Siguió a pie el mismo trayecto de siempre, como si ya fuera un ritual; primero lentamente, después cruzando al centro de la calle y luego metiéndose a toda prisa en el callejón hasta llegar al banco. El gurkha estaba en su silla, con el rifle al hombro y un *beedi* encendido entre los dedos.

—¿Qué dice el tamtan esta noche?

—Esta noche nada.

—Entonces cuénteme algo de noches anteriores. O dígame qué otras cosas ha publicado el periódico que no son ciertas.

—Los disturbios. El periódico lo explicó todo mal.

Gururaj sintió que el corazón le daba un brinco.

—¿Y eso?

—El periódico decía que eran los hindúes contra los musulmanes, ¿se da cuenta?

—Eran los hindúes contra los musulmanes. Todo el mundo lo sabe.

—Ja.

A la mañana siguiente, Gururaj no se presentó en su despacho. Se fue directamente al Bunder. No había vuelto allí desde que había entrevistado a los dueños de las tiendas afectadas por los disturbios. Recorrió de nuevo cada uno de los restaurantes y puestos de pescado que habían sido incendiados.

Volvió a la redacción, entró precipitadamente en el despacho del director y le dijo:

—Anoche oí una historia absolutamente increíble sobre los disturbios entre hindúes y musulmanes. ¿Te la explico?

El viejo dio un sorbo a su té.

—Me han contado que los instigadores fueron el miembro del Parlamento y la mafia del Bunder. Me han contado que esos matones y el miembro del Parlamento han puesto todos los negocios quemados y destruidos en manos de sus propios hombres, bajo el nombre de una compañía ficticia llamada New Kittur Port Development Trust. Los actos de violencia estaban planeados. Los gorilas musulmanes quemaban tiendas musulmanas y los gorilas hindúes quemaban tiendas hindúes. Fue una operación inmobiliaria presentada como una ola de disturbios religiosos.

El director dejó la taza.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Un amigo. ¿Es cierto?

—No.

Gururaj sonrió y dijo.

—Yo tampoco lo creía. Gracias.

Mientras salía, el director lo miró preocupado.

A la mañana siguiente, llegó otra vez tarde a la redacción. El conserje se plantó ante su escritorio y le dijo a voces:

—El director quiere verle.

—¿Por qué no te has presentado hoy en la oficina del ayuntamiento? —le preguntó el viejo, con su eterna taza de té—. El alcalde había pedido que asistieras; ha emitido una declaración de unidad hindú-musulmana, atacando al Partido Popular Indio, algo que quería que escucharas. Ya sabes el respeto que siente por tu trabajo.

Gururaj se aplastó el pelo con las manos; no se había puesto aceite aquella mañana y lo tenía un poco rebelde.

—¿A quién le importa?

—¿Cómo dices, Gururaj?

—¿Crees que hay alguien en esta redacción que no sepa que todas estas luchas políticas son pura comedia? ¿Que, en realidad, el Partido Popular y el Partido del Congreso pactan entre ellos y comparten los sobornos que sacan de los proyectos de construcción de Bajpe? Tú y yo lo sabemos desde hace años, pero disimulamos y reflejamos las cosas como si fueran distintas. ¿No te parece raro? Escucha, hagamos una cosa. Escribamos hoy toda la verdad y nada más que la verdad. Sólo por hoy. Un día en el que sólo salga la verdad. Es lo único que quiero. Quizá ni siquiera se dé cuenta nadie. Mañana volveremos a las mentiras habituales. Pero durante un día al menos quiero reflejar, escribir y publicar la verdad. Un día en toda mi vida quiero ser

un auténtico periodista. ¿Qué me dices?

El director frunció el ceño, como si estuviera reflexionando.

—Ven a mi casa esta noche después de cenar —dijo.

A las nueve, Gururaj caminó por Rose Lane hasta una casa con un gran jardín y una estatua azul de Krishna con su flauta, en un nicho de la fachada, y llamó al timbre.

El director lo hizo pasar al salón y cerró la puerta. Le indicó que se sentara en un sofá marrón.

—Será mejor que me expliques qué te preocupa.

Gururaj se lo contó.

—Vamos a suponer que tienes pruebas y que escribes sobre ello. No sólo estás diciendo que la Policía está corrompida, sino también la judicatura. El juez te citará por desacato. Te detendrán incluso si lo que dices es cierto. Tú y yo y mucha gente de nuestro periódico simula que hay libertad de prensa en este país, pero nosotros conocemos la verdad.

—¿Qué me dices de los disturbios entre hindúes y musulmanes? ¿Tampoco podemos decir la verdad sobre eso?

—¿Cuál es la verdad, Gururaj?

Volvió a explicarle la versión extraoficial y el director empezó a reírse. Se tapó la cara y soltó una carcajada que le salía de las entrañas y que pareció sacudir la noche entera.

—Aunque fuera cierto lo que afirmas —le dijo el viejo, dominándose—, y observa que ni lo admito ni lo discuto, nos sería del todo imposible publicarlo.

—¿Por qué?

El director sonrió.

—¿De quién crees que es este periódico?

—De Ramdas Pai. —Así se llamaba el hombre de negocios de Umbrella Street que figuraba como propietario en la portada.

El director meneó la cabeza.

—No es suyo. O no del todo.

—¿De quién más?

—Usa tu cerebro.

Gururaj miró al director con una mirada nueva. Era como si el viejo tuviera un aura alrededor con todas las cosas que había llegado a saber a lo largo de su carrera y que no había podido publicar. Aquel conocimiento secreto parecía resplandecer en torno a su cabeza como el halo que rodea a la luna casi llena. «Éste es el destino de cada periodista de esta ciudad, de este estado, de este país y quizá del mundo entero», pensó.

—¿No habías adivinado nada, Gururaj? Quizá sea porque aún no te has casado.

Al no tener una mujer, no has comprendido cómo funciona el mundo.

—Y tú lo has comprendido demasiado bien.

Se miraron a los ojos, cada uno compadeciendo inmensamente al otro.

A la mañana siguiente, mientras entraba en la redacción, Gururaj pensó: «Estoy pisando un mundo falso. Un inocente está entre rejas y el culpable sale libre. Todo el mundo lo sabe y nadie tiene valor suficiente para cambiarlo».

Desde entonces, Gururaj bajaba cada noche la sucia escalera del YMCA, mirando con aire inexpresivo las blasfemias y los grafitis de las paredes, y echaba a andar por Umbrella Street sin hacer caso de los perros callejeros que ladraban y copulaban, hasta que llegaba a la calleja del gurkha, que alzaba el rifle a modo de saludo y sonreía. Se habían hecho amigos.

El gurkha le hablaba de toda la corrupción que llegaba a albergar una ciudad pequeña como aquélla; le contaba quién había matado a quién en los últimos años, y cuánto habían exigido los jueces de Kittur como soborno, y cuánto los jefes de Policía. Hablaban casi hasta el amanecer, hasta que Gururaj tenía que marcharse para dormir un rato antes del trabajo.

—Todavía no sé tu nombre —le dijo un día, titubeando.

—Gaurishankar.

Gururaj esperaba que le preguntase el suyo; quería decirle: «Ahora que mi padre ha muerto, eres mi único amigo».

Pero el gurkha permaneció sentado con los ojos cerrados.

A las cuatro de la mañana, mientras volvía al YMCA, se preguntaba quién sería en realidad aquel hombre, aquel gurkha. Había mencionado alguna vez que había trabajado como criado de un general retirado, y Gururaj deducía de ello que había estado en el ejército, en el regimiento gurkha. Ahora bien, cómo había acabado en Kittur y por qué no había regresado a Nepal, eso seguía siendo un misterio. «Mañana —pensó—, se lo preguntaré; y luego puedo hablarle de mí».

Cerca de la entrada del YMCA había un árbol asoka. Gururaj se detuvo a examinarlo. La luna lo iluminaba de lleno aquella noche y parecía distinto de otras veces. Como si estuviera a punto de transformarse en otra cosa.

• • •

«Ya no los considero mis compañeros; son más rastreros que animales».

Gururaj no podía ni ver a sus colegas; desviaba la mirada al llegar a la redacción, entraba a toda prisa en su despacho y cerraba de un portazo. Aunque seguía revisando las pruebas que le entregaban, ya no soportaba mirar el periódico. Lo que más le horrorizaba era tropezar con su propio nombre impreso; por ello, pidió que lo relevaran de lo que había sido su mayor placer, redactar su columna diaria, y se

empeñó en revisar sólo las pruebas. Aunque en los viejos tiempos solía quedarse hasta medianoche, ahora salía cada tarde a las cinco y se apresuraba a regresar a su habitación para derrumbarse en la cama.

A las dos en punto se despertaba. Para ahorrarse el problema de buscar los pantalones en la oscuridad, se había acostumbrado a dormir vestido. Bajaba de prisa las escaleras, abría de golpe la puerta del YMCA y corría a reunirse con el gurkha.

Hasta que, una noche, sucedió por fin: el gurkha no estaba sentado delante del banco; había otro ocupando su silla.

—¿Qué voy a saber yo, señor? —le dijo el nuevo vigilante—. Me dieron este puesto anoche; no me contaron qué había pasado con el anterior.

Gururaj corrió de tienda en tienda y de casa en casa, preguntando a cada vigilante qué había sucedido con el gurkha.

—Se ha ido a Nepal —le dijo uno finalmente—. Ha vuelto con su familia. Se ha pasado todos estos años ahorrando y ahora se ha marchado por fin.

La noticia le sentó como un puñetazo. Sólo había un hombre que supiera lo que ocurría en la ciudad, y ese hombre se había esfumado. Al verlo jadeante y sin aliento, varios vigilantes se agolparon a su alrededor, hicieron que se sentara y le trajeron agua fresca en una botella de plástico. Él trató de explicarles la relación que había establecido con el gurkha durante aquellas semanas, y lo que había perdido.

—¿Ese gurkha, señor? —dijo uno de los vigilantes meneando la cabeza—. ¿Seguro que habló de esas cosas con él? Era un idiota integral. Lo habían herido en el cerebro cuando estaba en el ejército.

—¿Y el tamtan? ¿Todavía funciona? —dijo Gururaj—. ¿Alguno de ustedes querrá contarme ahora lo que llegue a sus oídos?

Los vigilantes lo miraron. Vio en sus ojos que la duda se convertía en una especie de temor. «Me toman por loco», pensó.

Vagó por las calles. Pasó junto a grandes edificios sumidos aún en la oscuridad, cada uno de ellos repleto de cuerpos aletargados, de una multitud de durmientes. «Ahora soy el único hombre despierto», se dijo. En una colina, a su izquierda, vio luz en un bloque de apartamentos. Había siete ventanas iluminadas y el edificio resplandecía. Le pareció una criatura viviente, una especie de monstruo luminoso que relucía desde sus mismísimas entrañas.

Gururaj comprendió al fin: el gurkha no lo había abandonado. No había hecho con él como todos los demás. Le había dejado algo: un don. Ahora él oiría el tamtan por sí mismo. Alzó los brazos hacia el bloque reluciente; sentía un poder oculto.

Un día, al llegar al trabajo —tarde, otra vez—, oyó un cuchicheo a su espalda: «También le pasó al padre, en sus últimos días...».

Pensó: «He de ir con cuidado para que los demás no noten el cambio que se está produciendo en mi interior».

Cuando llegó a su despacho, vio que el mozo estaba quitando la placa de la puerta. «Estoy perdiendo todo lo que me he esforzado tantos años en conseguir», se dijo. Pero no sentía pesar ni emoción; era como si aquello le estuviera pasando a otro. Vio la nueva placa:

KRISHNA MENON
SUBDIRECTOR
DAWN HERALD
EL ÚNICO Y EL MEJOR PERIÓDICO DE KITTUR

—¡Gururaj! Yo no quería, yo...

—No has de darme explicaciones. Yo habría hecho lo mismo en tu lugar.

—¿Quieres que me encargue de hablar con alguien? Podríamos arreglártelo.

—¿De qué estás hablando?

—Ya sé que has perdido a tu padre... Pero podemos concertarte una boda con alguna chica de buena familia.

—¿Qué estás diciendo?

—Creemos que estás enfermo. Ya debes saber que muchos de nosotros lo pensamos desde hace tiempo. Insisto en que te tomes una semana libre. O dos. Vete de vacaciones a alguna parte, a las Ghats Occidentales, por ejemplo, y contempla las nubes desde las cumbres.

—Muy bien. Me tomaré tres semanas.

Se pasó tres semanas durmiendo todo el día y paseando por las noches. El policía de la bicicleta ya no lo saludaba como antes —«Adiós, señor director»—, y Gururaj notaba que volvía la cabeza al pasar y se lo quedaba mirando. Los vigilantes también lo miraban de un modo raro; él les sonreía de oreja a oreja. «Incluso aquí —pensaba—, incluso en este Hades en mitad de la noche, me he convertido en un marginado, en un hombre que asusta a los demás. La idea le excitaba».

Un día compró una pizarra cuadrada y un trozo de tiza. Por la noche, escribió en la parte de arriba:

LA VERDAD ACABARÁ PREVALECIENDO
PERIÓDICO NOCTURNO
ÚNICO CORRESPONSAL, DIRECTOR,
ANUNCIANTE Y SUSCRIPTOR:
SR. GURURAJ MANJESHWAR KAMATH

Después de copiar el titular del periódico de aquella mañana: «El concejal del Partido Popular Indio despelleja al miembro del Parlamento», lo tachó y escribió a continuación:

2 de octubre de 1989

El concejal del Partido Popular, que necesita dinero con urgencia para construir una nueva mansión en Rose Lane, despelleja al miembro del Parlamento. Mañana recibirá un sobre marrón lleno de dinero del Partido del Congreso y dejará de meterse con el miembro del Parlamento.

Luego se tumbó en la cama y cerró los ojos, deseoso de que llegaran las sombras y transformaran otra vez su ciudad en un sitio decente.

Una madrugada advirtió que aquélla era su última noche de vacaciones. Estaba a punto de romper el alba y se apresuró a volver al YMCA. De pronto, se detuvo. No había duda: lo que veía en el exterior del edificio era un elefante. ¿Estaría soñando? ¿Qué hacía un elefante a esas horas en medio de la ciudad? Aquello rebasaba los límites de la razón. Y no obstante, le parecía real y tangible. Sólo una cosa le hizo pensar que no era un elefante de verdad: estaba completamente inmóvil. Los elefantes, se dijo, no paran de moverse y de hacer ruido; por lo tanto, no estás viendo un elefante realmente. Cerró los ojos y caminó hasta la entrada del YMCA; al volver a abrirlos, lo que tenía ante sus ojos era un árbol. Tocó la corteza y pensó: «Ésta ha sido la primera alucinación que he tenido en mi vida».

Cuando regresó al periódico al día siguiente, todo el mundo comentó que Gururaj volvía a ser el de siempre. Había echado de menos la redacción; le habían entrado ganas de volver.

—Gracias por la propuesta de concertarme una boda —le dijo al director, mientras tomaban té en su despacho—, pero yo ya estoy casado con mi trabajo.

Sentado en la redacción con los jóvenes que acababan de salir de la universidad, revisaba artículos con el buen humor de los viejos tiempos. Cuando todos se habían ido, él se quedaba todavía, hurgando en los archivos. Había vuelto con un propósito definido: iba a escribir una historia de Kittur, una historia infernal de Kittur en la cual cada acontecimiento de los últimos veinte años aparecería reinterpretado. Sacaba periódicos antiguos y leía atentamente la portada. Luego, con un bolígrafo rojo, tachaba algunas palabras y añadía otras, lo cual cumplía dos objetivos: uno, los viejos periódicos quedaban pintarrajeados; y dos, el proceso le permitía entender la verdadera relación entre las palabras y los personajes que aparecían en las noticias. Al principio, designó el hindi (la lengua del gurkha) como la lengua de la verdad y la utilizó para reescribir los titulares en canarés del periódico; luego cambió al inglés; y finalmente, adoptó un código de acuerdo con el cual cada letra del alfabeto latino era sustituida por la siguiente (según había leído, Julio César había inventado ese código para su ejército); y para complicar todavía más las cosas, inventó símbolos especiales para ciertas palabras. Por ejemplo, un triángulo con un punto dentro representaba la palabra «banco». Otros símbolos tenían una inspiración irónica: una esvástica nazi, por ejemplo, representaba al Partido del Congreso; el símbolo del desarme nuclear, al

Partido Popular Indio, y así sucesivamente.

Un día, repasando las notas que había ido tomando en las últimas semanas, descubrió que se le habían olvidado la mitad de los símbolos y que ya no comprendía lo que había escrito. «Está bien —pensó—; así tiene que ser. Incluso el redactor de la verdad no debe conocer la verdad completa. Cada palabra verdadera, una vez escrita, es como la luna llena; empieza a menguar día a día y luego entra por completo en la oscuridad. Así son todas las cosas».

Cuando terminaba de reinterpretar cada número del periódico, borraba el rótulo, *The Dawn Herald*, que figuraba arriba, y escribía en su lugar: «LA VERDAD ACABARÁ PREVALECIENDO».

—¿Qué demonios estás haciendo con nuestros periódicos? —le espetó una tarde el director, que había entrado a hurtadillas en el archivo en compañía de Menon.

Empezó a pasar las páginas de los periódicos pintarrajeados; Menon atisbaba por encima de su hombro. Ante los ojos de ambos desfilaron los garabatos, las marcas en rojo, las tachaduras y triángulos, los dibujos de chicas con cola de caballo y dientes ensangrentados, las imágenes de perros copulando. El viejo cerró el archivador de golpe.

—Te dije que te casaras.

Gururaj sonrió.

—Escucha, viejo amigo. Son símbolos. Puedo interpretar...

El director meneó la cabeza.

—Sal de aquí. Ahora mismo. Lo siento, Gururaj.

Él sonrió, como si no hiciese falta explicación. El director tenía los ojos húmedos y los tendones de su cuello subían y bajaban mientras tragaba saliva una y otra vez. Los ojos de Guru se llenaron también de lágrimas. «Qué duro debe de haber sido todo esto para este viejo —pensó—. Cómo debe de haberse esforzado para protegerme». Se imaginó una reunión a puerta cerrada en la que todos sus colegas habrían exigido su cabeza y sólo aquel hombre honrado habría defendido su continuidad hasta el último momento. «Perdóname, viejo amigo, por haberte decepcionado», habría deseado decirle.

Esa noche, Gururaj caminó por las calles pensando que nunca en su vida había sido tan feliz. Ahora era un hombre libre. Cuando regresó al YMCA justo antes del alba, vio otra vez al elefante. Esta vez no se fundió con el árbol asoka, ni siquiera cuando se acercó. Llegó a su lado, observó sus orejas inquietas, que tenían el color, la forma y el movimiento de las alas de un pterodáctilo; dio la vuelta a su alrededor y vio desde detrás que cada una de las orejas tenía un reborde rosado y estaba surcada de venas. ¿Cómo iba a ser irreal toda esa riqueza de detalles?, pensó. Aquella criatura era real, y si los demás no podían verla, tanto peor para ellos.

«¡Haz algún ruido! —le suplicó al elefante—. Así sabré que no sufro una mera

ilusión, que eres de verdad». El elefante comprendió; alzó la trompa y soltó un bramido tan tremendo que Gururaj pensó que se había quedado sordo.

—Ahora eres libre —le dijo el elefante, con palabras tan atronadoras que le parecieron titulares de periódico—. Ve y escribe la verdadera historia de Kittur.

Unos meses más tarde, llegaron noticias de Gururaj. Cuatro jóvenes periodistas fueron a investigar.

Mientras empujaban la puerta de la sala de lectura del Faro, contuvieron la risa. El bibliotecario los estaba esperando y los hizo pasar, llevándose un dedo a los labios.

Encontraron a Gururaj sentado en un banco, leyendo un periódico que le tapaba en parte la cara. El antiguo subdirector llevaba una camisa hecha jirones, pero parecía haber ganado peso, como si la ociosidad le hubiera sentado bien.

—Ya no dice ni una palabra —explicó el bibliotecario—. Se sienta ahí, con un periódico pegado a la cara, hasta que se pone el sol. La única vez que reaccionó fue cuando le dije que sentía una gran admiración por sus artículos sobre los disturbios. Se me puso a gritar sin más ni más.

Uno de los jóvenes puso un dedo en lo alto del periódico y lo apartó poco a poco; Gururaj no ofreció resistencia. El periodista dio un grito y retrocedió.

Había un agujero húmedo y oscuro en el centro de la página. Gururaj tenía trocitos de papel impreso en las comisuras de los labios. Y movía lentamente la mandíbula.

Las lenguas de Kittur



El canarés, una de las lenguas más importantes del sur de la India, es el idioma oficial del estado de Karnataka al que pertenece Kittur. El periódico local, el *Dawn Herald*, se publica en canarés. Aunque prácticamente todo el mundo lo entienda, el canarés es sólo la lengua materna de algunos brahmanes. El tulu, una lengua regional que carece de escritura —aunque se cree que sí la poseía siglos atrás— es la lengua franca. Existen dos dialectos del tulu. El dialecto de las castas superiores lo usan aún algunos brahmanes, pero está en vías de extinción en la medida en que los brahmanes de lengua tulu se van pasando al canarés. El otro dialecto tulu, un idioma tosco y grosero apreciado por la diversidad y mordacidad de sus palabrotas, lo usan los bunts y los hoykas, y es el lenguaje que se oye en las calles de Kittur. En los alrededores de Umbrella Street, el centro comercial de la ciudad, el lenguaje dominante pasa a ser el konkani, el idioma de los brahmanes Gaud-Saraswat, originarios de Goa, que poseen la mayor parte de las tiendas de la zona. (Mientras que los brahmanes de lengua tulu y canaresa empezaron a casarse entre ellos en los años 60, los brahmanes de lengua konkani han rechazado hasta ahora todas las propuestas de matrimonio de otros grupos). Existe un dialecto del konkani, corrompido por el portugués, que hablan los católicos del barrio de Valencia. La mayoría de los musulmanes, especialmente los del Bunder, utilizan un dialecto del malabar como lengua materna; la minoría musulmana más adinerada, que desciende de la antigua aristocracia de Hyderabad, habla el hiderabadi urdu. La población de trabajadores inmigrantes más numerosa, que se mueve alrededor de la ciudad de construcción en construcción, es de lengua tamil. El inglés lo entiende únicamente la clase media.

Es de destacar que pocas ciudades de la India igualan a Kittur en la riqueza de expletivos y juramentos de su lenguaje popular, que provienen del urdu, el inglés, el canarés y el tulu. La expresión que se oye con más frecuencia —«hijo de mujer calva»— requiere una explicación. Las viudas de las castas superiores tenían prohibido en tiempos volver a casarse y estaban obligadas a

afeitarse la cabeza para evitar que atrajeran
a los hombres. El hijo de una mujer
calva, así pues, era muy
probablemente
ilegítimo.



Cuarto día: Umbrella Street

Si desea salir de compras mientras se halla en Kittur, resérvese unas horas para deambular por Umbrella Street, el centro comercial de la ciudad. Allí encontrará tiendas de muebles, farmacias, restaurantes, tiendas de caramelos y librerías. (Aún se ven algunos vendedores de paraguas de madera hechos a mano, aunque la mayoría han cerrado a causa de los baratos paraguas metálicos importados de China). La calle acoge el restaurante más famoso de Kittur, el salón Ideal Traders de helados y zumos frescos, y la oficina del *Dawn Herald*, «el único y el mejor periódico de Kittur».

Todos los jueves por la noche se celebra un acto de gran interés en el templo Ramvittala, cerca de Umbrella Street. Dos juglares tradicionales se sientan en la veranda de este templo y recitan versos del Mahábharata, la gran epopeya india, durante toda la noche.

Todos los empleados de la tienda de muebles habían formado un semicírculo alrededor de la mesa del señor Ganesh Pai. Era una ocasión especial: la señora Engineer en persona se había presentado en la tienda. Había escogido una mesita para la televisión y ahora se acercó al señor Pai para cerrar el trato.

Él tenía la cara embadurnada de sándalo y llevaba una camisa holgada de seda por la que asomaba un triángulo de vello oscuro. Detrás de su silla, tenía colgadas de la pared las imágenes en papel de estaño dorado de Lakshmi, la diosa de la riqueza, y del grueso dios-elefante Ganapati. Una varilla de incienso humeaba debajo de ambas imágenes.

La señora Engineer se sentó con parsimonia ante el escritorio. El señor Pai hurgó en un cajón y le tendió cuatro cartas de color rojo. Ella hizo una pausa, se mordió el labio y le arrebató una de las cuatro.

—¡Un juego de tazas de acero inoxidable! —dijo el señor Pai, señalando la carta que había escogido—. Un regalo realmente maravilloso, señora. Lo atesorará durante años y años.

Con una sonrisa radiante, la señora Engineer sacó un monedero rojo, contó cuatro billetes de 100 rupias y se las dejó sobre el escritorio.

El señor Pai, tras humedecerse la punta del dedo en un cuenco que tenía siempre dispuesto a tal efecto, contó de nuevo los billetes; luego miró a la señora Engineer y sonrió, como esperando algo más.

—El resto, a la entrega —dijo ella, levantándose—. Y no olvide enviar el regalo.

—Será la esposa del hombre más rico de la ciudad, pero no deja de ser una vieja y repulsiva tacaña —dijo el señor Pai, después de acompañarla hasta la puerta.

Oyó una risita a su espalda. Se dio la vuelta y le lanzó una mirada fulminante a un

ayudante: un chico tamil bajito y de tez oscura.

—Ve a buscar a un culi para que haga la entrega, rápido —dijo el señor Pai—. Quiero el resto antes de que se le olvide.

El tamil salió de la tienda corriendo. Los conductores de ciclo-carros estaban, como siempre, tirados en sus carritos, mirando el cielo y fumando *beedis*. Algunos observaban con sombría codicia el local que había al otro lado de la calle, el salón-heladería Ideal Traders, en cuya entrada había varios críos rechonchos en camiseta lamiendo cucuruchos de vainilla.

El chico le hizo un gesto con el índice a uno de los tipos.

—¡Chenayya, ha salido tu número!

Chenayya pedaleaba con fuerza. Le habían dicho que fuese directamente a Rose Lane, así que tenía que pasar por la colina del Faro. Sacaba la lengua para arrastrar el carrito con la mesita de televisión encima. Una vez superada la subida, dejó que la bicicleta se deslizara cuesta abajo. Redujo la velocidad al llegar a Rose Lane, localizó el número de la casa, que había memorizado, y llamó al timbre.

Creía que saldría un criado, pero cuando le abrió una mujer rolliza de tez clara, dedujo que era la propia señora Engineer.

Entró la mesita y la puso donde ella le indicó.

Volvió a salir y regresó con una sierra. La llevaba pegada al cuerpo, pero cuando entró en el comedor, donde había dejado la mesita en dos piezas separadas, la señora Engineer vio cómo la esgrimía y, de repente, le pareció enorme: debía de medir medio metro y tenía el borde dentado cubierto de óxido, aunque en algunos tramos conservaba el color gris original. Parecía la escultura de un tiburón hecha por un artista tribal.

Chenayya vio la expresión inquieta de sus ojos. Para tranquilizarla, le sonrió con aire obsequioso (con la mueca exagerada y rígida de las personas poco habituadas a humillarse). Luego miró alrededor, como para recordarse a sí mismo dónde había dejado la mesita.

Las patas no tenían idéntica longitud. Chenayya guiñó un ojo y las examinó una a una. Luego aplicó la sierra a cada pata, dejando una fina capa de polvo en el suelo. Movía tan despacio la sierra y con tal precisión, que parecía como si sólo estuviera ensayando; el polvillo acumulado en el suelo era la única prueba de lo contrario. Examinó las cuatro patas otra vez con un ojo cerrado para asegurarse de que eran iguales y dejó la sierra. Revisó su sucio *sarong* blanco, la única prenda que llevaba puesta, buscando alguna esquina más o menos limpia, y le quitó el polvo a la mesita.

—Ya está lista, señora. —Entrelazó las manos y aguardó.

Con su sonrisa zalamera, volvió a limpiar la mesa, para asegurarse de que la señora de la casa había advertido los cuidados que se tomaba con su mueble.

Pero la señora Engineer no lo estaba mirando; se había metido en otra habitación y ahora volvió y contó ante él setecientas cuarenta y dos rupias.

Titubeó un instante y añadió tres billetes de una rupia.

—Deme algo más, señora —le soltó Chenayya—. Deme tres rupias más, ¿no?

—¿Seis rupias? Ni hablar.

—Es un camino muy largo, señora. —Recogió la sierra y se señaló el cuello—. Lo he tenido que arrastrar hasta aquí, señora, en mi *ciclo-rickshaw*. Me deja el cuello hecho polvo.

—Ni hablar. Fuera de aquí o llamo a la Policía, granuja. Fuera. ¡Y llévate ese cuchillo tan grande!

Mientras salía refunfuñando, dobló el dinero en un fajo y se lo ató con un nudo a su sucio y holgado *sarong*. Había un árbol del nim junto a la verja de la casa y tuvo que agacharse para no arañarse con las ramas. Había dejado su ciclo-carro al lado. Tiró la sierra en el carrito, desenrolló el trapo de algodón blanco que tenía en el sillín y se lo ató alrededor de la cabeza.

Un gato pasó disparado por su lado; lo perseguían dos perros a toda velocidad. El gato subió de un salto al árbol del nim y trepó por sus ramas; los perros se detuvieron abajo, ladrando y arañando el tronco. Chenayya, que ya se había instalado en su asiento, se quedó a observar la escena. En cuanto empezaba a pedalear, ya no percibía las cosas que pasaban a su alrededor; se convertía en una máquina programada para regresar directamente a la tienda. Así pues, se quedó mirando a los animales y disfrutando de su estado de vigilia. Tomó la piel podrida de un plátano y la dejó en el suelo envuelta en hojas de nim para que les diera un susto a los dueños cuando salieran.

Se sintió tan satisfecho de sí mismo que no pudo reprimir una sonrisa. Pero todavía no tenía ganas de ponerse a pedalear, lo cual venía a ser como entregar las llaves de su personalidad a la fatiga y la rutina.

Unos diez minutos más tarde, estaba otra vez en su bicicleta, de camino a Umbrella Street. Pedaleaba, como siempre, con el trasero levantado del asiento y la columna doblada con una inclinación de sesenta grados. Sólo en los cruces se ponía derecho y descansaba en el sillín. Había otra vez mucho tráfico al acercarse a Umbrella Street; pegó la rueda delantera en el coche de delante y gritó: «¡Muévete, hijo de perra!».

Finalmente vio a su derecha el rótulo «Ganesh Pai. Muebles y ventiladores» y detuvo el ciclo-carro.

Chenayya sentía como si le quemara el dinero entre los pliegues de su *sarong*; quería entregárselo a su jefe cuanto antes. Secándose las manos en la tela blancuzca, empujó la puerta, entró en el local y se acuclilló junto al escritorio del señor Pai. Ni él ni su

ayudante tamil le prestaron la menor atención. Desató el fajo, colocó las manos entre las piernas y miró al suelo.

Volvió a dolerle el cuello; lo movió a uno y otro lado para aliviar la tensión de sus músculos.

—Deja de hacer eso.

El señor Pai le hizo una seña para que le entregara el dinero. Chenayya se puso de pie. Lentamente, se acercó al escritorio y le tendió los billetes a su jefe, que se humedeció el dedo en el cuenco de agua y contó las setecientas cuarenta y dos rupias. Chenayya miró el cuenco; observó que tenía los bordes festoneados como si fueran pétalos de loto y que el artesano incluso había trazado en el fondo las rayas de un enrejado.

El señor Pai chasqueó los dedos. Había rodeado el fajo con una goma y ahora le tendía a Chenayya la palma abierta.

—Faltan dos rupias.

Chenayya deshizo otra vez el nudo de su *sarong* y le dio dos billetes de una rupia.

Era la suma que se suponía que había de entregarle al señor Pai al concluir cada entrega; una rupia por la cena que le darían hacia las nueve y otra por el privilegio de haber sido elegido para trabajar con el señor Ganesh Pai.

Afuera, el ayudante tamil estaba dándole instrucciones a otro conductor de ciclo-carro, un joven fornido que se había incorporado hacía poco. Estaba a punto de echar a pedalear, cargado con dos cajas de cartón, y el chico tamil, dando golpecitos a las cajas, le decía:

—Va una batidora en una y un ventilador de cuatro aspas en la otra. Encárgate de dejarlos enchufados antes de volver.

Le dio la dirección adonde debía llevarlas y luego se la hizo repetir al culi, como un maestro con un discípulo algo torpe.

Todavía pasaría un rato antes de que cantaran el número de Chenayya otra vez, así que caminó calle abajo hasta donde se hallaba un hombre frente a un escritorio en medio de la acera. Tenía fajos de tiques rectangulares de unos colores tan llamativos que parecían golosinas. Miró a Chenayya con una sonrisa y empezó a pasar los dedos por uno de los fajos.

—¿Amarillo?

—Primero dime si mi número salió la última vez —dijo Chenayya, sacando un trozo pringoso de papel del nudo de su *sarong*.

El vendedor tomó un periódico y miró al pie de la página, en la esquina derecha.

—«Números ganadores de la lotería —leyó—: 17, 8, 9, 9, 64, 455».

Chenayya había aprendido lo suficiente de los numerales ingleses para reconocer su propio número; miró durante bastante rato con los ojos entornados y luego soltó el tique, que cayó al suelo zigzagueando.

—La gente compra lotería durante quince o dieciséis años antes de ganar, Chenayya —dijo el hombre a modo de consuelo—. Pero los que creen realmente al final siempre ganan. Así es como funciona el mundo.

Chenayya no soportaba que el vendedor pretendiera consolarlo de aquel modo; era entonces justamente cuando sentía que la gente que imprimía los tiques estaba timándolo.

—No puedo seguir así toda la vida —dijo—. Me duele el cuello. No puedo seguir así.

El vendedor asintió.

—¿Otro amarillo?

Tras meterse el tique en su *sarong*, Chenayya regresó tambaleante. Se derrumbó en su carrito y se quedó tendido un rato, aunque esa manera de descansar, más que refrescarlo, lo dejaba entumecido.

Luego sintió unos golpecitos en la cabeza.

—Tu número, Chenayya.

Era el chico tamil.

Tenía que hacer una entrega en Suryanarayan Rao Lane, 54. Lo repitió en voz alta: «Suryanarayan...».

—Muy bien.

El itinerario le obligaba a subir otra vez por la colina del Faro. A mitad de la cuesta, se apeó y empezó a empujar su ciclo-carro. Los tendones del cuello se le marcaban bajo la piel como cinchas en tensión. Al inspirar, el aire le quemaba en los pulmones. «No puedes más», le decían sus miembros cansados, su pecho abrasado. «No puedes más». Pero, al mismo tiempo, era entonces cuando su resistencia frente al destino crecía como nunca en su interior; y mientras seguía empujando, el desasosiego y la rabia que se habían ido acumulando en él durante todo el día terminaban por formularse: «¡No acabaréis conmigo, hijos de puta! ¡Nunca acabaréis conmigo!».

Si el objeto que debía entregar era ligero, como un colchón, no se le permitía usar el ciclo-carro; tenía que cargárselo en la cabeza. Tras repetirle la dirección al tamil, echaba a andar a paso lento pero ligero, como un gordo al trote. En poco tiempo, el peso del colchón se volvía insoportable; le comprimía el cuello y la columna y le transmitía una corriente de dolor hasta las caderas. Casi entraba en trance.

Aquella mañana había llevado un colchón a la estación de ferrocarril. Resultó ser para una familia del norte de la India que se iba de Kittur; el hombre, tal como había adivinado de antemano (por su actitud y sus modales puedes deducir cuáles de esos ricachones tienen sentido de la decencia y cuáles no), se negó a darle propina.

Chenayya se mantuvo firme.

—¡Hijo de puta! ¡Dame mi dinero!

Triunfó en toda regla. El hombre se ablandó y le dio tres rupias. Mientras se dirigía a la salida, pensó: «Estoy eufórico, pero el tipo no ha hecho más que pagarme lo que me correspondía. A esto se ha acabado reduciendo mi vida».

Los olores y ruidos de la estación le estaban revolviendo el estómago. Se giró, se agazapó junto a las vías y, alzándose el *sarong*, contuvo el aliento. Mientras permanecía allí en cuclillas, pasó rugiendo el tren. Se dio la vuelta; quería cagarse ante las narices de los pasajeros. Sí, eso estaría bien; mientras el tren seguía atronando a su lado, soltó con esfuerzo los zurullos en la misma cara de los que miraban por la ventanilla.

Muy cerca, vio a un cerdo haciendo lo mismo.

«Dios, ¿en qué me estoy convirtiendo?», pensó en el acto. Se fue a un rincón, se agachó tras un arbusto y defecó allí. «Nunca volveré a defecar así —se dijo—, en un sitio donde puedan verme. Un hombre y un animal no son lo mismo. No son lo mismo».

Cerró los ojos.

Le llegó un aroma a albahaca y le pareció la prueba de que había cosas buenas en el mundo. Pero al abrir los ojos, lo único que vio alrededor fueron espinas, mierda y animales callejeros.

Alzó la vista y respiró hondo. «El cielo está limpio», pensó. La pureza existe ahí arriba. Arrancó unas hojas, se limpió y luego restregó la mano derecha por la tierra para mitigar el olor.

A las dos en punto le tocó su siguiente «número»: la entrega de un gigantesco montón de cajas en el barrio de Valencia. El chico tamil se aseguró bien de que había retenido con exactitud la dirección: detrás del hospital, junto al seminario donde vivían los sacerdotes jesuitas.

—Hoy hay mucho trabajo, Chenayya —le dijo—. O sea, que toma el camino más rápido..., por la colina del Faro.

Chenayya soltó un gruñido, se levantó del sillín, desplazó todo su peso sobre los pedales y se puso en marcha. La cadena de hierro oxidado que unía el carrito a las ruedas de la bicicleta se puso a gemir mientras avanzaba.

En la avenida principal, se encontró atrapado en un atasco. Se detuvo y volvió a tomar conciencia de su cuerpo. Le dolía el cuello y el sol le quemaba en la espalda. Una vez consciente del dolor, empezó a pensar.

«¿Por qué algunas mañanas son tan difíciles y otras tan sencillas?». Los demás conductores nunca tenían días «buenos» o «malos»; se limitaban a hacer su trabajo maquinalmente. Sólo él tenía arranques de mal humor. Miró al suelo, para aliviar la tensión de cuello, y examinó la cadena corroída, arrollada en torno a la barra que unía la bicicleta al carro. «Ya toca engrasarla. Que no se me olvide», se dijo.

Colina arriba otra vez. Echado hacia delante, Chenayya tiraba con todas sus fuerzas; el aire le entraba en los pulmones como un atizador ardiendo. En mitad de la cuesta, vio un elefante que bajaba hacia él con un haz de hojas no muy abultado en el lomo; un *mahout* lo azuzaba en la oreja con un bastón.

Se detuvo en seco. Aquello era increíble.

—Eh, tú —le gritó al elefante—, ¿qué haces con esas hojas? ¡Llévame mi carga! ¡Ésta sí es de tu tamaño, hijo de puta!

Los coches empezaron a dar bocinazos detrás. El *mahout* se puso a gesticular y a blandir su bastón con aire amenazador. Un peatón le gritó que no obstruyera el tráfico.

—¿Es que no ves que algo va mal en este mundo? —dijo Chenayya, interpelando al conductor de detrás, que no paraba de tocar el claxon—. ¿No ves que algo anda mal cuando un elefante se pasea cuesta abajo sin ninguna carga y, en cambio, un ser humano ha de arrastrar un carro tan pesado como éste?

Seguían dando bocinazos; el alboroto iba en aumento.

—¿No veis que algo anda mal? —clamó.

Ellos respondieron con sus bocinas. El mundo se enfurecía ante su furia. Quería que se quitara de en medio; pero él disfrutaba estando precisamente donde estaba, es decir, bloqueándole el paso a toda aquella gente rica e importante.

Al atardecer, el cielo se llenó de largas vetas rosadas. Una vez cerrada la tienda, los culis se fueron al callejón de detrás; compraban por turnos botellas de licor casero y se las pasaban de mano en mano, hasta que todo les daba vueltas y empezaban a canturrear canciones de películas en canarés.

Chenayya nunca se unía a ellos.

—¡Estáis malgastando vuestro dinero, idiotas! —gritaba a veces, pero ellos replicaban con mofas y burlas.

No pensaba beber; se había prometido a sí mismo que no despilfarraría en alcohol el dinero ganado con el sudor de su frente. Aun así, notaba en el aire el olor de la bebida y la boca se le hacía agua. El buen humor y la jovialidad de los demás conductores hacían que se sintiera más solo. Cerró los ojos un rato. Un tintineo le impulsó a abrirlos de nuevo.

Muy cerca de allí, en las escaleras de una casa abandonada, se había apostado como de costumbre una gruesa prostituta para hacer su trabajo. Daba palmadas y procuraba atraer la atención entrechocando dos monedas. Se acercó un cliente y empezaron a discutir el precio. Al final, no se pusieron de acuerdo y el hombre se alejó soltando juramentos.

Chenayya, tumbado en el carro con los pies colgando fuera, había observado el incidente con una sonrisa sombría.

—¡Eh, Kamala! —le gritó a la prostituta—. ¿Por qué no me das una oportunidad

esta noche?

Ella volvió la cara hacia otro lado y siguió entrechocando las monedas. Chenayya contempló sus pechos abultados, la ranura del escote que se transparentaba a través de su blusa, sus labios pintados de modo estridente.

Elevó los ojos al cielo: tenía que dejar de pensar en el sexo. Vetas rosadas entre las nubes. «¿No habrá un dios, o alguien allá arriba, que observe lo que pasa en la Tierra?», se preguntó. Una tarde, había ido a la estación a entregar un paquete y había oído a un derviche musulmán lleno de fervor que peroraba en un rincón sobre el Mahdi, el último de los imanes, que habría de venir a la Tierra para darle a cada cual lo que le corresponde. «Alá es el Creador de todos los hombres —farfullaba el derviche—. Tanto de los ricos como de los pobres. Y observa nuestro dolor. Y cuando nosotros sufrimos, Él sufre con nosotros. Y, al final de los días, enviará al Mahdi en un caballo blanco, con una espada de fuego, para poner en su sitio a los ricos y corregir todo lo que anda mal en el mundo».

Unos días más tarde, cuando Chenayya entró en una mezquita, descubrió que los musulmanes apestaban y no se quedó mucho rato. Pero no se había olvidado del Mahdi, y cada vez que veía el cielo veteado de rosa creía detectar a un dios justo que vigilaba la Tierra y enrojecía de cólera.

Cerró los ojos y escuchó otra vez el tintineo de las monedas. Se dio la vuelta, inquieto; se cubrió la cara con un andrajo para que el sol no le diera de lleno y se puso a dormir. Media hora más tarde lo despertó un agudo dolor en las costillas. La Policía iba pinchando con sus bastones a los conductores para que se quitaran de en medio y dejaran pasar a un camión que había de entrar por aquella parte del mercado.

—¡Todos vosotros! ¡Levantaos y moved vuestros ciclo-carros!

El combate de cometas se desarrollaba entre dos casas vecinas. Los dueños de las cometas no estaban a la vista; lo único que Chenayya veía, mientras se frotaba los dientes con una ramita de nim, eran las cometas negra y roja compitiendo en el cielo. Como de costumbre, el chico de la cometa negra iba ganando; la suya era la que volaba más alto. A Chenayya le intrigaba el pobre chico de la cometa roja: ¿por qué no podía ganar nunca?

Escupió y dio unos pasos para orinar contra el muro.

Oyó burlas a su espalda; los demás conductores orinaban en el mismo sitio donde habían dormido.

No les contestó. Nunca hablaba con sus colegas. No podía ni verlos; no soportaba cómo se inclinaban y humillaban ante el señor Ganesh Pai. Sí, él quizás hacía lo mismo, pero estaba furioso, estaba lleno de rabia por dentro. Aquellos otros tipos, en cambio, ni siquiera parecían capaces de pensar mal de su jefe; y él no podía respetar a un hombre que no albergara en sí una semilla de rebelión.

Cuando el chico tamil les llevó el té, se reunió a regañadientes con los demás; los oyó hablar otra vez, como hacían prácticamente todas las mañanas, de los *autorickshaws* que iban a comprarse cuando salieran de allí, o de los pequeños salones de té que pensaban abrir.

«Pensadlo bien —deseaba decirles—. Pensadlo bien».

El señor Ganesh Pai les daba solamente dos rupias por viaje; es decir, a un promedio de tres viajes diarios, se sacaban seis rupias; si descontabas los billetes de lotería y el licor, ya tenías mucha suerte si ahorrabas dos rupias; los domingos los tenían libres, así como todas las festividades hindúes; o sea que, a final de mes, habían ahorrado sólo cuarenta o cuarenta y cinco rupias. Un viaje al pueblo, una noche con una puta, una borrachera más larga de la cuenta, y todos tus ahorros del mes se esfumaban. Aun suponiendo que guardaras todo lo posible, tendrías suerte si ganabas cuatrocientas al año. Un *autorickshaw* costaba doce o catorce mil. Un pequeño salón de té, cuatro veces más, lo cual significaba treinta o treinta y cinco años haciendo aquel trabajo antes de poder dedicarse a otra cosa. Pero ¿acaso creían que sus cuerpos aguantarían tanto? ¿Conocían a un solo conductor de ciclo-carro que pasara de los cuarenta?

«¿No pensáis nunca en estas cosas, macacos?».

Y sin embargo, cuando una vez trató de hacérselo comprender, se negaron a exigir más dinero todos juntos. Se creían con suerte; había miles dispuestos a ocupar sus puestos en el acto. Y él sabía que era cierto.

Pese a ello, pese a que sus temores estaban justificados, su absoluta sumisión le irritaba. Por eso, pensaba Chenayya, el señor Ganesh Pai dejaba confiadamente que un cliente le entregara mil rupias en metálico a un conductor de ciclo-carro: sabía que llegaría a sus manos hasta la última rupia sin que el conductor se atreviera a tocar una sola moneda.

Naturalmente, él tenía planeado desde hacía mucho robar un día el dinero que le entregase un cliente. Se quedaría el dinero y abandonaría la ciudad. Estaba decidido a hacerlo. Pronto.

Esa tarde, todos se apiñaron alrededor de un hombre vestido con un traje de safari azul: un hombre importante y educado que les hacía preguntas con un cuaderno de notas en la mano. Venía de Madrás, según había dicho.

Les había preguntado su edad a los conductores. Ninguno lo sabía muy bien. Cuando les decía: «¿No lo sabes aproximadamente?», ellos se limitaban a asentir. Cuando les decía: «¿Tienes dieciocho, veinte, treinta? Al menos, tendrás una idea», se limitaban a asentir otra vez.

—Tengo veintinueve —le gritó Chenayya desde su carrito.

El hombre asintió e hizo una anotación en su cuaderno.

—Dígame, ¿quién es usted? —le preguntó Chenayya—. ¿Por qué nos hace todas

estas preguntas?

El tipo dijo que era periodista y los conductores se quedaron impresionados; trabajaba en un periódico inglés de Madrás, añadió, y todavía se sintieron más impresionados.

Les asombraba que un hombre vestido con elegancia les dirigiera la palabra educadamente y le pidieron que se sentara en un catre que uno de ellos sacudió primero con la mano. El hombre de Madrás se alzó los pantalones y se sentó.

Entonces se interesó por lo que estaban comiendo. Hizo una lista en su cuaderno de lo que comían cada día. Se quedó callado y empezó a garabatear un buen rato con su bolígrafo ante las miradas expectantes de todos.

Finalmente, dejó su cuaderno y, con una sonrisa casi triunfal, declaró:

—El trabajo que hacéis excede con creces la cantidad de calorías que consumís. Con cada día de trabajo, con cada viaje que hacéis, os estáis matando poco a poco.

Les mostró el cuaderno, lleno de garabatos, de flechas y cifras, como para probar su afirmación.

—¿Por qué no hacéis otra cosa, como trabajar en una fábrica o algo así? ¿Por qué no aprendéis a leer y escribir?

Chenayya se levantó de su carro de un salto.

—¡No se nos ponga paternalista, hijo de perra! —gritó—. Los que nacen pobres en este país están condenados a morir pobres. No hay esperanza para nosotros, pero no necesitamos compasión. Desde luego no la de usted, que no ha movido nunca un dedo para ayudarnos. Yo me cago en usted y en su periódico. Las cosas no cambian. Nunca cambiarán. Míreme. —Le mostró las palmas abiertas—. Tengo veintinueve años y ya estoy así de doblado. Si llego a los cuarenta, ¿cómo estaré? Como un palo oscuro y retorcido. ¿Cree que no lo sé? ¿Cree que necesito su cuaderno y su inglés para enterarme? Ustedes nos mantienen así, ¡sí, ustedes, los de las ciudades, ricachones hijos de puta! ¡Les conviene tratarnos como ganado! ¡Cabrón! ¡Cabronazo de lengua inglesa!

El hombre se guardó el cuaderno. Miró al suelo, como si estuviese buscando una respuesta.

Chenayya notó unos golpecitos en el hombro. Era el tamil de la tienda del señor Ganesh Pai.

—¡Déjate de hablar tanto! ¡Ya ha salido tu número!

Algunos de los conductores empezaron a soltar risitas, como diciendo: «Te está bien empleado».

«¡Ahí tienes!». Le lanzó una mirada furibunda al periodista de Madrás. Como si le dijera: «Ni siquiera tenemos el privilegio de hablar. Si alzamos la voz, nos mandan callar».

Curiosamente, el hombre de Madrás no sonreía; había vuelto el rostro, como si

estuviera avergonzado.

Mientras subía ese día por la colina del Faro, mientras arrastraba el carro hacia la cima, no sentía su exaltación habitual. «No estoy avanzando», pensó. Cada vuelta de la rueda lo deshacía. Con cada pedalada, hacía girar la rueda de la vida hacia atrás, machacándose los músculos y las fibras, que se convertían de nuevo en la pulpa a partir de la cual se habían formado en el vientre de su madre. Se estaba deshaciendo a sí mismo.

De repente, en medio de todo el tráfico, se detuvo y se bajó de su ciclo-carro, poseído por un pensamiento claro y simple: «No puedo seguir así».

«¿Por qué no haces algo, trabajar en una fábrica o algo así, para progresar y mejorar tu suerte? Al fin y al cabo, te has pasado años entregando cosas en la puerta de las fábricas. Sólo se trata de meterse dentro».

Al día siguiente, fue a una fábrica. Vio a miles de hombres que se presentaban a trabajar y pensó: «¡Qué estúpido he sido! ¡Ni siquiera he intentado conseguir trabajo aquí!».

Se sentó en la entrada, pero los guardias no le dijeron nada, creyendo que estaba esperando para recoger un paquete.

Aguardó hasta mediodía; entonces salió un hombre. Por la cantidad de gente que lo seguía, Chenayya dedujo que debía de ser el mandamás. Corrió hacia él, anticipándose al guardia, y cayó a sus pies de rodillas:

—¡Señor! Quiero trabajar.

El hombre se lo quedó mirando. Los guardias se apresuraron a agarrarlo para sacarlo a rastras, pero el mandamás dijo:

—Tengo dos mil trabajadores y ni uno solo de ellos quiere trabajar. Y este hombre, en cambio, me suplica de rodillas que le dé trabajo. Ésa es la actitud que nos hace falta para hacer progresar a este país.

Señaló a Chenayya.

—No tendrás un contrato a largo plazo. ¿Entiendes? Será día a día.

—Cualquier cosa, lo que usted quiera.

—¿Qué trabajo sabes hacer?

—Cualquier cosa, lo que usted quiera.

—De acuerdo. Vuelve mañana. No necesitamos a un culi ahora mismo.

—Sí, señor.

El mandamás sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno.

—Escuchad lo que dice este hombre —dijo, cuando lo rodearon sus acompañantes, que también estaban fumando.

Chenayya repitió que haría cualquier cosa, bajo las condiciones y con el salario que fuera.

—¡Dilo otra vez! —le ordenó el mandamás, y otro grupo de hombres se acercaron y lo escucharon.

Esa noche, volvió a la tienda del señor Ganesh Pai y les gritó a los demás:

—He encontrado un trabajo de verdad, hijos de puta. Me largo de aquí.

Sólo el chico tamil le advirtió que fuese con cautela.

—Chenayya, ¿por qué no esperas un día y te aseguras de que el otro empleo vale la pena? Entonces puedes dejar éste.

—Ni hablar. ¡Lo dejo ahora mismo! —gritó, y se alejó de allí.

Al día siguiente, al alba, se presentó otra vez en la entrada de la fábrica.

—Quiero ver al jefe —dijo, sacudiendo los barrotes de la verja—. ¡Me dijo que viniera hoy!

El guardia, que estaba leyendo el periódico, levantó la vista con irritación.

—¡Largo!

—¿No te acuerdas de mí? Vine...

—¡Largo!

Esperó cerca de la entrada. Una hora más tarde, abrieron la verja y salió un coche con cristales tintados. Corriendo a su lado, Chenayya golpeó los cristales.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Señor!

Una docena de manos lo agarraron por detrás, lo derribaron a empujones y le dieron de patadas.

Cuando regresó por la tarde a la tienda del señor Pai, el chico tamil estaba esperándolo.

—No le he dicho al jefe que lo habías dejado —le dijo.

Los demás conductores no se burlaron de Chenayya esa noche. Uno de ellos le dejó una botella de licor todavía medio llena.

La lluvia caía sin pausa. Pedaleaba bajo el aguacero y bajaba por la avenida, salpicando a ambos lados. Llevaba encima una larga sábana de plástico blanco, como una mortaja, y un trapo negro atado alrededor de la cabeza, que le daba todo el aspecto de un árabe con capa y caftán.

Ésa era la época más peligrosa para los culis. Allí donde se había abierto algún bache en la calzada, debía reducir la velocidad para no volcar con su ciclo-carro.

Mientras aguardaba en un cruce, vio a su izquierda a un crío gordito en el asiento de un *autorickshaw*. La lluvia le daba ganas de hacer tonterías; le sacó la lengua al niño, éste lo imitó y el juego se prolongó un rato, hasta que el conductor del *autorickshaw* reprendió al crío y le lanzó a él una mirada feroz.

El dolor en el cuello volvía a atormentarle. «No puedo seguir así», pensó.

Desde el otro lado de la calle, se le acercó otro de sus colegas, un chico joven, y situó su ciclo-carro a su altura.

—He de entregar esto y volver deprisa —le explicó—. El jefe me ha dicho que necesita que vuelva antes de una hora. —Sonrió satisfecho, y Chenayya sintió ganas de borrarle aquella sonrisa de un puñetazo.

«¡Dios, qué lleno de bobos está el mundo! —pensó, y contó hasta diez para serenarse—. ¡Qué contento parece este tipo mientras se destruye trabajando a destajo!». Deseaba gritarle: «¡Macaco! ¡Tú y todos los demás! ¡Macacos!».

Bajó la cabeza y, de pronto, le pareció que le costaba muchísimo arrastrar el carro.

—¡Tienes un neumático desinflado! —gritó el macaco—. ¡Tendrás que parar! —Sonrió y se alejó pedaleando.

«¿Parar? —pensó Chenayya—. No, eso es lo que haría un macaco, no yo». Bajó la cabeza y pedaleó, obligando al neumático desinflado a moverse.

«¡Muévete!».

Y lenta y ruidosamente, con un chirrido de la cadena desengrasada y un traqueteo de sus viejas ruedas, el carro se movió.

«Ahora está lloviendo —pensó Chenayya esa noche, tendido en su carrito y cubierto con la sábana de plástico para no mojarse—. Eso significa que ha pasado medio año. Debe de ser junio o julio. Ya casi debo de tener los treinta».

Apartó la sábana y alzó un poco el cuello para aliviar el dolor. No podía creer lo que veía: ¡incluso bajo aquella lluvia, algún hijo de puta estaba haciendo volar una cometa! Era el chico de la cometa negra. Como mofándose de los cielos y desafiando a los relámpagos que podían caerle encima. Chenayya siguió observando y se olvidó de su dolor.

Por la mañana, aparecieron dos hombres de uniforme caqui: conductores de *autorickshaw*. Habían venido a lavarse las manos en el grifo que había al fondo del callejón. Los conductores de ciclo-carro se apartaron instintivamente para dejarles paso. Mientras se lavaban, Chenayya los oyó hablar de otro conductor de *autorickshaw* que la Policía había metido en la cárcel por pegarle a un cliente.

—¿Por qué no? —dijo uno de ellos—. ¡Tenía todo el derecho del mundo a pegarle! ¡Ojalá hubiera ido más lejos y hubiera matado a ese hijo de puta antes de que llegara la Policía!

Después de cepillarse los dientes, Chenayya se acercó al puesto de lotería. Había un chico desconocido sentado ante el escritorio, balanceando las piernas alegremente.

—¿Qué ha pasado con el viejo?

—Se ha ido.

—¿Adónde?

—Se ha metido en política.

El chico le explicó que el viejo vendedor se había unido a la campaña de un

candidato del Partido Popular Indio para las elecciones municipales. Al parecer, su candidato tenía muchas posibilidades de ganar. Él se apostaría entonces en la veranda de la oficina y, si pretendías que te recibiera el ganador, tendrías que pagarle primero cincuenta rupias.

—Así es como viven los políticos. Es la manera más rápida de hacerse rico —dijo el chico. Pasó los dedos por su taco de billetes de colores—. ¿Qué quieres, hermano? ¿Azul? ¿Verde?

Chenayya se dio media vuelta sin comprarle ninguno.

«¿Por qué —se preguntó por la noche— no puedo ser yo el tipo que se mete en política para hacerse rico?». No quería olvidar lo que había oído, así que se pellizcó con fuerza el tobillo.

Era domingo otra vez. Su día libre. Chenayya despertó cuando empezaba a hacer demasiado calor y se cepilló los dientes perezosamente, levantando la vista para ver si había cometas volando en el cielo. Los demás conductores iban a ver un nuevo templo hoyka que el miembro del Parlamento había abierto exclusivamente para los hoykas, con sus propios dioses hoykas y sus sacerdotes hoykas.

—¿No vienes, Chenayya? —le gritaron los demás.

—¿Y qué han hecho los dioses por mí? —replicó a gritos.

Ellos se rieron de su osadía.

«Macacos —pensó, mientras se tumbaba otra vez en su carrito—. Mira que ir a rezarle a la estatua de un templo, creyendo que habrá de hacerlos ricos...».

«¡Macacos!».

Se cubrió la cara con el brazo; entonces oyó un tintineo.

—¡Acércate, Kamala! —le gritó a la prostituta, que estaba en su rincón de siempre, jugueteando con las monedas.

Cuando se mofó por sexta vez, ella le espetó:

—Desaparece o llamo al Hermano.

Ante esa alusión al capo que controlaba los burdeles de la zona, Chenayya dio un suspiro y se dio la vuelta en el carro.

«Quizá ya sea hora de casarme», pensó.

Había perdido el contacto con sus parientes; y además, en realidad, él no quería casarse. Traer hijos al mundo, ¿con qué futuro? Era el error más propio de macacos que cometían los demás culis: procrear. Como si estuvieran satisfechos con su destino, como si les gustara la idea de repoblar el mundo que les había adjudicado aquella tarea.

No había más que rabia en su interior y pensaba que la perdería si se casaba.

Mientras se daba la vuelta en el carrito, notó el verdugón que tenía en el pie. Frunció el ceño, tratando de recordar cómo se lo había hecho.

A la mañana siguiente, al volver de una entrega, dio un rodeo y pedaleó hasta las oficinas del Partido del Congreso en Umbrella Street. Se acuclilló en la veranda y aguardó a que saliera alguien con aspecto importante.

Afuera, había un cartel de Indira Gandhi alzando el puño con el siguiente eslogan: «La Madre Indira protegerá a los pobres». Sonrió con sorna.

¿Estaban completamente locos? ¿De verdad pensaban que alguien se creería que un político iba a proteger a los pobres?

Pero luego pensó que tal vez esa mujer, Indira Gandhi, había sido especial, que tal vez tenían razón. Al final, la habían matado a tiros, ¿no? Aquello, a su modo de ver, parecía demostrar que había intentado ayudar a la gente. De repente, le pareció que en el mundo sí había hombres y mujeres de buen corazón y que él, con toda su amargura, se había aislado de ellos. Se arrepentía de haber sido tan grosero con el periodista de Madrás...

Salió un hombre vestido con ropas blancas holgadas, seguido de dos o tres parásitos. Chenayya corrió a su encuentro y se arrodilló ante él con las palmas juntas.

Durante toda la semana siguiente, cada vez que su número no había de salir durante un rato, se daba una vuelta con su ciclo-carro y pegaba carteles de los candidatos del Congreso por las calles musulmanas, gritando: «¡Vota al Partido del Congreso, el partido de los musulmanes! ¡Derrota al Partido Popular!».

Terminó la semana. Se celebraron las elecciones y se publicaron los resultados. Chenayya fue hasta las oficinas del Partido del Congreso, aparcó su ciclo-carro y le dijo al portero que quería ver al candidato.

—Ahora es un hombre muy ocupado; espera un momento —dijo el portero, poniéndole una mano en la espalda—. Tú has contribuido a que nos fueran bien las cosas en el Bunder, Chenayya. El Partido Popular nos ha derrotado en los demás distritos, pero allí has conseguido que los musulmanes nos votaran.

Chenayya sonrió satisfecho. Esperó fuera de las oficinas, mirando los coches que llegaban cargados de hombres ricos e importantes, que se apresuraban a visitar al candidato. Al verlos, pensó: «Me apostaré aquí para recoger el dinero de los ricos. No mucho. Sólo cinco rupias a cada persona que venga a ver al candidato. Con eso bastará».

Tenía palpitaciones de pura excitación. Pasó una hora.

Decidió entrar en la sala de espera para asegurarse de que también él veía al Gran Hombre cuando saliera por fin. Había bancos y taburetes en la sala, y una docena de hombres esperando. Chenayya vio una silla vacía y se preguntó si debía sentarse. ¿Por qué no? ¿No había contribuido él a la victoria? Estaba a punto de tomar asiento cuando el portero le dijo:

—En el suelo, Chenayya.

Pasó una hora más. Habían hecho pasar a todo el mundo para ver al Gran

Hombre, pero él seguía allí, en cuclillas, con la cara apoyada en las palmas de las manos.

Finalmente, se le acercó el portero con una caja llena de caramelos de color amarillo:

—Coge uno.

Chenayya tomó el caramelo y casi se lo metió en la boca, pero se lo sacó en el último momento.

—No quiero un caramelo. —Levantó la voz—. ¡He colgado carteles en toda la ciudad! ¡Ahora quiero ver al Gran Hombre! ¡Quiero que me den un puesto...!

El portero le dio una bofetada.

«Yo soy el peor idiota de todos», pensó luego, ya de vuelta en el callejón. Los demás conductores estaban tirados en sus carritos, roncando ruidosamente. Bien entrada la noche, él era el único que no podía dormir: «Soy el más idiota de todos; el mayor macaco que hay aquí».

A la mañana siguiente, de camino a su primera entrega, se encontró metido en otro atasco delante de Umbrella Street: el mayor atasco que había visto en su vida.

Avanzó lentamente, escupiendo en la calzada cada pocos minutos para distraer la espera y pasar el rato.

Cuando llegó por fin a su destino, descubrió que la entrega era para un extranjero. El hombre se empeñó en ayudarlo a descargar los muebles, cosa que dejó a Chenayya totalmente desconcertado, y además le hablaba todo el tiempo en inglés, creyendo quizá que cualquiera en Kittur conocía el idioma.

Al final, le tendió a Chenayya la mano, se la estrechó y le dio un billete de cincuenta rupias.

Le entró pánico. ¿Dónde iba a encontrar cambio? Intentó explicarse, pero el europeo se limitó a sonreír y cerró la puerta.

Entonces comprendió. Se inclinó y le hizo una profunda reverencia a la puerta cerrada.

• • •

Cuando volvió al callejón con dos botellas de licor, los demás lo miraron asombrados.

—¿De dónde has sacado el dinero, Chenayya?

—No es asunto vuestro.

Vació una botella; luego se bebió la segunda. Todavía se fue a la licorería a comprar otra botella. Cuando despertó a la mañana siguiente, se dio cuenta de que se

había gastado todo su dinero en bebida.

Todo.

Se tapó la cara con las manos y empezó a llorar.

Después de una entrega en la estación de trenes, se acercó al grifo para echar un trago de agua y oyó a varios conductores de *autorickshaw* hablando también del compañero que había golpeado a su cliente.

—Un hombre tiene derecho a reaccionar —dijo uno de ellos—. La situación de los pobres se está volviendo insoportable aquí.

Pero ellos no eran pobres, pensó Chenayya, mientras se refrescaba los brazos; ellos vivían en casas y eran dueños de sus vehículos. «Has de llegar a cierto nivel de riqueza antes de poder empezar a quejarte de tu pobreza —pensó—. Cuando eres tan pobre, ni siquiera tienes derecho a quejarte».

—¡Mira: en eso quieren convertirnos los ricos de esta ciudad! —dijo el tipo, y Chenayya advirtió que lo señalaba a él—. ¡Quieren estafarnos y quitárnoslo todo hasta que nos volvamos así!

Salió pedaleando de la estación, pero no dejaba de oír aquellas palabras. No conseguía silenciar su propia mente. Como un grifo mal cerrado, seguía goteando. Tic, tic, tic. Pasó junto a una estatua de Gandhi y empezó a pensar otra vez. Gandhi iba vestido como un pobre, como el propio Chenayya. Pero ¿qué había hecho por los pobres?

Más aún, se preguntó si Gandhi había existido. Todas aquellas cosas: la India, el río Ganges, el mundo más allá de la India, ¿eran reales siquiera?

¿Cómo llegaría a saberlo nunca?

Sólo había otro grupo por debajo del suyo: el de los mendigos. Un paso en falso y se hundiría entre ellos, pensó. Bastaría un accidente para acabar convertido en mendigo. ¿Qué hacían los demás para soportarlo? No hacían nada. Preferían no pensarlo.

Al pararse en un cruce aquella noche, un viejo mendigo extendió sus manos hacia él.

Chenayya miró para otro lado y pedaleó calle abajo hacia la tienda del señor Ganesh Pai.

Al día siguiente, subía otra vez por la colina con cuatro enormes cajas de cartón apiladas en su carrito, y pensaba: «Porque les dejamos. Porque no nos atrevemos a fugarnos con ese fajo de cincuenta mil rupias: porque sabemos que otros —tan pobres como nosotros— nos atraparán y nos llevarán a rastras ante los ricos. Los pobres nos hemos construido nosotros mismos una prisión a nuestro alrededor».

Al atardecer, se tumbó, exhausto. Los demás habían encendido una hoguera. Alguien vendría y le daría un poco de arroz. Él era el que trabajaba más duro y el jefe

había ordenado que lo alimentaran regularmente.

Vio a dos perros follando. No había pasión en lo que hacían: era sólo un alivio. «Es lo único que quisiera hacer ahora mismo —pensó—. Follar. Pero en vez de follar, tengo que quedarme aquí tirado, pensando».

La gruesa prostituta estaba sentada fuera.

—Déjame subir —le dijo.

Ella meneó la cabeza sin mirarlo.

—Sólo una vez. Te pagaré el próximo día.

—Lárgate o llamaré al Hermano —dijo, refiriéndose al mafioso que controlaba el burdel y que se quedaba parte de lo que ganaban las mujeres cada noche.

Chenayya se dio por vencido; se compró una botellita de licor y empezó a beber.

«¿Por qué pensaré tanto? Estos pensamientos son como espinas que quisiera sacarme de la cabeza. Incluso cuando bebo siguen ahí. Me despierto por la noche con la garganta abrasada y todavía me encuentro todos esos pensamientos».

Se quedó tumbado en su carro. Estaba convencido de que incluso en sueños los ricos habían seguido acosándolo, porque se despertó furioso y cubierto de sudor. Entonces oyó jadeos muy cerca. Miró alrededor y vio que otro conductor se estaba follando a la prostituta. Justo a su lado. «¿Por qué yo no?», se preguntó. Sabía que el otro no tenía dinero, o sea, que ella lo hacía por compasión. ¿Por qué yo no?

Cada suspiro, cada gemido de aquella pareja copulando era como un castigo, y Chenayya ya no pudo soportarlo más.

Se bajó del carro, dio una vuelta hasta encontrar un montón de estiércol de vaca y, tras recoger un puñado, se lo arrojó a los amantes. Se oyó un grito; corrió hacia ellos y le embadurnó la cara de mierda a la prostituta. Incluso le metió los dedos emporcados en la boca y los mantuvo allí dentro, a pesar de que ella se los mordía. Cuanto más fuerte le clavaba los dientes, más disfrutaba. No sacó los dedos hasta que los demás conductores se echaron sobre él y lo sacaron a rastras.

Un día le dieron un encargo que lo llevó hasta Bajpe, en las afueras de la ciudad. Tenía que entregar el marco de una puerta en una obra.

—Aquí había un gran bosque —le dijo uno de los albañiles—. Pero ahora ya sólo queda eso. —Señaló a lo lejos un trecho verde.

Chenayya miró al hombre y le preguntó:

—¿Hay trabajo aquí para mí?

En el camino de vuelta, dio un rodeo y se dirigió a aquel pedazo de terreno verde. Cuando llegó, dejó el ciclo-carro y empezó a pasear. Vio un peñasco, trepó hasta arriba y contempló los árboles a sus pies. Tenía hambre, porque no había comido en todo el día, pero se sentía bien. Sí, podría vivir allí perfectamente. Con un poco de comida le bastaría. ¿Qué más podía desear? Sus músculos doloridos podrían

descansar. Apoyó la cabeza en la roca, miró hacia el cielo.

Pensó en su madre. Luego recordó con qué emoción había llegado a Kittur desde su pueblo cuando tenía diecisiete años. Una prima suya lo había paseado el primer día y le había mostrado los sitios más importantes, y él recordaba la blancura de su piel, que tenía mucho más encanto que las vistas de la ciudad. No había vuelto a verla nunca más. Recordó lo que vino luego: cómo se había ido contrayendo la vida, haciéndose más y más pequeña a medida que pasaban los días. Ahora lo comprendió de golpe: el primer día en una ciudad estaba destinado a ser el mejor. En cuanto pisabas sus calles, ya habías sido expulsado del paraíso.

«Podría convertirme en un *sannyasa* —pensó—. Comer sólo arbustos y hierbas, levantarme y acostarme con el sol». Se alzó un poco de viento; las hojas de los árboles susurraban como si estuvieran riéndose de él.

Ya era de noche cuando regresó. Para llegar antes a la tienda, tomó la ruta que bajaba por la colina del Faro. Mientras descendía la cuesta, vio una luz roja y luego otra verde adosadas a la parte trasera de una gran silueta que se movía calle abajo; al cabo de un momento, advirtió que era un elefante.

Era el mismo de la otra vez. Sólo que ahora tenía un semáforo atado en la grupa con una cuerda.

—¿Qué significa eso? —dijo a gritos al *mahout*.

—Bueno —gritó el otro—, he de asegurarme de que nadie choca con nosotros de noche. ¡No hay luces por ninguna parte!

Chenayya soltó una carcajada; era lo más gracioso que había visto en su vida: un elefante con un semáforo en la grupa.

El *mahout* ató al animal en la cuneta y se puso a charlar con él. Tenía unos cuantos cacahuets y no quería comérselos solo, así que le alegraba compartirlos con Chenayya.

—No me han pagado —le explicó el *mahout*—. Me han hecho llevar al niño a dar una vuelta y luego no me han pagado; deberías haber visto cómo bebían y bebían. Sin parar. Y no han querido pagarme cincuenta rupias, que era lo único que yo pedía.

Le dio una palmada al elefante.

—Después de lo que *Rani* ha hecho por ellos...

—Así funciona el mundo —dijo Chenayya.

—Entonces está podrido. —El *mahout* masticó unos cacahuets más—. Un mundo completamente podrido —añadió, dándole otra palmada al animal.

Chenayya levantó la vista para mirarlo.

Los ojos del coloso lo observaron de soslayo. Tenían un brillo oscuro, casi como si estuviera llorando. También aquel animal parecía decir: «Las cosas no habrían de ser así».

El *mahout* se puso a orinar contra el muro, arqueando la espalda y echando la

cabeza atrás, mientras suspiraba de alivio, como si aquello fuese lo mejor de todo el día.

Chenayya seguía mirando los ojos húmedos y tristes del elefante. «Siento haberte insultado a veces, hermano», le dijo, acariciándole la trompa.

El *mahout*, aún frente al muro, escuchaba a Chenayya hablar con el animal con una creciente sensación de temor.

Delante de la heladería, dos críos lamían sus polos y miraban fijamente a Chenayya, que yacía sobre su carrito, mortalmente cansado tras otro día de trabajo.

«¿Es que no me veis?», habría querido gritar por encima del estruendo del tráfico. Le rugía el estómago; estaba exhausto y hambriento, y todavía faltaba una hora para que el chico tamil saliera de la tienda del señor Ganesh Pai con la cena.

Uno de los críos de la otra acera se dio la vuelta, como si la rabia del conductor de ciclo-carro se hubiera hecho demasiado palpable; pero el otro, un gordito de tez clara, continuó como si tal cosa, pasando la lengua por su helado y mirando a Chenayya con indiferencia.

«¿Es que no tienes vergüenza ni sentido de la decencia, gordo cabronazo?».

Se volvió para el otro lado y empezó a hablar en voz alta para calmar sus nervios. Su mirada fue a detenerse en la sierra oxidada que tenía en un extremo del carro.

—¿Qué me impide —dijo— cruzar la calle y rebanar en rodajas a ese chico?

La sola idea le transmitió una sensación de poder.

Notó unos golpecitos en el hombro. «Si es el gordito hijo de puta con su polo, cojo la sierra y lo corto en dos. Lo juro por Dios», se dijo.

Era el ayudante tamil.

—Tu turno, Chenayya.

Llevó el carro a la entrada de la tienda, donde el tamil le entregó un paquete pequeño envuelto en periódico y atado con un cordel blanco.

—Es el mismo sitio adonde llevaste hace días la mesita para la televisión. La casa de la señora Engineer. Se nos olvidó enviarle el regalo y no ha parado de quejarse.

—Oh, no —gimió—. Ésa no da propina. Es una completa hija de puta.

—Tienes que ir Chenayya. Ha salido tu número.

Pedaleó lentamente hacia allí. En cada cruce, en cada semáforo, echaba un vistazo a la sierra.

Abrió la puerta la propia señora Engineer; le dijo que estaba al teléfono y que esperase fuera.

—La comida del Lion's Club engorda muchísimo —oyó que decía—. El año pasado me puse diez kilos encima.

Chenayya miró rápidamente alrededor. No se veía luz en las casas vecinas. Le pareció distinguir una caseta para el vigilante en la parte trasera, pero también estaba

a oscuras.

Tomó la sierra y entró. La mujer estaba de espaldas; observó la blancura de su piel entre la blusa y la falda y aspiró la fragancia de su cuerpo. Se acercó aún más.

Ella se dio la vuelta y cubrió el auricular con la mano.

—¡Aquí no, idiota! ¡Déjalo en el suelo y sal de aquí!

Se quedó perplejo.

—¡En el suelo! —le gritó ella—. ¡Y sal de aquí!

Asintió, dejó la sierra en el suelo y salió corriendo.

—¡Eh, no te dejes esto aquí! ¡Ay, Dios mío!

Chenayya retrocedió, recogió la sierra y salió a toda prisa de la casa, agachándose para esquivar las hojas del árbol del nim. Tiró la sierra en el carro: un estrépito metálico. ¡El regalo...! ¿Dónde estaba? Tomó el paquete, entró corriendo en la casa, lo dejó allí en medio y salió otra vez, dando un portazo.

Se oyó un maullido asustado. Había un gato en una rama del nim, observándolo atentamente. Se acercó. «Qué ojos más preciosos», pensó. Como piedras preciosas caídas de un trono: un indicio apenas de un mundo hermoso que quedaba más allá de su alcance y de su conocimiento.

Alargó un brazo y el gato se dejó agarrar.

—Gatito, gatito —dijo, acariciándole el pelaje.

Se retorció en sus brazos, ya algo inquieto.

«En algún lugar, así lo espero, algún hombre pobre le asestará un golpe al mundo. Porque no hay ningún Dios vigilándonos. Ni va a venir nadie a liberarnos de la cárcel en la que nosotros mismos nos hemos encerrado».

Quería decirle todo eso al gato, y tal vez éste se lo dijera a su vez a otro conductor de ciclo-carro, a alguno lo bastante valiente para asestar el golpe.

Se sentó junto al muro, todavía con el gato en brazos y sin dejar de acariciarlo. «Tal vez podría llevarte conmigo, gatito». Pero ¿cómo iba a alimentarlo? ¿Y quién lo cuidaría cuando él no estuviera? Lo soltó. Apoyó la espalda en el muro y miró cómo caminaba con cautela hacia un coche y se deslizaba debajo; estiró el cuello para ver qué hacía allí y entonces oyó un grito que venía de arriba. Era la señora Engineer, gritando desde la ventana más alta de su mansión.

—Ya sé que es lo que pretendes, granuja. ¡Te leo el pensamiento! ¡Pero no vas a sacarme ni una rupia más! ¡Muévete!

Ya no sentía ninguna rabia; y ella tenía razón, debía regresar a la tienda. Su número volvería a salir pronto. Subió al carro y empezó a pedalear.

Había un atasco en el centro y otra vez tuvo que pasar por la colina del Faro. El tráfico allí también era espantoso; avanzaba centímetro a centímetro, y Chenayya tenía que pararse cada vez y poner un pie en la calzada para que el carro no se moviera. Cuando sonaban las bocinas a su espalda, se levantaba del sillín y

pedaleaba; entonces una larga fila de coches y autobuses arrancaba detrás, como si él tirase del tráfico con una cadena invisible.

Cuarto día (tarde): El cruce del Pozo de Agua Fresca

Dicen que el viejo Pozo de Agua Fresca nunca se seca, pero hoy en día está precintado y sólo sirve de rotonda para distribuir el tráfico. En las calles de los alrededores hay una serie de urbanizaciones de clase media. Los profesionales de todas las castas —bunts, brahmanes y católicos— viven aquí todos juntos, aunque los musulmanes ricos permanecen en el Bunder. El club Canara, el más exclusivo de la ciudad, se encuentra aquí, en una gran mansión de color blanco rodeada de prados verdes. Éste es el barrio «intelectual» de la ciudad y disfruta, entre otras cosas, del Lion's Club, del club Rotary, de una logia masónica, de un grupo educacional Baha'i, de una sociedad teosófica y de una sucursal de la Alliance Française du Pondicherry. De las numerosas instituciones médicas radicadas aquí, las dos más famosas son el hospital general Havelock Henry y la clínica ortodóncica Happy Smile, del doctor Shambu. La escuela de secundaria para chicas Santa Agnes, el colegio femenino más solicitado de Kittur, se halla también muy cerca.

La zona más distinguida del cruce del Pozo de Agua Fresca es una calle bordeada de hibiscos y conocida como Rose Lane. Mabroor Engineer, considerado el hombre más rico de Kittur, y Anand Kumar, miembro del Parlamento nacional, tienen aquí sus mansiones.

—Una cosa es tomar un poquito de *ganja*, liarla dentro de un *chapati* y mascararlo al terminar el día, simplemente para relajar los músculos; eso puedo perdonárselo a un hombre, no me cuesta nada. Ahora, fumar esa droga, ese *jaco* o como se llame, a las siete de la mañana y quedarse tirado en un rincón con la lengua fuera, eso no se lo tolero a nadie en mi obra. ¿Entendido? ¿O quieres que te lo repita en tamil o en la lengua del demonio que habléis entre vosotros?

—Entendido, señor.

—¿Qué has dicho? ¿Qué has dicho, hijo de...?

Sujetando de la mano a su hermano, Soumya observaba angustiada cómo el capataz regañaba a su padre. El capataz era joven, mucho más joven que su padre, pero llevaba el uniforme caqui que le había dado la compañía constructora y hacía girar en su mano izquierda un bastón. Y los demás trabajadores, por lo que veía Soumya, en lugar de defender a su padre, escuchaban en silencio. El capataz estaba sentado en una silla azul sobre un terraplén de barro; un farol de gas zumbaba en lo alto de un poste clavado junto a la silla. Detrás de él se hallaba la zanja excavada alrededor de la casa, a aquellas alturas ya medio demolida: las ventanas habían sido arrancadas, el interior se veía lleno de escombros y el tejado se había derrumbado

casi del todo. Con su bastón y su uniforme, y su rostro crudamente iluminado por el farol, el capataz parecía un reyezuelo del inframundo, apostado en la entrada de su reino.

Los trabajadores habían formado alrededor un semicírculo. El padre de Soumya permanecía aparte y le lanzaba miradas furtivas a la madre, que sofocaba sus sollozos tapándose con una punta del sari.

—No paro de decirle que deje el *jaco* —dijo con la voz quebrada por el llanto—. No paro de decírselo...

Soumya se preguntaba por qué su madre tenía que quejarse de su padre delante de todo el mundo. Raju le apretó la mano.

—¿Por qué riñen todos a papá?

Ella le devolvió el apretón. Silencio.

El capataz se levantó de repente de la silla, bajó del terraplén y blandió su bastón ante el padre de Soumya.

—Te lo advertí. —Y descargó el bastón sobre él.

Soumya cerró los ojos y se dio la vuelta.

Los trabajadores habían regresado a sus tiendas, esparcidas por los terrenos que rodeaban la casa medio derruida. El padre de Soumya, tendido en su esterilla azul a cierta distancia de los demás, roncaba ya, tapándose los ojos con las manos. En los viejos tiempos, ella habría ido a acurrucarse a su lado.

Ahora se le acercó y le sacudió la pierna, agarrándolo por el dedo gordo, pero él no reaccionó. Soumya se fue con su madre, que estaba preparando arroz, y se tumbó junto a ella.

El ruido de los mazos y las almádenas la despertó por la mañana. ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! Con ojos soñolientos, se dirigió lentamente hacia la casa. Su padre se había encaramado en el trozo de tejado que aún quedaba en pie y, sentado en una de las negras vigas de hierro, la iba cortando con una sierra. Dos hombres golpeaban el muro de debajo con almádenas, y la nube de polvo que levantaban cubría a su padre de pies a cabeza mientras iba serrando. Soumya sintió que el corazón le daba un brinco.

Corrió hacia su madre, gritando:

—¡Papá está trabajando otra vez!

Su madre se alejaba de la casa con las demás mujeres; todas cargaban sobre la cabeza grandes bandejas metálicas llenas hasta los topes de escombros.

—Encárgate de que Raju no se moje —le dijo a Soumya, mientras pasaba de largo.

Sólo entonces se dio cuenta de que lloviznaba.

Raju seguía acostado sobre la manta en la que había dormido la madre. Soumya

lo despertó y lo llevó a una de las tiendas. El niño lloriqueaba y decía que quería dormir más. Ella se acercó a la esterilla azul; su padre ni siquiera había tocado la noche anterior su arroz. Estaba seco, pero lo mezcló con el agua de la lluvia, lo removió hasta deshacerlo en gachas y empezó a metérselas en la boca a su hermano. Él decía que no le gustaba y le mordía los dedos cada vez.

Había empezado a llover con más fuerza y Soumya oyó los rugidos del capataz:

—¡No aflojéis el ritmo, hijos de mujer calva!

Cuando paró la lluvia, Raju se empeñó en subir al columpio.

—Si se va a poner a llover otra vez... —dijo ella.

Pero no hubo manera de disuadirlo y tuvo que llevarlo en brazos hasta el viejo neumático de camión que había colgado cerca del muro del complejo. Lo puso encima y empezó a empujarlo.

—¡Uno! ¡Dos!

Mientras columpiaba a Raju, un hombre se le plantó delante.

Su piel, húmeda y oscura, estaba cubierta de polvo blanco y necesitó unos instantes para reconocerlo.

—Cielo —dijo—, tienes que hacer una cosa por papá.

A Soumya se le aceleró demasiado el corazón para poder articular palabra. Ella habría deseado que dijera «cielo» no como ahora —como si fuese sólo una palabra, una bocanada de aire que sacaba por la boca—, sino como lo decía antes, cuando le salía del corazón y la estrechaba contra su pecho, abrazándola con fuerza y susurrándole como un loco al oído.

Continuó hablando de aquel modo lento y extraño, como si se le trabara la lengua; le dijo lo que quería que hiciera y luego se volvió a la casa.

Soumya encontró a Raju en el suelo; estaba cortando una lombriz en trocitos con un pedazo de cristal que había robado del solar.

—Hemos de irnos —le dijo.

No podía dejarlo solo, aunque para un recado como aquél iba a ser un auténtico engorro. Una vez lo había dejado a su aire y se había tragado un vidrio.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Al Bunder.

—¿Para qué?

—Hay un sitio al lado del Bunder, un jardín, donde los amigos de papá están esperándolo. Él no puede ir ahora, porque el capataz volvería a pegarle. ¿No querrás que el capataz le pegue otra vez delante de todo el mundo, verdad?

—No —dijo Raju—. Y cuando lleguemos a ese jardín, ¿qué tenemos que hacer?

—Le damos a los amigos de papá unas cuantas rupias y ellos nos entregarán una cosa que necesita sin falta.

—¿Qué?

Se lo dijo.

Raju, que ya conocía el valor del dinero, preguntó:

—¿Cuánto le costará?

—Diez rupias, ha dicho.

—¿Te ha dado diez rupias?

—No. Papá me ha dicho que habremos de conseguirlas nosotros. Tendremos que mendigar.

Mientras bajaban por Rose Lane, ella mantenía los ojos fijos en el suelo. Una vez se había encontrado así cinco rupias..., ¡sí, cinco! Nunca se sabe lo que puedes encontrar en los lugares donde viven los ricos.

Se apartaron hacia la cuneta. Un coche blanco se detuvo para pasar un bache y ella aprovechó para gritarle al conductor:

—¿Dónde está el puerto, hermano?

—Lejos —le respondió a gritos—. Ve hasta la avenida y dobla a la izquierda.

Los cristales ahumados de la parte de atrás estaban subidos, pero Soumya vislumbró por la ventanilla del conductor la muñeca de un pasajero, cubierta de pulseras de oro. Ella habría golpeado la ventanilla trasera de buena gana, pero recordó la norma que había impuesto el capataz a los hijos de los trabajadores: nada de pedir limosna en Rose Lane; sólo en la avenida principal. Así que se contuvo.

Estaban demoliendo y volviendo a construir todas las casas de Rose Lane. Soumya se preguntaba por qué querría la gente derribar aquellas elegantes y grandes casas encaladas. Tal vez las casas se volvían inservibles al cabo de un tiempo, como los zapatos.

Cuando el semáforo de la avenida se puso rojo, fue de *autorickshaw* en *autorickshaw*, abriendo y cerrando la mano.

—Hermano, ten piedad, me muero de hambre.

Tenía toda una técnica, aprendida de su madre. Funcionaba así: mientras pedía, mantenía contacto visual sólo durante tres segundos; luego sus ojos se desviaban hacia el siguiente *autorickshaw*: «Madre, tengo hambre», decía, frotándose la barriga. «Dame algo de comida», insistía, y juntaba los dedos y se los llevaba a la boca. «Hermano, estoy hambrienta». «Abuelo, aunque sea una moneda pequeña...».

Mientras ella recorría la calzada, Raju se sentaba en el suelo y había de ponerse a lloriquear cada vez que pasara alguien bien vestido. Soumya no esperaba que sacara gran cosa; pero si permanecía sentado no hacía al menos otras cosas más peligrosas, como salir corriendo detrás de un gato o ponerse a acariciar a perros callejeros que quizá tuvieran la rabia.

Hacia mediodía, las calles se llenaron de coches. Los cristales de las ventanillas estaban todos subidos a causa de la lluvia, y ella había de alzar las dos manos y arañar el cristal como un gato para llamar la atención de los pasajeros.

Un coche tenía los cristales bajados y Soumya pensó que estaba de suerte. En su interior había una mujer con unos bellos dibujos dorados pintados en las manos y se los quedó mirando boquiabierta. Entonces oyó que la mujer de las manos doradas le decía a otro de los ocupantes:

—Ahora hay mendigos por todas partes. Nunca había pasado nada parecido.

La otra persona se echó hacia delante y miró un momento.

—Tienen la piel tan oscura... ¿De dónde son?

—Quién sabe.

Sólo cincuenta paisas después de una hora.

Luego intentó subirse a un autobús que se había detenido en el semáforo, pero el revisor la vio venir y se plantó en la puerta.

—Ni hablar.

—¿Por qué no, hermano?

—¿Quién te has creído que soy? ¿Un rico como el señor Engineer? ¡Vete a pedirle a otro, mocosa!

Echándole una hosca mirada, alzó el cordón rojo de su silbato, como si fuera un látigo. Ella se bajó precipitadamente.

—Es un verdadero cabronazo —le explicó a Raju, quien por su parte tenía algo que enseñarle: un pedazo de envoltorio plástico lleno de botones de aire que podían reventarse.

Soumya comprobó que el revisor no la veía y, poniéndose de rodillas, colocó el plástico delante de la rueda. Raju se agazapó a su lado:

—No, ahí no. Así las ruedas no lo pisarán —dijo—. Ponlo un poquito más a la derecha.

Cuando el autobús volvió a arrancar, las ruedas aplastaron el plástico y los botones de aire explotaron, dando un buen susto a los pasajeros. El revisor asomó la cabeza para ver qué había pasado y los dos niños echaron a correr.

Había empezado a llover de nuevo. Se agazaparon debajo de un árbol. Algunos cocos caían de las ramas y se estrellaban contra el suelo. Un hombre que se había guarecido a su lado con un paraguas dio un salto, soltó una maldición contra el árbol y salió corriendo. Ella no pudo contener una risita, pero a Raju le daba miedo que le cayera un coco encima.

Cuando paró de llover, tomó una ramita y trazó en el suelo un mapa de la ciudad, tal como ella la imaginaba. Ahí estaba Rose Lane. Aquí, el sitio al que habían llegado, no muy lejos de Rose Lane todavía. Aquí, el Bunder. Y aquí, el jardín del Bunder que andaban buscando.

—¿Lo entiendes? —le preguntó a Raju.

Él asintió, excitado.

—Para llegar al Bunder, tenemos que pasar —trazó otra flecha— por el gran

hotel.

—¿Y después?

—Después vamos al jardín del Bunder...

—¿Y después?

—Buscamos lo que papá quiere que consigamos.

—¿Y después?

La verdad era que no tenía ni idea de si el hotel se encontraba en el camino hacia el puerto o no; pero la lluvia había acabado vaciando la calle de coches, y el hotel era el único sitio donde tal vez podrían mendigar ahora.

—A los turistas has de pedirles en inglés —le dijo a su hermano, mientras caminaban, para burlarse de él—. ¿Sabes cómo hay que decirlo en inglés?

Se pararon enfrente del hotel para contemplar a un grupo de cuervos que se bañaban en un charco. El sol destellaba en el agua y relucía en el plumaje negro de los cuervos, que se sacudían gotitas centelleantes de sus cuerpos estremecidos. Raju dijo que era la cosa más bonita que había visto en su vida.

El hombre sin brazos ni piernas estaba sentado delante del hotel y empezó a soltarles improperios desde la otra acera.

—¡Fuera de aquí, niños del demonio! ¡Os dije que no volvierais nunca más!

—¡Vete al Infierno, monstruo! —le gritó ella—. ¡Ya te dijimos nosotros que no volvieras!

Estaba sentado en una tabla con ruedas. Cada vez que un coche se detenía en el semáforo que había delante del hotel, hacía rodar la tabla y mendigaba por un lado del vehículo mientras ella lo hacía por el otro.

Raju, sentado en la calzada, dio un bostezo.

—¿Por qué hemos de pedir? Papá hoy está trabajando. Lo he visto cortando esas cosas... —Separó las piernas y empezó a serrar una viga imaginaria.

—Calla.

Dos taxis se detuvieron junto al semáforo. El hombre sin brazos ni piernas se apresuró con su tabla hacia el primero; ella corrió hasta el segundo y metió las manos en la ventanilla abierta. Había un extranjero dentro, que la miró boquiabierto, formando con sus labios una perfecta «o» rosada.

—¿Has conseguido algo? —preguntó Raju, cuando regresó.

—No. Venga, levanta —dijo, ayudándolo a ponerse de pie.

Cuando llevaban dos semáforos cruzados, sin embargo, Raju se lo figuró.

—El hombre blanco te ha dado dinero. —Señaló su puño cerrado—. ¡Lo tienes ahí!

Ella se acercó a un *autorickshaw* aparcado en la cuneta.

—¿Hacia dónde está el Bunder?

El conductor dio un bostezo.

—No tengo dinero. Largo.

—No quiero dinero. Sólo indicaciones para ir al Bunder.

—Ya te lo he dicho, no voy a darte nada.

Ella le escupió en la cara; luego agarró a Raju de la muñeca y los dos salieron corriendo como locos.

El siguiente conductor de *autorickshaw* al que preguntaron era un hombre amable.

—Está lejos, muy lejos. ¿Por qué no tomas un autobús? El 343 te lleva allí. A pie, te costará dos horas al menos.

—No tenemos dinero, hermano.

Él les dio una moneda de una rupia y les preguntó:

—¿Dónde están vuestros padres?

Subieron a un autobús y fueron a pagar al revisor.

—¿Dónde queréis bajar? —les gritó.

—En el puerto.

—Este autobús no va al puerto. Tenéis que subir al 343. Ése es el número...

Se bajaron y siguieron caminando.

Ahora ya estaban cerca del cruce del Pozo de Agua Fresca. Encontraron allí al chico con un brazo y una pierna, trabajando tal como lo hacía siempre. Iba de coche en coche dando saltitos y conseguía mendigar antes de que llegase ella. Alguien le había dado un rábano esta vez y andaba de aquí para allá con aquel rábano blanco en la mano, dando golpecitos en los parabrisas para llamar la atención.

—¡No os atreváis a mendigar aquí, hijos de perra! —gritó, blandiendo el rábano con aire amenazador.

Los dos le sacaron la lengua mientras gritaban:

—¡Monstruo! ¡Monstruo asqueroso!

Al cabo de una hora, Raju empezó a llorar y se negó a caminar más. Ella hurgó en un cubo de basura para buscar comida. Había una caja con dos galletas y se comieron una cada uno.

Caminaron un poco más. Al rato, Raju notó un cosquilleo en la nariz.

—Noto el olor del mar.

Ella también lo notaba.

Caminaron más aprisa. Vieron a un hombre que estaba pintando un rótulo en inglés en un lado de la calle; dos gatos que se peleaban en el techo de un Fiat blanco; un caballo que tiraba de un carro cargado de leña; un elefante que bajaba con un montón de hojas de nim; también un coche aplastado por un accidente; y un cuervo muerto, con las garras rígidamente pegadas al pecho y una herida en el vientre plagada de hormigas negras.

Por fin llegaron al Bunder.

El sol se estaba poniendo ya sobre el mar y pasaron de largo por los mercados abarrotados, buscando el jardín.

—No hay ningún jardín en el Bunder. Por eso es tan malo el aire de aquí —les dijo un vendedor musulmán de cacahuets—. Os han indicado mal.

Al verlos cariacontecidos, les ofreció un puñado de cacahuets para que mascaran algo.

Raju gimoteó. Tenía mucha hambre... ¡Al Infierno los cacahuets! Se los tiró al musulmán, que lo llamó «demonio».

Eso lo puso tan furioso que salió corriendo sin más; su hermana tuvo que salir tras él y perseguirlo hasta que se detuvo.

—¡Mira! —chilló Raju, señalando una hilera de mutilados con los miembros vendados, que aguardaban sentados delante de un edificio blanco con una cúpula.

Rodearon con cautela a los leprosos. Ella reparó entonces en un hombre tumbado en un banco, que jadeaba y se tapaba la cara con las manos. Se acercó al banco y vio, junto a la orilla del mar, un pequeño parque rodeado por un murete de piedra.

Raju ya se había tranquilizado.

Al entrar en el parque, oyeron gritos. Un policía estaba abofeteando a un hombre renegrido.

—¿Has robado los zapatos? ¿Los has robado?

El hombre negaba con la cabeza y el policía lo golpeaba aún con más saña.

—¡Hijo de mujer calva! Tomas esas drogas y te pones a robar cosas..., y encima..., hijo de mujer calva, encima...

Había tres hombres de pelo blanco ocultos tras unos arbustos y le hicieron señas a Soumya de que se acercara y se escondiera con ellos. Arrastró a Raju hacia los arbustos y esperaron a que se marchara el policía.

—Soy la hija de Ramachandran —les susurró entonces—, el que derriba las casas de los ricos en Rose Lane.

Ninguno de los tres conocía a su padre.

—¿Qué es lo que quieres, niña?

Ella dijo la palabra lo mejor que pudo, según la recordaba:

—... *aco*

Uno de los hombres de pelo blanco, que parecía el jefe, frunció el ceño.

—Dilo otra vez.

Cuando pronunció aquella palabra extraña por segunda vez, él asintió. Se sacó del bolsillo una petaca de papel de periódico, le dio unos golpecitos y salió un polvo blanco que parecía tiza machacada. Sacó un cigarrillo de otro bolsillo, lo abrió y lo vació de tabaco, relleno el papel con el polvo blanco y volvió a liarlo bien apretado. Sostuvo el cigarrillo en el aire y le hizo un gesto a Soumya con la otra mano.

—Doce rupias.

—Sólo tengo nueve —dijo ella—. Tendrás que aceptar nueve.

—Diez.

Le dio el dinero y tomó el cigarrillo. Entonces la asaltó una duda espantosa.

—Si me estás robando, si me has engañado, Raju y yo volveremos con mi papá y os daremos una tunda.

Los tres hombres se agazaparon, empezaron a temblar y se pusieron a reír a la vez. No estaban bien de la cabeza. Agarró a Raju de la muñeca y salieron corriendo.

Imaginó en una serie de fogonazos la escena que habría de producirse ahora. Ella le mostraría a su padre lo que le había traído de tan lejos. «Cielo», diría él, como lo decía antes, y la alzaría en brazos en un frenesí de afecto, y se volverían locos de amor el uno por el otro.

El pie izquierdo empezó a arderle al cabo de un rato; flexionó los dedos y se los miró. Raju se empeñaba en que lo llevara a costas; pero, bueno, pensó, bastante bien se había portado, el pobrecito.

Se había puesto a llover otra vez. Raju empezó a llorar. Tuvo que amenazarlo tres veces con abandonarlo a su suerte; una de las veces, lo dejó en el suelo y hubo de caminar una manzana entera antes que de que él corriera tras ella, gritando que le perseguía un dragón gigante.

Subieron a un autobús.

—Billetes —gritó el conductor.

Pero ella le guiñó un ojo y le dijo:

—Hermano, déjanos subir gratis, por favor...

El hombre se ablandó y dejó que se quedaran al fondo.

Era noche negra cuando llegaron al fin a Rose Lane. Las farolas iluminaban las mansiones. El capataz estaba sentado bajo su farol de gas, hablando con uno de los trabajadores. La casa se veía más pequeña; ya habían serrado todas las vigas.

—¿Habéis ido a mendigar por este barrio? —gritó el capataz al verlos.

—No, no.

—¡No me digáis mentiras! Os habéis pasado todo el día fuera..., ¿haciendo, qué? ¡Mendigando en Rose Lane!

Ella alzó el labio con desdén.

—¿Por qué no vas y preguntas si hemos mendigado aquí antes de acusarnos?

El capataz los miró hoscamente, pero se quedó en silencio, derrotado por la lógica de la niña.

Raju se adelantó, llamando a su madre a gritos. La encontraron dormida —sola— con el sari húmedo de lluvia. Raju se abalanzó sobre ella, hundió la cabeza en su costado y empezó a frotarse contra su cuerpo, como un gatito, para entrar en calor; la mujer gimió entre sueños y se dio la vuelta, ahuyentando a Raju con un brazo.

—*Amma* —decía el niño, sacudiéndola—. ¡*Amma*, tengo hambre! Soumya no me

ha dado de comer en todo el día. Me ha hecho andar y andar, tomar un autobús y luego otro... Pero nada de comida. Un blanco le ha dado cien rupias, pero a mí no me ha dado nada de beber ni de comer.

—¡No seas mentiroso! —siseó Soumya—. ¿Qué me dices de las galletas?

Él siguió sacudiendo a su madre.

—¡*Amma!* ¡Soumya no me ha dado nada de comer ni de beber en todo el día!

Los dos niños empezaron a pelearse. Entonces Soumya notó unos golpecitos en el hombro.

—Cielo.

Al ver a su padre, Raju sonrió tontamente y se acurrucó junto a su madre dormida. Soumya se retiró con su padre a un lado.

—¿Lo tienes, cielo? ¿Tienes esa cosa?

Ella inspiró hondo.

—Aquí está —dijo, y le puso el cigarrillo en las manos.

Él se lo llevó a la nariz, lo husmeó y se lo guardó bajo la camisa. Soumya vio que hurgaba por debajo del *sarong* hasta la ingle. Luego sacó una mano. Ella ya sabía lo que venía ahora: su caricia.

La agarró de la muñeca, clavándole las uñas.

—¿Y las cien rupias que te ha dado el hombre blanco? He oído a Raju.

—Nadie me ha dado cien rupias, papá. Te lo juro. Raju miente.

—No digas mentiras. ¿Dónde están las cien rupias?

Alzó el brazo. Ella empezó a gritar.

Cuando Soumya fue a tenderse junto a su madre, Raju seguía quejándose de que no había comido nada en todo el día, de que había tenido que andar de aquí para allá, de un lado para otro, y luego todo el camino de vuelta. Entonces vio las marcas rojas en la cara y el cuello de su hermana y se calló de golpe. Ella se tumbó en el suelo y se puso a dormir.

Kittur: datos básicos



Población total (censo de 1981): 193.432 habitantes

Análisis por castas y religiones

(en porcentajes sobre la población total)

Hindús:

Castas superiores:

Brahmanes:

Lengua canaresa: 4%

Lengua konkani: 3%

Lengua tulu: menos del 1%

Bunt: 16%

Otras castas superiores: 1%

Castas inferiores:

Hoykas: 24%

Castas y tribus inferiores diversas: 4%

Dalits (antes llamados intocables): 9%

Minorías:

Musulmanes:

Suníes: 14%

Chiís: 1%

Ahmadiyya, Bohra, Ismailí: menos del 1%

Católicos: 14%

Protestantes (anglicanos, pentecostales, testigos de Jehová, mormones): 3%

Jainistas: 1%

Otras religiones (incluidas parsi, judía, budista, brahmo samaj y baha'i): menos de un 1%

89 habitantes se declaran sin casta ni religión.



Quinto día: Valencia (la primera encrucijada)

Valencia, el barrio católico, empieza en el hospital Homeopático del Padre Stein, que toma su nombre del misionero jesuita alemán que abrió aquí un hospicio. Valencia es el barrio más grande de Kittur. La mayoría de sus habitantes tienen educación y trabajo y son propietarios de su propia vivienda. El puñado de hindúes y de musulmanes que han comprado parcelas en Valencia no se ha tropezado con ningún problema; en cambio, los protestantes que han intentado vivir aquí han sido atacados en ocasiones con piedras y eslóganes agresivos. Los domingos por la mañana, una multitud de hombres y mujeres acude con sus mejores ropas a la catedral de Nuestra Señora de Valencia para asistir a misa. En Nochebuena, prácticamente la población entera del barrio se agolpa en la catedral para oír la misa de medianoche; el canto de villancicos y de himnos religiosos se prolonga hasta bien entrada la madrugada.

En lo que se refería a problemas vividos y horrores padecidos, Jayamma, la cocinera del abogado, se empeñaba en proclamar que ella no había tenido rival. En el lapso de doce años, su querida madre había tenido once hijos; nueve de ellos, mujeres. ¡Sí, nueve! Eso sí que es un problema. Cuando Jayamma nació, en octavo lugar, ya no quedaba leche en los pechos de su madre y tuvieron que darle leche de burra en una botella de plástico. ¡Sí, leche de burra! Eso son problemas. Su padre sólo había ahorrado el oro suficiente para casar a seis hijas; las tres últimas tuvieron que permanecer vírgenes y estériles de por vida. Sí, de por vida. Durante cuarenta años la habían enviado en autobús de una ciudad a otra para cocinar y limpiar en casas ajenas. Para alimentar y engordar a los hijos de los demás. Ni siquiera le decían adónde iban a enviarla a continuación. Solía ser de noche, mientras jugaba con su sobrino, el regordete de Brijju, cuando oía en la sala de estar a su cuñada hablando con algún desconocido:

—Trato hecho, entonces. Si se queda aquí, come a cambio de nada; así que nos hace usted un favor, créame.

Al día siguiente, la subían una vez más a un autobús, y pasaban meses antes de que volviera a ver a Brijju. Así era su vida: una novela por entregas de problemas y horrores. ¿Quién tenía más motivos para quejarse en este mundo?

Aunque al menos uno de esos horrores ya llegaba a su fin, porque estaba a punto de dejar la casa del abogado.

Jayamma era una mujer baja y encorvada de casi sesenta años, con una mata de pelo plateada y lustrosa. Tenía sobre la ceja izquierda una enorme verruga negra, de esas que suelen tomarse como señal de buena suerte en un bebé. Debajo de los ojos,

se le formaban unas bolsas oscuras con forma de diente de ajo y siempre se la veía legañoso a causa de las preocupaciones y el insomnio crónico.

Ya tenía preparado el equipaje: una gran maleta marrón, la misma con la que había llegado. Nada más. No le había robado al abogado ni una sola paisa, aunque la casa estaba a veces hecha un desbarajuste y con toda seguridad debía habersele presentado más de una ocasión. Pero ella había sido honrada. Llevó la maleta al porche de delante y aguardó a que llegara el Ambassador verde del abogado. Había prometido dejarla en la terminal de autobuses.

—Adiós, Jayamma. ¿Nos dejas de verdad?

Shaila, la criadita de casta inferior de la casa del abogado —y su principal torturadora durante los últimos ocho meses— sonrió satisfecha. Aunque tenía doce años y ya sería casadera al año siguiente, aparentaba sólo siete u ocho. Llevaba su rostro oscuro cubierto de polvos de talco Johnson and Johnson's y pestañeaba una y otra vez con aire burlón.

—¡Pequeño demonio de casta baja! —siseó Jayamma—. ¡Cuida tus modales!

Una hora más tarde, el coche del abogado entró en el garaje.

—¿Todavía no te has enterado? —le dijo, cuando Jayamma se acercó con su maleta—. Le he preguntado a tu cuñada si podíamos usarte un poco más de tiempo y ha aceptado. Creía que alguien te lo habría dicho.

Cerró el coche de un portazo y fue a darse su baño. Jayamma llevó la vieja maleta marrón a la cocina y empezó a preparar la cena.

—Nunca voy a salir de la casa del abogado, ¿verdad, Señor Krishna?

Era a la mañana siguiente. La vieja, de pie ante el fogón de gas de la cocina, removía un guiso de lentejas y aspiraba entre dientes de un modo sibilante, como si le ardiera la lengua.

—Durante cuarenta años he vivido entre buenos brahmanes, Señor Krishna, en hogares donde hasta los lagartos y los sapos habían sido brahmanes en su vida anterior. Y ahora ya ves mi destino: atrapada entre cristianos y comedores de carne en esta ciudad extraña. Y cada vez que creo que voy a marcharme, mi cuñada me dice que me quede un poco más...

Se secó la frente y prosiguió su monólogo preguntando qué había hecho en una vida anterior —¿había sido asesina, adúltera, devoradora de niños o desconsiderada con los sabios y los hombres santos?— para ser condenada a vivir allí, en casa del abogado, en compañía de una persona de casta baja.

Empezó a freír la cebolla, cortó cilantro y lo echó en la sartén, y añadió polvo de *curry* rojo y glutamato monosódico de unas bolsitas de plástico.

—¡Hai! ¡Hai!

Jayamma dio un brinco y el cucharón se le cayó en el caldo. Se acercó a la reja

que daba a la parte posterior de la casa y atisbó con los ojos entornados.

Shaila estaba pegada al muro del jardín dando palmas, mientras Rosie, la vecina cristiana de gruesos labios, corría por su patio trasero detrás de un gallo con un cuchillo en la mano. Tras abrir la puerta con sigilo, Jayamma salió a hurtadillas para ver mejor.

—¡Hai! ¡Hai! ¡Hai! —gritaba Shaila alegremente, mientras el gallo corría cloqueando y saltaba sobre la malla verde que cubría el pozo.

Allí agarró Rosie por fin al pobre animal y empezó a cortarle el pescuezo. El gallo sacaba la lengua y los ojos casi se le salían de las órbitas.

—¡Hai! ¡Hai! ¡Hai!

Jayamma cruzó la cocina corriendo, entró en el oscuro cuarto de oración y cerró la puerta con llave.

—Krishna... Señor Krishna...

El cuarto de oración hacía las veces de almacén de arroz y era además la habitación de Jayamma. Medía dos metros por dos; el exiguo espacio que quedaba entre el altar y las bolsas de arroz, apenas suficiente para acurrucarse y echarse a dormir de noche, era lo único que Jayamma le había pedido al abogado. (Había rechazado de plano la sugerencia inicial que éste le hizo de compartir el cuarto de los criados con aquella criatura de casta inferior).

Alargó la mano hacia el santuario de oración, sacó una caja negra y la abrió muy despacio. En su interior había un ídolo de plata de un dios-niño desnudo, a gatas y con las nalgas relucientes: el dios Krishna, que era su único amigo y protector.

—Krishna, Krishna —cantó en voz baja, sosteniendo de nuevo al bebé-dios y frotando con los dedos sus nalgas de plata—. Ya ves lo que pasa aquí, las cosas que me rodean. ¡A mí, una mujer brahmán de buena cuna!

Se sentó sobre los sacos de arroz alineados contra la pared del cuarto de oración, que estaban rodeados de regueros amarillos de DDT. Doblando las piernas sobre la bolsa de arroz y apoyando la cabeza en la pared, aspiró varias veces el olor a DDT: un aroma extraño, relajante y curiosamente adictivo. Dio un suspiro; se secó la frente con el borde del sari bermellón. Los rayos del sol que se filtraba entre las ramas de los bananos del patio jugaban por el techo de la exigua habitación.

Jayamma cerró los ojos. La fragancia del DDT la adormiló; su cuerpo se distendió, sus miembros se aflojaron y se quedó dormida en cuestión de segundos.

Cuando despertó, el pequeño y regordete Karthik, el hijo del abogado, la enfocaba con una linterna directamente en la cara. Era su manera de despertarla de una siesta.

—Tengo hambre —dijo—. ¿Hay algo preparado?

—¡Hermanito! —La vieja se puso de pie de un salto—. ¡Hay magia negra en el patio trasero! Shaila y Rosie han matado a un pollo y están haciendo magia negra.

El chico apagó la linterna y la miró, escéptico.

—¿Qué estás diciendo, vieja bruja?

—¡Ven! —La cocinera abría unos ojos como platos de pura excitación—. ¡Ven! Arrastró a su pequeño amo por el pasillo hacia el cuarto de los criados.

Se detuvieron junto a la reja del patio de atrás. Había cocoteros bajos, un tendedero y un muro negro al otro lado del cual empezaba el jardín de sus vecinos cristianos. No había nadie a la vista. Soplaba un viento muy fuerte que sacudía los árboles; una hoja de papel revoleaba y giraba por el patio como un derviche. El chico miró cómo se balanceaban misteriosamente las sábanas en la cuerda de tender. También ellas parecían sospechar lo mismo que sospechaba la cocinera.

Jayamma le hizo señas a Karthik. Chitón, ni un ruido. Empujó la puerta del cuarto de los criados. Estaba cerrada.

Cuando la vieja abrió, les llegó una vaharada a aceite para el pelo y a polvos de talco, y el chico se tapó la nariz.

Jayamma señaló el suelo.

Había un triángulo de tiza blanca en el interior de un cuadrado de tiza roja, y cada punta del triángulo estaba coronada con un trozo seco de pulpa de coco. También había flores marchitas y negruzcas desparramadas dentro de un círculo. Una canica azul relucía en el centro.

—Es para hacer magia negra —dijo.

El chico asintió.

—¡Espías! ¡Espías!

Shaila había aparecido en el umbral y apuntaba con un dedo a Jayamma.

—¡Tú..., vieja bruja! ¿No te dije que no volvieras a fisgonear en mi habitación nunca más?

La cara de la vieja dama se contrajo.

—¡Hermanito! —gritó—. ¿Has visto cómo nos habla esta criatura de baja casta a los brahmanes?

Karthik blandió un puño ante la chica.

—¡Eh! Esto es mi casa y voy a donde quiero, ¿lo has oído?

Shaila le lanzó una mirada enfurecida.

—No te creas que puedes tratarme como a un animal...

Tres largos bocinazos interrumpieron la pelea. Shaila salió corriendo a abrir la verja; el chico corrió a su habitación y sacó un libro de texto; Jayamma, muerta de pánico, se afanó por el comedor y puso a toda prisa en la mesa los platos de acero inoxidable.

El señor de la casa se quitó los zapatos en el vestíbulo y los lanzó hacia el estante del calzado. Shaila tendría que ordenarlo después. Se lavó rápidamente en su baño privado y apareció sin más en el comedor: un hombre alto con bigote que se dejaba largas patillas, como se hacía décadas atrás. A la hora de cenar siempre iba con el

pecho desnudo, salvo por el cordón de la casta brahmán enrollado alrededor del torso orondo y fofo. Comió deprisa y en silencio, deteniéndose sólo alguna que otra vez a mirar el techo. La casa se ordenaba en torno a los movimientos de sus mandíbulas. Jayamma servía. Karthik comía con su padre. Shaila, en el cobertizo del coche, lavaba con la manguera el Ambassador verde y lo restregaba hasta dejarlo impecable.

El abogado leyó durante una hora el periódico en la sala de la televisión; entonces apareció el chico y se puso a buscar el mando a distancia entre el desbarajuste de papeles y libros que cubría la mesa de sándalo del centro de la habitación. Jayamma y Shaila se apresuraron a entrar y se acuclillaron en una esquina, aguardando a que la televisión cobrase vida.

A las diez en punto, se apagaron todas las luces de la casa. El señor y Karthik ya dormían en sus habitaciones.

En medio de la oscuridad, seguía oyéndose un siseo envenenado procedente de las habitaciones de los criados.

—¡Bruja! ¡Bruja de baja casta! ¡Hechicera de magia negra!

—¡Maldita bruja brahmán! ¡Vieja loca!

Hubo una semana de conflicto ininterrumpido. Cada vez que Shaila pasaba por la cocina, la vieja cocinera brahmán arrojaba millares de deidades vengativas sobre aquella cabeza aceitosa de casta inferior.

—¿Qué tiempos son estos en los que los brahmanes traen a sus casas a chicas de baja casta? —rezongaba mientras limpiaba las lentejas por la mañana—. ¿Adónde han ido a parar las normas de casta y religión, oh, Krishna?

—¿Otra vez hablando sola, vieja virgen? —decía la niña, asomando la cabeza, y Jayamma le arrojaba una cebolla.

A la hora del almuerzo, hubo una tregua. La chica sacó su plato de acero inoxidable fuera del cuarto de los criados y se acuclilló en el suelo; Jayamma le sirvió una generosa ración de sopa de lentejas sobre los montones de arroz blanco de su plato. Ella no iba dejar morir a nadie de hambre, gruñó mientras iba sirviendo; ni siquiera a su más mortal enemigo. Exacto: ni a su enemigo más mortal. No era ésa la manera de hacer las cosas de los brahmanes.

Después del almuerzo, se puso las gafas y desplegó el periódico justo delante de la habitación de los criados. Sin dejar de sorber el aire de aquel modo sibilante, iba leyendo lentamente en voz alta, letra por letra y palabra por palabra, hasta construir frases enteras. Cuando Shaila pasó por allí, le tiró el periódico en la cara.

—Toma. Sabes leer y escribir, ¿no? ¡Toma, lee el periódico!

La chica echaba humo; se metió en su cuarto y cerró de un portazo.

—¿Crees que se me ha olvidado la jugarreta que le hiciste al abogado, pequeña hoyka? Él es un hombre de buen corazón; por eso, cuando subiste aquella noche con tu sonrisita de casta baja y le dijiste: «Amo, no sé leer, no sé escribir; quiero aprender

a leer y escribir», ¿no agarró él al momento y se fue con su coche a la librería Shenoy's de Umbrella Street a comprarte esos libros tan caros? Y todo, ¿para qué? ¿Acaso los de baja casta estáis hechos para leer y escribir? —le preguntó Jayamma a la puerta cerrada—. ¿No fue todo una trampa que le tendiste al abogado?

Como era de prever, enseguida había perdido todo su interés en los libros. Los tenía apilados en un rincón de su cuarto y, un día, mientras estaba cotorreando con la cristiana de labios gruesos de la casa de al lado, Jayamma se los vendió todos al trapero musulmán. ¡Ja! ¡Para que aprendiera!

Mientras Jayamma narraba la historia de la infame engañifa, la puerta del cuarto de los criados se abrió. Shaila se asomó y empezó a darle gritos con todas sus fuerzas.

Esa noche, el abogado dijo unas palabras mientras cenaba:

—Ha llegado a mis oídos que esta semana ha habido cada día cierto alboroto en la casa... Es importante que haya silencio. Karthik ha de preparar sus exámenes.

Jayamma, que se llevaba en aquel momento el guiso de lentejas, usando la punta del sari para no quemarse, volvió a colocar la olla en la mesa.

—No soy yo la que hace ruido, amo. ¡Es esa chica hoyka! Ella no sabe actuar como nosotros, los brahmanes.

—Podrá ser una hoyka... —el abogado se lamió los granos de arroz que se le habían pegado en los dedos—, pero es limpia y trabaja bien.

Terminada la cena, mientras iba quitando la mesa, Jayamma temblaba de ira por aquel reproche.

Sólo cuando se apagaron las luces de la casa y ya estaba tendida en el cuarto de oración, rodeada por el aroma familiar del DDT y con la cajita negra en las manos, se serenó un poco. El dios-bebé le sonreía.

Oh, Krishna, cuando se trataba de problemas y de horrores, ¿quién había visto lo que ella? Le contó a la paciente divinidad cómo había llegado por primera vez a Kittur y lo que le había ordenado su cuñada: «Jayamma, tienes que marcharte. La mujer del abogado está en un hospital de Bangalore. Alguien ha de cuidar del pequeño Karthik». Se suponía que iba a ser sólo un mes o dos, y ya habían pasado ocho desde que había visto por última vez a su sobrinito Brijju, desde que lo había tenido en brazos y había jugado con él al críquet. Ah, sí, eso sí que eran problemas, niño Krishna.

A la mañana siguiente, Karthik le dio un pinchazo desde atrás y se le cayó el cucharón en las lentejas.

Salió tras él y lo siguió hasta el umbral del cuarto de los criados. Observó cómo miraba el chico el dibujo del suelo y la canica azul que había en el centro.

La vieja criada vio un destello en sus ojos: el instinto posesivo del amo, que tantas veces había visto en cuarenta años.

—Fíjate —dijo Karthik—. La caradura que ha de tener esa chica para dibujar esto

en mi propia casa...

Los dos se agazaparon junto a la reja amarilla y observaron a Shaila, que estaba cruzando el jardín hacia la casa de los cristianos. En la parte de detrás tenían un gran pozo cubierto con una malla verde. Las gallinas y los gallos correteaban alrededor, cloqueando sin cesar. Rosie estaba al otro lado del muro. Shaila se detuvo a charlar un rato con la cristiana. Hacía una tarde inestable; el sol tan pronto brillaba como quedaba oculto, la luz iba y venía a intervalos muy rápidos y las copas verdes de los cocoteros resplandecían y se apagaban como estallidos de fuegos artificiales.

La chica se puso a deambular por el patio cuando Rosie se fue. Vieron que se agachaba junto a los jazmines y arrancaba unas flores para ponérselas en el pelo. Al cabo de un rato, Jayamma advirtió que Karthik empezaba a rascarse la pierna con largas pasadas, como un oso arañando el tronco de un árbol. Desde los muslos, sus dedos ascendían hacia la ingle. Jayamma lo observaba con cierta repugnancia. ¿Qué diría la madre del niño si viera lo que estaba haciendo ahora mismo?

La chica caminaba junto al tendedero. Las finas sábanas de algodón que estaban colgadas se volvían incandescentes, como pantallas de cine, cuando los rayos del sol emergían entre las nubes. Detrás de una de aquellas sábanas resplandecientes, la chica formaba un bulto oscuro y redondeado, como una mancha en el interior del útero. Un alegre sonido se elevó de la sábana blanca. Había empezado a cantar:

*Una estrella susurra
de mi corazón el deseo
de verte de nuevo, mi niño,
de verte de nuevo, mi rey.*

—Conozco esa canción infantil... La esposa de mi hermana se la canta a Brijju..., mi sobrinito...

—Calla. Te va a oír.

Shaila había vuelto a salir de entre las sábanas colgadas. Se deslizó hacia el otro extremo del patio, donde había árboles del nim mezclados con los cocoteros.

—Me pregunto si se acordará a menudo de su madre y de sus hermanas... —susurró Jayamma—. ¿Qué manera de vivir es ésta para una niña, tan lejos de su familia?

—¡Ya estoy cansado de esperar! —refunfuñó Karthik.

—¡Espera, hermanito!

Pero él ya había entrado en el cuarto de los criados. Se oyó un gritito victorioso y Karthik salió con la canica azul.

• • •

Por la tarde, Jayamma se hallaba en el umbral de la cocina, aventando arroz, con el ceño fruncido y las gafas casi en la punta de la nariz. Del cuarto de los criados, que estaba cerrado por dentro, salía un murmullo de sollozos. Se volvió bruscamente y gritó:

—Deja ya de llorar. Deberías endurecerte. Los criados, como nosotros, que trabajan para los demás, han de ser más fuertes.

Tragándose las lágrimas, Shaila le replicó a gritos a través de la puerta:

—¡Déjame en paz con tu autocompasión, bruja brahmán! ¡Tú le has dicho a Karthik que yo hacía magia negra!

—¡No te atrevas a acusarme de una cosa así! ¡Yo nunca le he dicho que hicieras magia negra!

—¡Mentirosa! ¡Mentirosa!

—¡No me llames mentirosa, hoyka! ¿Para qué dibujas triángulos en el suelo, si no es para hacer magia negra? ¡A mí no me engañas!

—¿Es que no sabes que esos triángulos son parte de un juego? ¿Te has vuelto loca, vieja bruja?

Jayamma dejó de golpe el aventador y los granos de arroz se desparramaron por el umbral de la cocina. Luego se fue al cuarto de oración y cerró la puerta.

La despertó un monólogo salpicado de sollozos, procedente del cuarto de los criados, y tan escandaloso que lo oía con toda claridad a través de las paredes.

—No quiero estar aquí... Yo no quería dejar a mis amigas, ni nuestros campos y nuestras vacas para venir aquí. Pero mi madre me dijo: «Tienes que ir a la ciudad y trabajar para el abogado Panchinalli; si no, ¿de dónde sacarás el collar de oro? ¿Y quién se casará contigo sin un collar de oro?». Pero desde que llegué, no he visto ningún collar de oro..., ¡sólo problemas, problemas y más problemas!

Jayamma gritó hacia la pared:

—¡Problemas, problemas! ¡Mira cómo habla! ¡Como una vieja! ¡Tus desgracias no son nada! ¡Yo sí que he tenido problemas!

Los sollozos se interrumpieron. Jayamma le contó a la chica de baja casta algunos de sus propios problemas. A la hora de la cena, fue al cuarto de los criados con una artesa de arroz y llamó a la puerta, pero Shaila se negó a abrir.

—¡Ay, qué señorita tan altiva!

Siguió aporreando la puerta hasta que terminó abriéndole. Le sirvió arroz y estofado de lentejas, y la observó para comprobar que comía.

A la mañana siguiente, las dos criadas estaban otra vez juntas en el umbral.

—Di, Jayamma, ¿qué pasa en el mundo?

Shaila sonreía alegremente; se había puesto otra vez flores en el pelo y polvos Johnson's en la cara. Jayamma levantó la vista del periódico con una expresión desdeñosa.

—¿Por qué me preguntas? Tú sabes leer y escribir, ¿no?

—Vamos, Jayamma. Ya sabes que los de casta baja no estamos hechos para estas cosas... —La niña sonrió con zalamería—. Si los brahmanes no nos leéis, ¿cómo vamos a enterarnos de las cosas?

—Siéntate —le dijo la vieja con aire altivo.

Pasó las páginas poco a poco y leyó las noticias que más le interesaban.

—Dicen que en el distrito de Tumkur un hombre santo ha conseguido dominar el arte de volar a voluntad y que puede elevarse seis metros en el aire y volver a bajar.

—¿En serio? —La chica parecía escéptica—. ¿Alguien le ha visto hacerlo, o simplemente se creen lo que él dice?

—¡Claro que le han visto hacerlo! —replicó Jayamma, dando golpecitos al recuadro de la noticia, como si fuese una prueba—. ¿Es que nunca has visto hacer magia?

A Shaila le entró una risita histérica. Salió corriendo al patio y se deslizó entre los cocoteros. Jayamma oyó de nuevo la canción. Aguardó hasta que la niña volvió a entrar.

—¿Qué pensará tu marido si te ve con este aspecto de salvaje? Tienes el pelo hecho una pena.

Shaila se sentó otra vez en el umbral y Jayamma le untó el pelo de aceite, se lo peinó y le hizo unas relucientes trenzas negras que habrían inflamado el corazón de cualquier hombre.

A las ocho, la vieja dama y la niña fueron juntas a ver la televisión. La miraron hasta las diez y, cuando Karthik la apagó, regresaron a sus habitaciones.

A medianoche, Shaila se despertó y vio que se abría la puerta de su cuarto.

—Hermanita...

A través de la oscuridad, Shaila distinguió una cabeza plateada medio asomada por la puerta.

—Hermanita..., déjame pasar la noche aquí... Hay fantasmas en mi habitación, de veras...

Moviéndose casi a gatas, Jayamma entró jadeando y sudando, se apoyó en la pared y hundió la cabeza entre las rodillas. La niña salió a ver qué ocurría y volvió muerta de risa.

—No son fantasmas, Jayamma. Son dos gatos que están peleándose en la casa de los cristianos..., nada más.

Pero la vieja dama ya se había dormido y tenía su pelo plateado desparramado por el suelo.

Desde aquella noche, Jayamma se iba a dormir al cuarto de Shaila siempre que oía a los dos gatos demonio soltando chillidos junto a su habitación.

Era la víspera del festival de Navaratri. Aún no le habían dicho nada —ni sus parientes ni el abogado— sobre cuándo podría regresar a casa. El precio del azúcar moreno había subido. También el del queroseno. Jayamma leyó en el periódico que un hombre santo habría aprendido a volar de un árbol a otro en Kerala, aunque sólo si los árboles eran palmas de betel. Al año siguiente iba a producirse un eclipse de sol parcial que podría señalar quizás el final del mundo. V. P. Singh, un miembro del Consejo de Ministros de la India, había acusado al primer ministro de corrupción. El Gobierno podía caer en cualquier momento y se iba a desatar el caos en Delhi.

Esa noche, después de cenar, Jayamma le dijo al abogado que podía aprovechar la festividad del día siguiente para llevar a Karthik al templo Kittamma Devi que había junto a la estación de ferrocarril.

—No debería perder el hábito de la oración ahora que su madre ya no está, ¿no cree? —le dijo en tono sumiso.

—Buena idea... —El abogado siguió leyendo el periódico.

Jayamma inspiró hondo, armándose de valor.

—Si pudiera darme unas rupias para el *rickshaw*...

Llamó al cuarto de la chica y abrió el puño, con aire triunfal.

—¡Cinco rupias! ¡El abogado me ha dado cinco rupias!

Jayamma se dio un baño en el lavabo de los criados, enjabonándose de arriba abajo con jabón de sándalo. Se cambió su sari bermellón por otro de color morado y subió a la habitación del niño, embriagada por la fragancia de su propia piel y por una repentina sensación de importancia.

—Vístete, hermanito, o nos perderemos la ofrenda de las cinco.

El chico estaba en la cama, pulsando los botones de un pequeño juego electrónico. ¡Bip! ¡Bip! ¡Bip!

—Yo no voy.

—Hermanito, es un templo. ¡Hemos de ir!

—No.

—Hermanito... ¿Qué diría tu madre si estuviera...?

El chico dejó el juego un momento, se acercó a la puerta y la cerró de un portazo en sus narices.

Jayamma se tendió en el cuarto de oración, buscando consuelo en los vapores del DDT y en la contemplación de las nalgas plateadas del niño Krishna. La puerta se entreabrió chirriando. Una carita oscura, cubierta de polvos de talco Johnson and Johnson's, le sonrió.

—Jayamma, si él no quiere, llévame a mí al templo...

Las dos se sentaron en silencio en el *autorickshaw*.

—Espera —dijo Jayamma en la entrada del templo.

Compró una cesta de flores con cincuenta paisas de su propio dinero.

—Toma.

Guio a la niña por el interior del templo para que pusiera la cesta en las manos del sacerdote.

Una multitud de devotos se había congregado alrededor del *linga* de plata. Los niños daban saltos para golpear las campanas que rodeaban al dios. Se esforzaban en vano hasta que sus padres los alzaban en brazos. Jayamma vio a Shaila dando saltos para llegar a una campana.

—¿Te levanto?

A las cinco, se celebró la ofrenda ritual. Las llamas se elevaron sobre una bandeja de bronce, alimentadas con cubos de alcanfor. Dos mujeres hicieron sonar dos enormes caracolas; empezó a resonar un gong de latón más y más deprisa cada vez. Luego uno de los brahmanes salió con un platillo de cobre encendido por un lado y Jayamma depositó en él una moneda, mientras la niña acercaba las palmas al fuego sagrado.

Se sentaron en la veranda del templo, de cuyos muros colgaban los tambores gigantescos que se tocaban en las bodas. Jayamma criticó escandalizada a una mujer ataviada con una blusa sin mangas que se dirigía a la entrada. Un padre arrastró hasta la puerta a una cría que no paraba de berrear. Se calmó en cuanto Jayamma y Shaila empezaron a acariciarla.

Las dos criadas dejaron el templo de mala gana. Los pájaros se alzaban volando de los árboles mientras esperaban a que pasara un *rickshaw*. El sol se estaba poniendo ya y en el cielo se amontonaban grupos de nubes incandescentes que parecían condecoraciones militares. Jayamma se puso a discutir con el conductor del *rickshaw* sobre el precio del trayecto; Shaila no podía contener una risita tonta que enfurecía por igual a la mujer y al conductor.

—Jayamma, ¿te has enterado de la gran noticia?

La vieja dama levantó la vista del periódico, que tenía desparramado en el umbral. Se alzó las gafas y miró parpadeando a la chica.

—¿Lo del precio del azúcar moreno?

—No, no.

—¿Lo del hombre de Kasargod que ha dado a luz?

—No, tampoco. —La niña sonrió tímidamente—. Me voy a casar.

Jayamma despegó los labios, se quitó las gafas y se restregó los ojos.

—¿Cuándo?

—El mes que viene. El matrimonio ya está concertado, me lo dijo ayer el abogado. Va a enviar mi collar de oro directamente al pueblo.

—O sea, que ahora te crees una reina, ¿no? —le soltó Jayamma—. ¡Sólo porque vas a casarte con algún palurdo de pueblo!

La miró alejarse hacia el muro del jardín para darle la noticia a la cristiana de labios gruesos.

—¡Voy a casarme, voy a casarme! —canturreó Shaila con dulzura durante todo el día.

Jayamma la previno desde la cocina.

—¿Te crees que casarse es una gran cosa? ¿No sabes lo que le pasó a mi hermana Ambika?

Pero la chica estaba demasiado henchida de orgullo para escuchar. No paraba de cantar:

—¡Voy a casarme, voy a casarme!

Así que fue el niño Krishna el que tuvo que escuchar aquella noche la historia de la desdichada Ambika, castigada por los pecados cometidos en una vida anterior.

Ambika, la sexta hija y la última en casarse, era la belleza de la familia. Un médico rico la quería para su hijo. ¡Excelente noticia! El novio, cuando visitó a Ambika, fue repetidamente al baño. «Mira qué tímido es», decían las mujeres entre risitas. La noche de la boda, se tendió en la cama dándole la espalda a Ambika. Se pasó toda la noche tosiendo. Por la mañana, había sangre en las sábanas. Él le explicó entonces que se había casado con un hombre con tuberculosis avanzada. Habría querido ser honesto, pero su madre no se lo había permitido.

—Pobre desgraciada —le decía, mientras los accesos de tos sacudían su cuerpo—. Alguien debe de haberle hecho magia negra a tu familia.

Un mes más tarde, murió en la cama de un hospital. Su madre dijo en el pueblo que la chica, y todas sus hermanas, estaban malditas. Y ya nadie estuvo dispuesto a casarse con ninguna de ellas.

—Ése es el verdadero motivo de que sea virgen —le hizo saber al niño Krishna—. De hecho, yo tenía una cabellera tan espesa y una piel tan dorada que me consideraban una belleza, ¿lo sabías? —Arqueó las cejas, como una actriz de cine, ante la sospecha de que el diosecillo no la creía del todo—. A veces doy gracias a mis estrellas por no haberme casado nunca. ¿Y si también hubiera sido engañada como Ambika? Mejor solterona que viuda, de todas todas. Y sin embargo, esa pequeña de baja casta no ha podido parar de cantar en toda la mañana... —Tendida en la oscuridad, Jayamma imitó lo vocecita de la chica para que la escuchara el bebé-dios—. ¡Voy a casarme, voy a casarme...!

Y finalmente, llegó el día de la partida de Shaila. El abogado dijo que él mismo la llevaría a casa en su Ambassador verde.

—Me voy, Jayamma.

La vieja dama estaba en el umbral, cepillándose su pelo plateado. Tuvo la

sensación de que Shaila pronunciaba su nombre con deliberada acritud.

—Me voy al pueblo a casarme. —La vieja continuó cepillándose el pelo—. Escribeme alguna vez, ¿de acuerdo, Jayamma? Los brahmanes sois muy buenos escribiendo cartas, los mejores de todos...

Jayamma tiró el peine de plástico a un rincón.

—¡Vete al Infierno, bichejo de casta baja!

Pasaron las semanas. Ahora también tenía que hacer el trabajo de Shaila. Cuando terminaba de servir la cena y fregar los platos, quedaba exhausta. El abogado no hizo la menor alusión a la posibilidad de tomar otra criada. Jayamma comprendió que, en adelante, no tendría más remedio que realizar todas las tareas de la chica de casta inferior.

Se aficionó a deambular por la tarde por el patio trasero con su largo pelo plateado peinado a los lados. Una noche, Rosie, la cristiana de gruesos labios, le hizo señas.

—¿Qué hay de Shaila? ¿Se ha casado?

Confusa, Jayamma se limitó a sonreír.

Empezó a observar a Rosie. ¡Qué despreocupadas eran las cristianas! Comían lo que ellas querían, se casaban y divorciaban cuando les apetecía.

Una noche regresaron los dos demonios. Durante mucho rato permaneció tendida, totalmente paralizada, escuchando los chillidos de aquellos espíritus disfrazados de gatos. Finalmente, se sentó sobre uno de los sacos de arroz rodeados de DDT, apretó con fuerza el ídolo del niño Krishna y, frotando sus nalgas de plata, empezó a cantar:

*Una estrella susurra
de mi corazón el deseo
de verte de nuevo, mi niño,
de verte de nuevo, mi rey.*

A la noche siguiente, el abogado le dijo durante la cena que había recibido una carta de la madre de Shaila.

—Decían que no estaban satisfechos con el tamaño del collar de oro. Y eso que me gasté dos mil rupias..., ¿puedes creerlo?

—Hay gente que nunca se conforma con nada, amo. ¿Qué se le va a hacer?

Él se rascó el pecho desnudo con la mano izquierda y eructó.

—En esta vida, uno siempre es el criado de sus criados.

Aquella noche no pudo dormir de la angustia. ¿Y si el abogado también la estafaba a ella?

—¡Para ti! —le dijo una mañana Karthik, tirándole una carta en el aventador.

Jayamma le sacudió los granos de arroz y la abrió con dedos temblorosos. Sólo había una persona que le escribiera cartas: su cuñada, desde Salt Market Village. La desplegó en el suelo y descifró las palabras una a una:

El abogado nos ha comunicado que va a mudarse a Bangalore. A ti, por supuesto, te devuelven con nosotros. No esperes quedarte aquí mucho tiempo. Ya estamos buscando otra casa adonde enviarte.

Dobló la carta lentamente y se la guardó entre los pliegues del sari. Le había sentado como una bofetada. El abogado no se había molestado siquiera en darle la noticia.

—Bueno, qué le vamos a hacer. ¿Qué soy yo para él, sino una criada más?

Una semana más tarde, el abogado apareció en el cuarto de oración y se detuvo en el umbral, mientras Jayamma se levantaba a toda prisa y trataba de arreglarse el pelo.

—Ya se le ha enviado tu dinero a tu cuñada —le dijo.

Era el acuerdo habitual allí donde Jayamma trabajaba; el salario nunca lo recibía directamente.

El abogado hizo una pausa.

—El chico necesita que alguien cuide de él... Tengo parientes en Bangalore...

—Le deseo todo lo mejor a usted y al amo Karthik —dijo ella, inclinándose con ceremoniosa dignidad.

Ese domingo, acabó de recoger todas las pertenencias que había acumulado durante el último año en la misma maleta con la que había llegado a aquella casa. Lo único que le producía tristeza era despedirse del niño Krishna.

El abogado no iba a acompañarla; tendría que ir a pie por su propia cuenta a la terminal de autobuses. Su autobús no salía hasta las cuatro, así que se paseó un rato por el patio, entre las prendas que se balanceaban en el tendedero. Pensaba en Shaila, aquella chica que corría por allí con el pelo suelto, como una mocosa irresponsable, y que ahora era una mujer casada, la señora de una casa. «Todo el mundo cambia y progresa en la vida —pensó—. Sólo yo sigo siendo lo mismo: una virgen». Se volvió y miró la casa con un pensamiento sombrío: «Es la última vez que veo esta casa en la que he pasado más de un año de mi vida». Se acordaba de todas las casas a las que la habían enviado en los últimos cuarenta años, para criar y engordar a los hijos de los demás. No había sacado nada del tiempo que había vivido en aquellas casas; seguía sin casarse, sin hijos y sin un céntimo. Como un vaso en el que se ha bebido sólo agua, su vida no mostraba ni rastro de los años pasados. Además su cuerpo había envejecido, su vista se había debilitado y le dolían las rodillas. «Nada cambiará para mí hasta que me muera», pensó la vieja Jayamma.

De repente, su melancolía se disipó. Había visto una pelota azul de goma, medio

escondida tras un hibisco. Parecía una de las pelotas con las que Karthik jugaba a críquet; ¿se la habría dejado allí porque estaba pinchada? Jayamma se la puso casi pegada a la nariz para examinarla bien. Aunque no veía ningún orificio, cuando la apretó con fuerza notó en la piel el cosquilleo de un chorro de aire.

Con el recelo instintivo de los criados, la vieja cocinera miró alrededor. Inspiró hondo y lanzó a la pared la pelota azul, que rebotó y volvió directamente a sus manos.

¡No estaba mal!

Jayamma dio vueltas a la pelota y examinó su superficie, algo gastada pero todavía con un bonito brillo azul. La husmeó. Serviría la mar de bien.

Subió a ver a Karthik, que estaba tirado en la cama: ¡Bip! ¡Bip! ¡Bip! Pensó en lo mucho que se parecía, cuando arrugaba la frente de aquel modo y se concentraba en el juego, a la imagen de su madre que había visto en las fotografías. El surco que se le formaba en el entrecejo era como un punto dejado por aquella mujer muerta entre las páginas de un libro.

—Hermanito...

—¿Hmm?

—Me marcho hoy a casa de mi hermano... Me vuelvo al pueblo. No volveré.

—Hmm.

—Que las bendiciones de tu querida madre iluminen siempre tu camino.

—Hmm.

—Hermanito...

—¿Qué pasa? —rezongó, irritado—. ¿Por qué tienes que molestarme siempre?

—Hermanito..., esa pelota azul que hay en el jardín, la que está pinchada, ¿no la usas, verdad?

—¿Qué pelota?

—¿Puedo llevársela a mi pequeño Brijju? A él le encanta jugar a críquet, pero a veces no hay dinero para comprarle una pelota...

—No.

El chico no levantó la vista siquiera. Siguió pulsando los botones de su juego.

¡Bip!

¡Bip!

¡Bip!

—Hermanito..., le disteis un collar de oro a la chica de baja casta... ¿No puedes darme una pelota azul para Brijju?

¡Bip!

¡Bip!

¡Bip!

Jayamma pensó horrorizada en toda la comida con la que había alimentado a

aquella rechoncha criatura; pensó que había sido el sudor de su frente, que goteaba sobre el estofado de lentejas con el calor de la cocina, lo que había ido nutriéndolo poco a poco. Y allí estaba ahora, mofletudo y rollizo, como un animal engordado en el patio trasero de un hogar cristiano. Tuvo una visión de sí misma persiguiendo a aquel chico regordete con un cuchillo de cocina; lo agarraba por los pelos, alzaba el filo sobre su cabeza suplicante y descargaba el golpe, ¡clac!, y la lengua se le quedaba colgando y los ojos parecían salirse de las órbitas, y caía...

La vieja dama se estremeció.

—Eres huérfano de madre y eres un brahmán. No quiero pensar mal de ti... Adiós, hermanito...

Salió al jardín con la maleta y echó una última mirada a la pelota. Al llegar a la verja, se detuvo. Tenía los ojos llenos de lágrimas: de las lágrimas de los justos. El sol se mofaba de ella entre los árboles.

Entonces, Rosie salió al patio. Se detuvo y miró la maleta que Jayamma tenía en la mano. Le dijo algo. Durante un instante, no entendió una palabra; pero luego el mensaje de la cristiana sonó alto y claro en su interior: «¡Toma la pelota, brahmán estúpida!».

Los cocoteros bamboleantes desfilaban junto a la carretera. En el autobús que la llevaba de vuelta a Salt Market Village, Jayamma se sentó junto a una mujer que volvía de la ciudad sagrada de Benarés. Pero no prestó atención a las historias que le contaba aquella mujer santa sobre los grandes templos que había visto... Todos sus pensamientos se concentraban en el objeto que llevaba oculto en su sari, muy pegado a la barriga... La pelota azul con su diminuto orificio, la pelota que acababa de robar. ¡No podía creer que ella, Jayamma, la hija de unos buenos brahmanes de Salt Market Village, hubiera hecho algo semejante!

Finalmente, la mujer santa se quedó dormida. Sus ronquidos llenaron a Jayamma de temor por su propia alma. ¿Qué le harían los dioses, se preguntó mientras el autobús traqueteaba por la carretera de tierra? ¿En qué se convertiría en su siguiente vida? ¿En una cucaracha, en un pececillo de plata que viviría entre las páginas de los libros viejos, en una lombriz, en un gusano metido en un montón de estiércol, o en algo todavía más asqueroso?

Luego se le ocurrió una idea aún más extraña. Quizá, si pecaba lo suficiente en esta vida, regresaría en la siguiente convertida en una cristiana...

La idea la inundó de una exaltación mareante, y enseguida se quedó dormida.

Quinto día (tarde): La catedral de Nuestra Señora de Valencia

No es fácil explicar por qué la catedral de Nuestra Señora de Valencia continúa todavía inacabada, a pesar de los muchos intentos llevados a cabo en los últimos años para terminarla y de la cantidad de dinero enviada por los expatriados que trabajan en Kuwait. La estructura barroca original, que databa de 1691, fue totalmente reconstruida en 1890. Sólo quedó inacabado un campanario, y así ha seguido hasta hoy. Esa torre norte ha estado cubierta de andamios casi sin interrupción desde 1981: los trabajos se reanudan una y otra vez y vuelven a interrumpirse, bien por falta de fondos, bien por la muerte de algún eclesiástico importante. Aun en ese estado incompleto, la catedral está considerada como la atracción turística más importante de Kittur. Son de especial interés los frescos del cuerpo milagrosamente incorrupto de san Francisco Javier, que decoran el techo de la capilla, y el gigantesco mural titulado *Alegoría de Europa llevando la Ciencia y la Ilustración a las Indias Orientales*, que se encuentra detrás del altar.

• • •

George D'Souza, el fumigador, había encontrado a una princesa. Las pruebas de semejante afirmación las presentaría al ponerse el sol, cuando terminaran los trabajos en la catedral. Hasta entonces, pensaba limitarse a comer sandía, a soltarles indirectas a sus amigos y a sonreír con picardía.

Se había sentado sobre una pirámide de piedras de granito, en el recinto que había frente a la catedral, dejando a un lado la mochila metálica y la pistola rociadora.

Las hormigoneras zumbaban a ambos lados de la mole del templo, triturando el granito y mezclándolo con barro para regurgitar montones de argamasa. El cemento y el ladrillo se subían por un andamio hasta lo alto del campanario. Dos de los amigos de George se encargaban de vaciar botellas de litro de agua en la hormigonera. Las máquinas chorreaban sobre la tierra roja del recinto y formaban riachuelos de agua ensangrentada que descendían de la catedral, como si ésta fuese un corazón puesto a secar en un trozo de papel de periódico.

Al terminar su sandía, George se puso a fumar un *beedi* tras otro. Cerró los ojos y los hijos de los trabajadores aprovecharon enseguida para rociarse unos a otros de pesticida. Los persiguió un rato; luego regresó a la pirámide y volvió a sentarse.

Era un tipo bajito, ágil y de tez oscura, que parecía andar por los cuarenta y pocos, aunque considerando que el trabajo físico envejece, tal vez fuese más joven y

estuviera al borde de los treinta. Tenía una gran cicatriz bajo el ojo izquierdo y toda la cara marcada de un modo que daba la impresión que había sufrido hacía poco un acceso de varicela. Sus bíceps eran flexibles y delgados; no las masas relucientes y sinuosas desarrolladas en los gimnasios caros, sino la pura fibra tallada por la necesidad y el trabajo: dura como la piedra y marcada a fuego tras una vida entera alzando pesos para otros.

Al ponerse el sol, amontonaron leña delante de la pirámide de piedras, encendieron una hoguera y empezaron a preparar *curry* de pescado en una olla negra. Había una radio encendida y los mosquitos zumbaban sin parar. Con la tez bruñida por las llamas parpadeantes y fumando *beedis*, se hallaban sentados junto a George sus antiguos colegas: Guru, James y Vinay. Los tres habían trabajado con él en la obra antes de que lo despidieran.

Ahora sacó del bolsillo su cuaderno verde y lo abrió por la mitad, donde había guardado una cosa rosada, como la lengua de un animal que hubiera capturado y desollado.

Un billete de veinte rupias. Vinay lo manoseó maravillado. Incluso cuando Guru ya se lo había arrebatado de las manos con cuidado, no podía quitarle los ojos de encima.

—¿Te has ganado esto por echar pesticida en su casa?

—No, no. Ella me ha visto rociando con la pistola y me imagino que se ha quedado impresionada, porque me ha pedido que hiciera unos trabajos de jardinería.

—Una mujer tan rica, ¿y no tiene jardinero?

—Sí, pero está siempre borracho. Así que yo he hecho su trabajo.

Había tenido que limpiar de ramas secas el desagüe del patio trasero, amontonarlas en un rincón y quitar del conducto toda la porquería acumulada, donde se reproducían los mosquitos. Luego había recortado los setos del patio de delante con unas podadoras gigantescas.

—¿Y nada más? —dijo Vinay, boquiabierto—. ¿Veinte rupias sólo por eso?

George dejó escapar el humo con exuberante picardía. Volvió a meter las veinte rupias entre las páginas del cuaderno y se lo guardó en el bolsillo.

—Por eso digo que es mi princesa.

—Los ricos poseen el mundo entero —dijo Vinay con un suspiro, a medio camino entre la rebeldía y la aceptación—. ¿Qué son veinte rupias para ellos?

Guru, que era hindú, hablaba poco por lo general y sus amigos lo consideraban un tipo «profundo». Había viajado incluso hasta Bombay y sabía leer los rótulos en inglés.

—Dejad que os diga cómo son los ricos. Dejad que os diga.

—Muy bien. Dinos.

—Os voy a decir cómo son los ricos. En Bombay, en el hotel Oberoi, que está en

la zona comercial de Nariman Point, hay un plato llamado *Beef Vindaloo* que cuesta quinientas rupias.

—¡No puede ser!

—¡Sí, quinientas! Salía el domingo en el periódico inglés. Ahora ya sabéis cómo son los ricos.

—¿Y si pides ese plato y te das cuentas luego de que te has equivocado y no te gusta? ¿Te devuelven el dinero?

—No, pero si eres rico no importa. ¿Sabéis cuál es la mayor diferencia entre los ricos y nosotros? Que los ricos pueden equivocarse una y otra vez. Nosotros cometemos un solo error y ya estamos listos.

Después de cenar, George se los llevó a todos a beber al garito de aguardiente. Desde que lo habían despedido de la obra, él había comido y bebido gracias a la generosidad de sus amigos. Lo de fumigar contra los mosquitos se lo había conseguido Guru a través de un contacto que tenía en el Ayuntamiento, pero era sólo un día a la semana.

—El próximo domingo —dijo Vinay cuando salieron a medianoche del garito, borrachos perdidos—, pienso ir a ver a tu jodida princesa.

—No te diré dónde vive —gritó George—. Es mi secreto.

Los demás se enfurruñaron, pero tampoco insistieron. Bastante contentos estaban con ver a su amigo de buen humor, cosa más bien rara, porque era un hombre resentido.

Se fueron a dormir a las tiendas instaladas detrás de los terrenos en obras de la catedral. Como era septiembre, aún cabía el peligro de que se pusiera a llover, pero George durmió al raso, mirando las estrellas y pensando en la mujer generosa que había hecho que aquél fuese un día feliz para él.

Al domingo siguiente, George se puso a la espalda su mochila metálica, conectó la pistola rociadora a una de sus boquillas y empezó a recorrer el barrio de Valencia. Se detenía en cada casa que le pillaba de camino y cada vez que veía un desagüe o un charco, o la boca de una alcantarilla, disparaba su pistola: *zzzz...*, *zzzz...*

Recorrió medio kilómetro desde la catedral y luego dobló a la izquierda para meterse en una de las callejas que descendían de la colina. Caminó cuesta abajo, disparando su pistola a los desagües que habían en la cuneta: *zzzz...*, *zzzz...*

Había cesado la lluvia y ya no bajaban por la pendiente furiosos torrentes de agua embarrada, pero las ramas de los árboles y los tejados de las casas seguían goteando sobre la calle, y entre las losas sueltas se formaban regueros relucientes que corrían hacia los desagües con un suave murmullo. La superficie de las zanjas se hallaba revestida de una espesa capa de musgo, semejante a un sedimento de bilis, y del fondo brotaban grupos de juncos. Por todas partes brillaban charcos diminutos que

destellaban como esmeraldas líquidas.

Una docena de mujeres con saris de colores llamativos, cada una con un pañuelo verde o malva en la cabeza, recortaban la hierba de la cuneta. Los obreros inmigrantes, moviéndose todos al mismo tiempo mientras iban cantando sus extrañas canciones tamiles, trabajaban en el fondo de las zanjas, raspando el musgo y arrancando las hierbas que crecían entre las piedras de un tirón seco, como si se las arrebatasen a un niño testarudo; otros se ocupaban de sacar la mugre del fondo a puñados y de tirarlos a un gran montón viscoso.

George los miró con desprecio y pensó: «¡Pero yo mismo he caído al nivel de esta gente!».

Le entró el malhumor y empezó a fumigar a la ligera, e incluso dejó de rociar adrede unos cuantos charcos.

Al llegar al 10A, advirtió que estaba delante de la casa de su princesa. Levantó el pestillo de la verja roja y entró.

Las ventanas estaban cerradas; pero al acercarse a la casa oyó un zumbido de agua en el interior. «Está duchándose en mitad del día —pensó—. Las mujeres ricas hacen estas cosas».

Él había deducido de inmediato, cuando la vio la semana anterior, que su marido estaba fuera. Con un poco de experiencia, es fácil identificar a esas mujeres cuyos maridos trabajan en el Golfo: tienen todo el aire de no haber vivido con un hombre en mucho tiempo. Su marido le había dejado sobradas compensaciones por su ausencia: el único coche con chófer de todo el barrio de Valencia, un Ambassador blanco que estaba aparcado en el sendero, y el único aparato de aire acondicionado de toda la calle, que sobresalía de su dormitorio, por encima de los jazmines del jardín, zumbando y goteando agua.

Al conductor del Ambassador blanco no se le veía por ningún lado.

Debía de estar otra vez bebiendo por ahí, pensó George. La vez anterior había visto a una vieja cocinera en el patio trasero. Una vieja y un conductor negligente: ésa era la única compañía que tenía aquella dama en su casa.

Había una zanja que iba desde el jardín hasta el patio trasero y él siguió su recorrido, rociándolo todo: zzzz..., zzzz... El desagüe estaba atascado otra vez. Bajó con cuidado entre la mugre y la porquería acumulada y fue disparando su pistola en distintos ángulos, deteniéndose cada vez para examinar su trabajo. Aplicó la boca de la pistola rociadora contra la pared de la zanja. El zumbido cesó en el acto. Una espuma blanca, semejante a la que se produce cuando se le hace morder un vidrio a una serpiente para que suelte su veneno, se desparramó sobre las larvas de los mosquitos. Luego ajustó el mando de la pistola, la encajó en una ranura del cilindro de su mochila y fue a buscar a la mujer para que le firmara una vez más en el registro.

—¡Eh! —dijo una voz femenina desde arriba—. ¿Tú quién eres?

—Soy el fumigador. Estuve aquí la semana pasada.

La ventana se cerró. Le llegaron diversos sonidos del interior: cerrojos, pasos y portazos; finalmente, surgió una vez más ante él: su princesa. La señora Gomes, la inquilina del 10A, era una mujer alta que debía rondar ya los cuarenta; llevaba los labios pintados de rojo brillante y una bata de estilo occidental que dejaba a la vista sus brazos casi hasta el hombro. De las tres clases de mujeres que había: «tradicionales», «modernas» y «trabajadoras», la señora Gomes pertenecía sin la menor duda a la segunda, a la tribu de las «modernas».

—No hiciste bien tu trabajo la otra vez —le dijo, mostrándole los verdugones rojos que tenía en las manos. Luego dio un paso atrás y alzó el borde de su larga bata verde para descubrir sus tobillos mancillados—. Tu fumigación no sirvió de nada.

A George le ardía la cara de vergüenza, pero al mismo tiempo no podía quitar los ojos de lo que le mostraba.

—El problema no es mi fumigación, sino su patio trasero —le replicó—. Hay más ramas bloqueando la zanja, y yo diría que incluso hay algún animal muerto, quizás una mangosta, que impide que corra el agua. Por eso siguen reproduciéndose los mosquitos. Venga y véalo usted, si no me cree —le sugirió.

Ella meneó la cabeza.

—Ese patio es un asco. Yo nunca entro ahí.

—Volveré a limpiárselo —le dijo—. Así se librá de los mosquitos mucho mejor que si se lo fumigo.

La mujer frunció el ceño.

—¿Cuánto quieres por ese trabajo?

A él le molestó su tono, así que respondió:

—Nada...

Volvió al patio de atrás, se metió en la zanja y empezó a quitar la porquería. «¡Esta gente se cree que nos puede comprar como si fuésemos ganado! ¿Cuánto quieres por esto? ¿Cuánto por aquello?».

Media hora más tarde, llamó al timbre con las manos negras; tras unos segundos, oyó que ella le gritaba:

—Ven aquí.

Rodeó la casa siguiendo su voz hasta una ventana cerrada.

—¡Ábrela!

Metió sus manos ennegrecidas en la rendija que había entre las dos hojas de la ventana y las abrió. La señora Gomes estaba leyendo en la cama.

George metió el bolígrafo en el libro de registro y se lo tendió.

—¿Qué he de hacer con esto? —preguntó la mujer, acercándose a la ventana, con una fragancia de pelo recién lavado.

Le señaló una línea con un dedo pringoso: «Número 10A, señor Roger Gomes».

—¿Quieres un té? —dijo la mujer, mientras falsificaba la firma de su marido.

Se quedó mudo de asombro. Nunca le habían ofrecido té mientras trabajaba. Dijo que sí, más que nada por miedo a la reacción que pudiera tener aquella mujer rica si lo rechazaba.

Una vieja criada, tal vez la cocinera, se asomó por la puerta trasera y lo observó con suspicacia cuando la señora Gomes le dijo que le llevase un té.

La vieja regresó al cabo de unos minutos con una taza en la mano, miró al fumigador con desdén y se la dejó en el umbral.

George subió los tres peldaños, tomó la taza, bajó y retrocedió todavía otros tres pasos antes de empezar a tomarse el té.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo este trabajo?

—Seis meses.

Dio un sorbo y, llevado por una repentina inspiración, añadió:

—Tengo en mi pueblo una hermana a la que he de mantener, Maria. Es una buena chica, señora. Cocina bien. ¿No necesitará una cocinera?

La princesa meneó la cabeza.

—Tengo una muy buena, lo siento.

George apuró la taza y la dejó al pie de los escalones con gran cuidado para que no se volcara.

—¿Volverán a surgir problemas en mi patio trasero?

—Seguro. Los mosquitos son malignos, señora. Causan malaria y filariasis. —Le contó que a su hermana Lucy, en el pueblo, la malaria le había afectado al cerebro—. Decía que iba a mover sus brazos consumidos así, como un colibrí, hasta llegar a la ciudad santa de Jerusalén. —Empezó a girar alrededor del coche aparcado, agitando los brazos, para mostrárselo.

Ella soltó una repentina y salvaje carcajada. George le había parecido un hombre serio y reservado, y no se esperaba aquel arranque de frivolidad por su parte; nunca había visto a una persona de clase inferior tan graciosa. Lo miró de pies a cabeza, como si lo viese por primera vez.

Él había advertido, por su lado, que ella se reía con tanto entusiasmo (y que resoplaba) como una campesina. Eso tampoco se lo esperaba; las mujeres educadas no se reían tan abierta y brutalmente, y su comportamiento, viniendo de una dama tan rica, lo confundía.

—Se supone que Matthew debe limpiar ese patio —añadió con tono hastiado—. Pero ni siquiera se presenta lo bastante a menudo para cumplir como chófer, o sea, que del patio mejor olvidarse. Siempre anda por ahí bebiendo.

Entonces se iluminó su expresión.

—Encárgate tú —dijo—. Tú puedes ser mi jardinero a tiempo parcial. Te pagaré.

George estaba a punto de aceptar, pero algo en su interior se resistía. No le

gustaba el modo informal con que le había ofrecido el trabajo.

—Ése no es mi trabajo, limpiar la mierda de los patios. Pero lo haré por usted, señora. Haría cualquier cosa por usted, porque es una buena persona. Lo veo en su alma.

Ella sólo otra carcajada.

—Empiezas la semana que viene —dijo, todavía con vestigios de risa reverberando en su rostro, y cerró la puerta.

Cuando George ya se había ido, la mujer abrió la puerta del patio. Casi nunca salía allí. El hedor a tierra abonada y aguas residuales era muy intenso, y estaba todo invadido de hierbas. El olor del pesticida volvió a llegarle de pronto y la arrastró fuera de la casa. Oía un sonido peculiar y dedujo que el fumigador todavía andaba cerca.

Zzzz..., *zzzz...* Siguió el ruido mentalmente por el vecindario —primero la casa de los Monteiro; luego la finca del doctor Karkada; después el seminario y el colegio de profesores jesuita de Valencia: *zzzz...*, *zzzz...*—, hasta que por fin le perdió la pista.

Sentado en la pirámide de piedras, George esperó a que sus amigos terminaran para irse todos al garito y empezar a beber aguardiente.

—¿Qué mosca te ha picado? —le dijo uno de ellos, más tarde—. Hace rato que no dices palabra.

Después de una hora de risas y alboroto, se había sumido en un hosco silencio. Pensaba en el hombre y la mujer..., en los que aparecían en la portada de la novela de su princesa. Estaban en un coche: ella con el pelo alborotado por el viento, él sonriendo. En segundo plano se veía un avión. Un rótulo en inglés —el título del libro— en grandes letras plateadas sobrevolaba la escena como una bendición del dios de la buena vida.

Pensaba en la mujer que podía permitirse el lujo de pasarse los días leyendo semejantes libros, cómodamente instalada en su casa, con el aire acondicionado puesto a todas horas.

—Los ricos abusan de nosotros. Siempre igual: «Toma, quédate veinte rupias y bésame los pies. Baja a la zanja. Límpiame la mierda». Siempre lo mismo.

—Ya está otra vez igual —dijo Guru, con una risita—. Fueron estas monsergas las que le costaron el despido, pero él no cambia. Siempre tan amargado.

—¿Por qué habría de cambiar? ¿Acaso estoy mintiendo? —replicó a gritos—. Los ricos se quedan en la cama leyendo libros, y viven solos, sin familia, y comen platos de quinientas rupias que se llaman..., ¿cómo era el nombre? ¿Vindoo? ¿Vindiloo?

Esa noche no pudo dormir. Salió de la tienda y deambuló por los terrenos de la obra, contemplando durante horas la catedral inacabada y pensando en la mujer del

10A.

A la semana siguiente, se dio cuenta de que ella estaba esperándolo. En cuanto llegó, la mujer extendió un brazo y lo fue girando ante sus ojos a uno y otro lado hasta completar los 360 grados.

—Ni una picadura —dijo—. La semana pasada la cosa fue mucho mejor. Tu fumigación está funcionando.

George se puso manos a la obra. Primero salió al patio trasero con su pistola y, ajustando un mando del cilindro que llevaba a la espalda, se puso de rodillas y roció de vermicida la zanja de su princesa. Luego, mientras ella observaba, arregló el desbarajuste que reinaba en aquella parte tan descuidada de su casa: cavó, fumigó, cortó y limpió durante una hora.

Aquella noche, sus amigos no daban crédito a sus oídos.

—Ahora ya es un trabajo de jornada completa —les dijo George—. La princesa me considera tan buen trabajador que quiere que me quede y que duerma en un cobertizo del patio trasero. Me paga el doble de lo que gano ahora. Ya no he de seguir fumigando. Es perfecto.

—Apuesto a que no volvemos a verte el pelo —dijo Guru, tirando su *beedi* al suelo.

—No es verdad —protestó—. Vendré a beber cada noche.

Pero tenía razón. Ya apenas lo vieron desde entonces.

El lunes, una mujer blanca vestida con un *salwar kameez* al estilo del norte de la India apareció en la verja y le preguntó en inglés:

—¿Está la señora?

Él abrió con una reverencia.

—Sí, está en casa.

Era inglesa y le daba clases de yoga y respiración a la señora. El aire acondicionado estaba apagado y George oyó un sonido de inspiraciones y espiraciones profundas procedente del dormitorio. Media hora después, la mujer blanca salió y le dijo:

—Es increíble, ¿no? Que yo tenga que enseñar yoga.

—Sí, es triste. Los indios nos hemos olvidado de nuestra propia civilización.

La mujer blanca y la señora pasearon un rato por el jardín.

Los martes por la mañana, Matthew, con los ojos enrojecidos y un aliento que apestaba a aguardiente, llevaba a la señora a la reunión de damas del Lion's Club, en Rose Lane. A eso parecía limitarse la vida social de la señora Gomes. George sostuvo la verja abierta cuando salieron. Al pasar el coche, vio que Matthew se volvía y le echaba una mirada hosca.

«Me tiene miedo —pensó George, mientras se ponía otra vez a recortar las

plantas del jardín—. ¿Creerá quizá que voy a intentar quitarle el puesto de chófer?». ».

No se le había ocurrido hasta entonces.

Cuando volvió el coche, lo examinó con aire crítico: tenía los costados llenos de mugre. Lo lavó con la manguera y luego frotó la plancha con un trapo sucio y el interior con uno limpio. Se le ocurrió mientras lo hacía que lavar el coche no era tarea suya. Como jardinero, estaba trabajando de más. Aunque la señora tampoco se daría cuenta. Los ricos nunca muestran gratitud, ¿no es cierto?

—Has hecho un trabajo excelente con el coche —le dijo la señora Gomes por la noche—. Te lo agradezco.

George se sintió avergonzado. Aquella mujer, pensó, era realmente distinta de los demás ricos.

—Yo haría cualquier cosa por usted, señora —le dijo.

Siempre que hablaban mantenía con ella una distancia de más de un metro; a veces, en el curso de la conversación, se aproximaban un poco y a él se le dilataban las narices al percibir su perfume; automáticamente, con pequeños pasitos, volvía a adoptar la distancia apropiada entre señora y criado.

La cocinera le traía té por las noches y se quedaba a charlar con él durante horas. George no había entrado aún en la casa, pero por lo que contaba la vieja comprendió que las maravillas que albergaba iban mucho más allá del aire acondicionado. La enorme caja blanca que veía cuando se abría la puerta de detrás era una máquina que hacía la colada —y secaba— de modo automático, según le explicó la cocinera.

—Su marido quería que la usara y ella se negaba. Nunca se ponían de acuerdo en nada. Además —susurró, con aires de conspiración—, no tienen hijos. Eso siempre trae problemas.

—¿Qué fue lo que los separó?

—La manera de reírse de ella —dijo la vieja—. Su marido decía que se reía como un demonio.

Él también había reparado en aquella risa aguda y salvaje, que parecía una risa de niño o de animal, ufana e impúdica. Siempre se detenía en su trabajo para escucharla cuando empezaba a rebotar por las habitaciones de la casa; y con frecuencia le parecía oírla también al percibir otros sonidos, incluso en el chirrido de una puerta mal engrasada o en la cadencia peculiar del canto de un pájaro. Entendía a qué se había referido su esposo.

—¿Tienes estudios, George? —le preguntó la señora Gomes un día, sorprendida al encontrárselo leyendo el periódico.

—Más o menos, señora. Hice hasta décimo grado, pero suspendí el Certificado de Secundaria.

—¿Suspendiste? —dijo, sonriendo—. ¿Cómo es posible suspender el Certificado de Secundaria? Es un examen facilísimo...

—Hice todas las sumas, señora. Pasé las Matemáticas con un sesenta sobre cien. Sólo suspendí en Sociales, porque no supe señalar Madrás y Bombay en el mapa de la India que me dieron. ¿Qué podía hacer yo, señora? Nosotros no habíamos estudiado esas cosas. Saqué treinta y cuatro en Sociales y me suspendieron.

—¿Por qué no te examinaste otra vez?

—¿Otra vez? —repitió él, como si no comprendiera la pregunta—. Empecé a trabajar —dijo al fin, porque no sabía qué responder—. Trabajé seis años, señora. Las lluvias fueron muy malas el año pasado y no hubo cosecha. Nos enteramos de que daban trabajo a los cristianos en esa obra, en la catedral, quiero decir, y muchos nos vinimos del pueblo. Yo trabajaba de carpintero, señora. ¿Qué tiempo tenía para estudiar?

—¿Y por qué dejaste la obra?

—Porque tengo mal la espalda.

—Entonces tal vez no deberías hacer este tipo de trabajo —dijo ella—. ¿No te acabará de lastimar la columna? ¡Y luego dirás que te he roto la espalda y armarás un escándalo!

—Mi espalda está perfectamente, señora. Perfectamente. ¿No ve cómo me agacho y trabajo cada día?

—Entonces, ¿por qué me has dicho que tenías mal la espalda? —inquirió. George se quedó callado y ella añadió, meneando la cabeza—. ¡Ay, no hay quien os entienda a los de pueblo!

Al día siguiente, la esperó con impaciencia. Cuando salió al jardín después del baño, secándose el pelo con una toalla, se le acercó y le dijo:

—Él me dio una bofetada, señora. Yo se la devolví.

—¿De qué me hablas, George? ¿Quién te abofeteó?

Entonces le explicó que se había peleado con su capataz y, para mostrarle lo rápido y automático que había sido, hizo la pantomima de dos veloces sopapos.

—Dijo que estaba echándole miraditas a su esposa, señora. Cosa que no era verdad. En mi familia somos honestos. Nosotros en el pueblo nos dedicábamos a arar —explicó—. Y a veces encontrábamos monedas de cobre..., de la época del sultán Tipu, tienen más de cien años. Pero ellos me las quitaban de las manos y las fundían para quedarse el cobre. A mí me habría gustado mucho quedármelas, pero se las entregaba al señor Coelho, el propietario. No soy una persona deshonesto. Yo no robo ni miro a la mujer del vecino. Ésa es la verdad. Vaya al pueblo y pregúntele al señor Coelho. Él se lo dirá.

Ella sonrió. Como todas las personas de pueblo, empleaba para defenderse unos circunloquios ingenuos y entrañables.

—Te creo —dijo, y entró en la casa sin cerrar la puerta.

Él atisbó el interior y vio relojes, alfombras rojas, medallones de madera en las

paredes, tiestos con plantas y objetos de bronce y plata. Entonces la puerta volvió a cerrarse.

Ese día le llevó ella misma el té. Dejó el vaso en el umbral y él se apresuró a subir los escalones con la cabeza gacha, lo recogió y bajó otra vez a toda prisa.

—Ah, señora, pero ustedes lo tienen todo y nosotros no tenemos nada. No es justo —dijo, dando sorbos.

Ella soltó una risita. No se esperaba una salida tan directa viniendo de un pobre. Le parecía un detalle simpático.

—No es justo, señora —repitió—. Usted tiene incluso una lavadora que nunca utiliza. Mire si tiene cosas.

—¿Me estás pidiendo más dinero? —dijo ella, arqueando las cejas.

—No, señora, ¿por qué? Usted paga muy bien. Yo no me ando con rodeos —dijo—. Si quiero más dinero, lo pido.

—Yo tengo otros problemas que tú no conoces, George. Yo también tengo problemas. —Sonrió y volvió adentro.

Él se quedó allí de pie, esperando en vano una explicación.

Un poco más tarde, se puso a llover. La profesora extranjera de yoga apareció con un paraguas entre el aguacero. Corrió a la verja para abrirle y luego se sentó en el garaje, junto al coche, y escuchó a hurtadillas el sonido de las profundas inspiraciones y espiraciones que hacía la señora en su cuarto. Para cuando terminó la sesión de yoga, la lluvia ya había cesado y el jardín centelleaba bajo el sol. Las dos mujeres parecían excitadas por aquella luz deslumbrante... y por lo bien cuidado que estaba el jardín. La señora Gomes hablaba con su amiga con un brazo apoyado en la cadera; George advirtió que, a diferencia de aquella mujer europea, ella había conservado su figura. Supuso que sería porque no tenía hijos.

Hacia las seis y media se encendían las luces de su dormitorio y se oía el sonido del agua. Se estaba bañando. Tomaba un baño todas las noches. No le hacía falta, porque volvía a bañarse por la mañana y, además, tenía una maravillosa fragancia a perfume, pero aun así se bañaba dos veces. Con agua caliente, de eso estaba seguro; cubriéndose de espuma y relajando todos sus miembros. Era una mujer que hacía cosas sólo por placer.

El domingo, subió la cuesta de la colina para asistir a la misa de la catedral; al volver, el aire acondicionado seguía en marcha. «O sea, que ella no va a la iglesia», pensó.

Los miércoles por la tarde, cada quince días, pasaba por la casa la Biblioteca Itinerante Ideal. El bibliotecario llegaba montado en una Yamaha, llamaba al timbre, desataba la caja metálica de libros que llevaba sujeta en la parte trasera y la colocaba sobre el maletero del coche para que la señora Gomes pudiera examinarlos. Ella los escudriñaba atentamente y elegía un par. Un día, cuando ya había escogido y pagado,

y había vuelto a entrar en casa, George se acercó al bibliotecario conductor, que estaba atando de nuevo la caja a su Yamaha, y le dio unos golpecitos en el hombro.

—¿Qué clase de libros se queda la señora?

—Novelas.

El bibliotecario se detuvo y le hizo un guiño.

—Novelas verdes. Todos los días veo a docenas de mujeres como ella: mujeres que tienen en el extranjero a sus maridos.

Flexionó un dedo y lo meneó.

—Aún les pica, ¿sabes? Así que han de leer novelas inglesas para desahogarse.

George sonrió abiertamente. Pero cuando la Yamaha trazó un semicírculo, levantando una nube de polvo, y abandonó el jardín, corrió hacia la verja y gritó:

—¡No hables así de la señora, hijo de puta!

Esa noche permaneció mucho rato despierto. Se paseaba sin hacer ruido por el patio trasero. Pensaba. Le parecía, al echar la vista atrás, que su vida había consistido en cosas que no le habían dicho que sí y cosas a las que no había podido decir que no. El certificado de secundaria no le había dicho que sí, y él no había podido decirle a su hermana que no. No se veía a sí mismo abandonando a su hermana a su suerte ni volviendo a hacer el examen de Secundaria para completarlo.

Salió del jardín, subió por la calleja y recorrió la avenida. La catedral inacabada era una mole oscura que se recortaba contra el cielo azul marino. Encendió un *beedi* y deambuló alrededor del desbarajuste de máquinas y materiales de la obra, mirando aquellos objetos familiares como si no lo fueran, como si se tratara de cosas extrañas.

Al otro día, aguardó a que saliera para hacerle un anuncio:

—He dejado de beber, señora —le dijo—. Tomé la decisión anoche. Nunca más otra botella de aguardiente.

Quería que ella lo supiera; ahora se sentía con la capacidad para vivir como quisiera. Aquella tarde, mientras recortaba un rosal en el jardín, Matthew levantó el pestillo y entró. Con una hosca mirada, se alejó hacia su rincón en el patio trasero.

Pero media hora más tarde, cuando la señora Gomes tenía que acudir a su reunión de damas del Lion's Club, Matthew no apareció por ningún lado, aunque lo llamó a gritos seis veces.

—Déjeme conducir a mí, señora —le dijo George.

Ella lo examinó, escéptica.

—¿Sabes conducir?

—Señora, cuando eres pobre, hay que aprender de todo, desde labrar hasta conducir. ¿Por qué no sube y comprueba por sí misma lo bien que conduzco?

—¿Tienes el permiso? ¿No me matarás?

—Señora —dijo—, jamás haría nada que pudiese ponerla en peligro. —Y añadió enseguida—: Incluso daría mi vida por usted.

Ella sonrió al oírlo; pero al ver que hablaba en serio, dejó de sonreír en el acto. Subió al coche, George arrancó y se convirtió así en su chófer.

—Conduces bien —le dijo al final—. ¿Por qué no trabajas a jornada completa como mi nuevo chófer?

—Yo haré cualquier cosa por usted, señora.

Matthew fue despedido aquella misma noche.

—Nunca me gustó ese hombre —le dijo la cocinera—. Me alegra que te quedés tú.

Él le hizo una reverencia.

—Tú eres para mí como una hermana mayor —dijo, y observó la sonrisa radiante que le dirigía la mujer.

Por las mañanas lavaba el coche y luego se sentaba con las piernas cruzadas en el taburete de Matthew, tarareando alegremente y aguardando a que la señora le diera la orden de salir. Cuando la llevaba a sus reuniones del Lion's Club, se paseaba alrededor del mástil de la bandera que había delante del club y miraba pasar los autobuses y también la entrada de la biblioteca municipal. Ahora contemplaba los autobuses y la biblioteca de otro modo: no como un mero vagabundo, como un pobre obrero que había de bajar a las zanjas con una pala, sino como alguien con sus propios intereses.

Una vez la llevó al mar. Ella caminó hacia el agua y se sentó junto a las rocas, para contemplar las olas plateadas, mientras él aguardaba en el coche observándola.

De vuelta en casa, cuando ya se apeaba, carraspeó.

—¿Qué sucede, George?

—Mi hermana Maria.

Lo miró con una sonrisa, animándolo a proseguir.

—Ella sabe cocinar, señora. Es limpia, trabajadora y una buena cristiana.

—Ya tengo cocinera, George.

—No es buena, señora. Y es vieja. ¿Por qué no se libra de ella y manda venir a mi hermana del pueblo?

La expresión de la mujer se ensombreció.

—¿Te crees que no me doy cuenta de lo que estás haciendo? ¡Pretendes adueñarte de mi casa! ¡Primero te quitas de encima a mi chófer y ahora a mi cocinera!

Entró en la casa y cerró de un portazo. Él sonrió, sin preocuparse. Había plantado la semilla y, con algo de tiempo, acabaría germinando. Ahora ya sabía cómo funcionaba la mente de aquella mujer.

Aquel verano, cuando escaseó el agua, George le demostró a la señora Gomes hasta qué punto era indispensable. Subía a la cima de la colina para esperar al camión cisterna y bajaba él mismo cargado con los cubos; así llenaba la cisterna del baño y

de los retretes y le ahorraba la humillación de tener que racionar el agua al tirar de la cadena, como hacía todo el mundo en el vecindario. En cuanto oyó el rumor de que el Ayuntamiento iba a restringir el suministro de agua corriente (a veces sólo daban el agua media hora cada dos o tres días), entró a toda prisa en la casa, gritando: «¡Señora! ¡Señora!».

Ella le dio un juego de llaves de la puerta trasera para que entrase cada vez que oyerá que habían dado el agua, fuese la hora que fuese, y llenara todos los cubos.

Gracias a todos sus esfuerzos, la señora, en un momento en que la mayoría no podía bañarse ni siquiera cada dos días, siguió tomando sus dos baños de placer diarios.

—¡Qué absurdo —le dijo, una tarde, asomándose por la puerta trasera con el pelo húmedo, que le caía por la espalda, mientras se lo frotaba enérgicamente con una toalla blanca— que en este país con tantísima lluvia tengamos todavía carestía de agua! ¿Cuándo cambiará la India de una vez?

Él sonrió, apartando los ojos de su figura y su pelo húmedo.

—George, voy a subirte la paga —le dijo, y volvió adentro, y cerró la puerta con firmeza.

Pocos días después, se produjo otra buena noticia para él. Al atardecer vio que la cocinera abandonaba la casa con una bolsa bajo el brazo. Cuando se cruzaron, le lanzó una torva mirada y le dijo con voz sibilante:

—¡Sé lo que pretendes hacer con ella! ¡Le he advertido que acabarás con su buena fama! Pero la tienes hechizada.

Una semana después de que Maria se incorporase al servicio del número 10A, la señora Gomes se presentó en el garaje mientras George manoseaba el motor del coche.

—El *curry* de camarones de tu hermana es excelente.

—En mi familia todo el mundo es muy trabajador, señora.

Tan excitado estaba que alzó la cabeza de golpe, dándose un porrazo con el capó. Se hizo bastante daño, pero la señora Gomes había empezado a reírse con aquella risa suya, aguda y animal, y él trató de reírse con ella mientras se frotaba el chichón de la coronilla.

Maria era una chica menuda y asustadiza. Había llegado con dos maletas, sin una pizca siquiera de inglés y sin ningún conocimiento de la vida más allá de su pueblo. La señora Gomes le había tomado simpatía y le permitía dormir en la cocina.

—¿De qué hablan la señora y esa mujer extranjera? —le preguntó George una noche, cuando Maria apareció en su cobertizo con la cena.

—No lo sé —repuso la chica, sirviéndole el *curry* de pescado.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No prestaba atención —dijo, con una voz estrangulada, temerosa como siempre

ante la presencia de su hermano.

—¡Pues presta más atención! No te quedes ahí sentada como un pasmarote, diciendo: «¡Sí, señora!» y «¡No, señora!». ¡Toma la iniciativa! ¡Mantén los ojos abiertos!

Los domingos se llevaba a su hermana a la misa de la catedral. Los trabajos se detenían por la mañana para que la gente pudiera entrar; pero en cuanto empezaban a salir, ya veían a los jefes de obra preparándose para reanudar sus tareas.

—¿Por qué no viene la señora a misa? ¿No es cristiana también? —le preguntó una vez Maria, cuando salían del templo.

Él inspiró hondo.

—Los ricos hacen lo que quieren. No nos corresponde a nosotros juzgarlos.

Advirtió que la señora Gomes hablaba cada vez más con Maria. Con su carácter abierto y generoso, que no hacía distinciones entre ricos y pobres, estaba empezando a dejar de ser sólo su ama para convertirse además en su amiga. Era exactamente lo que había esperado.

George echaba de menos la bebida por las noches, pero mataba el tiempo deambulando por el patio o escuchando la radio y divagando. «Maria puede casarse el año que viene», pensaba. Ahora era la cocinera de una mujer rica y gozaba de una posición. Los chicos en el pueblo harían cola por ella.

Después, suponía, ya sería hora de casarse él mismo. Lo había ido aplazando durante tanto tiempo por una mezcla de amargura, pobreza y vergüenza. Sí, ya era hora de casarse y tener hijos. Y no obstante, a causa del contacto con aquella mujer rica, le atormentaba la idea de que podría haber llegado mucho más lejos en la vida.

—Eres un hombre de suerte, George —le dijo la señora Gomes una tarde, contemplando cómo le sacaba brillo al coche con un trapo húmedo—. Tienes una hermana maravillosa.

—Gracias, señora.

—¿Por qué no la llevas a dar una vuelta por la ciudad? Aún no ha visto nada de Kittur, ¿no?

Decidió que era la ocasión de mostrar iniciativa.

—¿Por qué no vamos los tres juntos, señora?

Los tres bajaron a la playa con el coche. La señora Gomes y Maria fueron a darse un paseo por la arena. Él las observaba a distancia. Cuando regresaron, las esperaba con un cucurucho de cacahuetes tostados que había comprado para Maria.

—¿A mí no me toca ninguno? —preguntó la señora Gomes.

Él se apresuró a sacar unos cuantos y ella los tomó de sus manos. Así fue como la tocó por primera vez.

Volvió a llover en Valencia y dedujo que ya llevaba en la casa casi un año. Un día,

apareció el nuevo fumigador para ocuparse del patio trasero. La señora Gomes vio que George le mostraba las zanjas y desagües y le daba instrucciones para que no dejara ningún rincón sin fumigar.

Esa noche, lo llamó a la casa y le dijo:

—George, tendrías que hacerlo tú mismo. Por favor, fumiga la zanja. Igual que el año pasado.

Se lo dijo con una voz melosa y, aunque era la misma voz que empleaba para que moviera montañas por ella, esta vez se puso todo rígido. Le ofendía que le pidiera todavía que realizara aquella tarea.

—¿Por qué no? —gritó, irritada—. ¡Trabajas para mí y harás lo que yo diga!

Se quedaron mirándose fijamente; luego él salió rezongando y maldiciéndola, y vagó sin rumbo. Al cabo de un rato, decidió pasar por la catedral a ver qué hacían sus viejos amigos.

No había demasiados cambios en la obra. Habían suspendido los trabajos, según le explicaron, a causa de la muerte del párroco de la catedral. Pero se reanudarían muy pronto.

Sus otros amigos ya no estaban —habían dejado la obra y se habían vuelto al pueblo—, pero sí encontró a Guru.

—Ya que estás aquí —le dijo éste, nada más verlo— ¿por qué no vamos...? —Y terminó haciendo el gesto de vaciar una botella.

Fueron a un garito de aguardiente y bebieron a gusto, como en los viejos tiempos.

—Bueno, ¿y cómo van las cosas con tu princesa?

—Bah, todos los ricos son iguales —replicó George con rencor—. Nosotros somos basura para ellos. Una mujer rica nunca podrá ver a un hombre pobre simplemente como un hombre. Lo ve sólo como un criado.

Ahora recordaba su vida despreocupada de antes, cuando no estaba atado a una casa ni a una señora, y se llenó de resentimiento por haber perdido su libertad. Se retiró temprano, poco antes de medianoche, alegando que tenía algo que hacer en la casa. Recorrió el camino de vuelta dando tumbos y cantando la canción konkani de una película. Pero por debajo de aquel ritmo desenfadado, empezaba a latir una palpitación distinta.

Al acercarse a la verja, bajó la voz y acabó callándose, y cayó entonces en la cuenta de que caminaba con excesivo sigilo. Se preguntó por qué y sintió miedo de sí mismo.

Levantó el pestillo sin ruido y caminó hasta la puerta trasera. Tenía la llave en la mano desde hacía un rato; se inclinó, buscó el ojo de la cerradura guiñando los ojos y metió la llave. Abrió con cuidado, en completo silencio, y entró. La enorme lavadora se alzaba en la oscuridad como un vigilante nocturno. Más allá, el dormitorio de ella estaba cerrado, pero por una rendija de la puerta se escapaban volutas de aire fresco.

George respiró lentamente. Su único pensamiento, cuando avanzó tambaleante, fue que no debía chocar con la lavadora.

—Oh, Dios —masculló, al notar que había golpeado la superficie metálica con la rodilla y que todo el armatoste reverberaba—. Oh, Dios —repitió, con la vaga y desesperada impresión de haber hablado demasiado fuerte.

Hubo un movimiento. Se abrió la puerta del dormitorio y surgió una mujer con el pelo suelto.

Una fría vaharada de aire acondicionado lo estremeció de pies a cabeza. La mujer se cubrió un hombro con el sari.

—¿George?

—Sí.

—¿Qué quieres?

No dijo nada. La respuesta era al mismo tiempo vaga y bien tangible: una respuesta sumida en la penumbra pero al alcance de la mano, como ella misma en aquel momento. Él casi sabía lo que quería decir; ella no dijo nada. No había gritado ni dado la alarma. Quizá también lo deseaba. George sintió que ya sólo era cuestión de decirlo o simplemente de hacer un movimiento. Haz «algo». Sucedería por sí solo.

—Fuera —dijo ella.

Había esperado demasiado.

—Señora, yo...

—Fuera.

Demasiado tarde; se dio media vuelta y se apresuró a salir.

En cuando la puerta se cerró a su espalda, se sintió como un estúpido. Le dio un puñetazo tan fuerte que se hizo daño.

—¡Señora, déjeme explicarle!

Se puso a aporrear la puerta cada vez con más fuerza. Ella lo había entendido mal. Rematadamente mal.

—¡Basta! —oyó gritar a alguien. Era Maria, que lo miraba asustada por la ventana—. ¡Para de una vez, por favor!

Fue en ese momento cuando comprendió la enormidad de lo que había hecho. Se dio cuenta de que los vecinos podían estar mirando. La reputación de la señora estaba en juego.

Se arrastró de nuevo por la cuesta hasta los terrenos de la obra y se echó a dormir allí.

A la mañana siguiente descubrió que se había tumbado, como solía hacer meses antes, sobre la pirámide de granito triturado.

Regresó muy despacio. Maria lo esperaba junto a la verja.

—Señora —dijo la chica, entrando en la casa.

Salió la señora, con su novela en la mano y un dedo metido entre las páginas para

no perder el punto.

—Vete a la cocina, Maria —le ordenó la señora Gomes, mientras él entraba en el jardín.

A George le gustó ese detalle; lo hacía para proteger a Maria de lo que se avecinaba. Sintió gratitud por su delicadeza. Ella no era como los demás ricos; era especial. Lo perdonaría.

Dejó en el suelo la llave de la puerta trasera.

—Está bien —dijo la mujer.

Tenía una actitud serena. George comprendió que la distancia había aumentado; que lo situaba más y más atrás a cada segundo que pasaba. No sabía hasta dónde debía retroceder; le parecía que ya estaba lo más retirado posible para escuchar lo que ella decía. Le hablaba con una voz baja, distante y fría. Por algún motivo, él no podía quitar los ojos de la portada de su novela: un hombre conduciendo un coche rojo y dos mujeres blancas en bikini sentadas dentro.

—No estoy enojada —dijo—. Debería haber tomado más precauciones. Cometí un error.

—He dejado la llave ahí, señora.

—No importa —repuso—. Cambiarán la cerradura esta tarde.

—¿Puedo quedarme hasta que encuentre a otro? —le soltó sin pensarlo—. ¿Cómo va a arreglárselas con el jardín? ¿Y qué va a hacer sin chófer?

—Me las arreglaré —dijo.

Hasta entonces sólo había pensado en ella: en su reputación, en el vecindario, en su tranquilidad de espíritu, en la sensación que debía tener de haber sido traicionada en su confianza. Pero ahora comprendía la realidad: no era de ella de quien había que preocuparse.

Habría querido hablarle con franqueza y decirle todo eso, pero ella se le adelantó.

—Maria también habrá de marcharse.

Se la quedó mirando, boquiabierto.

—¿Dónde va a dormir esta noche? —le dijo con voz titubeante y desesperada—. Señora, ella dejó todo lo que tenía en el pueblo y vino aquí a vivir con usted.

—Puede dormir dentro de la iglesia, supongo —respondió la señora Gomes con mucha calma—. He oído que dejan entrar a la gente por las noches.

—Señora —dijo, juntando las palmas—. Señora, usted es cristiana como nosotros. Le suplico en nombre de la caridad cristiana que deje a Maria al margen...

Ella cerró la puerta; George oyó que giraba la llave en la cerradura y que lo hacía con doble vuelta.

Esperó a su hermana en lo alto de la calle, mirando la catedral inacabada.

Sexto día: El Cañón del Sultán

El Cañón del Sultán, un gran fuerte rectangular de color negro, aparece en lo alto, a su izquierda, cuando se dirige usted desde Kittur a Salt Market Village. La mejor manera de recorrer el fuerte es pedirle a alguien de Kittur que le acompañe en coche hasta allá arriba; su anfitrión tendrá que aparcar junto a la carretera y luego los dos habrán de caminar media hora cuesta arriba. Cuando atraviere el arco de la entrada, descubrirá que el fuerte se halla en un estado ruinoso. Aunque una placa del Censo Arqueológico de la India afirma que se trata de un monumento protegido y habla de su papel para «preservar la memoria del patriota Sultán Tipu, el Tigre de Mysore», no hay indicios del menor intento de proteger la antigua fortificación de la acción de las enredaderas, el viento, la lluvia, la erosión y los animales que pastan a su antojo.

Han crecido banianos gigantescos en el interior de las murallas y sus raíces se abren paso entre las losas como dedos retorcidos introduciéndose en una ratonera. Sortee los matorrales de espinos y los excrementos de cabra y acérquese a una de las troneras de los muros; sostenga en sus manos un fusil imaginario, cierre un ojo y finja que es usted el mismísimo Tipu, en persona, disparando al ejército inglés.

Caminó deprisa hacia la cúpula blanca del Dargah con una silla plegable blanca bajo el brazo y una bolsa roja en la otra mano en la que llevaba su álbum de fotografías y siete frascos llenos de píldoras blancas. Al llegar al Dargah, avanzó junto al muro sin prestar atención a la larga hilera de mendigos: los leprosos sentados sobre harapos, los lisiados sin brazos y sin piernas, los hombres en silla de ruedas y los que llevaban vendados los ojos, y una criatura con pequeños bultos marrones, como aletas de foca, en lugar de brazos, con una pierna izquierda normal y un muñón marrón claro donde debería tener la otra, que yacía sobre su lado izquierdo moviendo espasmódicamente la cadera, como un animal sometido a descargas eléctricas, y que salmodiaba con ojos inexpresivos e hipnotizados: «¡Alá! ¡Alaaá! ¡Alá! ¡Alaaá!».

Dejó atrás aquella penosa galería de engendros humanos y se metió por detrás del Dargah.

Ahora pasó junto a los vendedores acuclillados en el suelo a lo largo de una fila de casi un kilómetro. Zapatitos de bebé, sujetadores, camisetas con el logo «Nueva York: Ciudad de Mierda», gafas Ray-Ban falsificadas, zapatillas Nike y Adidas falsificadas y montones de revistas en urdu y malabar. Localizó un hueco entre un vendedor de Nike falsas y otro de accesorios Gucci falsos, abrió su silla plegable y puso encima una hoja de lustroso papel negro con un rótulo dorado.

Las letras decían:

RATNAKARA SHETTY
INVITADO ESPECIAL
CUARTA CONFERENCIA PANASIÁTICA DE SEXOLOGÍA
HOTEL NEW HILLTOP PALACE. NUEVA DELHI
12-14 DE ABRIL DE 1987

Los hombres jóvenes que habían acudido al Dargah a rezar, a comer kebab de cordero en alguno de los restaurantes musulmanes o simplemente a contemplar el mar, empezaron a formar un semicírculo a su alrededor mientras él ponía junto al rótulo el álbum de fotos y los siete frascos de píldoras blancas. Con un aire grave y ceremonioso, recolocó cuidadosamente los frascos, como si tuvieran que estar en una posición precisa para iniciar su trabajo. En realidad, estaba aguardando a que llegaran más mirones.

Y llegaron. Solos o de dos en dos, los jóvenes se aglomeraban en una multitud que tenía todo el aspecto de un Stonehenge humano. Algunos rodeaban con el brazo los hombros de un amigo; otros permanecían solos; unos pocos se agazapaban en el suelo, como rocas caídas.

Ratna rompió a hablar de repente. Se acercaban más jóvenes a toda prisa. La aglomeración era muy densa; había dos y hasta tres filas en cualquier punto del semicírculo y los que estaban detrás tenían que ponerse de puntillas para atisbar aunque fuera sólo un poco al sexólogo.

Entonces abrió el álbum y mostró las fotos que había dentro en celdillas de plástico. Los espectadores sofocaron un grito.

Señalando las fotografías, Ratna disertó sobre las perversiones y abominaciones. Describió las consecuencias del pecado: indicó el trayecto por el cuerpo de los gérmenes venéreos, tocándose los pezones, los globos oculares y las narices, y cerrando finalmente los ojos. El sol ascendía en el cielo y la cúpula blanca del Dargah resplandecía con mayor intensidad. Los hombres del semicírculo se apretaban unos contra otros, tratando de acercarse más a las fotografías. Ratna entró entonces a matar: cerró el libro, sujetó con las dos manos un frasco de píldoras y empezó a agitarlas.

—Con cada frasco de píldoras recibiréis un certificado de autenticidad de Hakim Bhagwandas, de Daryaganj, Delhi. Este hombre, un médico de gran experiencia, ha estudiado los libros de la sabiduría faraónica y ha utilizado sus instrumentos científicos para crear estas magníficas píldoras que curarán todas vuestras dolencias. Cada frasco cuesta cuatro rupias con cincuenta paisas. ¡Sí! ¡Sólo tenéis que pagar esa módica cantidad para expiar vuestros pecados y ganaros una segunda oportunidad! ¡Cuatro rupias y cincuenta paisas!

Por la noche, mortalmente agotado a causa del calor, subió al autobús 34B con su bolsa roja y su silla plegable. Estaba abarrotado a esa hora, así que se sujetó de una correa y empezó a inspirar y espirar lentamente. Contó hasta diez para recobrar

fuerzas y luego metió la mano en la bolsa y sacó cuatro folletos verdes, cada uno con la imagen de tres ratas enormes en la portada. Alzó los folletos en abanico con una mano, tal como sostiene sus cartas un jugador, y dijo a voz en grito:

—¡Damas y caballeros! Todos ustedes saben que vivimos como ratas enloquecidas en una carrera frenética, porque siempre hay pocos puestos de trabajo y muchos candidatos para ocuparlos. ¿Cómo sobrevivirán sus hijos? ¿Cómo conseguirán los trabajos que ustedes tienen? Porque la vida hoy en día es una carrera desenfrenada. Únicamente en este folleto encontrarán los millares de datos de cultura general, ordenados en preguntas y respuestas, que sus hijos e hijas necesitarán para pasar el examen de entrada en la Administración pública, el examen de admisión en un banco, el examen de entrada en el cuerpo de Policía y muchos otros exámenes imprescindibles para ganar esta carrera enloquecida. Por ejemplo —inspiró hondo—, el Imperio mogol tenía dos capitales; Delhi era una, pero ¿cuál era la otra? Cuatro capitales europeas están construidas a las orillas de un mismo río, ¿cómo se llama ese río? ¿Quién fue el primer rey de Alemania? ¿Cuál es la moneda de Angola? Una ciudad europea ha sido capital de tres imperios distintos, ¿qué ciudad? Había dos hombres implicados en el asesinato del Mahatma Gandhi; uno de ellos era Nathuram Godse, pero ¿y el otro? ¿Cuál es la altura en metros de la Torre Eiffel?

Avanzaba tambaleante con los panfletos en la mano derecha y se agarraba con la otra donde podía, mientras el autobús traqueteaba sobre los baches de la calzada. Un pasajero le pidió un folleto y le entregó una rupia. Ratna llegó hasta el fondo y aguardó junto a la puerta de salida; cuando el autobús redujo la velocidad, le hizo un gesto al revisor con la cabeza, dándole las gracias en silencio, y se bajó.

Al ver a un hombre esperando en la parada, intentó venderle una colección de seis bolígrafos de colores, primero a rupia el bolígrafo; luego a una rupia dos bolígrafos y, finalmente, a una rupia tres bolígrafos. Aunque el hombre había dicho que no iba a comprar nada, Ratna percibía el interés en sus ojos; sacó un muelle que podía hacer las delicias de cualquier niño y un juego de piezas geométricas que servían para hacer maravillosos dibujos. El hombre le compró el juego de piezas geométricas por tres rupias.

Ratna se alejó del Cañón del Sultán por la carretera que iba a Salt Market Village.

Al llegar al pueblo, fue al mercado, sacó un puñado de monedas y fue ordenándolas en la palma de la mano mientras caminaba. Las puso en el mostrador de una tienda y tomó a cambio un paquete de *beedis* Engineer, que metió en la bolsa.

—¿A qué esperas? —El chico de la tienda era nuevo—. Ya tienes tus *beedis*.

—Siempre me dan además dos paquetes de lentejas por el mismo precio. Ése es el trato.

Antes de entrar en su casa, Ratna abrió un paquete con los dientes y vertió su contenido junto a la puerta. Llegaron corriendo siete u ocho perros del barrio y él los

observó mientras mascaban ruidosamente las lentejas. Cuando ya empezaban a excavar en la tierra con sus pezuñas, abrió el segundo paquete y esparció también su contenido por el suelo.

Entró en su casa sin detenerse a mirar cómo devoraban la segunda ración de lentejas. Sabía que se quedaban con hambre, pero no podía permitirse un tercer paquete cada día.

Colgó la camisa en un gancho junto a la puerta y se rascó las axilas y el torso cubierto de vello. Luego se sentó en una silla, suspiró, murmuró: «Oh, Krishna, oh, Krishna» y estiró las piernas. Sus hijas, aunque estaban en la cocina, sabían que había llegado por el intenso olor a pies que se esparcía por la casa como un cañonazo de advertencia. Entonces dejaban las revistas femeninas y se afanaban en sus respectivas tareas.

Su esposa le llevó un vaso de agua. Él ya había empezado a fumar *beedis*.

—¿Están trabajando... las maharanís? —preguntó al rato.

—Sí —gritaron las tres chicas desde la cocina.

Como no se fiaba del todo, se levantó a comprobarlo.

La más joven, Aditi, acuclillada junto a la cocina de gas, ya limpiaba las hojas del álbum de fotografías con una punta del sari. Rukmini, la mayor, sentada junto a un montón de píldoras blancas, las iba contando y las metía en los frascos; Ramnika, a la que casarían después de Rukmini, pegaba una etiqueta en cada frasco. La esposa removía ollas y platos. Cuando vio que su marido ya se había fumado el segundo *beedi* y que se había relajado visiblemente, se armó de coraje y se acercó:

—El astrólogo ha dicho que vendría a las nueve.

—Hmm.

Eructó, alzó una pierna y aguardó en esa posición hasta soltar un pedo. La radio estaba puesta; se puso el aparato sobre el muslo y empezó a golpearse la otra pierna con la mano, al ritmo de la música, tarareando la melodía todo el rato y cantando la letra cuando se la sabía.

—Ya está aquí —susurró su esposa.

Apagó la radio. El astrólogo entró en la habitación, juntó las manos en un *namasté* y, sentándose en una silla, se quitó la camisa. La mujer fue a colgarla en un gancho junto a la de su marido; luego aguardó con sus hijas en la cocina mientras el hombre le mostraba a Ratna los chicos que podía elegir.

Había sacado un álbum de fotos en blanco y negro, y ambos examinaban, una por una, las caras de los chicos, que les devolvían la mirada desde los retratos con expresiones rígidas y sin sonreír. Ratna tocó una con el pulgar. El astrólogo la deslizó fuera del álbum.

—Este chico tiene buen aspecto —dijo Ratna, tras un momento de concentración—. ¿A qué se dedica el padre?

—Es el dueño de una tienda de fuegos artificiales de Umbrella Street. Un negocio excelente. El chico lo heredará.

—Su propio negocio —exclamó Ratna, con auténtica satisfacción—. Es la única salida en esta carrera enloquecida de ratas. Dedicarse a la venta ambulante es un callejón sin salida.

Algo se le cayó a su esposa en la cocina. La mujer tosió y tiró otra cosa.

—¿Qué ocurre ahí? —preguntó Ratna.

Una voz tímida dijo algo sobre «horóscopos».

—¡Cierra la boca! —gritó, gesticulando hacia la cocina con la foto en la mano—. Tengo tres hijas que casar..., ¿y esta bruja del demonio se cree que puedo hacerme el exigente?

Le dejó al astrólogo la foto en el regazo. Éste le hizo una cruz en el dorso.

—Los padres esperarán algo —dijo—. Un detalle simbólico.

—Una dote —musitó Ratna, dándole al mal su auténtico nombre—. Muy bien. Tengo dinero ahorrado para esta chica. —Dio un resoplido—. De dónde voy a sacar una dote para las otras dos, sólo Dios lo sabe.

Apretó los dientes con rabia, se volvió hacia la cocina y llamó a su mujer a gritos.

La familia del chico se presentó el lunes siguiente. Las hermanas menores iban de aquí para allá con una bandeja de limonada; Ratna y su esposa permanecían sentados en la sala de estar. Rukmini tenía la cara blanqueada con una gruesa capa de polvos de talco Johnson's y el pelo adornado con guirnaldas de jazmín. Mirando por la ventana en lontananza, pulsaba las cuerdas de una *vina* y cantaba unos versos religiosos.

El padre del futuro novio, el vendedor de petardos, se hallaba sentado en un colchón justo enfrente de Rukmini. Era un hombre enorme, con tupidos mechones de pelo plateado saliéndole por las orejas. Llevaba una camisa y un *sarong* de algodón blancos y seguía el ritmo de la canción con la cabeza, cosa que Ratna interpretó como un signo alentador. La futura suegra, otra criatura enorme de tez clara, miraba las musarañas. El futuro novio tenía la tez de su madre y los rasgos de su padre, pero era mucho más pequeño que ambos y más bien parecía la mascota doméstica que el vástago de la familia. A media canción, se inclinó hacia la oreja peluda de su padre y le susurró algo.

El comerciante asintió y el chico se levantó y salió. El padre alzó entonces el dedo meñique y se lo mostró a los presentes.

Todos sonrieron de oreja a oreja.

El chico regresó y se apretujó entre sus orondos progenitores. Las dos hermanas menores aparecieron con una segunda bandeja de limonada y el vendedor de petardos y su esposa cogieron un vaso; como si lo hiciera sólo por imitarlos, también el chico tomó un vaso y dio un sorbo. En cuanto el zumo tocó sus labios, le dio unos

golpecitos al padre y volvió a decirle algo al oído. Esta vez el hombre hizo una mueca, pero el chico salió corriendo.

Como para distraer la atención, el vendedor de fuegos artificiales le preguntó a Ratna con voz áspera.

—¿No tendrá un *beedi* de sobra, querido amigo?

A través de la rejilla de la ventana, mientras buscaba el paquete de *beedis* en la cocina, Ratna vio al futuro novio orinando copiosamente contra el tronco de un árbol *asoka* del patio trasero.

Un tipo nervioso, pensó sonriendo. Pero es natural, se dijo, sintiendo un atisbo de afecto por el chico, que pronto formaría parte de su familia. Todos los hombres se ponen nerviosos antes de la boda. El chico parecía haber terminado; se sacudió el pene y se apartó del árbol. Entonces pareció quedarse paralizado. Tras un instante, echó la cabeza atrás como si le faltara el aliento, igual que un hombre a punto de ahogarse.

El casamentero volvió esa noche para anunciar que el vendedor de petardos parecía satisfecho con el canto de Rukmini.

—Fija pronto la fecha —le dijo a Ratna—. Dentro de un mes, el alquiler de los salones de boda va a empezar a... —Y alzó las manos para completar la frase.

Ratna asintió, pero parecía distraído.

A la mañana siguiente, se fue en autobús a Umbrella Street y caminó junto a las tiendas de muebles y ventiladores hasta encontrar el local de fuegos artificiales. El orondo comerciante de orejas peludas estaba sentado en un taburete delante de una pared llena de cohetes y petardos, como un emisario del dios del Fuego y de la Guerra. El futuro novio también estaba allí, sentado en el suelo, pasando las páginas de un libro de contabilidad y humedeciéndose los dedos con la lengua.

El comerciante lo empujó suavemente con el pie.

—Este hombre va a convertirse en tu suegro, ¿no vas a saludarlo? —Le sonrió a Ratna—. Es un poco tímido.

Ratna se tomó un té y charló con el padre sin quitarle al chico los ojos de encima.

—Ven conmigo, hijo —le dijo—. Quiero enseñarte una cosa.

Caminaron los dos en silencio por la calle hasta un baniano que se alzaba frente al templo Hanuman de Umbrella Street. Ratna le sugirió con un gesto que se sentaran a la sombra del árbol, de espaldas al tráfico y mirando al templo.

Dejó que el chico hablase un rato mientras él observaba sus ojos, sus orejas, su nariz, su boca y su cuello.

De pronto, lo agarró de la muñeca.

—¿Dónde te encontraste a la prostituta con la que estuviste?

El joven trató de levantarse, pero Ratna le apretó la muñeca con fuerza para dejarle claro que no tenía escapatoria. Y cuando se volvió desesperado hacia la calle,

como pidiendo socorro, aumentó todavía más la presión.

—¿Dónde estuviste con ella? ¿En una cuneta, en un hotel o detrás de un edificio?

Le retorció la muñeca.

—En una cuneta —le soltó el chico; luego alzó la vista hacia él, al borde de las lágrimas—. ¿Cómo lo sabe?

Ratna cerró los ojos, dio un bufido y lo soltó.

—Una puta de camioneros.

Le soltó una bofetada. El chico rompió a llorar.

—Sólo estuve una vez con ella —dijo, reprimiendo los sollozos.

—Con una vez basta. ¿Te arde cuando orinas?

—Sí, me arde.

—¿Náuseas? —le dijo en inglés.

El joven preguntó qué significaba aquella palabra y, cuando la entendió, respondió que sí.

—¿Qué más?

—Es como si tuviera todo el rato algo grande y duro entre las piernas, como una pelota de goma. Y a veces me mareo.

—¿Se te pone dura?

—Sí. No.

—Dime qué aspecto tiene tu pene. ¿Está negro? ¿Rojo? ¿El borde del orificio está hinchado?

Media hora después, los dos seguían sentados al pie del baniano, de cara al templo.

—Se lo suplico... —El joven juntó las palmas—. Se lo suplico.

Ratna meneó la cabeza.

—He de anular la boda, ¿qué puedo hacer, si no? ¿Cómo voy a permitir que mi hija contraiga también la enfermedad?

El chico miró al suelo, como si se le hubieran agotado todas las maneras de suplicar. Una gota de sudor brillaba en la punta de su nariz como si fuese de plata.

—Le buscaré la ruina —dijo en voz baja.

Ratna se secó las manos en su *sarong*.

—¿Cómo?

—Diré que ella se había acostado con alguien. Diré que no es virgen. Y que por eso ha tenido que anular la boda.

Con un brusco movimiento, Ratna lo agarró por los pelos, le echó la cabeza hacia atrás, la mantuvo así durante un instante y luego la estampó contra el tronco del árbol. Se puso de pie y le escupió.

—Juro por el dios que se halla en el templo de ahí delante que, si dices eso, te mataré con mis propias manos.

Así de enfurecido actuó ese día en el Dargah: clamando con voz atronadora, mientras los jóvenes se agolpaban alrededor, contra el pecado y la enfermedad; explicando cómo ascendían los gérmenes desde los genitales a través de los pezones, de la boca, los ojos y las orejas hasta llegar a la nariz. Luego les mostró fotografías: imágenes de genitales enrojecidos y corrompidos, algunos de color negro, o bien inflamados, e incluso con aspecto carbonizado, como corroídos por un ácido. Encima de cada foto aparecía la cara del paciente, con los ojos tapados por un rectángulo negro, como si fuese una víctima de tortura o violación. Ésas eran las consecuencias del pecado, explicaba Ratna. Y la expiación y la redención sólo podían provenir de unas mágicas píldoras blancas.

Pasaron alrededor de tres meses. Una mañana, mientras estaba en su puesto detrás de la cúpula blanca, bramando ante una multitud de jóvenes angustiados, vio una cara que casi le provocó un ataque al corazón.

Más tarde, cuando ya había terminado su discurso, volvió a encontrársela delante.

—¿Qué quieres? —masculló—. Ya es demasiado tarde. Mi hija está casada. ¿Para qué vienes ahora?

Ratna se puso la silla plegable bajo el brazo, metió los frascos en la bolsa roja y echó a caminar deprisa. Un ruido de pisadas lo seguía. El chico, el hijo del vendedor de petardos, le habló entre jadeos.

—La cosa empeora de día en día. Ya ni siquiera puedo mear sin que me arda el pene. Tiene que hacer algo por mí. Tiene que darme sus píldoras.

Ratna hizo rechinar los dientes.

—Pecaste, hijo de perra. Estuviste con una prostituta. ¡Ahora has de pagar por ello!

Caminó más y más aprisa y, finalmente, los pasos se desvanecieron a su espalda y se quedó solo.

Pero a la tarde siguiente volvió a ver la misma cara y lo siguieron otra vez los mismos pasos apresurados hasta la parada de autobús. La voz le decía y le repetía: «Déjame comprarte las píldoras», pero Ratna no se dio la vuelta siquiera.

Subió al autobús y contó hasta diez. Entonces sacó sus folletos y empezó su discurso sobre la carrera desenfrenada de la vida moderna. Cuando surgió a lo lejos la silueta oscura del fuerte, el autobús redujo la velocidad y se detuvo. Ratna se apeó; alguien bajó tras él. Echó a andar; alguien caminó a su espalda.

Se dio media vuelta bruscamente y agarró a su acosador por el cuello de la camisa.

—¿Es que no te lo he dicho? Déjame en paz. ¿Qué mosca te ha picado?

El joven se zafó de las manos de Ratna, se enderezó el cuello y cuchicheó:

—Creo que me estoy muriendo. Tiene que darme sus píldoras.

—Escucha, ninguno de esos jóvenes va a curarse con nada de lo que yo vendo.

¿No lo entiendes?

Hubo un momento de silencio y luego el chico dijo:

—Pero usted estuvo en la Conferencia de Sexología... El rótulo lo dice...

Ratna alzó las manos al cielo.

—Encontré ese cartel tirado en el andén de la estación.

—Pero Hakim Bhagwandas, de Delhi...

—¡Hakim... y una mierda! Son píldoras blancas azucaradas que compro al por mayor en una farmacia de Umbrella Street, justo al lado de la tienda de tu padre; mis hijas las embotellan y les ponen la etiqueta en casa.

Para demostrárselo, abrió la bolsa de cuero, destapó una botella y desparramó las píldoras por el suelo, como difundiendo una semilla por la tierra.

—¡No sirven para nada! ¡No tengo nada para ti, hijo!

El chico se sentó en el suelo, tomó una de las píldoras y se la tragó. Se puso a gatas, las recogió todas y empezó a tragárselas frenéticamente, sin limpiarles la tierra siquiera.

—¿Te has vuelto loco?

Poniéndose de rodillas, Ratna lo sacudió con fuerza y le repitió la pregunta una y otra vez.

Y entonces le vio los ojos. Ya no estaban como la última vez que los había observado. Ahora los tenía enrojecidos y lacrimosos, como hortalizas en escabeche.

Aflojó la presión con la que lo sujetaba por el hombro.

—Habrás de pagarme por mi ayuda. Yo no hago caridad.

Media hora más tarde, se bajaron de un autobús cerca de la estación de ferrocarril. Caminaron por calles cada vez más estrechas y oscuras hasta llegar a una tienda en cuyo toldo figuraba una cruz roja enorme. Se oía en el interior una radio a todo volumen con una canción de una película en canarés.

—Compra aquí algo y déjame tranquilo.

Ratna hizo ademán de alejarse, pero el chico lo agarró de la muñeca.

—Espere. Dígame qué medicina debo escoger antes de irse.

Ratna caminaba deprisa hacia la parada de autobús, pero oyó otra vez las pisadas a su espalda. Se dio media vuelta; allí estaba el chico, cargado con unos frascos de color verde.

Arrepentido de haber aceptado llevarlo allí, Ratna apretó el paso. Todavía oyó detrás unas pisadas amortiguadas y desesperadas, como si estuviese persiguiéndolo un fantasma.

Aquella noche permaneció muchas horas despierto, dando vueltas en la cama y molestando a su mujer.

Al otro día, al atardecer, fue en autobús a Umbrella Street. Se apostó enfrente de la tienda de fuegos artificiales y aguardó con los brazos cruzados hasta que el chico lo

vio.

Caminaron un rato en silencio y fueron a sentarse por fin en un banco, delante de un puesto de zumo de caña de azúcar. Mientras la máquina giraba, triturando caña, Ratna le dijo:

—Ve al hospital. Ellos te ayudarán.

—No puedo. Me conocen. Se lo dirían a mi padre.

Ratna tuvo una visión de aquel hombre descomunal, con sus mechones de pelo blanco saliéndole por las orejas, sentado ante un arsenal de petardos y cohetes.

Al día siguiente, mientras plegaba la silla y guardaba sus cosas en la bolsa, Ratna percibió una sombra a su lado. Rodeó el Dargah; pasó junto a la larga cola de peregrinos que aguardaban para rezar frente a la tumba de Yusuf Ali; dejó atrás a los leprosos y al hombre con una sola pierna que yacía sobre un costado y movía de modo espasmódico la cadera, salmodiando: «¡Alá, Alaaá! ¡Alá!».

Alzó la vista un instante hacia la cúpula blanca.

Bajó hasta el mar y la sombra lo siguió. Apoyó un pie en el murete de piedra que discurría junto a la orilla. El mar estaba picado; las olas iban a estrellarse contra el muro y la espuma blanca se alzaba en el aire, desplegándose como la cola de un pavo real surgido del agua. Ratna se volvió al fin.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Si no les vendo píldoras a los jóvenes, ¿cómo me las arreglaré para casar a mis hijas?

El chico rehuía su mirada, tenía los ojos fijos en el suelo y desplazaba su peso de un pie a otro con aire incómodo.

Subieron los dos al autobús número 5 y siguieron todo el trayecto hasta el centro de la ciudad, para bajarse cerca del cine Angel. El chico cargaba ahora con la silla de madera y Ratna buscó por la avenida hasta localizar un gran rótulo en el que aparecían un hombre y una mujer vestidos de novios:

CLÍNICA VIDA FELIZ
A CARGO DEL ESPECIALISTA: DOCTOR M. V. KAMATH
LICENCIADO EN MEDICINA Y CIRUGÍA (MYSORE)
DOCTOR EN MEDICINA (ALLAHABAD)
ESPECIALISTA CLÍNICO (MYSORE)
DOCTOR EN CIRUGÍA (CALCUTA)
TÉCNICO SANITARIO DIPLOMADO (VARANASI)
RESULTADOS GARANTIZADOS

—¿Ves todos esos títulos detrás del nombre? —le cuchicheó al chico—. Éste sí es médico de verdad. Él te salvará.

En la sala de espera había media docena de hombres flacuchos y nerviosos, sentados en sillas negras, así como un matrimonio refugiado en un rincón. Tomaron asiento entre la pareja y aquellos hombres solitarios. Ratna observó con curiosidad a estos últimos. Eran exactamente los mismos que acudían a escucharlo, sólo que

envejecidos y con aspecto más abatido; hombres que habían tratado de zafarse durante años de su enfermedad venérea, que habían invertido en ello un frasco tras otro de píldoras blancas sin obtener ningún resultado y que se hallaban ahora en la última etapa de un largo camino de desesperación: un camino que conducía desde su puesto en el Dargah —pasando por una larga ristra de vendedores ambulantes parecidos— hasta la clínica de aquel médico, donde habrían de conocer por fin la verdad.

Flacos y consumidos, iban entrando uno a uno en el consultorio del médico y la puerta se cerraba tras ellos. Ratna miró a la pareja casada. «Al menos éstos no están solos en este suplicio —pensó—. Al menos ellos se tienen el uno al otro».

Entonces el hombre se levantó para ver al médico; la mujer permaneció sentada. Entró luego, cuando el hombre ya había salido. «No son marido y mujer, claro —se dijo Ratna—. Cuando uno contrae esta dolencia, esta enfermedad sexual, se encuentra completamente solo en el mundo».

—¿Y qué relación tiene usted con el paciente? —le preguntó el médico.

Habían tomado asiento, por fin, frente a la mesa del consultorio. Detrás del médico, un gráfico gigantesco clavado en la pared mostraba una sección del aparato urinario y reproductor masculino. Ratna lo observó un momento, maravillado ante la belleza del dibujo, y respondió:

—Soy su tío.

El médico le dijo al chico que se quitara la camisa, se sentó a su lado, le hizo sacar la lengua, examinó sus ojos y le aplicó el estetoscopio en el pecho, primero en un lado y luego en el otro.

«¡Mira que contraer semejante enfermedad —pensó Ratna— en su primera experiencia! ¿Qué tiene eso de justo?».

Tras examinarle los genitales al joven, el médico se acercó a un lavamanos con un espejo encima; tiró del cordón y el fluorescente que había sobre el espejo se encendió parpadeando.

Dejó correr el agua, hizo gárgaras, escupió y luego apagó la luz. Todavía limpió un lado del lavamanos, bajó un poco la persiana de la ventana, inspeccionó su papelera verde.

Cuando ya no le quedaba nada más que hacer, regresó a su escritorio, se miró los pies y respiró hondo varias veces.

—Sus riñones están destrozados.

—¿Destrozados?

—Destrozados —dijo el médico.

Se volvió hacia el joven, que temblaba en su asiento.

—¿Tienes gustos antinaturales?

El chico se tapó la cara con las manos. Ratna respondió por él.

—Mire, lo contrajo con una prostituta, lo cual no es ningún pecado. No es un tipo anormal. Simplemente, no sabía lo bastante del mundo en que vivimos.

El doctor asintió. Se volvió hacia el diagrama que tenía a su espalda y señaló los riñones con un dedo.

—Destrozados.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, fueron a la terminal los dos juntos para tomar el autobús a Manipal. Ratna se había enterado de que había un médico en el Medical College especializado en los riñones. Un hombre con *sarong* azul, sentado en un banco, les dijo que el autobús a Manipal iba siempre retrasado; tal vez quince minutos o media hora, tal vez más.

—Todo se viene abajo en este país desde que mataron a tiros a la señora Gandhi —dijo el hombre, pateando el suelo—. Los autobuses van con retraso. Los trenes van con retraso. Todo se cae a pedazos. Tendremos que devolverles el país a los británicos, o a los rusos, o a algún otro, se lo aseguro. No estamos hechos para dirigir nuestro propio destino, se lo digo yo.

Ratna le dijo al chico que esperase junto a la parada y regresó con un cucurucho de cacahuets de veinte paisas. «¿No has desayunado, verdad?», le dijo. Pero él le recordó que el médico le había advertido que no comiera nada condimentado, porque le irritaría aún más el pene. Así que Ratna volvió al puesto donde los había comprado y se los cambió por otros sin sal. Mascaron cacahuets un rato, hasta que el chico corrió de repente hacia un rincón y vomitó. Ratna se puso a su lado y le dio palmaditas en la espalda mientras el chico daba una arcada tras otra. El hombre del *sarong* azul lo observaba todo como relamiéndose; luego se acercó y le cuchicheó a Ratna:

—¿Qué tiene el muchacho? ¿Es grave, no?

—Qué tontería, no. Es sólo la gripe.

El autobús llegó a la terminal una hora tarde.

También llevaba retraso a la vuelta. Tuvieron que ir de pie más de una hora en el pasillo abarrotado, hasta que se vaciaron dos asientos justo a su lado. Ratna se deslizó en el asiento de la ventanilla y le indicó al chico que se sentara en el otro.

—Con lo lleno que está, la verdad es que hemos tenido suerte —dijo Ratna sonriendo.

Con suavidad, se soltó de la mano del chico. Éste pareció captar la señal; asintió, sacó la cartera y le fue tirando en el regazo, uno tras otro, billetes de cinco rupias.

—¿Esto qué es?

—Usted dijo que quería algo a cambio por ayudarme.

Ratna le metió los billetes en el bolsillo de la camisa.

—A mí no me hables así, muchacho. Yo te he ayudado hasta ahora, ¿y qué he sacado de todo esto? Ha sido algo desinteresado de mi parte, no lo olvides. Nosotros

no somos parientes ni tenemos la misma sangre.

El otro no dijo nada.

—Escucha, no puedo seguir yendo contigo de médico en médico. Tengo que casar a mis hijas y aún no sé de dónde voy a sacar la dote...

El chico se volvió hacia él y, pegándole la cara en el hombro, rompió a sollozar. Frotaba los labios contra sus clavículas y empezó a chupárselas. Los pasajeros los miraban y Ratna estaba demasiado desconcertado para reaccionar.

Pasó una hora más antes de que apareciera en el horizonte la silueta del fuerte. Se bajaron los dos juntos. Mientras el chico se sonaba la nariz y se limpiaba las flemas con los dedos, Ratna esperó en la cuneta. Contempló el rectángulo oscuro del fuerte con una sensación desesperada. ¿Cómo se había decidido —y quién, y cuándo, y por qué— que Ratnakara Shetty tenía el deber de ayudar al hijo del vendedor de petardos a combatir su enfermedad? Momentáneamente, contra la mole oscura del fuerte, tuvo la visión de una cúpula blanca y de una multitud de lisiados cantando a coro. Se puso un *beedi* en los labios, encendió una cerilla e inhaló el humo.

—Vamos —le dijo al chico—. Hay un largo camino hasta mi casa.

Sexto día (noche): Bajpe

Bajpe, el último trecho de bosque de Kittur, fue catalogado por los padres fundadores como uno de los «pulmones» de la ciudad y, por este motivo, quedó protegido durante treinta años de la codicia de los promotores inmobiliarios. El gran bosque de Bajpe se extendía desde Kittur hasta las costas del mar de Arabia y lindaba por el lado de la ciudad con la Escuela Hindú Ganapati para chicos y con el pequeño templo adyacente de Ganesha. Junto al templo discurría Bishop Street, la única zona del barrio donde se había permitido construir. Más allá de la calle, había un gran terreno baldío y a continuación empezaba la oscura aglomeración de árboles. Cuando los habitantes del centro de la ciudad visitaban a sus parientes de Bishop Street, solían encontrárselos en sus terrazas o balcones, disfrutando de la brisa fresca que soplaba al atardecer desde el bosque. Los invitados y sus anfitriones veían garzas, águilas y pájaros martín pescador sobrevolando de aquí para allá las copas de los árboles, como ideas circulando en torno a un inmenso cerebro. El sol, que ya se había ocultado detrás del bosque, iluminaba de naranja y ocre los intersticios de la espesura como si atisbara a hurtadillas entre los árboles, y los espectadores tenían la vívida impresión de que ellos, a su vez, eran observados también. En tales momentos, los invitados del centro de la ciudad solían decir que los habitantes de Bajpe eran los más afortunados de la Tierra. Al mismo tiempo, se daba por supuesto que si alguien construía su casa en Bishop Street era porque tenía algún motivo para querer vivir tan lejos de la civilización.

Giridhar Rao y Kamini, la pareja sin hijos de Bishop Street, constituían uno de los tesoros ocultos de Kittur, según todos sus amigos. ¿No eran una maravilla?, decían. En la parte más alejada de Bajpe, en el lindero mismo del bosque, aquella pareja estéril mantenía vivo un arte en vías de extinción: el de la hospitalidad brahmán.

Era jueves por la noche y unos cuantos miembros del círculo íntimo de los Rao se dirigían, entre el lodo y la nieve medio derretida de Bishop Street, a su velada semanal. Encabezaba el grupo, caminando a grandes pasos, el señor Anantha Murthy, el filósofo. Detrás iba la señora Shirthadi, la esposa del director de la Compañía de Seguros de Vida de la India. Luego la señora Pai, el señor Bhat y, finalmente, la señora Aithal, siempre la última en bajarse de su Ambassador verde.

La casa de los Rao quedaba al final de la calle, a unos metros de los árboles. Y por hallarse tan cerca del bosque, tenía todo el aspecto de un fugitivo del mundo civilizado, dispuesto a desaparecer en la espesura en cualquier momento.

—¿Lo han oído?

El señor Anantha Murthy se dio media vuelta y, alzando las cejas, se llevó una

mano al oído.

Soplaba un viento fresco procedente del bosque. El grupo de «íntimos» hizo un alto, tratando de escuchar.

—¡Creo que hay un pájaro carpintero entre los árboles!

Una voz irritada bramó desde arriba:

—¿Por qué no suben primero y escuchamos luego al pájaro carpintero? ¡La comida ha requerido muchos preparativos y ya está empezando a enfriarse!

Era el señor Rao, asomado al balcón de su casa.

—Bueno, bueno —rezongó Anantha Murthy, sorteando con cuidado los charcos embarrados—. Pero no se oye todos los días un pájaro carpintero. —Se volvió hacia la señora Shirthadi—. Tenemos tendencia a olvidar todas las cosas importantes cuando vivimos en ciudades, ¿no cree, señora?

Ella respondió con un gruñido. Estaba procurando no mancharse de lodo el sari.

El filósofo entró en el portal, seguido de los demás «íntimos». Cuando terminaron de limpiarse los zapatos y las sandalias en el felpudo de fibra de coco, se encontraron a la vieja Sharadha Bhatt, que los escrutaba con los ojos entornados. Ella era la dueña de la casa. Viuda y con un solo hijo que vivía en Bombay, tenía un lejano parentesco con los Rao. Se suponía que si éstos se habían quedado a vivir en el exiguo apartamento de arriba, tan alejado del centro de la ciudad, había sido en parte para cuidar de la señora Bhatt. Un halo de profunda religiosidad rodeaba a la vieja dama. La voz monótona de M. S. Subbalakshmi cantando el *Suprabhatam* sonaba en un pequeño magnetófono negro que había en la habitación. Sentada con las piernas flexionadas sobre una cama de madera, la mujer se golpeaba los muslos alternativamente con la palma y el dorso de la mano izquierda, siguiendo el ritmo de la música sagrada.

Algunos de los visitantes recordaban a su marido, un célebre profesor de música carnática que había actuado en *All India Radio*, y le presentaron sus respetos inclinando educadamente la cabeza.

Cumplidas sus obligaciones con la anciana, se apresuraron a subir por las amplias escaleras al alojamiento de los Rao. La pareja ocupaba un espacio tremendamente pequeño. La mitad del apartamento consistía en una sencilla sala de estar, atestada de sillas y sofás. Había un sitial en un rincón, apoyado contra la pared, cuyo mástil se había deslizado hasta formar un ángulo de 45 grados.

—¡Ah! ¡Nuestros «íntimos» de nuevo!

Giridhar Rao tenía un aire pulcro, modesto y sin pretensiones. Podías deducir a simple vista que trabajaba en un banco. Desde que lo habían trasladado desde Udipi, su pueblo natal, llevaba casi una década ocupando el puesto de subdirector en la sucursal del Corporation Bank que había en el Pozo de Agua Fresca. (Los «íntimos» sabían que el señor Rao podría haber llegado mucho más alto si no se hubiera negado

repetidamente a que lo trasladaran a Bombay). Tenía el pelo ondulado, aunque se lo alisaba con aceite de coco y se hacía la raya al lado. Lucía unos grandes bigotes —la única anomalía de su recatada apariencia— con las puntas pulcramente curvadas hacia arriba. Llevaba una camisa de manga corta y la camiseta se le dibujaba bajo la seda oscura como un esqueleto visto a rayos X.

—¿Cómo está usted, Kamini? —dijo Anantha Murthy mirando hacia la cocina.

Los muebles de la sala de estar constituían una mezcla abigarrada: unos sillones metálicos verdes que habían desechado en el banco, un viejo sofá con varios rotos y tres sillas de mimbre deshilachado. Los «íntimos» se acomodaron en sus asientos favoritos y la conversación arrancó de modo titubeante. Tal vez percibían, una vez más, que constituían una galería de personajes tan variopinta como el mobiliario. No había vínculos familiares entre ellos. De día, Anantha Murthy trabajaba como auditor de cuentas para los ricos de Kittur; de noche, se convertía en un filósofo comprometido de la escuela Advaita. Había encontrado en el señor Rao a un oyente bien dispuesto (aunque más bien silencioso) de sus teorías sobre la vida hindú y de ahí que hubiera entrado a formar parte del círculo. La señora Shirthadi, que normalmente iba sin su marido, siempre demasiado ocupado, se había educado en Madrás y había adoptado muchos puntos de vista «liberales». Su inglés era impecable; resultaba una maravilla escucharlo. El señor Rao le había pedido unos años atrás que diera una charla sobre Dickens en el banco. La señora Aithal y su marido habían conocido a Kamini en un concierto de violín celebrado el pasado mes de mayo. Las dos procedían de Vizag.

Los «íntimos» sabían que los Rao los habían escogido por su distinción, por su refinamiento. Eran conscientes de que asumían cierta responsabilidad al ingresar en aquel altílo diminuto y exclusivo. Ciertos temas eran tabú. Dentro del amplio círculo de temas aceptables —noticias internacionales, filosofía, política bancaria, la incesante expansión de Kittur, las lluvias del año en curso—, los «íntimos» habían aprendido a divagar con toda libertad. La brisa del bosque entraba por un balcón y un aparato de radio colocado en precario equilibrio en el borde del antepecho emitía el parloteo constante del servicio nocturno de noticias de la BBC.

La aparición tardía de la señora Karwar, que enseñaba literatura victoriana en la universidad, sumió el apartamento en el caos. Su hija Lalitha, una vivaz criatura de cinco años, subió las escaleras dando alaridos.

—Mira, Kamini —gritó el señor Rao hacia la cocina—, ¡la señora Karwar ha conseguido pasar de contrabando a tu amor secreto!

Kamini se apresuró a salir de la cocina. De tez clara y buena figura, la señora Rao era casi una belleza. (Tenía la frente abombada y el pelo algo ralo por delante). Era famosa por sus ojos «achinados»: dos estrechas ranuras medio entornadas bajo la curva de unos párpados pesados: como dos capullos de loto prematuramente abiertos.

El pelo —por algo tenía fama de mujer «moderna»— lo llevaba corto, al estilo occidental. Las mujeres admiraban sus caderas, que, al no haberse ensanchado por la maternidad, todavía ostentaban una silueta adolescente.

Kamini corrió hacia Lalitha, la alzó en brazos y la besó varias veces.

—Mira, vamos a esperar a que mi marido se dé la vuelta y entonces subiremos a mi ciclomotor y nos fugaremos, ¿sí? Dejaremos a ese hombre malvado y huiremos a la casa de mi hermana en Bombay, ¿de acuerdo?

Giridhar Rao puso los brazos en jarras y le lanzó una mirada feroz a la niña, que no paraba de reír.

—¿Estás planeando robarme a mi esposa? ¿De verdad eres su «amor secreto»?

—Tú sigue escuchando la BBC —le espetó Kamini, llevándose a Lalitha de la mano hacia la cocina.

Los «íntimos» advertían con qué placer se entregaba el matrimonio a aquella pantomima. A los Rao, ciertamente, no les faltaba destreza para mantener divertido a un niño.

Las voces de la BBC seguían sonando afuera: una ensalada de palabras a la que recurrían los «íntimos» cuando la conversación decaía. El señor Anantha Murthy rompió un largo silencio afirmando que la situación en Afganistán se estaba descontrolando. El día menos pensado los soviéticos aparecerían en masa en la frontera de Cachemira con sus banderas rojas. Entonces el país se arrepentiría de haber despreciado en 1948 la ocasión de aliarse con los norteamericanos.

—¿No le parece, señor Rao?

Su anfitrión nunca tenía nada que añadir, salvo una sonrisa amistosa. Pero al señor Murthy no le importaba. Admitía que Rao era un «hombre de pocas palabras», pero lo consideraba igualmente un tipo «profundo». Siempre que quisieras comprobar algún pequeño detalle de la historia mundial —como, por ejemplo, quién fue el presidente norteamericano que lanzó la bomba de Hiroshima (no Roosevelt, sino el hombrecillo de las gafas redondas)— podías recurrir a Giridhar Rao. Lo sabía todo, pero no decía nada. Ese tipo de persona.

—¿Cómo consigue mantener la calma, señor Rao, pese a todo el caos y las matanzas que la BBC le cuenta continuamente? ¿Cuál es su secreto? —le preguntó la señora Shirthadi, como había hecho ya otras veces.

El subdirector del banco sonrió.

—Cuando me hace falta tranquilidad, señora, me voy a mi playa privada.

—¿No será usted un millonario secreto? —dijo ella—. ¿Qué playa privada es esa de la que siempre habla?

—Oh, nada. —Señaló a lo lejos—. Sólo un pequeño lago rodeado de grava. Un paraje muy relajante.

—¿Y cómo es que no nos han invitado a ese lugar? —dijo el señor Murthy.

Todos tomaron asiento. La señora Rao entró triunfalmente en la sala llevando una bandeja de plástico de múltiples compartimentos con los primeros manjares de la noche: nueces secas (que parecían cerebros diminutos), higos jugosos, pasas sultanas, almendras picadas, rodajas de piña desecada...

Antes de que los invitados se hubieran recuperado del primer asalto, se anunció el siguiente:

—¡La cena está servida!

Entraron en el comedor: la otra habitación de todo el apartamento (comunicada con una cocinita habilitada en un rincón). En el centro, había una cama enorme cubierta de almohadones. No podías simular que no veías aquel lecho conyugal. Estaba expuesto allí en medio con todo descaro. Había una mesa pequeña pegada a la cama y tres de los invitados se sentaron sobre ella titubeando. Su desconcierto se disipó casi de inmediato. La informalidad de sus anfitriones y la mullida consistencia de la colcha y los almohadones les permitió relajarse y sentirse a sus anchas. Entonces empezó a desfilarse la cena desde la cocina de Kamini. Los platos de sopa de tomate, *idli* y *dosas* salían uno tras otro de aquella fábrica de exquisiteces culinarias.

—Este tipo de platos dejarían boquiabiertos incluso a los sibaritas de Bombay —dijo el señor Anantha Murthy, cuando llegó a la mesa el plato principal: mullidos *rotis* del norte de la India, rellenos de chile en polvo.

Kamini le dirigió una sonrisa radiante, pero protestó. Estaba totalmente equivocado; ella tenía muchos defectos. Como cocinera y como ama de casa.

Al levantarse, los invitados advirtieron que habían dejado con su trasero unas marcas anchas y profundas en la cama, como las huellas de un elefante en el lodo. Giridhar Rao desestimó sus disculpas con un gesto:

—Nuestros invitados son dioses para nosotros: no hacen nada mal. Ésta es la filosofía de esta casa.

Pasaron a lavarse al baño, uno tras otro (el agua salía de un tubo de goma verde retorcido en un bucle alrededor del grifo). Luego regresaron a la sala de estar para disfrutar del momento cumbre de la cena: el *kheer* de almendras.

Kamini trajo aquel postre en unos vasos enormes. El batido, que se servía frío o caliente, según las preferencias de cada invitado, estaba tan lleno de almendras que los invitados se quejaban de que tendrían que «masticarlo»... Al mirar sus vasos de cerca, se quedaron todavía más maravillados: entre las almendras flotaban hebras relucientes de auténtico azafrán.

Abandonaron el apartamento en silencio, procurando no perturbar el sueño de Sharadha Bhatt, tal como les había pedido el señor Rao. (La vieja dama se revolvió nerviosa en su lecho cuando salieron; el zumbido de la música religiosa seguía sonando en segundo plano).

—¡Vuelvan la semana que viene! —les había dicho el señor Rao desde la terraza

—. ¡Es la semana del Satya Narayana Pooja! Yo me encargaré de que Kamini se esmere un poco más con la cocina, ¡no como esta noche tan desastrosa! ¿Lo has oído, Kamini? —había gritado volviéndose hacia el interior—. ¡Será mejor que te salga bien la comida la próxima vez, o te ganarás el divorcio!

Se había oído una risa y un grito agudo en el interior.

—¡Serás tú el que se gane el divorcio como no te calles!

En cuanto estuvieron a distancia prudencial, los «íntimos» empezaron a cotorrear.

¡Menuda pareja! ¡El marido y la mujer venían a ser la noche y el día! Él era «insulso»; ella, «salerosa». Él era «conservador»; ella, «moderna». Ella era «rápida»; él, «profundo».

Mientras caminaban con cuidado por la calle embarrada, se pusieron a hablar del tema prohibido con toda la excitación y el entusiasmo de quienes lo abordaban por primera vez.

—Es evidente —comentó una de las mujeres, la señora Aithal o la señora Shirthadi—: La culpa es de Kamini. Ella se negó a someterse a la «operación». No es de extrañar que esté atormentada por la culpa. ¿No ven cómo se lanza sobre cualquier niño con una explosión de cariño maternal frustrado? ¿No ven cómo los cubre de besos, de zalamerías y golosinas? ¿Qué otra cosa significa eso, sino sentimiento de culpa?

—¿Y por qué se negó a someterse a la operación? —preguntó Anantha Murthy.

Pura obstinación. Las mujeres estaban convencidas de ello. Kamini, sencillamente, se negaba a admitir que la culpa fuera suya. Su testarudez procedía en parte de sus orígenes privilegiados, sin duda. Era la menor de cuatro hermanas, todas de tez clara como la leche; las hijas mimadas de un célebre cirujano ocular de Shimoga. ¡No era difícil figurarse cómo debían haberla consentido desde niña! Las otras hermanas se habían casado muy bien —un abogado, un arquitecto y un cirujano— y vivían todas en Bombay. Giridhar Rao era el más modesto de los cuñados. Kamini no era, de eso podían estar seguros, el tipo de mujer capaz de perdonárselo. ¿No habían visto con qué aire desafiante se paseaba por la ciudad con su ciclomotor Honda, como si ella fuera el dueño y señor de su hogar?

Anantha Murthy planteó diversas objeciones. ¿Por qué se mostraban las mujeres tan suspicaces con el estilo «deportivo» de Kamini? ¡Mira que era raro encontrar a una mujer librepensadora como ella! La culpa era del marido, no cabía duda. ¿No habían visto cómo rechazaba un ascenso tras otro, sólo porque ello implicaría su traslado a Bombay? ¿Eso no les decía nada? Era un hombre apático.

—Si al menos mostrara, no sé..., algo más de «iniciativa»..., la falta de hijos podría resolverse fácilmente —dijo el señor Murthy, meneando su monda cabeza con aire filosófico.

Incluso afirmó que le había dado al señor Rao el nombre de varios médicos de

Bombay que podían solventar su falta de «iniciativa».

La señora Aithal saltó indignada. ¡El señor Rao tenía «agallas» de sobra! ¿Acaso no lucía un tupido vello facial? ¿No iba cada mañana al banco montado en una Yamaha roja, inequívocamente masculina?

Las mujeres disfrutaban idealizando al señor Rao. La señora Shirthadi logró irritar a Anantha Murthy sugiriendo que el modesto subdirector de banco era secretamente «un filósofo». Una vez lo había sorprendido leyendo la columna de «asuntos religiosos» de la última página de *The Hindu*. Él pareció avergonzarse y eludió sus preguntas con chistes y juegos de palabras. Pero, aun así, ella se había llevado la impresión de que detrás de todas esas bromas había un temperamento innegablemente «filosófico».

—¿Cómo puede explicarse, si no, que esté siempre tan tranquilo, a pesar de no tener hijos? —dijo la señora Aithal.

—Algún secreto tiene, estoy seguro —sugirió el señor Murthy.

La señora Karwar tosió.

—A veces me temo que ella esté pensando en divorciarse de él —dijo, y todos adoptaron un aire preocupado. La esposa, sin la menor duda, era lo bastante «moderna» como para intentar una cosa semejante...

Ya habían llegado a los coches, sin embargo, y el grupo se dispersó de inmediato. Subieron a sus respectivos vehículos y se alejaron uno tras otro.

Esa misma semana, los Rao fueron vistos mientras rodeaban la rotonda del Pozo de Agua Fresca en la Yamaha roja. Kamini iba sentada detrás, abrazando estrechamente a su marido, y a los observadores les sorprendió ver que los dos parecían en aquel momento una pareja de verdad.

Al otro jueves, cuando los «íntimos» volvieron a la residencia de los Rao, se encontraron con que acudía a abrirles la puerta Sharadha Bhatt en persona. La vieja dama llevaba el pelo desaliñado y les lanzó una mirada hosca.

—Tiene problemas con su hijo Jimmy, el arquitecto que vive en Bombay —les susurró Kamini, mientras los acompañaba por la escalera—. Le ha preguntado otra vez si podría irse a vivir con él, pero su esposa no quiere.

Como aquella noche se anunciaba una comida extraordinaria, el señor Shirthadi había hecho una de sus raras apariciones en compañía de su esposa. Y al oír aquella confidencia se puso a perorar enérgicamente contra la ingratitud de los hijos actuales y afirmó que a veces deseaba no haber tenido ninguno. La señora Shirthadi lo escuchó nerviosa. Su marido casi acababa de cruzar la frontera de los asuntos intocables.

En ese momento llegó la señora Karwar con Lalitha y se repitieron los gritos y las zalamerías de siempre entre Kamini y su «amor secreto».

Después del sorbete, Anantha Murthy le pidió al señor Rao que le confirmase un

rumor: ¿era cierto que había rechazado otra oferta para que lo destinaran a Bombay?

El señor Rao asintió.

—¿Por qué no quiere aceptar, Giridhar Rao? —preguntó la señora Shirthadi—. ¿No quiere ascender en el banco?

—Ya estoy contento aquí, señora —le respondió—. Tengo mi playa privada, mis veladas con la BBC... ¿Qué más podría uno desear?

—Es usted un perfecto hindú, Giridhar —le dijo el señor Murthy, que empezaba a aguardar la cena con impaciencia—, lo cual equivale a decir que está satisfecho casi por completo con su destino en la Tierra.

—¿Seguirías tan contento si me fugara con Lalitha? —gritó Kamini desde la cocina.

—Querida, cuando te fugues me sentiré del todo satisfecho —le espetó su marido.

Ella soltó un alarido, fingiendo indignación, y los «íntimos» estallaron en aplausos.

—Bueno, y ¿qué hay de esa playa privada de la que no para de hablar, señor Rao? ¿Cuándo vamos a conocerla? —preguntó la señora Shirthadi.

Antes de que pudiera responder, Kamini salió corriendo de la cocina y se asomó por la barandilla de la escalera.

Se oyó una respiración jadeante y apareció el rostro de Sharadha Bhatt, que iba subiendo los escalones de uno en uno.

—¿La ayudo a subir? —dijo Kamini—. ¿Necesita algo?

La anciana meneó la cabeza. Casi sin aliento, subió los últimos peldaños y se derrumbó en la silla más cercana.

La conversación se interrumpió. Era la primera vez que aquella mujer se sumaba a la cena semanal.

Al cabo de unos minutos, sin embargo, los comensales se desentendieron de ella.

Anantha Murthy dio unos aplausos cuando Kamini reapareció con la bandeja de aperitivos.

—¿Y qué es eso que me dicen de que se ha puesto a practicar la natación?

—¿Qué pasa? —replicó ella con una mano en la cintura—. ¿Qué tiene de malo?

—Espero que no vaya a lucir un bikini, al estilo occidental.

—¿Por qué no? Si lo hacen en Estados Unidos, ¿por qué no podemos nosotros? ¿O vamos a ser menos que ellos?

Lalitha empezó a reírse como una loca cuando Kamini anunció que tenía pensado comprar unos trajes de baño escandalosos para ella y para la niña.

—Y si a Giridhar Rao no le gusta, nos fugaremos las dos y viviremos juntas en Bombay, ¿verdad?

Giridhar Rao miró nervioso a la anciana, que tenía la vista fija en el suelo.

—¿No la estará molestando toda esta charla «moderna», verdad, señora

Sharadha?

La vieja dama respiraba ruidosamente. Flexionó los dedos de los pies y se los miró.

Anantha Murthy aventuró una comparación entre el *barfi* que Kamini había puesto en el aperitivo y el que servían en el mejor café de Bombay.

Entonces la anciana habló con voz ronca:

—Está recogido en la Escrituras... —Hizo una pausa prolongada. La habitación quedó en completo silencio—. Que un hombre..., un hombre sin hijos no puede aspirar a cruzar las puertas del Cielo. —Resopló—. Y si un hombre no entra en el Cielo, tampoco puede entrar su esposa. Pero aquí estáis vosotros hablando de bikinis y otras naderías, ¡y retozando con personas «modernas» en lugar de rezarle a Dios para que perdone vuestros pecados!

Jadeó ruidosamente un momento; luego se puso de pie y bajó renqueando las escaleras.

Cuando los «íntimos» se marchaban —la velada fue más breve que de ordinario —, encontraron a la vieja dama en el exterior de la casa. Estaba sentada sobre una maleta rebosante de vestidos y vociferaba hacia los árboles.

—¡Yama Deva, ven a buscarme! Ahora que mi hijo se ha olvidado de su madre, ¿qué me queda para seguir viviendo?

Mientras invocaba así al Señor de la Muerte, se golpeaba la frente con los puños, haciendo tintinear sus pulseras.

Cuando notó en el hombro la mano de Giridhar Rao, la anciana se deshizo en lágrimas.

Los «íntimos» vieron que él les indicaba con un gesto que se marcharan. La mujer había agotado ya todos sus recursos histriónicos. Hundió la cabeza en el pecho de Kamini y se puso a sollozar convulsivamente.

—Perdóname, madrecita... Los dioses nos han dado a cada una nuestro propio castigo. A ti te dieron un útero de piedra; a mí, un hijo con un corazón de hielo en el pecho.

Después de meterla en la cama entre los dos, el señor Rao dejó que su esposa subiera primero las escaleras. Cuando se reunió con ella, estaba tendida en la cama, dándole la espalda.

Salió al balcón y apagó la radio. Kamini no dijo nada mientras recogía su casco y bajaba de nuevo. La patada con la que arrancó la moto rasgó el silencio de Bishop Street.

Al cabo de unos minutos ya rodaba por la carretera que cruzaba el bosque hacia el mar. A ambos lados de la moto, lanzada a toda velocidad, se erizaban contra el cielo azul oscuro las siluetas apretadas de los cocoteros. La luna, suspendida a escasa altura

sobre los árboles, parecía que hubiera sido partida con un hacha. Despojada del borde superior derecho, brillaba en el cielo como una ilustración escolar de la idea de «dos tercios». Al cabo de quince minutos, la Yamaha salió bruscamente de la carretera y se internó rugiendo por una pista embarrada de guijarros. Luego el motor enmudeció.

Allí, en mitad del bosque, se abría un pequeño lago: un reducido círculo de agua. Giridhar Rao se bajó de la moto y dejó el casco en el asiento. Los pescadores habían despejado la orilla alrededor del lago, que al otro lado también estaba rodeado de cocoteros. A aquella hora debían haber dejado redes por todas partes, pero no se veía un alma. Una garza que caminaba por el agua poco profunda de la orilla era el único ser vivo a la vista. Giridhar se había tropezado con el lago años atrás, mientras recorría el bosque de noche. No comprendía cómo no iba nadie por allí; pero las ciudades pequeñas son así: abundan en tesoros ocultos. Caminó junto al lago unos minutos y luego se sentó en una roca.

La brillante superficie del agua, atravesada por negras ondulaciones, parecía formada por una serie de capas de cristal líquido encabalgadas unas sobre otras.

La garza agitó sus alas y echó a volar. Ahora estaba solo. Se puso a tararear una melodía de su época de soltero en Bangalore. Un enorme bostezo expandió su rostro. Alzó la vista. Entre los jirones de una nube gris asomaban tres estrellas; junto con los dos tercios de luna, componían un cuadrilátero. El señor Rao admiró la estructura del cielo nocturno. Le complacía pensar que los elementos que conforman nuestro mundo no estaban dispuestos al azar. Había algo detrás: un orden.

Bostezó otra vez y se acomodó sobre la roca, y estiró las piernas. Su paz se había truncado. Había empezado a lloviznar. No estaba seguro de si había atrancado las ventanas junto a la cama; la lluvia quizá le salpicase en la cara a su esposa.

Dejando atrás su playa privada, corrió hacia la moto, se puso el casco y arrancó.

Una mañana de 1987 toda Bishop Street se despertó con el sordo chasquido de las hachas que golpeaban los troncos de los árboles. Al cabo de unos días, zumbaban también sierras mecánicas y las excavadoras arrancaban enormes porciones de tierra negra. Ése fue el final del gran bosque de Bajpe. Lo que veían en su lugar los residentes de Bishop Street era un socavón gigantesco lleno de grúas y camiones, e infestado por un ejército de obreros inmigrantes despechugados que cargaban sobre la cabeza montones de ladrillos y sacos de cemento, como hormigas que arrastraran granos de arroz. Un cartel descomunal en canarés e hindi proclamaba que aquél iba a ser el emplazamiento del «Estadio de deportes Sardar Patel. El Hombre de Hierro de la India. Un sueño hecho realidad para Kittur». El estruendo era incesante; el polvo ascendía del socavón en espiral como el vapor de un géiser. Los no residentes que visitaban Bajpe de nuevo tenían la impresión de que la temperatura del barrio había ascendido seis grados.

Séptimo día: Salt Market Village

Si uno necesita un criado en el que poder confiar, un cocinero que no robe el azúcar o un chófer que no beba, ha de buscarlo en Salt Market Village. Aunque forme parte del municipio de Kittur desde 1988, Salt Market sigue siendo básicamente rural y mucho más pobre que el resto de la ciudad.

Si se encuentra de visita en abril o mayo, no debe perderse la fiesta local conocida como «la caza de ratas»: un ritual nocturno durante el cual las mujeres del suburbio desfilan por los campos de arroz portando antorchas en una mano mientras con la otra aporrean la tierra con palos de *hockey* o bates de críquet, gritando con todas sus fuerzas. Las ratas, las mangostas y las musarañas, aterrorizadas por tal alboroto, huyen despavoridas y terminan acorraladas en el centro del campo, donde las mujeres las matan a palos.

La única atracción turística de Salt Market Village es un templo jainista abandonado en donde los poetas Harihara y Raghuveera escribieron las primeras epopeyas en canarés. En 1990, la Iglesia Mormona de Utah, Estados Unidos, adquirió una parte del templo jainista y la convirtió en una oficina para sus evangelistas.

•••

Mientras aguardaba en la despensa a que hirviera el té, Murali dio un paso a la derecha y echó una mirada furtiva por el vano de la puerta.

El camarada Thimma, sentado bajo un cartel enmarcado del Soviet, había empezado a interrogar a la vieja.

—¿Comprende con exactitud la naturaleza de las diferencias doctrinales entre el Partido Comunista de la India, el Partido Comunista de la India (Marxista) y el Partido Comunista de la India (Marxista-Maoísta)?

«Por supuesto que no», pensó Murali, que retrocedió hacia el interior de la despensa y apagó el hervidor del agua.

Nadie en este mundo la comprendía.

Metió la mano en una lata llena de galletas de azúcar. Un momento más tarde, salió a la zona de recepción con una bandeja en la que había tres tazas de té y tres galletas.

El camarada Thimma estaba mirando la pared de enfrente, donde había una ventana enrejada. La luz del atardecer la iluminaba y arrojaba en el suelo una mancha reluciente, que parecía la cola de un ave incandescente que se hubiera encaramado en la reja.

La actitud del camarada daba a entender claramente que, dada su completa ignorancia doctrinal, aquella vieja no merecía recibir la asistencia del Partido

Comunista de la India (Marxista-Maoísta), sección de Kittur.

Ella tenía un aspecto frágil y demacrado; era la esposa de un granjero que se había ahorcado hacía dos semanas del techo de su casa.

Murali colocó la primera taza delante del camarada Thimma, que la alzó y dio un sorbo de té. Eso mejoró su humor.

Contemplando otra vez la reja que relucía en lo alto, el camarada dijo:

—Tendré que hablarle de nuestra «dialéctica»; si la encuentra aceptable, entonces podemos hablar de ayudas.

La esposa del granjero asintió, como si la palabra «dialéctica», en inglés, tuviera un sentido diáfano para ella.

Sin quitar los ojos de la ventana, el camarada mordisqueó una de las galletas de azúcar; las migas le caían por la barbilla y Murali, después de tenderle una taza a la vieja, volvió a acercarse a él y limpió las migas con los dedos.

El camarada tenía ojos pequeños y centelleantes, y una tendencia instintiva a fijar la mirada en lo alto mientras desgranaba sus sabias palabras, cosa que hacía siempre con una pasión contenida. Eso le daba todo el aire de un profeta. Murali, como suele suceder con los secuaces de los profetas, era un espécimen superior desde el punto de vista físico. Era más alto y más corpulento, y tenía una frente más despejada llena de arrugas y una amable sonrisa.

—Dale a la señora nuestro folleto sobre «dialéctica» —dijo el camarada sin apartar la vista de la ventana enrejada.

Murali asintió y se dirigió resueltamente hacia uno de los armarios. La zona de recepción del Partido Comunista de la India (Marxista-Maoísta) estaba amueblada con una vieja mesa manchada de té, unos cuantos armarios decrepitos y un escritorio para el secretario general, detrás del cual había un póster gigante de los primeros días de la Revolución Soviética donde aparecía un grupo de héroes proletarios subiendo una escalera hacia el cielo. Los obreros esgrimían mazos y almádenas y, al fondo, varios dioses orientales se encogían atemorizados ante su avance. Tras rebuscar en dos armarios, Murali encontró un panfleto con una gran estrella roja en la portada. Lo limpió con el faldón de la camisa y se lo llevó a la vieja.

—Ella no sabe leer.

Quien había hablado quedamente era la hija de la mujer, que permanecía sentada a su lado, sujetando en la mano izquierda su taza de té con la galleta intacta en el platito. Tras un instante de vacilación, Murali le tendió el folleto a ella. Sin dejar la taza, la hija asió el panfleto con los dedos de la mano derecha, como si fuese un pañuelo sucio.

El camarada sonrió con la vista fija en la reja; no estaba claro si era una reacción a lo que sucedía a su alrededor o si estaba pensando en otra cosa. Era un tipo delgado y calvo, de tez oscura y mejillas hundidas. Sus ojillos centelleaban.

—Al principio teníamos un único partido en la India, el auténtico. Sin concesiones de ninguna clase. Pero luego los líderes del partido quedaron seducidos por los encantos de la democracia burguesa y decidieron concurrir a las elecciones. Ése fue el primer error que cometieron: un error fatal, porque el partido quedó muy pronto escindido. Surgieron nuevas facciones que trataban de restaurar el espíritu original. Pero también ellas acabaron corrompiéndose.

Murali limpió los estantes del armario e intentó enderezar lo mejor que pudo una bisagra suelta de la puerta. Él no era un criado; allí no los había. El camarada Thimma no permitía que se explotara el trabajo de los proletarios. Murali no era ningún proletario, desde luego, sino el vástago de una influyente familia de hacendados brahmanes. Por eso no había inconveniente en que realizara toda clase de tareas domésticas.

El camarada inspiró hondo, se quitó las gafas y se las limpió con una punta de su camisa blanca de algodón.

—Sólo nosotros, los miembros del Partido Comunista de la India (Marxista-Maoísta), hemos conservado la fe. Sólo nosotros seguimos la dialéctica. ¿Y sabe cuántos militantes tenemos?

Volvió a ponerse las gafas y se llenó los pulmones de aire con satisfacción.

—Dos. Murali y yo.

Contempló la ventana con una tenue sonrisa. Parecía haber concluido, así que la vieja le puso las manos en la cabeza a su hija y dijo:

—Está soltera, señor. Lo único que le pedimos es un poco de dinero para casarla, nada más.

Thimma se volvió hacia la hija y la examinó abiertamente; la chica miró al suelo. Murali hizo una mueca de disgusto. «Ojalá tuviera un poco más de delicadeza», pensó.

—No tenemos ninguna ayuda —dijo la vieja—. Mi familia no me dirige la palabra siquiera. Los miembros de nuestra propia casta no...

El camarada se dio una palmada en el muslo.

—Toda esa cuestión de las castas no es más que una manifestación de la lucha de clases. Mazumdar y Shukla lo demostraron categóricamente en 1938. Me niego a aceptar en nuestra conversación el término «casta».

La mujer miró a Murali, que le hizo un gesto de asentimiento, como animándola a proseguir.

—Mi esposo decía que los comunistas eran los únicos que se preocupaban de la gente como nosotros. Decía que si los comunistas gobernasen el mundo, los pobres no pasarían apuros.

Aquello pareció aplacar al camarada. Miró un momento a la mujer y a la chica, y se sorbió la nariz. Parecía faltarle algo. Murali comprendió. Mientras se dirigía a la

despensa para preparar otra taza de té, oyó que el camarada seguía diciendo:

—El Partido Comunista de la India (Marxista-Maoísta) no es el partido de los pobres: es el partido del proletariado. Es indispensable captar esta distinción antes de que podamos hablar de asistencia o de resistencia.

Murali estaba a punto de echar las hojas de té, después de encender de nuevo el hervidor, cuando se preguntó por qué la hija no habría tocado siquiera su taza. Le asaltó la repentina sospecha de que había puesto demasiado té en el hervidor..., de que llevaba casi veinticinco años preparándolo mal.

Murali se bajó del autobús 670 en la parada de Salt Market Village y caminó por la avenida principal, sorteando los montones de estiércol, mientras a su alrededor los cerdos husmeaban la tierra. Llevaba el paraguas al hombro, tal como un luchador sostiene su maza, para evitar que la punta metálica se manchara de porquería. Tras preguntar a un grupo de chicos que jugaban a las canicas en mitad de la avenida, acabó encontrando la casa: un edificio impresionante y de tamaño sorprendente, que tenía sobre el tejado de uralita varias piedras para estabilizarlo durante las lluvias.

Levantó el pestillo de la cancela y entró.

Junto a la puerta, había una camisa de algodón tejida a mano colgada de un gancho. Sería del muerto, supuso. Como si el tipo estuviera todavía dentro, durmiendo la siesta, y fuera a salir y a ponérsela para recibir al visitante.

Habían pegado a la fachada al menos media docena de imágenes coloreadas de distintos dioses, además del retrato de un gurú local barrigón que tenía un nimbo enorme alrededor de la cabeza. También habían sacado un catre de mimbre deshilachado para que se sentaran los visitantes.

Murali dejó las sandalias fuera; se preguntó si debía llamar a la puerta. Demasiado indiscreto para una casa como aquélla, donde la muerte acababa de entrar. Decidió esperar a que saliera alguien.

Dos vacas blancas reposaban en medio del jardín; los cencerros que llevaban colgados del cuello tintineaban sólo raras veces, porque apenas se movían. Delante de ellas había un charco donde les habían mezclado la paja con agua. Un búfalo negro, con todo el morro salpicado de briznas verdes, miraba fijamente el muro del jardín mientras mascaba el montón de hierba que le habían dejado en el suelo. «Estos animales no tienen ninguna preocupación en este mundo —pensó Murali—. Incluso en la casa de un hombre que se ha quitado la vida, siguen alimentándolos y engordándolos. Con qué facilidad imponen su ley a los hombres de este pueblo. Como si la civilización humana hubiera confundido a señores y a criados». Se había quedado embelesado. Sus ojos se demoraban en el cuerpo fornido del animal, en su vientre abultado, en su piel lustrosa. Olía los restos de estiércol que se le habían secado en los cuartos traseros; sin duda se había sentado sobre sus propios

excrementos.

Hacía muchísimo que Murali no pisaba Salt Market Village. La vez anterior había sido veinticinco años atrás, cuando había acudido allí en busca de detalles visuales con los que enriquecer un relato sobre la pobreza rural que estaba escribiendo. No había cambiado gran cosa en un cuarto de siglo; sólo los búfalos habían engordado.

—¿Por qué no ha llamado?

La vieja había surgido de repente del patio trasero; pasó junto a él con una gran sonrisa, entró en la casa y gritó:

—¡Eh, tú! ¡Prepara té!

Al cabo de unos instantes apareció la chica con un vaso de té. Murali lo tomó y tocó sus dedos húmedos al hacerlo.

El té, después del largo viaje, le sentó de maravilla. Nunca había conseguido dominar el arte de preparar el té, pese a que llevaba haciéndoselo a Thimma casi veinticinco años. Quizás era una de las cosas que sólo pueden hacer bien las mujeres, pensó.

—¿Qué quiere de nosotras? —le preguntó la vieja. Su actitud se había vuelto más servil; como si sólo ahora hubiera colegido el propósito de su visita.

—Quiero saber si me han dicho la verdad —repuso con calma.

La mujer llamó a los vecinos para que Murali pudiera interrogarlos. Todos se acuclillaron alrededor del catre. Aunque él insistió en que se acomodaran a su lado, los vecinos no se movían de su sitio.

—¿Dónde se colgó?

—Aquí mismo, señor —dijo un viejo de dientes mellados y teñidos de *paan*.

—¿Cómo que aquí mismo?

El hombre señaló la viga del techo. Murali no podía creerlo: ¿se había matado a la vista de todos? O sea, que hasta las vacas lo habían visto; y también el grueso búfalo.

Oyó hablar del hombre cuya camisa seguía colgada del gancho de la pared. Sus cosechas desastrosas. El préstamo del usurero, con un interés compuesto del 3 por ciento mensual.

—Se arruinó con la boda de su primera hija. Y era consciente de que todavía le quedaba otra por casar: esta chica.

La aludida había permanecido todo el rato en un rincón. Murali vio que volvía el rostro, mortificada.

Cuando ya se iba, se le acercó corriendo un lugareño.

—Señor..., señor... Es que... una tía mía se suicidó hace dos años... Bueno, hace solo uno, señor, y ella era como una madre para mí... ¿No podría el Partido Comunista...?

Murali lo agarró del brazo y se lo apretó con fuerza. Lo miró a los ojos.

—¿Cómo se llama la hija?

Caminó poco a poco hacia la parada del autobús. Ahora iba arrastrando por el suelo la punta del paraguas. El horror de la historia del muerto, la imagen de los búfalos bien alimentados, la expresión afligida de aquella chica tan hermosa..., todo eso seguía dándole vueltas en la cabeza.

Se recordó a sí mismo veinticinco años atrás, cuando había visitado aquel pueblo con su bloc de notas y su sueño de convertirse en un Maupassant indio. Mientras cruzaba las tortuosas callejuelas, abarrotadas de niños de la calle entregados a sus juegos violentos y de jornaleros exhaustos durmiendo entre las sombras —aquí y allá relucían grandes charcos de aguas residuales—, volvió a recordar la extraña mezcla de suciedad y de belleza abrumadora que parece constituir la naturaleza de cualquier pueblo indio y experimentó de nuevo el impulso simultáneo de admirarla y censurarla que había sentido ya en sus primeras visitas.

Como en el pasado, sintió la necesidad de tomar notas.

Entonces había visitado Salt Market Village todos los días a lo largo de una semana. Escribía minuciosas descripciones de los granjeros, de los gallos, toros y cerdos, de las zanjias pestilentes, de los juegos infantiles y los festivales religiosos. Pretendía incluirlas en una serie de relatos que había elaborado por las noches en la sala de lectura de la biblioteca municipal. No estaba muy seguro de si el partido aprobaría sus relatos, así que envió un puñado de ellos bajo seudónimo («El Justiciero», nada menos) al director de un semanario de Mysore.

Una semana más tarde recibió una postal del director, que lo invitaba a reunirse con él. Fue a Mysore en tren y aguardó la mitad del día hasta que lo recibió en su despacho.

—Ah, sí..., el joven genio de Kittur.

El director buscó las gafas por encima de la mesa y sacó del sobre el montón de hojas dobladas que Murali le había enviado. Al joven autor, el corazón le palpitaba violentamente.

—Quería verle —dijo el director, desparramando las hojas sobre la mesa— porque hay talento en su escritura. A diferencia del noventa por ciento de nuestros autores, usted se ha adentrado en la vida rural y ha observado cómo vive la gente.

Murali se sonrojó. Era la primera vez que alguien hablaba de talento al referirse a él.

Tras tomar uno de los relatos, el director hojeó las páginas en silencio.

—¿Cuál es su autor preferido? —preguntó, mordiendo la punta de las gafas.

—Guy de Maupassant —repuso. Aunque enseguida se corrigió a sí mismo—. Después de Karl Marx.

—Atengámonos a la literatura —replicó el director—. Cada personaje de Maupassant es así... —Flexionó el índice y lo meneó—. Desea, desea, desea. Hasta el último día de su vida, desea. Dinero. Mujeres. Fama. Más mujeres. Más dinero.

Más fama. Sus personajes, en cambio —dijo, extendiendo el dedo—, no desean nada en absoluto. Ellos simplemente se pasean por pueblos descritos con toda exactitud y se entregan a profundas reflexiones. Caminan entre vacas y árboles y gallos, y piensan; y luego vuelven a caminar entre gallos, árboles y vacas, y piensan otro poco. Nada más.

—Piensan en cambiar y mejorar el mundo —protestó Murali—. Desean una sociedad mejor.

—¡No «desean» nada! —gritó el director—. ¡No puedo publicar relatos de gente que no desea nada!

Le arrojó el montón de hojas.

—¡Cuando encuentre personas que deseen algo, venga a verme otra vez!

Murali nunca había reescrito los relatos. Ahora, mientras esperaba el autobús que lo tenía que llevar a Kittur, se preguntó si todavía conservaría aquel puñado de historias en su casa.

Cuando llegó a la oficina, se encontró al camarada Thimma con un forastero. No era nada raro ver forasteros allí: hombres macilentos y fatigados de mirada paranoica que habían huido de algún estado vecino donde se llevaba a cabo una purga rutinaria de comunistas radicales. En esos lugares, el comunismo radical constituía una amenaza real para el poder establecido. Los fugitivos pernoctaban en la oficina durante unos días, hasta que se calmaban las cosas y podían regresar.

Pero aquel hombre no era uno de tales perseguidos; tenía el pelo rubio y un extraño acento europeo.

Se había sentado junto al camarada Thimma, que aprovechaba la ocasión para desahogarse sin apartar la vista de la reja iluminada de la ventana. Murali se sentó y lo escuchó media hora. Era impresionante. Trotski no estaba perdonado; ni Bernstein, olvidado. Thimma trataba de demostrarle a aquel europeo que incluso en una pequeña ciudad como Kittur había hombres que estaban al día en la teoría de la dialéctica.

El forastero asintió profusamente y lo anotó todo en una libreta. Al final, le puso el capuchón al bolígrafo y observó:

—Por lo que veo, los comunistas no tienen prácticamente ninguna presencia en Kittur.

Thimma se dio una palmada en el muslo y mantuvo los ojos fijos en la reja. Dijo que los socialistas habían tenido demasiada influencia en aquella parte del sur de la India. El problema del feudalismo en las zonas rurales había sido resuelto; las grandes propiedades se habían desmembrado y se habían repartido entre los campesinos.

—Ese hombre, Devraj Urs, cuando era el líder del Partido del Congreso, provocó una especie de revolución aquí. —Thimma soltó un suspiro—. Una seudorrevolución,

desde luego. La falsedad de Bernstein una vez más.

Las tierras del propio Murali habían sido sometidas a las políticas socialistas de la administración del Congreso. Su padre había perdido sus propiedades y el Gobierno le había asignado a cambio una compensación. Pero cuando fue a la oficina municipal a cobrarla, descubrió que un funcionario había falsificado su firma y se había fugado con el dinero. Al enterarse de lo sucedido, Murali había pensado: «El viejo se lo merece; yo también me lo merezco. Es la retribución adecuada por todo lo que les hemos hecho a los pobres». No se le escapaba, desde luego, que el dinero de la compensación no lo habían robado los pobres, sino un funcionario corrupto. Pero había, de todos modos, cierta justicia en ello.

Murali se ocupó de las rutinas habituales del final de la jornada. Primero barrió la despensa. Mientras metía la escoba por debajo del fregadero, oyó decir al forastero:

—Creo que el problema de Marx es que da por supuesto que los seres humanos son... demasiado honrados. Él rechaza la idea del pecado original. Y quizá sea ése el motivo de que el comunismo esté agonizando ahora en todas partes. El Muro de Berlín...

Murali se agachó bajo el fregadero para llegar hasta los últimos rincones; la voz de Thimma resonaba extrañamente en aquel espacio encajonado:

—¡Usted ha entendido totalmente al revés el proceso dialéctico!

Murali hizo una pausa allí debajo, aguardando a ver si se le ocurría una respuesta mejor al camarada Thimma.

Luego barrió el suelo, cerró los armarios, apagó las luces innecesarias (para ahorrar electricidad), ajustó bien los grifos (para ahorrar en la factura del agua), y se fue a la terminal de autobuses a esperar al 56B, que habría de llevarlo a casa.

Su casa. Una puerta azul, un fluorescente, tres bombillas desnudas y diez mil libros. Los había por todas partes, esperándole desde la puerta como mascotas fieles, cubiertos de polvo en la mesa del comedor, apilados contra las viejas paredes como para reforzar la estructura de la casa. Ocupaban la mayor parte del espacio y sólo le dejaban un pequeño rectángulo para su camastro.

Abrió la carpeta que se había llevado a casa: «¿Gorbachov se está desviando del Camino Verdadero? Notas del maestro Thimma, licenciado en Filosofía y Letras (Kittur), doctorado en Letras (Mysore), secretario general del politburó regional de Kittur, Partido Comunista de la India (Marxista-Maoísta)».

Iba a añadir esas páginas a las notas que estaba recopilando sobre el pensamiento de Thimma. La idea era publicarlas en el futuro y repartirlas entre los obreros a la salida de las fábricas.

Aquella noche, Murali no pudo escribir demasiado rato; los mosquitos lo acosaban y él tenía que dedicarse a aplastarlos. Encendió un repelente para mantenerlos a raya. Pero ni siquiera así podía escribir; y entonces se dio cuenta de

que no eran los mosquitos los que lo perturbaban.

Aquella manera que había tenido la chica de volver el rostro... Tendría que hacer algo por ella.

¿Cómo se llamaba? Ah, sí. Sulochana.

Empezó a revolver entre el desbarajuste que tenía alrededor de la cama hasta que encontró la colección de relatos que había escrito tantos años atrás. Sopló para quitarle el polvo y empezó leer.

La fotografía del muerto estaba colgada en la pared, junto a las imágenes de los dioses que no habían sabido salvarlo. La foto del gurú barrigón había desaparecido. Quizá se había llevado él toda la culpa.

Murali se detuvo ante la puerta, aguardó un instante y llamó.

—Están trabajando en el campo —le gritó un vecino, el viejo con los dientes mellados y teñidos de rojo.

Las vacas y el búfalo ya no estaban en el patio; sin duda los habrían vendido. A Murali la situación le parecía atroz. ¿Aquella chica de mirada tan noble... trabajando en el campo como una vulgar jornalera?

«He llegado justo a tiempo», pensó.

—¡Corra a buscarlas! —le gritó al vecino—. ¡Enseguida!

El Gobierno del estado tenía un programa para compensar a las viudas de los granjeros que se hubieran quitado la vida a causa de las condiciones que sufrían, le explicó Murali a la mujer, tras hacer que se sentara en el catre de mimbre. Era uno de esos programas bienintencionados para mejorar las condiciones de los campesinos, programas que nunca llegaban a su destino porque nadie se enteraba de su existencia, salvo cuando alguien de la ciudad, como él mismo, acudía a informar.

La viuda estaba más delgada y tenía la piel quemada por la intemperie. Permanecía allí sentada, limpiándose las manos sin parar con el dorso del sari. Se sentía avergonzada por su suciedad.

Sulochana salió con una taza de té. A él le maravilló que la chica, recién llegada del trabajo, hubiera encontrado tiempo para prepararlo.

Tomó la taza, tocando ligeramente sus dedos, y admiró sus facciones. Había pasado una dura jornada en el campo y, no obstante, seguía resultando hermosa: más hermosa que nunca, de hecho. Había en su cara una sencilla elegancia desprovista de artificios. Ni rastro del maquillaje, del pintalabios y de las pestañas postizas que se veían actualmente en las ciudades.

Se preguntó qué edad tendría.

—Señor... —La vieja entrelazó las manos—, ¿el dinero llegará de verdad?

—Si firma aquí —repuso él—. Y aquí. Y aquí.

La vieja sostuvo el bolígrafo con una sonrisa estúpida.

—No sabe escribir —murmuró Sulochana.

Murali se puso la carta sobre el muslo y firmó por ella. Le explicó que había traído otro documento que debía entregarse en la comisaría de Policía que había junto a la colina del Faro, para pedir el procesamiento del prestamista por haber instigado la muerte del marido con sus manejos. Quería que la vieja lo firmase también, pero ella juntó las palmas y se inclinó ante él con aire suplicante.

—Por favor, señor, no lo haga. Por favor. Nosotras no queremos problemas.

Sulochana permaneció apoyada en la pared con la vista baja, sumándose tácitamente a la súplica de su madre.

Rompió el documento. Y al hacerlo, comprendió que ahora se había convertido en el árbitro del destino de aquella familia; que ahora el patriarca era él.

—¿Y su boda? —dijo, señalando a la chica.

—¿Quién querrá casarse con ésta? ¿Qué voy a hacer? —gimió la vieja cuando su hija se retiró al sombrío interior de la casa.

Fue en el camino de vuelta hacia la parada del autobús cuando se le ocurrió la idea.

Apretó contra el suelo la punta metálica del paraguas y trazó una larga línea en el barro.

«¿Por qué no?», pensó.

A ella no le quedaba otra esperanza, al fin y al cabo.

Subió al autobús. A sus cincuenta y cinco años, todavía estaba soltero. Después del periodo que había pasado en la cárcel, su familia había renegado de él y ninguno de sus tíos y tías había intentado concertarle una boda. Y Murali, por su parte, mientras distribuía panfletos, mientras predicaba la buena nueva del proletariado y recopilaba los discursos del camarada Thimma, no había encontrado el momento de buscarse una esposa por sí mismo. Tampoco había sentido grandes deseos de hacerlo, a decir verdad.

«Pero éste no es lugar adecuado para una chica», pensó más tarde, tendido en la cama. Una casa mugrienta llena de libros viejos..., de antiguas ediciones de los veteranos del Partido Comunista y de autores rusos y franceses del siglo XIX a los que ya nadie leía...

No se había dado cuenta hasta ese momento de lo mal que había vivido durante todos aquellos años. Pero las cosas cambiarían, sentía una gran esperanza. Si ella entraba en su vida, todo sería distinto. Permaneció en su camastro mirando el ventilador del techo. Estaba apagado; raramente lo encendía, salvo en los momentos más sofocantes del verano, para que no subiera la cuenta de la luz.

Toda su vida se había sentido hostigado por la inquietud, por el sentimiento de que él estaba llamado a mayores empresas de las que podían hallarse en una pequeña ciudad. Al terminar su licenciatura de Derecho en Madrás, su padre había confiado en

que se haría cargo de su despacho de abogado. Pero Murali se había sentido más atraído por la política. En Madrás había comenzado a asistir a los mítines del Partido del Congreso y siguió haciéndolo a su regreso a Kittur. Se acostumbró a llevar un gorro de estilo Nehru y puso una foto de Gandhi en su escritorio. Su padre lo advirtió. Un día se desató la confrontación y los gritos, y Murali abandonó la casa de su padre y se unió al Partido del Congreso como miembro a jornada completa. Ya sabía lo que quería hacer con su vida: había un enemigo al que derrotar. La vieja y nefasta India de las castas y los privilegios de clase, la India de los matrimonios infantiles, de las viudas maltratadas, de los subalternos explotados... había de ser derrocada. Cuando llegaron las elecciones del estado, hizo campaña con todas sus fuerzas por el candidato del Congreso, un joven de casta baja llamado Anand Kumar.

Una vez obtenida la victoria, Murali descubrió que dos de sus compañeros se apostaban todas las mañanas delante de las oficinas del partido; vio que la gente desfilaba ante ellos con cartas dirigidas al candidato vencedor y que ellos se quedaban con las cartas y con doce rupias de cada peticionario.

Cuando los amenazó con decírselo a Kumar, los dos se pusieron muy serios; se hicieron a un lado y lo invitaron a pasar.

—Entra ahora mismo a quejarte, por favor —dijeron.

Mientras entraba y llamaba a la puerta de Kumar, oyó risas a su espalda.

Murali se unió a continuación a los comunistas, porque había oído decir que eran incorruptibles. Las facciones más importantes resultaron tan corruptas como el Partido del Congreso, así que fue cambiando su afiliación de un partido comunista a otro, hasta que un día, al entrar en una oficina débilmente iluminada, distinguió la figura menuda del camarada Thimma bajo un póster gigantesco de los heroicos proletarios subiendo al cielo para derribar a los dioses del pasado. Al fin un incorruptible. En aquel entonces, su partido contaba con diecisiete militantes que llevaban a cabo programas de educación para mujeres, campañas de control de la natalidad y giras de radicalización proletaria. Con un grupo de voluntarios, recorrió las fábricas de los alrededores del Bunder, y distribuían panfletos sobre el mensaje de Marx y sobre los beneficios de la esterilización. La militancia del partido fue disminuyendo y, finalmente, se encontró trabajando solo, lo cual no representaba ninguna diferencia para él. La causa merecía la pena. Él nunca actuaba de modo estridente, como los demás comunistas; con tranquilidad y perseverancia, por el contrario, se apostaba en la cuneta y les mostraba los panfletos a los obreros, repitiendo un mensaje que pocos de ellos llegaban a tomarse a pecho: «¿No queréis saber cómo podríais vivir mejor, hermanos?».

Pensaba que también su escritura podría contribuir a la causa, aunque tenía la honradez de reconocer que quizás era sólo su vanidad lo que le inducía a pensar así. La palabra «talento» había quedado alojada en su mente y le hacía albergar

esperanzas; pero cuando aún estaba preguntándose cómo podría mejorar como escritor, lo metieron en la cárcel.

La Policía fue a buscar un día al camarada Thimma. Era durante el Periodo de Emergencia.

—Hacéis bien en detenerme —había dicho Thimma—, porque yo apoyaré abierta y libremente todos los intentos de derrocar el Gobierno burgués de la India.

Murali les dijo a los policías:

—¿Por qué no me detienen a mí también?

La cárcel había representado para él una época feliz. Por las mañanas, le lavaba la ropa a Thimma y la ponía a secar. Había creído que con todo el tiempo libre de la prisión le sería más fácil concentrarse y replantear su escritura, pero no le quedaba ningún momento para escribir por su cuenta. Por las noches, Thimma le dictaba y él tomaba notas sobre su posición ante las grandes cuestiones del marxismo. La apostasía de Bernstein. El desafío de Trotski. Una justificación de Kronstadt.

Anotaba las opiniones de Thimma con toda fidelidad; al terminar, lo tapaba con una manta, dejándole sólo fuera los dedos de los pies para que les diera el aire.

Por la mañana procedía a afeitarlo mientras él bramaba frente al espejo contra la profanación del legado de Stalin cometida por Khrushchev.

Fue el periodo más feliz de su vida. Pero luego lo habían soltado.

Con un suspiro, Murali se levantó de la cama. Caminó de un lado para otro por la casa sumida en la penumbra, mirando aquel desorden de libros, las ruinosas ediciones de Gorki y Turgénev, y diciéndose a sí mismo una y otra vez: «¿Qué he obtenido, en resumidas cuentas, en mi vida? Sólo esta casa destartada...».

Entonces vio otra vez la cara de la chica y todo su cuerpo se iluminó de esperanza y alegría. Tomó su colección de relatos y los leyó de nuevo. Con un bolígrafo rojo empezó a eliminar detalles, a realzar los motivos e impulsos de sus personajes.

Se le ocurrió una mañana, de camino a Salt Market Village.

—Me están rehuyendo. Tanto la madre como la hija.

«No —pensó luego—. Sulochana no. Es sólo la vieja la que se ha vuelto fría conmigo».

Llevaba dos meses visitándolas con pretextos diversos, sólo para ver de nuevo la cara de Sulochana, para rozar sus dedos cuando le traía su taza de té hirviendo.

Había procurado que la vieja llegara a la conclusión de que él y su hija debían casarse. Dejando caer indirectas, la idea se abriría camino por sí sola en su mente. Eso había esperado. Entonces, por pura responsabilidad social, él accedería, pese a su avanzada edad, a contraer matrimonio con ella.

Pero la vieja no había adivinado sus deseos.

—Su hija es una excelente ama de casa —le había dicho una vez, creyendo que

era una insinuación bastante clara.

Cuando llegó al día siguiente, salió a recibirlo una joven desconocida. La viuda había subido de categoría, al parecer: había tomado una criada.

—¿Está la señora? —preguntó.

La joven asintió.

—¿Puedes llamarla?

Pasó un minuto. Le pareció oír voces detrás de la puerta; la criada volvió a salir.

—No —dijo.

—¿No, qué?

La joven desvió la mirada hacia la casa.

—Que no están. No.

—¿Y Sulochana está?

Ella negó con la cabeza.

Y por qué no habrían de evitarle, pensó, arrastrando el paraguas mientras volvía a la parada de autobús. Él había hecho su trabajo; ya no lo necesitaban. «Así es como actúa la gente en el mundo real», se dijo. ¿Por qué habría de sentirse dolido?

Por la noche, paseando inquieto por su lúgubre hogar, sintió que no podía sino coincidir con la vieja. Aquélla no era una morada apropiada para una chica como Sulochana. ¿Cómo iba a llevar allí a una mujer? No había pensado nunca en lo pobremente que vivía hasta que había intentado imaginarse viviendo con otra persona.

Y no obstante, al otro día volvió a tomar el autobús hasta Salt Market Village, donde la criada le dijo una vez más que no había nadie en casa.

En el trayecto de regreso, apoyó la cabeza en el respaldo y pensó: «Cuanto más desaires me hacen, más ganas tengo de arrodillarme ante esa chica y de proponerle matrimonio».

Ya en casa, intentó escribirle una carta: «Querida Sulochana: he estado tratando de hallar el modo de decírselo. Tengo tantas cosas que decirle...».

Volvió todos los días durante una semana entera y, en cada ocasión, le negaron la entrada. «No volveré más —se prometió a sí mismo la séptima noche, tal como en las seis anteriores—. De veras que no volveré. Es vergonzoso. Estoy abrumando a esta gente». Pero, a la vez, se sentía irritado con la vieja y con Sulochana por tratarlo de aquel modo.

En el autobús de vuelta, se levantó de golpe y le gritó al revisor.

—¡Para!

Acababa de recordar sin más ni más un relato que había escrito veinticinco años atrás sobre un casamentero del pueblo.

Preguntó a unos niños que jugaban a las canicas. Le dijeron que fuese a preguntar a los dueños de las tiendas. Le costó una hora y media encontrar la casa.

El casamentero, un viejo medio ciego, estaba sentado fuera fumando con un narguile; su esposa sacó otra silla para que el comunista se sentara.

Murali carraspeó e hizo sonar sus nudillos. No sabía qué decir ni qué hacer. El protagonista de su relato sólo había merodeado la casa del casamentero y luego se había ido. No había llegado tan lejos.

—Un amigo mío desea casarse con esa chica: Sulochana.

—¿La hija del tipo que...? ¿Ese...? —El viejo simuló que se ahorcaba.

Murali asintió.

—Su amigo ha llegado tarde, señor. Ella ahora tiene dinero y le han llegado cientos de proposiciones —dijo el casamentero—. Así es la vida.

—Pero..., mi amigo..., mi amigo ha puesto todos sus deseos en ella...

—¿Quién es ese amigo? —dijo el casamentero con un brillo sucio en los ojos, un destello que parecía comprenderlo todo.

Cada mañana, en cuanto terminaba sus tareas en la oficina del partido, tomaba el autobús y la esperaba en el mercado, adonde ella iba por la tarde a comprar fruta y verdura. La seguía lentamente, examinando con ojo crítico las bananas y los mangos. Durante una década le había comprado fruta al camarada Thimma. Se había convertido en un experto en muchas tareas femeninas. Su corazón daba un brinco cuando la veía escoger un mango demasiado maduro. Si el vendedor intentaba engañarla, sentía deseos de acercarse corriendo y de defenderla a gritos de su avaricia.

Por las noches, esperaba el autobús para volver a Kittur y observaba cómo vivía la gente en los pueblos. Vio a un chico pedaleando furiosamente con un bloque de hielo atado a la parte trasera de su bicicleta. Había de llegar a tiempo antes de que se fundiera el hielo. Ya se le había derretido la mitad y su única obsesión era entregar el resto antes de que fuera demasiado tarde. Vio a un hombre con unos plátanos en una bolsa de plástico, mirando inquieto alrededor: los plátanos ya tenían grandes manchas negras; tenía que venderlos antes de que se le pudrieran del todo. Aquellas personas le transmitían a Murali un mensaje: «Querer algo en la vida —decían— significa reconocer que el tiempo es limitado».

Él tenía cincuenta y cinco años.

Esa noche no tomó el autobús de vuelta. Se dirigió a pie a la casa. En lugar de llamar a la puerta, fue al patio trasero. Sulochana estaba aventando arroz; miró a su madre y entró dentro.

La criada fue a buscar una silla, pero la vieja la detuvo.

—A ver —dijo—, ¿es que quiere casarse con mi hija?

O sea, que lo había descubierto. Siempre pasaba lo mismo; haces un esfuerzo para ocultar un deseo y, de repente, resulta que está totalmente a la vista. La mayor falacia de todas: creer que puedes ocultarles a los demás lo que quieres de ellos.

Murali asintió, evitando la mirada de la vieja.

—¿Qué edad tiene? —preguntó.

—Cincuenta.

—¿Podría darle hijos a su edad?

Trató de responder. La vieja añadió:

—¿Por qué habríamos de querer que entre en nuestra familia? Mi difunto esposo me decía siempre: «Los comunistas traen problemas».

Se quedó boquiabierto. ¿Se refería al mismo esposo que tantos elogios había dedicado a los comunistas? ¿O se lo había inventado todo la vieja?

Ahora lo comprendía. El marido jamás había dicho nada de los comunistas. ¡La necesidad volvía astuta a la gente!

—Le aportaría muchas ventajas a su familia —dijo—. Soy brahmán de nacimiento; licenciado en...

—Escuche —dijo la viuda, poniéndose de pie—, haga el favor de irse y nos evitaremos problemas.

«¿Por qué no? —pensó en el autobús de vuelta—. Quizá no pueda darle hijos a mi edad, pero sí puedo hacerla feliz sin ninguna duda. Podemos leer juntos a Maupassant».

Él era un hombre instruido, un licenciado en la Universidad de Madrás. Aquella no era forma de tratarlo. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Pensó en las obras de ficción y de poesía que conocía, pero lo que mejor expresaba sus sentimientos era la letra de la canción de una película que había escuchado en el autobús. «¿Será ésa la razón de que los proletarios vayan tanto al cine?», se dijo. Se fue al centro y sacó él mismo una entrada.

—¿Cuántas?

—Una.

El taquillero le dedicó una sonrisa burlona:

—¿Es que no tiene ningún amigo, abuelo?

Después de la película, le escribió una carta a la chica y se la envió.

A la mañana siguiente se despertó preguntándose si ella llegaría a leerla. Aun suponiendo que la recibiesen, ¿no la tirarían su madre a la basura? ¡Tendría que habérsela dado en mano!

No bastaba con un simple intento. Eso —haberlo intentado— estaba bien para Marx y para Gandhi, no para el mundo real en el cual se hallaba inmerso.

Tras considerar la cuestión una hora, escribió otra vez la carta. Esta vez le pagó tres rupias a un pilluelo para que se la entregara en mano a la chica.

—Ella sabe que vienes aquí a buscarla —le dijo el verdulero la siguiente vez que fue al mercado—. Has logrado ahuyentarla.

Sintió una punzada en el corazón. «Me está evitando». Ahora comprendía muchas otras canciones de las películas. «A eso se refieren: a la humillación de que te rehuya una chica a la que has ido a ver desde muy lejos...», se dijo.

Le dio la impresión de que todos los tenderos se reían de él.

Incluso diez años atrás —cuando tenía cuarenta— no habría sido indecoroso que se interesara por una chica como aquélla, pensaba mientras regresaba a casa. Ahora sólo era un viejo verde; se había convertido en uno de los estereotipos que había usado en muchos de sus relatos: el viejo brahmán lujurioso tratando de atrapar a una chica inocente de baja casta.

Pero aquellos tipos eran sólo caricaturas: malvados con privilegios de clase. Ahora podría darles forma mucho mejor. Al acostarse en su camastro, tomó un trozo de papel y escribió: «Algunas ideas que realmente se le pueden ocurrir a un viejo brahmán lujurioso».

«Ahora ya sé lo suficiente —pensó Murali, mirando lo que había escrito—. Por fin puedo convertirme en escritor».

A la mañana siguiente volvieron a imperar el orden y la razón. Se peinó, hizo sus ejercicios de respiración ante el espejo, caminó pausadamente por la calle, se aplicó a la tarea de limpiar la oficina del partido y de prepararle a Thimma el té.

Hacia mediodía, sin embargo, subió una vez más al autobús de Salt Market Village.

Esperó a que apareciera en el mercado y empezó a caminar tras ella, examinando las patatas y las berenjenas y echándole miraditas. Veía todo el rato a los vendedores mofándose de él. Viejo verde, viejo verde. Recordó con pesar el privilegio que los hombres tenían tradicionalmente en la India, en la India vieja y nefasta: el privilegio de casarse con una mujer más joven.

A la mañana siguiente, mientras le hervía el té a Thimma en la despensa de la oficina, todas las cosas que le rodeaban le parecieron de repente lúgubres e insoportables: los cazos y las sartenes, las cucharas mugrientas, el tarro gastado del azúcar: los rescoldos de una vida que nunca había llegado a encenderse en llamas.

«Has sido engañado», le decían todos los objetos. «Has malgastado tu vida».

Pensó en todas sus cualidades: en su educación, en su agudo ingenio, en su capacidad intelectual, en sus dotes para escribir. En su «talento», como había dicho el director de la revista de Mysore.

Todo eso, pensó mientras llevaba el té a la zona de recepción, malgastado al servicio del camarada Thimma.

El propio Thimma se había desperdiciado a sí mismo. Nunca había vuelto a casarse después la prematura muerte de su esposa. Se había entregado al objetivo de su vida: mejorar la situación del proletariado de Kittur. No era a Marx a quien había que culpar en último término, sino a Gandhi y a Nehru. De eso estaba convencido.

Una generación entera de jóvenes engañada por el ejemplo de Gandhi: desperdiciando sus vidas en la tarea de crear clínicas oftalmológicas gratuitas para los pobres y de distribuir libros por las bibliotecas rurales, en lugar de seducir a todas aquellas viudas jóvenes y chicas solteras. El viejo del taparrabos los había enloquecido. Como Gandhi, uno tenía que reprimir sus apetitos. Incluso saber lo que querías ya era un pecado; y el deseo, una enajenación de fanáticos. ¡Pero mira adónde había ido a parar el país después de cuarenta años de idealismo! ¡Menudo desastre! ¡Si todos los jóvenes de su generación se hubieran convertido en unos hijos de perra, quizás aquello sería ahora como Estados Unidos!

Esa noche se obligó a sí mismo a no tomar el autobús. Se quedó en la oficina y la limpió de arriba abajo dos veces.

No, pensó mientras se agachaba bajo el fregadero para barrer por segunda vez, ¡no había sido un derroche inútil! El idealismo de jóvenes como él había transformado Kittur y los pueblos de los alrededores. La pobreza rural se había reducido, la viruela había sido erradicada, la Salud Pública había mejorado enormemente y la alfabetización se había extendido entre toda la población. Si Sulochana sabía leer era gracias a voluntarios como él, gracias a todas aquellas bibliotecas populares...

Hizo una pausa bajo el fregadero. Una voz rezongó en su interior: «Sí, muy bien, sabe leer, ¿y de qué te sirve a ti, idiota?».

Salió de aquel hueco oscuro y corrió a la zona iluminada de la recepción.

El póster cobró vida de repente. Los proletarios ascendiendo hacia el cielo para derrocar a los dioses empezaron a fundirse y a cambiar de forma. Los vio tal como eran: un ejército subalterno de sangre, semen y carne rebelándose en su interior. Una revolución del proletariado del cuerpo, tanto tiempo reprimido, pero que por fin tomaba la palabra y proclamaba: «¡Deseamos!».

Los comunistas estaban acabados. El visitante europeo lo había dicho y todos los periódicos lo repetían. En cierto sentido, los norteamericanos habían ganado. El camarada Thimma seguiría hablando y hablando, pero pronto ya no habría de qué hablar, porque Marx había enmudecido. La dialéctica se había disuelto y se había convertido en polvo. Y lo mismo Gandhi, y lo mismo Nehru. Los jóvenes conducían coches Suzuki nuevos por las calles de Kittur y en sus radios sonaba a todo volumen música pop occidental; los jóvenes tomaban cucuruchos de helado de frambuesa, llevaban relojes relucientes de metal.

Tomó un panfleto y lo arrojó contra el póster soviético, con lo que asustó a un lagarto que estaba escondido detrás.

«¿Os creéis que ya no caben los privilegios en la India? ¿Os creéis que a un licenciado en la Universidad de Madrás, a todo un brahmán, se le puede dejar tirado

tan fácilmente?».

Mientras el autobús avanzaba traqueteando, Murali sujetaba con fuerza una carta del Gobierno del estado de Karnataka, según la cual estaba a punto de llegar otra remesa de dinero para la viuda del granjero Arasu Deva Gowda (siempre y cuando firmase previamente). Ocho mil rupias.

Tras pedir indicaciones, llegó a la casa del prestamista. La divisó de lejos: era la más grande del pueblo, con la fachada pintada de rosa y un pórtico con columnas. Ésa era la casa construida con el tres por ciento de interés compuesto mensual.

El prestamista, un hombre gordo de tez oscura, estaba vendiéndole grano a un grupo de granjeros; junto a él, un chico gordo de tez oscura, seguramente su hijo, hacía anotaciones en un libro. Murali se detuvo a admirar aquella estampa: el genio de la explotación en estado puro. Le vendes tu grano al granjero. Te libras así de tus existencias defectuosas. Y le das un préstamo para que pueda comprártelo. Le haces pagar el tres por ciento mensual. El treinta y seis por ciento anual. ¡No: más aún, mucho más! ¡Interés compuesto! ¡Qué diabólico, qué brillante! Y pensar que él daba por supuesto, se dijo con una sonrisa, que dominar la dialéctica era una señal de inteligencia.

Cuando Murali se le acercó, el prestamista estaba hundiendo la mano en el grano; al sacarla, su piel de color chocolate salió revestida de un polvillo amarillo, como el pico de un pájaro cubierto de polen.

Sin limpiarse, el hombre tomó la carta que le tendía Murali. Detrás, en un nicho abierto en la pared de la casa, reposaba una estatua roja gigante de Ganesha, con su vientre abultado. Había una mujer gorda, rodeada de niños gorditos, sentada en un catre de mimbre. Y desde más allá, llegaba el hedor de una criatura dedicada exclusivamente a comer y defecar: un búfalo de agua, sin duda.

—¿Sabía que el Gobierno le ha pagado a la viuda otras ocho mil rupias? —le dijo Murali—. Si todavía le queda deuda pendiente, ahora es el momento de cobrarla. Ella está en condiciones de pagar.

—¿Usted quién es? —le preguntó el prestamista con ojillos suspicaces.

Murali vaciló un instante:

—Soy el comunista de cincuenta y cinco años —dijo.

Quería que lo supieran. La vieja y Sulochana. Ahora ambas estaban en sus manos. Lo habían estado desde el día en que habían pisado su oficina.

Cuando volvió a su casa, encontró una carta del camarada Thimma debajo de la puerta. Seguramente la había dejado él mismo, porque ahora no tenía a nadie para hacer entregas.

La tiró sin mirarla. Comprendió, al hacerlo, que estaba deshaciéndose para siempre de su afiliación al Partido Comunista de la India (Marxista-Maoísta). El camarada Thimma, sin una taza de té que llevarse a la boca, seguiría soltando

discursos él solo en aquella sala sombría, acusándolo de haberse sumado a los Bernstein, a los Trotski y a toda la legión de apostatas.

A medianoche continuaba despierto. Permanecía tendido mirando el ventilador del techo, cuyas aspas iban cortando la luz de las farolas de la calle y la convertían en breves destellos blancos: llovían sobre él como las primeras partículas de sabiduría que había recibido en su vida.

Contempló mucho rato el borrón reluciente de las aspas del ventilador. Luego, bruscamente, se levantó de la cama.

Cronología

31 de octubre de 1984

A través de la BBC llega a Kittur la noticia de que Indira Gandhi, la primera ministra de la India, ha sido asesinada por sus propios guardaespaldas. La ciudad se paraliza dos días en señal de luto. La cremación de la señora Gandhi, emitida en directo, provoca en Kittur un espectacular aumento de ventas de aparatos de televisión.

Noviembre: elecciones generales. Anand Kumar, el candidato del Partido del Congreso y uno de los ministros más jóvenes del Gobierno de Indira Gandhi, retiene su escaño. La ventaja de 45.557 votos que obtiene sobre Ashwin Aithal, su oponente del Partido Popular de la India, es la mayor de la historia de Kittur.

1985

Reflejando el creciente interés en el mercado de valores, el *Dawn Herald* inicia la publicación de una sección diaria sobre las actividades de la bolsa de Bombay en la página 3.

El doctor Shambhu Shetty inaugura la clínica Happy Smile, la primera clínica ortodóncica de Kittur.

1986

Una gigantesca concentración de la comunidad hoyka celebrada en la plaza Nehru proclama su decisión de construir en Kittur el primer templo «de, para y por las castas inferiores».

Abre sus puertas el primer video club en Umbrella Street.

En la catedral de Nuestra Señora de Valencia, se reanudan las obras del campanario norte, postergadas durante más de un siglo.

1987

La Copa del Mundo de Críquet se celebra en la India y en Pakistán. El interés suscitado por los partidos provoca un aumento espectacular de la venta de televisores en color.

Estallan violentos disturbios en el Bunder entre hindúes y musulmanes. Dos personas son asesinadas. Se decreta el toque de queda de sol a sol.

Por un decreto del Gobierno estatal de Karnataka, Kittur deja de ser «pueblo» para convertirse en «ciudad», y su Ayuntamiento adquiere la categoría de «corporación municipal». El primer acto de la nueva corporación consiste en autorizar la tala del gran bosque de Bajpe.

Se desata una grave epidemia de cólera que la opinión pública atribuye a la llegada masiva de trabajadores tamiles, atraídos por el *boom* inmobiliario de Bajpe y Rose Lane.

1988

Mabroor Ismail Engineer, considerado el hombre más rico de la ciudad, abre el primer concesionario Maruti-Suzuki de Kittur.

La Rastriya Swayamsevak Sangh organiza una marcha desde el cine Angel hasta el Bunder. Los manifestantes exigen que la India sea declarada una nación hindú y propugnan un retorno a los valores tradicionales.

Elecciones para la Corporación Municipal. El Partido Popular y el del Congreso se reparten los escaños casi a partes iguales.

En la catedral de Nuestra Señora de Valencia se reanudan las obras del campanario norte, postergadas durante un año por la muerte del párroco.

1989

Elecciones generales. Ashwin Aithal, el candidato del Partido Popular, humilla al ministro y candidato del Congreso Anand Kumar, al convertirse en el primer político no perteneciente al Partido del Congreso que gana el escaño de Kittur.

Se inaugura en Bajpe el estadio Sardar Patel, el Hombre de Hierro de la India. La construcción de viviendas en el barrio avanza a gran velocidad y, hacia final de año, el antiguo bosque ha desaparecido casi por completo.

1990

Explota una bomba durante una clase de Química en el colegio San Alfonso para chicos de enseñanza secundaria y preuniversitaria, lo que provoca su clausura temporal. El *Dawn Herald* publica un editorial en primera página titulado: «¿Hay que implantar en la India la ley marcial?».

Se inaugura el primer laboratorio informático en el colegio San Alfonso de enseñanza secundaria y preuniversitaria. Las demás escuelas harán otro tanto a lo largo del

mismo año.

Estalla la guerra del Golfo, lo que provoca la pérdida de las remesas de dinero de los expatriados de Kuwait. Se desencadena una grave crisis económica. Las emisiones de la CNN, sin embargo, accesibles sólo en los televisores provistos de antena parabólica, provocan un espectacular aumento de la venta de antenas por satélite.

Quedan congelados los fondos para la construcción del campanario norte de la catedral y los trabajos se interrumpen una vez más.

21 de mayo de 1991

Llega por la CNN la noticia del asesinato de Rajiv Gandhi. La ciudad se paraliza dos días en señal de luto.

Glosario

barfi: pasta dulce elaborada a base de leche condensada.

bunt: casta dirigente del sur de la India.

chai: té con hierbas.

chapati: pan indio plano.

charmuri: aperitivos típicos a base de arroz inflado.

dosas: crepe elaborada a base de arroz y lentejas.

idlis: tortitas de arroz y lentejas.

kheer: arroz hervido con leche y azúcar al que se añaden pistachos o almendras.

kurta: camisa india que se lleva hasta las rodillas y que visten indistintamente hombres y mujeres.

mahout: domador y conductor de elefantes.

Meenakshipuram: pueblo del sur de la India donde en 1981 se produjo una conversión masiva al islam.

paan: mezcla de hojas de betel y especias, que se masca con fines digestivos.

pathan: grupo étnico de Afganistán y Pakistán, también conocido como pastún.

Periodo de Emergencia: en 1975, el presidente de la India, siguiendo el consejo de la primera ministra Indira Gandhi, decretó un periodo de emergencia sin elecciones ni libertades que se prolongó veintiún meses.

Rastriya Swayamsevak Sangh: Organización de Voluntarios Nacionales. Partido de corte nacionalista.

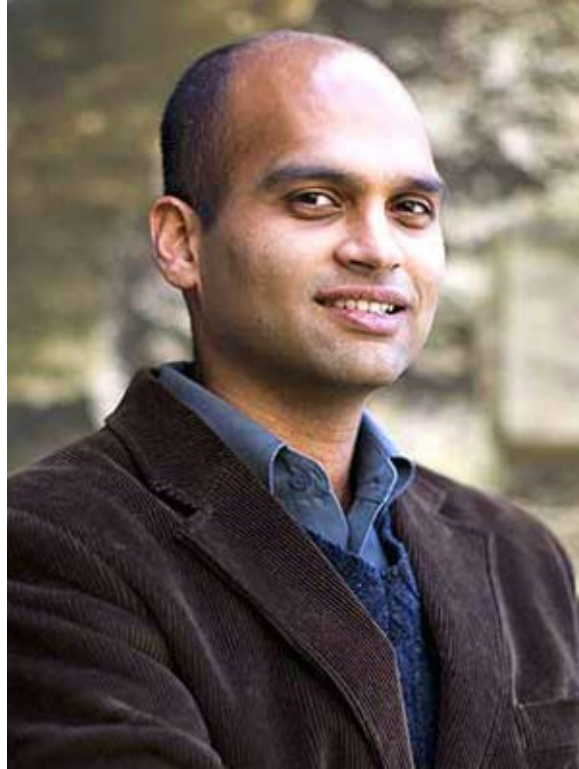
roti: pan indio plano.

salwar kameez: vestido tradicional asiático, compuesto por una túnica corta y unos pantalones holgados; lo usan igualmente hombres y mujeres.

samosas: empanadilla oriental triangular, rellena normalmente de patatas, cebolla o guisantes.

sarong: pieza de tela ceñida alrededor de la cintura que llevan los hombres y las mujeres del sureste asiático.

Satya Narayana Pooja: ceremonial que se lleva a cabo el día de luna llena, así como en ocasiones señaladas.



ARAVIND ARIGA. Periodista y escritor nacido en Chennai, India, el 23 de octubre de 1974. Posee la doble nacionalidad indio-australiana.

Pasó su infancia en Mangalore, estudiando en la Canara High School y en la St. Aloysius High School, donde terminó sus estudios secundarios con la mejor puntuación del estado en su categoría. Tras emigrar junto con su familia a Australia, estudió en la James Ruse Agricultural High School, así como en la Universidad de Columbia (Nueva York, Estados Unidos) y en el Magdalen College de la Universidad de Oxford (Reino Unido).

Su carrera periodística empezó como redactor especializado en temas financieros, trabajando para el Financial Times y el Wall Street Journal entre otros. Tras ser designado corresponsal en Asia de la revista Time, escribió la novela *Tigre blanco*, su primera obra, que fue galardonada en 2008 con el prestigioso Premio Booker.